



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA. UNIDAD
AZCAPOTZALCO**

**LA CONJUNCIÓN DE LOS CONCEPTOS DE CLASE
DOMINANTE Y ÉLITE EN EL PENSAMIENTO
SOCIOLÓGICO MARXISTA ANGLOSAJÓN. LOS
CASOS DE T. B. BOTTMORE, RALPH MILIBAND Y
ERIK OLIN WRIGHT.**

IDÓNEA COMUNICACIÓN DE RESULTADOS

PARA OPTAR POR EL GRADO DE

MAESTRO EN SOCIOLOGÍA

PRESENTA

LIC. EDWIN BULMARO BAHENA ARMILLAS

ASESORA

DRA. ADRIANA GARCÍA ANDRADE

MÉXICO D.F., MARZO DE 2014

ÍNDICE GENERAL

	pp.
Introducción.....	5
Capítulo I.....	16
Introducción al capítulo I.....	17
A. Panorama general sobre las teorías de las clases sociales.....	19
1. Recorrido histórico y etimológico de la palabra clase..	19
2. Los aportes clásicos de la teoría de las clases: Marx y Weber.....	21
3. La teoría marxista o relacional de las clases.....	32
4. La teoría de la estratificación o funcional de las clases sociales.....	38
B. Panorama general sobre la teoría de las élites.....	44
1. Recorrido etimológico e histórico de la palabra élite...	44
2. Las aportaciones de la escuela italiana de las élites..	46
i. Élite como sujetos con propiedades mentales: el caso de Vilfredo Pareto.....	46
ii. Élite como productos de la organización social: los casos de Gaetano Mosca y Robert Michels....	53
3. Las aportaciones de la escuela norteamericana de las élites.....	57
i. Élite como sujeto con propiedades mentales: el caso de Harold Lasswell.....	57
ii. Élite como grupo superior cohesionado: el caso de C.W. Mills.....	60
C. La conjunción de los conceptos de clase dominante y élite en la teoría sociológica anglosajona.....	64

1. La conjunción clase/élite en William Domhoff.....	65
2. La conjunción clase/élite en Ralph Miliband.....	68
3. La conjunción clase/élite en Anthony Giddens.....	71
4. La conjunción clase/élite en T.B. Bottomore.....	76
5. La conjunción clase/élite en Erik Olin Wright.....	83
Capítulo II.....	90
A. La conjunción de los conceptos clase/élite en Erik Olin Wright.....	91
1. El proceso de construcción del concepto clase social: el uso de los elementos marxistas en el análisis de clase.....	91
2. De las posiciones contradictorias a las explotaciones múltiples.....	104
3. La relación clase/élite como producto de las explotaciones múltiples y posiciones ambivalentes en las categorías intermedias.....	121
B. La conjunción de los conceptos clase/élite en T.B. Bottomore.....	127
1. Exposición de las teorías de las clases y las élites....	127
2. Críticas a las teorías de las clases y las élites.....	134
3. Propuesta de conjunción de los conceptos clase/élite.....	143
4. Tipos de conjunción de los conceptos clase/élite.....	150
i. La élite unificada.....	150
ii. La élite en países subdesarrollados.....	151
iii. Las élites en democracias liberales.....	156
C. La conjunción de los conceptos clase/élite en Ralph Miliband.....	164

1. Construcción del concepto clase social.....	164
2. Tipos de clases sociales en el capitalismo.....	169
i. El primer momento de Miliband.....	169
ii. El segundo momento de Miliband.....	173
3. La conjunción de los conceptos clase/élite.....	176
4. La relación clase/élite con el Estado.....	187
Conclusiones al capítulo II.....	199
Capítulo III.....	202
Introducción capítulo III.....	203
A. Semejanzas.....	204
1. La relación agente estructura.....	204
2. El proceso de construcción del concepto clase.....	209
3. La conjunción de los conceptos clase/élite.....	216
B. Diferencias.....	221
1. La relación agente estructura.....	221
2. El proceso de construcción del concepto clase.....	225
3. La conjunción de los conceptos clase/élite.....	231
C. Críticas y deficiencias.....	237
1. La relación agente estructura.....	237
2. El proceso de construcción del concepto clase.....	246
3. La conjunción de los conceptos clase/élite.....	252
D. Cuadro comparativo.....	260
Reflexiones finales.....	263
Bibliografía.....	276

LA CONJUNCIÓN DE LOS CONCEPTOS DE CLASE DOMINANTE Y ÉLITE EN EL PENSAMIENTO SOCIOLÓGICO MARXISTA ANGLOSAJÓN. LOS CASOS DE T. B. BOTTMORE, RALPH MILIBAND Y ERIK OLIN WRIGHT.

Introducción

Durante buena parte del siglo pasado, el problema de la clase dominante en relación con las nociones del elitismo fue ampliamente discutido en las ciencias sociales, especialmente en la sociología y en la ciencia política. A partir de los aportes hechos por la teoría marxista clásica de Carlos Marx y Federico Engels y de la teoría de las élites italianas representadas por Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels el trabajo en este tema se ha centrado en ahondar, complementar o criticar a dichas teorías.

En este marco es posible ubicar, por el lado marxista, los aportes significativos de V. I. Lenin (1968), Antonio Gramsci (1970), Georg Lukacs (1963) o de Nicos Poulantzas (1968) quienes en su conjunto tuvieron una discusión abierta y directa con la teoría de las élites. Para ellos, dicha teoría no podía explicar lo siguiente: ¿cómo es que las diferentes élites sociales (específicamente económicas y políticas) se conjugan para mantener el dominio de las sociedades en el contexto de las relaciones de producción capitalistas? Al delinear que el concepto de élite no planteaba una respuesta consistente, pero que al mismo tiempo la noción monolítica de clase económica y políticamente dominante era insuficiente, plantearon diferentes categorías marxistas como “condensación de fuerzas” (Lenin), “hegemonía” (Gramsci), “consciencia de clase” (Lukacs), “fracciones de clase” y “bloque de poder” (Poulantzas).

Por el lado del elitismo, autores como Harold Laswell (1965), C. W. Mills (1987) o William Domhoff (1993) intentaron ampliar la noción de élite. Empero, la crítica que le hicieron al pensamiento marxista fue la siguiente: ¿cómo explicar que una clase económicamente dominante los sea también en la política? Según estos autores, resultaba imposible con el concepto monista de “clase dominante.” Para ellos, era preferible plantear la categoría de “élite de poder”, la cual, podía incluir a las élites económicas en conjunción con las élites políticas y otras como las militares. En este sentido, *elite de poder* resultaba ser un concepto más amplio para explicar una realidad propia de la segunda mitad del siglo pasado.

Sin embargo, los cambios experimentados durante los últimos 30 años en las sociedades actuales, han puesto en serios aprietos la vigencia de la noción de clase dominante como eje articulador de los problemas sociales, específicamente en la sociología anglosajona. Incluso, también las teorías de las élites sufrieron una modificación al alejarse de la discusión con la teoría marxista. Debido a la complejidad y a la emergencia de nuevos paradigmas, estos conceptos, si bien no han sido completamente relegados del arsenal teórico de estas ciencias, sí han sido complementados o incluso soslayados por otras perspectivas como la pluralidad de élites en la democracia, poliarquías según Robert Dahl (1990), o las categorías de grupos de presión o de poder (LIPSET: 1967).

En este marco, específicamente la sociología anglosajona (principalmente británica y estadounidense), ha estado influenciada por diversas corrientes que han prestado poca importancia a la conjunción marxista de “clase dominante” con las diversas nociones del “elitismo”.

Así, podemos ubicar el predominio, en primer lugar, del paradigma estructural-funcionalista de Talcott Parsons en donde la

noción de clase se fundamentó en la estratificación y en la ampliación de la clase media (PARSONS; 1968). En este sentido, los conceptos de clase dominante y élite de poder no fueron las preocupaciones principales para los seguidores de esta corriente sociológica. Posteriormente, en una línea de tiempo similar, es posible vislumbrar las diferentes propuestas del interaccionismo simbólico encabezadas por la denominada “Escuela de Chicago”, en las cuales, la preocupación por el concepto amplio de clase fue prácticamente diluido en estudios “microsociológicos” en el orden y nivel de las interacciones “cara a cara” (GOFFMAN; 1997).

Corriendo paralelamente a estas corrientes sociológicas, otros autores ajenos a esta disciplina han rescatado la problemática de las clases sociales. Han sido justamente los historiadores quienes se han preocupado por estos temas. Autores como Perry Anderson (1986), Eric Hobsbawm (1997) o E. P. Thompson (1968) han anclado sus preocupaciones por una reinterpretación del materialismo histórico y de la formación y constitución de la clase obrera.

De esta manera, la conjunción de la noción de clase dominante (o clases sociales en general) y élite ha sido poco extendida en la sociología anglosajona. Con excepción de la primigenia obra de Giddens (1974), los estudios empíricos de Harold Lasswell (1965), C.W Mills (1987) y la ampliación de William Domhoff (1993), el tema ha quedado un poco descuidado.

Los que se han preocupado por el problema de las clases lo han hecho de una manera general, es decir, sin la vinculación con las nociones elitistas. Incluso, sus preocupaciones centrales han sido el estudio de la clase obrera y la clase media, y no de la clase dominante en conjunción con las élites. En contraparte, los que han investigado las élites en la democracia (Robert Dahl o Seymour Lipset) no lo han

vinculado con las clases sociales, específicamente con la clase dominante de corte marxista.

A pesar de estas dificultades, ha habido tres autores anglosajones que se han propuesto la tarea de conjuntar, directa e indirectamente, la noción marxista de clase dominante con las concepciones elitistas. En este tenor, los autores británicos T.B. Bottomore, Ralph Miliband y el sociólogo estadounidense Erik Olin Wright son quienes, por diferentes caminos y resultados, han intentado combinar estas propuestas con las siguientes características que son un marco de delimitación de este estudio:

- a) Presentar una propuesta directa o indirecta de conjunción de los conceptos clase/élite. Con ello se pretende encontrar en su obra proposiciones teóricas que permitan saber cuál es su propuesta de combinación y bajo qué supuestos la realizan.
- b) Tener un enfoque claramente marxista. Se ha preferido centrarse en autores que tienen como eje de referencia principal el marxismo, y que sin embargo, tratan de ampliarlo a nuevos horizontes para potencializar esta tradición de pensamiento.
- c) Utilizar como eje de discusión el vínculo agente/estructura desde un punto de vista *relacional*. Por dicho vínculo se entiende la manera en que los agentes no son seres pasivos, sino reflexivos, discursivos y activos en la vida social; por otra parte, las estructuras no son máquinas infernales de determinación unívoca, sino más bien, límites de constreñimiento que sólo pueden ser visibles en la misma actuación de los agentes y en la reproducción de la vida social. De este modo, los autores elegidos tienen como fondo este marco analítico desde la tradición marxista.

- d) Pertener a la zona anglosajona de la teoría sociológica. Es importante estudiar la sociología anglosajona en la medida en que ha sido la más renuente en seguir cultivando la sociología marxista. Por lo tanto, resulta fundamental rescatar los aportes de esta región para dar conocer contribuciones sobre la conjunción clase/élite que el marxismo en general ha prestado poca importancia.

De esta forma, es posible delinear la problemática de esta investigación: ¿cómo se entienden, conjuntan y expresan teóricamente los conceptos de clase y élite en la teoría sociológica anglosajona marxista de T.B. Bottomore, Ralph Miliband y Erik Olin Wright?. Así, el propósito de esta tesis será exponer una matriz que describa sistemática y comparativamente los aportes de los autores sobre estos conceptos.

Visto el planteamiento general, es necesario señalar el delineamiento metodológico específico. En este contexto, lo que se pretende estudiar en esta tesis son tres ejes nodales que guían la investigación:

- a) Revisión bibliográfica y justificación de autores. En este eje se realiza una investigación exhaustiva sobre la manera en que se ha tratado el tema de las clases sociales y las teorías de las élites. Especialmente, se muestra una revisión sobre la conjunción de los conceptos clase y élite con el fin de justificar la importancia de los autores que se consideran en esta tesis.
- b) La conjunción de las categorías de clase dominante y élite. En este eje se explican en qué consisten los conceptos de clase y élite en cada uno de los autores revisados. Asimismo, se estudian sus propuestas de conjunción resaltando el modo en que concilian el vínculo agente/estructura.

c) Reconstrucción conceptual. Una vez que se hayan revisado los anteriores ejes de investigación, lo que se pretende realizar es una síntesis que se propone lo siguiente: a) señalar las semejanzas y diferencias entre los autores analizados; b) poner de relieve algunas críticas y deficiencias encontrados con base en el propio análisis de investigación; c) hacer un cuadro comparativo a manera de exposición sintética. Por último, el aporte más importante de esta tesis se centra en reflexionar hasta dónde resulta pertinente conjuntar teóricamente los conceptos de clase dominante y élite en la tradición marxista.

Así pues, el objetivo general de esta investigación es analizar los aportes T.B Bottomore, Ralph Miliband y Erik Olin Wright en el entendimiento, conjunción y expresión teórica de los conceptos de clase dominante y élite. De igual modo, los objetivos específicos son los siguientes:

- a) Resaltar las diferencias, semejanzas y críticas de las propuestas teóricas T.B Bottomore, Ralph Miliband y Erik Olin Wright en el entendimiento de los conceptos de clase dominante y élite
- b) Reflexionar sobre la pertinencia teórica de la combinación de las categorías clase dominante y élite en la tradición marxista con base en las propuestas de T.B. Bottomore, Ralph Miliband y Erik Olin Wright.

La importancia de la realización de esta disertación radica en que pretende estudiar la unificación de las categorías de clase dominante y élite para que puedan ser conceptualmente un insumo en la realización de investigaciones históricas y empíricas ulteriores. Al mismo tiempo, busca reflexionar metodológicamente en la elaboración de herramientas conceptuales que brinden una guía para el entendimiento de estos dos conceptos desde una perspectiva marxista.

Es preciso señalar que esta investigación es teórica. Por lo tanto, utiliza el método cualitativo ya que resulta de vital importancia conocer la conjunción de estos conceptos a partir de la lógica teórica en que se encuentran en las principales obras de T.B. Bottomore, Ralph Miliband y Erik Olin Wright. En este sentido, el análisis de sus textos, así como la comparación de sus aportes es lo que me interesa poner de relieve. Para ello, se utilizan como técnicas el análisis a profundidad de los libros de estos autores en donde traten exclusivamente la conjunción directa e indirecta de las categorías de clase dominante y élite.

La justificación de este estudio radica en dos aspectos importantes: la pertinencia del problema y la elección de los autores. En lo concerniente al primer elemento, es importante señalar dos ejes importantes: la parte política y social del estudio.

En la dimensión política, y especialmente con el problema democrático, autores como Norberto Bobbio o Giovanni Sartori han planteado que la supervivencia de las élites y de la clase dominantes es “perfectamente normal” para el funcionamiento de la democracia. Incluso, es compatible con ella porque “la característica del gobierno democrático no es la ausencia de élites sino la presencia de muchas élites que compiten entre ellas por la conquista del voto popular” (BOBBIO, 1987: 21). No obstante, es necesario reparar, como lo ha notado el pensamiento marxista y el propio pensamiento elitista, que la clase dominante y las élites se van concentrando y centralizando, cerrando la posibilidad que pueda existir una pluralidad y circulación de élites. En este sentido, es fundamental volver a traer a la palestra de la reflexión social estos conceptos para reconstruirlos y reflexionar que lejos de estar en sociedades democráticas, nos acercamos más hacia “minorías selectas”. Por ello, resulta importante estudiar estos planteamientos.

Por su parte en la dimensión socio-económica de la desigualdad, hoy en día las discusiones sobre ciencias sociales es evidente que los teóricos han visto una escisión en el periodo que vivimos. Por ejemplo, actualmente se habla de sociedades de riesgo (Cfr. GIDDENS; 2001) (BECK; 1996) (LUHMANN; 1996), sociedades de consumo (BAUMAN, 1996), sociedades postindustriales (ANDERSEN, 2000) (HABERMAS, 1991) o incluso sociedades globales (GIDDENS, 2001). Todos estos conceptos se refieren a los cambios ocurridos a partir de las últimas décadas del siglo pasado.

No obstante, es evidente que la desigualdad, la división de clases y la dominación no han sido superadas. Los apuntes de Zigmunt Bauman (2003), Jürgen Habermas, Jean Paul Fitoussi (1997), Robert Castel (1998) o Gotha Esping Andersen (2000) son una muestra palpable de ello. Empero, reconocen que existen “nuevas desigualdades” que se acoplan con las viejas desigualdades estructurales (sobre todo económicas). En este contexto, se habla de desigualdades con respecto al recibimiento de un salario (antes sólo hablaba de desigualdad con respecto al ingreso salarial, ahora la desigualdad se exagera al poner el acento en la posibilidad de recibir un salario estable o trabajar de manera riesgosa); las desigualdades de género o etnicidad; desigualdades geográficas (urbano/rural o centro/periferia); desigualdad de prestaciones sociales; desigualdad en el acceso al sistema financiero o desigualdad por la situación de migración (Cfr. FITOUSSI, 1997: 73-110).

Este panorama nos lleva a poner en tela de juicio si en realidad lo que se está planteando es algo “nuevo” o simplemente son “expresiones reconfiguradas de problemas estructurales de largo alcance” que la tradición marxista y el pensamiento elitista ya habían puesto de relieve. De la misma manera, todas estas reflexiones sólo

toman en cuenta un lado de la moneda: ver la desigualdad, y en consecuencia la dominación, desde los “desigualados” “explotados” y “dominados”, es decir, de aquellos de los que son víctimas o sufren las consecuencias de la situación actual que nos aqueja; pero no miran el otro lado: los “desigualadores”, “los explotadores” y los “dominadores”, quienes son los principales responsables de estar en esta situación y también quienes tienen mayores posibilidades de salir más airosos en este mundo actual.

De este modo, es pertinente regresar a la palestra de la reflexión teórica el papel de la clase dominante y de las élites desde la tradición sociológica marxista anglosajona, la cual, ha sido la más renuente en continuar estudiando estos problemas. Esto con el fin de reflexionar teóricamente, cuáles podrían ser las razones de que para una parte de la sociedad (los muchos) sí apliquen y en otros (los pocos) no les afecten demasiado, y al mismo tiempo, sean lo que tengan la capacidad de decidir e imponer relativamente sus intereses al resto de las sociedades.

En lo tocante al eje de los autores elegidos se justifican por un par de referentes fundamentales. Primero, T.B. Bottomore, Ralph Miliband y Erik Olin Wright fueron contemporáneos entre sí. Es decir, sus aportaciones principales las realizaron entre la década de 1970, 1980 y hasta tiempos muy recientes en el contexto anglosajón.

Si bien Miliband nació en Bruselas, Bélgica, gran parte de su producción teórica la realizó en Inglaterra en donde tomó en cuenta el contexto británico (incluso obtuvo la nacionalidad británica). También se puede objetar que T.B. Bottomore falleció en 1992 y Ralph Miliband en 1994, hace casi 20 años. Sin embargo, ello no es pretexto para señalar que ambos han sido uno de los pioneros marxistas que intentaron conjugar los conceptos de clase dominante y élite.

En este tenor, Erik Olin Wright también ha realizado contribuciones importantes desde el marxismo estadounidense. La relevancia de sus aportes radica en que sus reflexiones contemporáneas se inscriben en el marco de las explotaciones múltiples. En este sentido, el concepto de clase dominante no sólo se restringe a la burguesía, sino a todo el conjunto de agentes intermedios que por su “posición de élite” llegan a explotar a diversos trabajadores de distintas esferas de la vida social (economía, política, cultura). Por ello, es justificable su introducción en esta investigación.

Como segundo elemento de justificación es posible señalar que los tres autores en su conjunto no han sido ampliamente conocidos por la academia sociológica mexicana. Por lo tanto, esta investigación puede ser un buen punto de partida para que se empiecen a conocer sus aportaciones teóricas.

De esta manera, lo que el lector encontrará en este estudio son tres grandes capítulos. En el primero, se presenta una revisión sobre la teoría general de las clases sociales y élites, así como las propuestas de combinación teórica. En el segundo, se revisa el método y enfoque de estudio en T.B. Bottomore, Ralph Miliband y Erik Olin Wright. Los puntos sobresalientes son el modo en que conciben la relación agente/estructura en su teoría de las clases, el proceso de construcción de clase social y su propuesta conjunción de las categorías clase/élite. En el capítulo final, se pondrán de evidencia las semejanzas, las diferencias y las críticas de este trío de autores en relación a lo que se ha planteado en los capítulos anteriores. Por último, se reflexionará sobre la pertinencia teórica en la conjunción de los conceptos de estudio de esta tesis en el marxismo y en una realidad un tanto distinta como la mexicana.

Finalmente, quiero agradecer enormemente en todo el proceso de elaboración de este estudio a tres actores que enuncio, no por jerarquía de importancia, sino por orden de aparición en su efectuación: en primer lugar, al Posgrado en Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, el cual, me ha dado las herramientas metodológicas y de investigación más avanzadas para realizar este estudio; en segunda instancia, a mi asesora la Dra. Adriana García, quien me hizo notar mis errores de un modo objetivo, conciso, paciente y con libertad para tratar este tema, y simultáneamente, me supo guiar en todos los aspectos teórico-metodológicos hasta ortográficos para que este escrito pudiese llegar a un buen puerto; por último, a mi pareja Gabriela Durán por otorgarme un soporte anímico en los momentos de flaqueza y por su apoyo incondicional para concentrarme enteramente en la elaboración de esta disertación.

Edwin Bahena.

CAPÍTULO I

Introducción al capítulo I.

Este capítulo tiene por objetivo mostrar un panorama general sobre las principales teorías que han abordado el problema de las clases sociales y de las élites.

En una primera instancia, se muestran los aportes principales de las teorías de las clases sociales de un modo cronológico. De esta manera, comenzaremos por un breve recorrido etimológico e histórico de la palabra “clase” hasta que arribó al lenguaje sociológico con el concepto de “clase social”. Posteriormente, tomamos en cuenta los primeros aportes de la sociología clásica sobre el tema. Así, prestamos atención a las nociones básicas de Carlos Marx y Max Weber. Con este panorama, tenemos elementos suficientes para dividir a la teoría de las clases sociales en dos grandes conjuntos: la teoría marxista o relacional y la teoría de la estratificación o funcionalista.

En segunda instancia, se exponen las contribuciones principales de las teorías de las élites. De acuerdo a la revisión que se ha realizado, a dichas teorías las han dividido desde un criterio puramente cronológico. De este modo, se inspeccionan los aportes de la escuela italiana de las élites encabezadas, en primer lugar, por Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels. Posterior a estos aportes realizados durante el primer cuarto del siglo pasado, la teoría de las élites fue ahondada por la escuela norteamericana durante la segunda mitad del siglo XX. Así, es preciso vislumbrar principalmente los planteamientos de Harold Lasswell y C.W. Mills.

Una vez revisados los planteamientos de estos dos conjuntos de teorías, resulta fundamental señalar que, generalmente, éstas han caminado por senderos separados. Han sido pocos los autores que se han propuesto estudiar la conjunción de ambas categorías, especialmente en la teoría sociológica anglosajona. Aún con estos

inconvenientes, se han encontrado cinco autores que han realizado esta tarea: T. B. Bottomore, William Domhoff, Anthony Giddens, Ralph Miliband y Erik Olin Wright. Al final del capítulo se dará la justificación del porqué se eligieron sólo tres.

A. *Panorama general sobre la teoría de las clases sociales.*

1. *Recorrido etimológico e histórico de la palabra clase.*

La palabra “clase” proviene de latín *classis*, término que desde los antiguos romanos relacionaron con el verbo “calare”, que quiere decir “llamar públicamente.” (Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. Versión Online) De esta manera, los romanos usaron este verbo para convocar a los hombres libres, clasificarlos por grupos de edad y enlistarlos a las guerras imperiales. Según sus edades y condiciones eran reclutados en un grupo concreto con funciones y armamentos característicos. Cada grupo constituía una *classis*. Este término se diversificó hasta convertirse en un adjetivo: *classicus*. Así se le llamaba al ciudadano de la antigua roma que pertenecía a una *classis*. Por último, el adjetivo de *classicus* tuvo otra connotación para denominar a cualquier escritor, intelectual o persona de gran importancia que tenía cierta “categoría” o “prestigio” dentro del imperio romano (Diccionario Chileno de Etimologías. Versión Online). De esta manera, la noción de “clase” pasó al castellano para significar, en una de sus acepciones más generales, un “orden en que, con arreglo a determinadas condiciones o cualidades, se consideran comprendidas diferentes personas o cosas” (Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. Versión Online).

En el lenguaje científico moderno la palabra “clase” se utilizó por primera vez en la biología. Su uso se remitió en la taxonomía que se ocupa por clasificar y agrupar a los seres vivos en una jerarquía de inclusión, en la que un grupo abarca a otros menores y está, a su vez, subordinado a uno mayor. A los grupos se les asigna un rango o categoría taxonómica que acompaña al nombre propio del grupo. De esta forma, la connotación de la palabra “clase” en la biología quiere indicar una categoría taxonómica situada anteriormente al “reino”, y

entre la “división” y el “orden.” Otros grupos taxonómicos posteriores son la “familia”, el “género” y la “especie” (Enciclopedia Temática General. Versión Online.)

Así, con el desarrollo de las ciencias naturales el uso de la palabra “clase” pasó al dominio de las humanidades. Uno de los primeros pre-sociólogos en emplearla para entender a las sociedades modernas fue Saint-Simon. Él consideró básicamente dos clases: los *industriels* y los *proletaires*. La clase de los *industriels* comprendía a “cada individuo que trabajaba para producir o para poner a disposición de los diferentes miembros de la sociedad una o varias formas de satisfacer sus necesidades o sus gustos físicos...” (SAINT-SIMON; 1965: 141). En contraparte, los *proletaires* son los que realizaban el trabajo manual para la producción de la clase de los *industriels* (GIDDENS; 1973: 25). Aunque sus escritos son verdaderamente desordenados, según su visión utópica, la clase de las *industriels* se convertiría paulatinamente en clase única de la sociedad en armonía con los trabajadores o los pertenecientes a la clase de los *proletaires*.

A partir de estos elementos y de la conjunción de la economía política británica, la filosofía clásica alemana y del propio socialismo francés (Cfr. LENIN; 1968: 14) la noción de “clase social” tuvo sus primeras aportaciones científicas en el materialismo histórico propuesto por Carlos Marx y Federico Engels. Es así que el concepto de “clase social” hizo su arribo a las ciencias sociales: historia, economía, política, derecho y sociología para poner de relieve la explotación, las luchas y las desigualdades imperantes en el reciente ascenso del modo de producción capitalista como régimen de trabajo predominante ya en la segunda mitad del siglo XIX.

2. *Los aportes clásicos de la teoría de las clases: Carlos Marx y Max Weber.*

Como habíamos mencionado, a partir de la filosofía alemana, la economía inglesa y del socialismo francés es que el marxismo se nutre para la constitución del materialismo histórico, y en particular, de la teoría de las clases sociales. Asimismo, es necesario reconocer que Marx no realizó un trabajo específico y propio sobre el tema. En el único lugar en el que se propuso tratarlo fue en el capítulo 52 del tercer tomo de *El Capital*. Sin embargo, como ya sabemos, éste se quedó inconcluso debido al fallecimiento de este autor. Aun así, es posible rastrear sus aportes a lo largo de todas sus obras. Desde luego, no es menester en esta tesis presentar una investigación sobre la teoría de las clases en Marx debido a que no es el objetivo de ésta. Sólo se toma como un punto de partida y contexto para tener un panorama general en los postulados básicos de uno de los clásicos de la sociología. De esta manera, la revisión que se muestra sobre el autor de Tréveris entorno a las clases es puramente descriptiva, sintética y cronológica a lo largo de sus textos más importantes.

De esta forma, es necesario rescatar cómo resaltó la problemática en sus primeras obras, tales como: *La cuestión judía* e *Introducción a la crítica al derecho de Hegel*. En la primera, Marx señala que la sociedad se divide en diversos conjuntos constituidos por el nacimiento, el rango social, la instrucción y la propiedad. Cabe señalar que todavía no emplea el término “clase” para referirse a estas diferenciaciones, simplemente utiliza la categoría de “sector”, aunque ya vislumbra el factor de la propiedad como un elemento para la constitución de las desigualdades (MARX; 1962a). En lo que respecta a la segunda, Marx ya delinea que las sociedades persiguen intereses materiales. Su constitución se basa en ellos. La única forma de

liberarse de los privilegios del antiguo régimen es mediante la liberación objetiva de toda la sociedad. La clase que representa esos intereses son los obreros. Así, son ellos quienes personifican la emancipación social. Aquí resulta importante resaltar la utilización, por primera vez, del concepto de “clase”, así como la ubicación de la clase obrera como la representante de la emancipación de la humanidad entera (MARX; 1962b).

Es importante resaltar que estos primeros acercamientos a la teoría de las clases por parte de Marx están inscritos en una discusión filosófica en contra de Hegel. Todavía no hay un acercamiento a los aportes de los economistas ingleses. Justamente en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* es donde ya se observa un tratamiento sobre las clases en términos económicos. Aunque todavía están bañados por un cariz filosófico, la contribución principal de estos escritos radica en el trabajo alienado. El obrero se convierte en siervo de las mercancías que produce. El trabajo no representa la satisfacción de sus necesidades, simplemente es un medio para satisfacer las necesidades del mercado, y desde luego, de la burguesía. En este sentido, la economía clásica puede ser criticada porque ve al trabajador como máquina y no como hombre. Además, no presta atención a un elemento constituyente de las clases y de la enajenación del obrero: la propiedad privada. (MARX; 1965)

Posterior a estas contribuciones, *La ideología alemana* representa el texto donde Marx ya va delineando los elementos esenciales entorno a las clases. Así, aparte de la propiedad privada que ya había identificado, agrega otro elemento: la división del trabajo.

La división del trabajo dentro de estas diferentes ramas acarrea, a su vez, la formación de diversos sectores entre los individuos que cooperan en determinados trabajos. La posición que ocupan entre sí estos

diferentes sectores se halla condicionada por el modo de explotar el trabajo agrícola, industrial y comercial (patriarcalismo, esclavitud, estamentos, clases) [...] Cada etapa de la división del trabajo determina también las relaciones de los individuos entre sí, en lo tocante a lo material, la instrumento, y al producto del trabajo” (MARX; 1968b: 20-21)

Por lo tanto, de la división del trabajo dependen las clases sociales. Cada etapa de ella determina las relaciones de los individuos entre sí. Cada individuo llega a estar determinado por su clase. De esta manera, la historia avanza en la relación dialéctica entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales, es decir, por la lucha de clases.

A partir de la identificación de elementos como la emancipación humana por parte de la clase obrera, la propiedad privada y la división del trabajo es que Marx ya puede vislumbrar no sólo una identificación económica de las clases, sino una característica política de éstas. Burguesía y proletariado son las clases principales del modo de producción capitalista en sentido abstracto. El *Manifiesto del Partido Comunista* identifica el antagonismo, la lucha y la posible superación de las sociedades clasistas, en específico de la capitalista. Este texto nos relata la formación y dominio de la clase burguesa en el ascenso del capitalismo. Asimismo, brinda al proletariado los elementos de su constitución de clase “para sí” en forma política mediante su asociación global en el Partido Comunista. El fin del proletariado debe ser superar al capitalismo, destruir la dominación burguesa y abrir paso a un periodo de transición de una sociedad sin clases.

Con un programa político claro y con elementos económicos ya estudiados, el autor de Tréveris no sólo se queda en la identificación de las clases de un modo abstracto en el capitalismo. Ello conduciría a entender sólo dos clases: burguesía y proletariado. Marx es consciente de la complejidad de la realidad. Para ello, usa el término “formación

social”, el cual, se refiere a sociedades concretas en donde aparece una conglomeración de clases variadas del propio capitalismo y de otros modos de producción. Asimismo, es consciente que las relaciones producción estrictamente económicas son sólo un hilo conductor que ayuda a entender el entramado de las clases sociales. En la realidad existe un cúmulo de múltiples determinaciones.

En este contexto, Marx emprende la tarea de vislumbrar la lucha de clases concreta en la esfera política. Los textos de *La lucha de clases en Francia* y *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* son un ejemplo de ello. En el primero, lo relevante es que se identifican varias fracciones de clase burguesa, tales como la industrial y la financiera (MARX; 1968: 49-50). Esta última era la que realmente tenía el poder político, excluyendo a la burguesía industrial (aunque ésta dominaba económicamente al proletariado), a la pequeña burguesía y a los campesinos. Pero el paso más importante se encuentra en la segunda obra que hemos mencionado. Aquí, Marx señala que Luis Bonaparte arrebató el poder político a la burguesía acompañado del lumpenproletariado, los campesinos y la pequeña burguesía. Relegó a la burguesía en su conjunto al poder económico. Aunque no por eso Luis Bonaparte dejó de gobernar para los intereses de los burgueses en general. Simplemente fue una coyuntura en que la burguesía aceptó esta situación con el fin que el proletariado no tuviera la más mínima posibilidad de acceder al poder político (MARX; 1968). En este sentido, es menester señalar que la política y la economía tienen una autonomía relativa. La primera no es un epifenómeno de la segunda. Además, las clases sociales son más complejas. No se reducen a burguesía y proletariado. En formaciones sociales concretas existen fracciones de clases burguesas y proletarias, pequeña burguesía, campesinos,

lumpenproletariado, aristocracia y conjunto de agentes de categorías intermedias que ponen en juego sus cartas en la escena concreta.

Por último, todos estos aportes desperdigados en la obra del autor de Tréveris fueron esenciales para abordar esta problemática en su libro principal: *El capital*. Aquí la teoría del trabajo-valor es el eje nodal. La relación clasista entre el capitalista y el obrero existe desde el momento en que uno y otro se ven implicados en la transformación del capital, en capital productivo, a través de la venta de la fuerza de trabajo hecha a cambio de una cantidad menor que lo que ésta produce. Al vender el obrero esta mercancía al capitalista, el salario cumple la función de encubrir la plusvalía, y en consecuencia la explotación, dado que pretende aparecer como valor del trabajo. Al mismo tiempo, la propiedad privada sobre los medios de producción se concentra y centraliza cada vez más en pocas manos. La producción y reproducción capitalista, y en especial, de las clases sociales está lista para, según Marx, su autodestrucción.

A medida que disminuye el número de potentados del capital que usurpan y monopolizan toda ventaja de este periodo de evolución social, se acrecienta la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación, pero también la resistencia de la clase obrera cada vez más numerosa y disciplinada, unida y organizada por el mecanismo de la producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en un grillete para el modo de producción mismo. La socialización del trabajo y centralización de sus bases materiales han llegado a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista (MARX; 2001; t.2: 1239)

En síntesis, el legado que Marx ha dejado a la teoría de las clases sociales –algunos de ellos equivocados– a lo largo de sus obras son: el papel de la propiedad privada sobre los medios de producción; la división del trabajo social; la enajenación del trabajo capitalista; el papel de la lucha de clases antagónica y contradictoria: la formación de

clases de un modo abstracto y concreto; la explotación mediante la plusvalía; y, finalmente, la posible superación de la sociedad capitalista.

Todos estos elementos se pueden rastrear en las obras del autor de Tréveris. Sin embargo, aparecen desperdigados, y muchas veces, sin un tratamiento riguroso. Esta debilidad se ha usado para criticar la teoría marxista de las clases sociales, pero sobre todo, de brindar alternativas a ésta. Una de estas ha sido la propuesta de Max Weber. En este contexto, es necesario pasar revista a sus planteamientos. Al igual que Marx, sólo pienso mostrar sus aportaciones más importantes que vienen señaladas en *Economía y Sociedad* puesto que es ahí donde se encuentra su obra más acabada. Como tampoco es menester centrarme en una comparación entre las ideas de ambos autores alemanes, tan sólo muestro que a partir de los aportes de estos sociólogos clásicos, la teoría de las clases sociales posterior los ha retomado para configurar un par de corrientes bastante identificadas durante el siglo pasado: la teoría marxista y de la estratificación.

Bajo este marco, el sociólogo alemán intentó redefinir el modo de estudiar la distribución del poder en la sociedad. De tal suerte, encontró que existen tres tipos de poder: el poder político, el social y el económico. Cada uno de estos poderes remite a diferentes agrupaciones sociales. Por ejemplo, en el poder político se encuentran grupos que buscan o tienen influencia en las acciones comunales, tales como los partidos políticos o las organizaciones de la sociedad civil. En el poder social se hace referencia a los grupos de estatus cuya conformación se realiza mediante el prestigio o el honor que la sociedad confiere a ciertos grupos o personas. Por último, el poder económico es típico de las clases sociales definidas por personas con oportunidades de vida similares conferidos principalmente a su posición en el mercado.

Justamente en la teoría de las clases sociales, Weber identifica, en primer lugar, la abstracción de “situación de clase”. Este lo comprende como “el conjunto de las probabilidades típicas de provisión de bienes, de posición externa y de destino personal que derivan de un determinado orden económico, de la magnitud y naturaleza del poder de disposición sobre bienes y servicios y de las maneras de su aplicabilidad para la obtención de rentas o ingresos” (WEBER; 2002: 242). La situación de clase da origen al concepto de “clase”, el cual, es entendido como “todo grupo humano que se encuentra en una situación de clase” (WEBER; 2002: 242). Así, situación de clase y clase *per se* indican situaciones típicas de intereses económicos iguales que comparten varios individuos. De ello no se sigue que puedan tener intereses y objetivos comunes ya que estos pueden variar de individuo a individuo. Max Weber identifica tres grandes clases en general:

a) Clase propietaria. El autor alemán reconoce cinco grandes propiedades que se monopolizan en una clase:

- El monopolio en la compra de objetos de consumo.
- La situación de monopolio entorno a la relación con las ventas.
- El monopolio de patrimonio por medio de excedentes no consumidos.
- El monopolio del capital por medio del ahorro.
- El monopolio de privilegios educativos (WEBER; 2002: 243).

Dentro de la clase propietaria, se identifican dos grandes tipos de clase: las positiva y las negativamente privilegiadas. En las primeras, se encuentran los rentistas de esclavos, tierras, minas, instalaciones de trabajo, barcos o acreedores. En las segundas, se encuentran la servidumbre, los proletarios en el sentido en

que se usaba en la antigua Roma, los deudores y los pobres. En medio de estos dos grandes tipos se encuentran las “clases medias”, cuya cualidad principal es la posesión de bienes educativos de los que obtienen sus ingresos. (WEBER; 2002: 243). Las relaciones entre las clases propietarias, tanto las positivas como las negativamente privilegiadas, no conducen necesariamente a un antagonismo o lucha de clases. Weber sólo identifica dos tipos de relaciones en las que puede existir una contradicción: uno, la relación de propietarios de tierras y proletarios antiguos; dos, el vínculo entre acreedores y deudores. Sin embargo, dicha contradicción no lleva consigo un cambio sustancial del orden económico (como suponía Marx), simplemente intentan luchar por un acceso a la propiedad y la distribución de la misma.

- b) Clase lucrativa. Se llama así a “aquella en que las probabilidades de la valorización de bienes y servicios en el mercado determinan de un modo primario la situación de clase” (WEBER; 2002: 242). Al igual que en la clase propietaria, Weber identifica la situación positiva y negativamente privilegiada. La primera, reside en el monopolio de la dirección de la producción de bienes y el aseguramiento de oportunidades lucrativas influyendo en la política económica de la esfera estatal. Aquí se ubican típicamente a los empresarios, ya sean comerciantes, armadores, industriales, agrarios, financieros y profesiones liberales con fines de lucro (abogados o médicos) Mientras que las clases que son negativamente privilegiadas están los trabajadores que poseen cualidades diferenciadas. Aquí ubica a los trabajadores calificados, semicalificados y braceros. De un modo similar a la clase propietaria, también existen “categorías

intermedias” en donde se ubican los campesinos, los artesanos independientes, los funcionarios públicos y privados (WEBER; 2002: 244).

- c) Clase social. “Se llama así a la totalidad de aquellas situaciones de clase entre las cuales existe un intercambio personal y en la sucesión de generaciones” (WEBER; 2002: 242). Es la más común porque los individuos pueden modificar su situación de clase, y en consecuencia, al tipo de clase social a la que pertenecen. Dicho en otras palabras, puede existir movilidad social ascendente y descendente. Weber identifica cuatro grandes clases sociales: el proletariado en sentido moderno, la pequeña burguesía, los expertos profesionales y la clase de propietarios (WEBER; 2002: 244).

Una vez que se han comprendido los conceptos de situación de clase, clase y tipos de clase, es necesario pasar revista a la categoría de estamento. De un similar a lo planteado sobre las clases, Weber procede al distinguir entre “situación estamental” y posteriormente “estamento.” Con respecto al primero, se entiende “una pretensión típicamente afectiva, de privilegios positivos o negativos en la consideración social, fundada en el modo de vida, educación o en un prestigio hereditario o profesional” (WEBER; 2002: 245). De esta manera, un estamento es un conjunto de individuos que reclaman la exclusividad y monopolización de una situación estamental. Así, según Weber, los estamentos pueden originarse por la profesión que se ejerza, un carisma hereditario o por la posesión de mandos y autoridades políticas o jerárquicas (WEBER; 2002: 246).

Aunque Weber reconoce que los estamentos son típicos de sociedades tradicionales que se basan en asociaciones feudales, y, que las clases son típicas de sociedades modernas capitalistas que se

basan en asociaciones económicas de intercambios en el mercado, pueden existir puntos de encuentro entre ambas. En sus propias palabras: “la más próxima al estamento entre las clases es la social y la más lejana la lucrativa. Los estamentos, a tenor de su centro de gravedad, se forman frecuentemente por clases de propiedad” (WEBER; 2002: 246). Estas combinaciones que el propio sociólogo alemán ya había vislumbrado son los pilares fundamentales para reabrir una reinterpretación de la noción de clase desde el punto de vista de la estratificación, opuesta a la noción marxista de clases sociales antagónicas.

De este modo, es posible sostener que partir del legado a la teoría de las clases brindado por Marx y Weber es como durante buena parte del siglo pasado se entendieron. De esta manera, dicha teoría comúnmente se ha agrupado en dos grandes conjuntos: las teorías gradacionales y las teorías relacionales.

Quando se analiza la clase en términos gradacionales la división de la sociedad en grupos sociales tiene lugar en función del grado en que poseen la característica que constituye el criterio de división, el cual puede ser el nivel de renta, el estatus, las credenciales educativas, etc. Cuando se habla de clases en términos relacionales las clases sociales constituyen un sistema de dependencia mutua o unilateral, dependencia basada en relaciones causales (ALONSO; 1995: 30)

Una manera muy similar de analizarlas las ha señalado Gerhard Lenski. Para él, la teoría de las clases sociales se agrupa en teorías funcionalistas y teorías del conflicto. Las características más importantes, según sus estudios, son las siguientes:

Los teóricos del conflicto, como su nombre lo indica, consideran que la desigualdad social surge de la lucha por mercancías y servicios valiosos de los que hay escasez. Allí donde los funcionalistas dan importancia a los intereses comunes compartidos (sic) por los miembros de una

sociedad, los teóricos del conflicto destacan los intereses que dividen. Donde los funcionalistas insisten sobre las ventajas comunes que aumentan por obra de las relaciones sociales, los teóricos del conflicto subrayan el elemento de dominación y explotación. Donde los funcionalistas acentúan el consenso como la base de unidad social, los teóricos del conflicto hacen hincapié sobre la coerción. Donde los funcionalistas consideran las sociedades humanas como sistemas sociales, los teóricos del conflicto las ven como escenarios donde se libran luchas por el poder y el privilegio (LENSKI; 1969: 31)

Así pues, es fundamental pasar revista a los planteamientos más conspicuos de la teoría marxista y gradacional de las clases. Es lo que se presenta a continuación.

3. *La teoría marxista o relacional de las clases.*

Sin duda, la influencia del marxismo es evidente en el entendimiento del concepto de clase social. Una de las interpretaciones que se hicieron de Marx sobre las clases sociales fue entenderlas mediante su tarea histórica: (1) negación de su condición de clase (contradicción de clases)¹, (2) superación del capitalismo (revolución), y, (3) arribo a un estadio superior denominado socialismo (posteriormente comunismo). En este esquema se encuentra uno de sus máximos representantes: Georg Lukacs, quien intentó brindar una noción de clase como sujeto a partir de un fundamento ontológico y epistemológico. En sus propias palabras:

La totalidad del objeto no puede ponerse más que cuando el sujeto que lo pone es él mismo una totalidad y, por lo tanto, para pensarse a sí mismo, se ve obligado a pensar el objeto también como totalidad. En la sociedad moderna son exclusivamente las clases las que representan como sujetos ese punto de vista (LUKACS; 1968: 31)

La forma en que las clases sociales pueden realizar el movimiento entre una entidad *en sí* a otra *para sí*, y de este modo constituirse como sujetos de la historia, es mediante la consciencia de clase. Esta noción significó para Lukacs lo siguiente:

[...] la consciencia de clase es la reacción racionalmente adecuada que se atribuye de este modo a una determinada situación típica en el proceso de la producción. Esa consciencia no es, pues, ni la suma ni la media de lo que los individuos singulares que componen la clase piensan, sienten, etc. Y, sin embargo, la actuación históricamente significativa de la clase como totalidad está determinada en última instancia por esa consciencia, y no por

¹ Aquí el modo dicotómico en el estudio de las clases sociales de Ossowski puede quedar incluido.

el pensamiento, etc., del individuo, y sólo puede reconocerse por esa consciencia (LUKACS; 1968: 55)

Si bien para Lukacs la consciencia de clase no es atribuible a los individuos concretos, ésta tiene que entenderse como una totalidad abstracta en el que los sujetos que componen a las clases sociales tienen una tarea en común: construir el socialismo. ¿Pero quién fija esa tarea? Parece ser que son las mismas fuerzas motoras de la historia en las que el proletariado es el actor principal.

Como es natural, el proletariado tiene que partir de los datos de la situación inmediata. Pero se distingue de las demás clases por el hecho de que no se detiene ante los acontecimientos singulares de la historia, ni tampoco se deja simplemente arrastrar por ellos, sino que constituye él mismo la esencia de las fuerzas motoras y actúa centralmente sobre el centro mismo del proceso de desarrollo social (LUKACS; 1968: 74)

Esta noción de clase como sujeto entendido como una totalidad tiene implicaciones bastante serias, porque de antemano vislumbra un destino ya dado por la propia teoría. En este sentido, se piensa que las clases sociales tienen objetivos últimos que los teóricos ya vislumbraron *a priori*. El propio Lukacs es una prueba irrefutable de ello ya que según su interpretación de la teoría marxista, “una vez inaugurada la crisis económica definitiva del capitalismo, el destino de la revolución (y, con él, el de la humanidad) depende de la madurez ideológica del proletariado, de su consciencia de clase” (LUKACS; 1968: 76). De esta manera, “sólo la consciencia del proletariado puede mostrar el camino que lleva fuera de la crisis del capitalismo” (LUKACS; 1968: 83).

Se puede pensar que la noción de clase como sujeto conlleva a una concepción voluntarista de los individuos que componen a las clases sociales sin ningún vínculo estructural. En realidad es todo lo

contrario. El propio Lukacs ha señalado que la clase y su consciencia deben entenderse como una totalidad abstracta. En este sentido, paradójicamente, no son los sujetos los que hacen su historia, sino el camino revelado por la teoría la que les impone un destino histórico previamente configurado. En este contexto, esta noción es altamente determinista, no tanto por el constreñimiento de las estructuras (que sin duda existen dentro de los límites de las relaciones de producción económicas), sino más por los designios de la teoría (específicamente de la teoría marxista en una de sus interpretaciones.)

Otro de los autores que ha ahondado la perspectiva marxista ha sido Nicos Poulantzas de quien daremos los elementos más representativos de su teoría. Para ello, es necesario retomar un concepto fundamental para el marxismo y que fue puesto de relieve por él: *doble autonomía relativa*. Por esta abstracción se entiende la determinación entendida como *fijación de límites* por parte de lo económico en lo político y lo ideológico sin ser esto último un simple reflejo de lo primero. También, quiere indicar el modo en que las prácticas sociales no son un simple efecto mecánico de las estructuras, pues las estructuras y las prácticas son dos elementos que sólo se pueden entender teóricamente separados, pero al mismo tiempo, interrelacionados (POULANTZAS, 1968: 75)

En este sentido, la determinación de una estructura por otra, en las relaciones entre estructuras indica *los límites de las variaciones* de una estructura regional [económica, política e ideológica] respecto de otra (POULANTZAS: 1968: 112)

Ahora bien, es importante reconocer que esta autonomía relativa y el aparente determinismo no se centran en una concepción estática, externa, fija y lineal en su teoría, sino más bien, en una concepción de

límites interrelacionados, separados y habilitantes entre estructuras y prácticas. Para ello es necesario apuntar lo siguiente:

El concepto de práctica reviste aquí el *sentido* de un trabajo de transformación sobre un objeto determinado, cuyo resultado es la producción de algo nuevo que constituye o por lo menos puede constituir, una ruptura con los elementos ya dados del objeto (POULANTZAS: 1968: 39)

Retengamos aquí que la coyuntura aparece como los efectos [límites] de las estructuras sobre el campo de las prácticas [...] Estos límites regulan, en cuanto tales, un juego de variaciones posibles de las fuerzas sociales, en la intervención de la práctica política [o cualquier otra como económica, ideológica, cultural, etc.] sobre las estructuras . *La eficacia de la estructura sobre el campo de las prácticas está, pues limitada a su vez por la intervención en la estructura de la práctica política* [o cualquier otra práctica] (POULANTZAS, 1968: 113)

Debe hacerse notar que el concepto de coyuntura se relaciona con el de práctica, la cual, a su vez, también tiene la capacidad de modificar a las estructuras entendidas como límites susceptibles a transformación o reproducción. Esta capacidad de modificación la centra en un contexto de práctica transformadora que no sólo se contenta con modificar lo económico (relaciones de producción), sino también lo político (Estado y poder), y lo más interesante de todo, el lenguaje y representaciones usadas en la ideología (discursos más o menos coherentes dotados de sentidos) (POULANTZAS, 1968: 266.)

En este marco, el concepto de *doble autonomía relativa* en este autor rompe con el prejuicio de instalarlo en una corriente completamente determinista. Además, cuando nos menciona que las estructuras están limitadas por las prácticas, nos brinda la idea que la estructura sólo puede ser reproducidas en la práctica de los agentes, quienes a su vez se encuentran limitados por ésta. De esta manera, por clase social el autor greco-francés entiende

[...] un concepto que indica los efectos del conjunto de las estructuras, de la matriz del modo de producción o de una formación social sobre los agentes que constituyen sus apoyos: ese concepto indica, pues, los efectos de la estructura global en el dominio de las relaciones sociales. En este sentido, si la clase es un concepto, no designa una realidad que pueda ser situada en las estructuras: designa el efecto de un conjunto de estructuras dada, conjunto que determina [limita] las relaciones sociales como relaciones de clase. (POULANTZAS, 1968: 75).

En un primer momento es necesario resaltar que las clases sociales no son las estructuras, es decir, no constituyen el punto nodal de las matrices del régimen capitalista de producción. Al contrario, son la implementación práctica de dichas estructuras por parte de los agentes. En este sentido, no sólo aparecen en sus prácticas en lo económico, sino también en lo político y en lo ideológico. De este modo, clase social es un concepto y no un conjunto de individuos concretos que puedan estratificarse o tener una meta como sujetos históricos.

Aun así, parece que el sociólogo greco-francés tiene una visión de clase determinista, economicista y en donde los individuos no aparecen. No obstante, esto va cambiando cuando menciona que “las clases sociales no existen sino en la lucha de clases, con dimensión histórica y dinámica. La constitución, incluso la delimitación de las clases, de las fracciones, de las capas, de las categorías no puede hacerse más que tomando en cuenta esta perspectiva histórica de la lucha de clases” (POULANTZAS: 1976: 27). Esta perspectiva tiene su razón de ser en la distinción entre “determinación estructural de clase” y “posición de clase.”

Jamás se repetirá lo bastante que la distinción entre determinación estructural de clase y posición de clase no coincide con una

distinción entre lo económico (determinación) y lo político-ideológico (posición). La determinación de clase recubre puestos político-ideológicos objetivos [obviamente también económicos] [...] La distinción se halla aquí circunscrita por el espacio de la coyuntura [posición de clase] (POULANTZAS: 1976: 195. Los corchetes son de mi parte)

Es importante mencionar la distinción que realiza Poulantzas: determinación estructural de clase y posición de clase. La primera, se circunscribe en un análisis más amplio, un nivel sistémico (al nivel del modo de producción capitalista en sentido abstracto) en donde la clase social teóricamente es concebida como un concepto que designa lugares. La segunda, se enmarca en la coyuntura, es decir, en la realización práctica de las estructuras por parte de las clases sociales según sus posiciones, específicamente de sus agentes en la lucha de clases para su perpetuación o modificación, sin perder de vista el horizonte de la determinación estructural de clase. Con ello Poulantzas trató de señalar que los agentes no sólo son individuos pasivos que ocupan lugares de clase sin mayor problema, también son agentes con *praxis* capaces de modificar o conservar, en relación a sus diferentes posiciones y su propio horizonte histórico-estructural, la “determinación de clase.” (POULANTZAS, 1976: 24)

En esta vertiente también se inscriben autores como T. B. Bottomore, Ralph Miliband y Erik Olin Wright, los cuales, no pienso ahondar en la perspectiva de estos autores ya que se tratarán a mayor profundidad a lo largo de esta investigación. Sólo los enuncio como teóricos que también han ahondado en la teoría de las clases marxista. Ahora abordemos la teoría de la estratificación.

4. *La teoría de la estratificación o funcional de las clases.*

Naturalmente, como se ha sostenido en el apartado 1 de esta investigación, podemos rastrear esta noción desde el propio Max Weber. Pero, desde mi interpretación, la expresión más álgida se encuentra en el propio estructural-funcionalismo, específicamente en Talcott Parsons.

Si bien Ossowski ya había hecho una distinción entre el modo de gradación y el funcional para entender la teoría de las clases, no queda claro cuál es la diferencia específica entre ambos (OSSOWSKI; 1971, 69-70.) Si la gradación hace referencia a estratos, y estos son funcionalmente asequibles al sistema social dependiendo los roles de los actores, en realidad estamos en presencia de una típica concepción funcionalista. Por ello es que resalto, sintéticamente y en primer lugar, los aportes de Parsons dentro una noción de clase como estrato.

De este modo, para el sociólogo estadounidense dicha noción se entiende dentro del propio sistema de estratificación. Éste debe comprenderse como “la ordenación (ranking) diferencial de los individuos humanos que componen un sistema social dado y el orden de superioridad o inferioridad recíprocas que guardan sobre ciertos aspectos socialmente importantes” (PARSONS; 1967: 62)

Así, la clase como estrato se piensa como capas diferenciadas de bienes socialmente valorados y ocupaciones distintas por un sistema social constituido por individuos concretos. Esta valoración se tiene que realizar, según Parsons, desde una evaluación moral en donde los valores culturales mayormente estimados son la pauta para la diferenciación en el sistema de estratificación (PARSONS; 1967: 63). El sociólogo norteamericano identificó dos contextos de estudio de la estratificación: el sistema ocupacional y el sistema de parentesco. En el primero, se pueden encontrar dos características principales: a) es

individualista, en tanto que la ocupación es adquirida en sociedades modernas y no adscrita como en sociedades tradicionales; y, b) es jerárquica, ya que la superioridad o inferioridad en la ocupación está dada por habilidades intrínsecas de los individuos y/o porque poseen autoridad. En lo concerniente al sistema de parentesco, desde la visión parsoniana, en las sociedades modernas, la unidad de parentesco básica es la familia debido a que en su perspectiva el padre es quien trabaja en alguna ocupación, y por lo tanto, el estatus del patriarca se convierte en el estatus de la familia. De tal modo, la clase social para el sociólogo estadounidense es la articulación entre el sistema ocupacional y el de parentesco. En este sentido, nos brinda cinco pautas de diferenciación para la clase:

- a) La participación como miembro en una unidad de parentesco. El origen del nacimiento social es importante;
- b) Cualidades personales. El sexo, la edad, la belleza, la inteligencia son importantes para diferenciar a los actores dependiendo los valores culturales;
- c) Logros. Resultados evaluados de las acciones de los individuos;
- d) Posesiones. Objetos materiales pertenecientes a un individuo;
- e) Autoridad. Derecho de influir en las acciones de otros de una manera legítima;
- f) Poder. Capacidad para influenciar y hacer que otros hagan la voluntad del quien tiene la preminencia en la relación de poder (Cfr. PARSONS; 1967: 67-68)

De esta forma, el autor estadounidense definió a una clase social como “el grupo de personas que son miembros de unidades de parentesco efectivas que, como unidades, son valoradas de modo aproximadamente equivalentes” (PARSONS; 1967: 69) Así, las clases sociales son valoradas dependiendo las pautas de diferenciación social

(mencionadas en el párrafo anterior) que posean o a las que tengan posibilidad de acceso por el hecho de estar dentro del sistema de estratificación.

Desde este contexto, es necesario destacar una distinción en el seno de las propias teorías de la estratificación.

Dentro de la sociología hay fundamentalmente dos versiones de las concepciones gradacionales: una define las gradaciones de clase en términos de renta y la otra lo hace en términos de estatus social. La primera supone la definición más popular de clase social: la gente pobre constituye la clase baja, la gente con nivel de renta intermedio la clase media, etc. [...] La diferenciación en función del estatus consiste en jerarquizar a los miembros de una sociedad a partir de la evaluación que los demás hacen con respecto al resto de individuos. Normalmente esta jerarquización se basa en la ocupación. De este modo, las posiciones más altas en la jerarquía social estarían ocupadas por las profesiones de corte intelectual y las más bajas por las de corte manual (ALONSO; 1995: 30-31)

Así pues, “la estratificación puede definirse como las desigualdades estructuradas entre diferentes agrupamientos de individuos” (GIDDENS; 1996: 247). Es conveniente concebir la estratificación como los estratos geológicos de las rocas sobre la superficie de la tierra. Las sociedades pueden analizarse mediante jerarquías en una pirámide, con los más favorecidos en la cima y los menos privilegiados más cerca de la base. Los cambios de los individuos en el sistema de estratificación se han concebido en el concepto de “movilidad social”, aspecto que se contrapone a las teorías relaciones o marxistas de las clases.

Así pues, las características que sintetizan al agrupamiento de las clases sociales entendidas como estratos-funcionales se pueden enumerar de la siguiente manera:

- a) Énfasis en la dimensión distributiva de la desigualdad, detrimento de su dimensión relacional, esto es, énfasis en la asignación de diversas recompensas sociales consideradas como atributos de los individuos y los grupos
- b) Imagen gradualista de la estratificación, que se desprende de la adopción de aquella óptica distributiva y tiende a situar a los individuos en un *continuum* más o menos ininterrumpido de la base a la cima
- c) La insistencia del carácter multidimensional de la estratificación, en cuanto que se entiende que cada uno de los atributos considerados tiene una naturaleza cualitativamente diferente y, por tanto, hay una diversidad de principios de estratificación independientes e irreductibles entre sí
- d) Predominio de una comprensión nominalista de los estratos diferenciados. Los estratos parecen no tener existencia real, no dan lugar a comunidades. Más bien se trata de simples estratos estadísticos contruidos por el investigador
- e) Insistencia en el carácter evaluativo de la estratificación
- f) Tendencia a explicar la desigualdad social en términos de su valor funcional, es decir, las diferentes ocupaciones tienen una asignación diferencial de recompensas a partir de su mayor relevancia para el funcionamiento de la sociedad
- g) Orientación consensualista, de modo que acentúa la integración y el equilibrio frente al conflicto de intereses (ALONSO; 1995: 32-33)

De esta manera, el problema de esta noción radica principalmente en este punto: si las clases son gradaciones de individuos o grupos de individuos que están dentro de un sistema de estratificación según la valoración moral-cultural de bienes aceptados socialmente, entonces tendríamos infinidad de clases en relación a distintas valoraciones en vinculación a diferentes sistemas de estratificación (económicos, políticos, culturales, etc). Es más, habrían tantas gradaciones que cada institución de un subsistema social tendrían otras tantas gradaciones, y en consecuencia, otras tantas

clases sociales. En fin, habrían tal infinidad de clases que sería casi imposible la existencia de una gradación convencionalmente aceptada entre clase baja, media y alta. ¿Hasta dónde diferenciarlas entre cada una de ellas, y, hasta qué punto tendríamos que gradar más subclases (clases media-alta, media-media, media-baja, infrabaja, etc.)? Es más, ¿quién definiría el parámetro de gradación? ¿El propio sistema, los individuos que componen a las clases o el investigador?

Esta es una primera dificultad: hacer asequibles teóricamente a las clases sociales. Otro problema de igual envergadura es la clásica crítica marxista: ¿dónde se encuentra la contradicción y la lucha de clases? Esta es una temática que ya ha sido abordada ampliamente, aunque es menester recordar que para Parsons –y en general para el estructural-funcionalismo– su preocupación principal fue abordar el problema del orden en los sistemas sociales (Cfr. GIDDENS; 1981: 29). Además, el propio Giddens reconoce que aunque estemos en presencia de un sistema de estratificación perfecto, siempre existirá la estructura de una pirámide. Es decir, siempre habrán pocos lugares para las posiciones de privilegio, y muchas para las posiciones desfavorecidas (GIDDENS; 1996: 277) Esto quiere indicar que la movilidad implica que el ascenso de unos, tiene consecuencia en el descenso de otros. Trasladado en lenguaje marxista, eso se llama contradicción y lucha de clases.

No obstante, grandes teóricos de la teoría de la estratificación como Bernard Barber justifican esta problemáticas. Según él, la estratificación social tiene una doble función: integradora e instrumental. La función integradora hace referencia a la legitimidad de la estratificación, o sea, convence a la mayor parte de los componentes de una sociedad de que se ha hecho justicia al distribuir desigualmente a las personas. En este sentido, la estratificación expresa una tabla

común de valores. La función instrumental o adaptativa se refiere al hecho que la sociedad proporciona un conjunto de servicios y recompensas a los individuos para que realicen las tareas que tienen en comendadas (BARBER; 1964).

A pesar de estas justificaciones, parece ser que los individuos que componen a las clases sociales sólo tienen su razón de ser en la medida en que funcionalmente cumplen con las necesidades valorativas del sistema. En este sentido, el sistema social es el que ya ha impuesto la escala de valores, de los cuales, los individuos sólo se verán beneficiados por las recompensas que puedan obtener. Así, la noción de clase como estrato funcional es altamente determinista, en tanto que los individuos cumplen las necesidades funcionales del sistema y sólo ocupan las posiciones que ya se tienen determinadas por la escala valorativa. Además, parece ser que los estratos sólo son construcciones de los investigadores. Entre los agentes que componen a las clases no parece hallarse una identidad, una ideología o una contradicción en común que cohesione al conjunto de individuos que componen un estrato, y así puedan constituir una clase que no esté plenamente determinada por las necesidades del sistema.

Hemos visto los aportes clásicos de la teoría de las clases en Marx y Weber. Con base en estos dos autores hemos observado los planteamientos generales y conspicuos de la teoría marxista y de la estratificación. Ahora es necesario centrarnos en las contribuciones más importantes de la teoría de las élites. Es lo que se presenta a continuación.

B. Panorama general sobre la teoría de las élites.

1. Recorrido etimológico e histórico de la palabra élite.

La palabra élite proviene del latín "eligere" que quiere decir "los elegidos". En la antigua roma los "eligere" provenían de los patricios. A éstos se les encargaban las tareas específicas del arte, los altos puestos políticos imperiales/provinciales o el ejercicio religioso del sacerdocio. Esta palabra se perdió en el lenguaje de la época medieval hasta que los franceses la recuperaron. "El término francés élite es el sustantivo correspondiente al verbo *elire* (escoger) y hasta el siglo XVI, fue tan solo *choix* (elección, acción de escoger)" (FERRANDO, 1976, p. 7). En el siglo siguiente adquirió más que un sentido comercial, y fue utilizado para designar a los bienes de calidad especial. Fue en el siglo XVIII cuando se utilizó para determinar mediante esta palabra a algunos grupos sociales y con tal sentido pasó al inglés. Elite empezó a constituirse en el significado que hoy es usual durante la *Belle Epoque*, y se difundió extraordinariamente al socaire de la boga de los autores del primer tercio del siglo XX, específicamente en Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels. En síntesis, podemos decir que el significado de la palabra élite es una palabra francesa (*elite*), que a su vez proviene del latín *eligere*, que quiere decir elegido o escogido (ALBERTONI, 1992: 11).

De esta manera, es necesario señalar que las características centrales del pensamiento elitista son las siguientes:

En el centro de la perspectiva teórica elitista está, entonces, naturalmente el principio minoritario; o sea, la idea de que la sociedad en general o la sociedad política, en especial, siempre se caracteriza por la división entre una minoría que gobierna y una mayoría que obedece. Esta contraposición es de naturaleza predominantemente política, también en forma más o menos directa y, como tal, constituye claramente una réplica del marxismo. (STOPPINO; 2001: 128)

Es de este modo que la teoría de las élites se han dividido en dos grandes momentos: en primer lugar, los aportes clásicos de los italianos Pareto, Mosca y Michels a principios del siglo XX; en segunda instancia, los aportes de la sociología norteamericana, en especial, las teorías de Harold Lasswell y C.W Mills. En palabras Mario Stoppino:

La primera de estas etapas se coloca temporalmente entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX; y está influida por la escuela elitista italiana de Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michels [...] la escuela italiana formula y elabora con riquezas de desarrollos el principio minoritario, según el cual es siempre una minoría quien gobierna y guía a la mayoría de una sociedad. La segunda etapa se desarrolla a finales de los años veinte y a finales de los cuarenta y tiene su núcleo en la escuela de Chicago de Charles Merriam y Harold Lasswell (STOPPINO; 2001: 125).

Es así que prestaremos atención a las aportaciones de Pareto, Mosca, Michels, Lasswell y Mills. Quizá este último no esté contemplado por Mario Stoppino, pero es interesante enfocar sus contribuciones a la teoría de las élites que se enmarcó en un contexto bastante peculiar: la guerra fría.

2. *Las aportaciones de la escuela italiana de las élites.*

i. *Élite como sujetos con propiedades mentales: el caso de Vilfredo Pareto.*

Comúnmente se ha señalado que la teoría de las élites en Pareto es de carácter psicológico porque es inmanente a la naturaleza de las mentalidades de los individuos en cualquier momento histórico. Características como la riqueza o los ingresos se deben a capacidades intrínsecas de las personas.

En lo concerniente al nivel de ingresos, como el nacimiento de la riqueza, tales capacidades son en efecto decisivas en el análisis paretiano, puesto que involucran factores psicológicos fundamentales que, según Pareto, permanecen constantes en todas las épocas y en todas las sociedades, y están en la base de la morfología y de la dinámica social y política. (STOPPINO; 2001:129).

De esta manera, el método con el que procede Vilfredo Pareto es claramente inductivo, es decir, parte de la naturaleza humana, para posteriormente generalizarla a todo el conjunto de la sociedad. En sus propias palabras nos dice que “[...] vamos a estudiar las acciones humanas, el estado de ánimo al que [aquellas] corresponden y las formas en las que éste se manifiesta; y ello para llegar finalmente a nuestro objetivo, a saber, el conocimiento de las formas sociales” (PARETO; 1968: 32)

A partir de este método, el autor italiano señaló que hay ciertos componentes que son privativos en la división de los individuos. Sin embargo, ¿cuáles son los factores determinantes que procuran que algunas personas sean superiores natural y mentalmente que otros? El teórico italiano nos dirá que son los instintos y los residuos. Pero, ¿qué significan estos?

Los residuos constituyen un conjunto de numerosos hechos [...] Los residuos corresponden a ciertos instintos de los hombres; por este

motivo suelen carecer de una precisión y una delimitación rigurosas [...] Hay que andar con cuidado para no confundir los residuos con los sentimientos ni con los instintos a los que corresponden. Los residuos son la manifestación de estos sentimientos e instintos, de la misma manera que la elevación del mercurio en el tubo de un termómetro es la manifestación de un aumento de la temperatura [...] Las proposiciones completas serían: los sentimientos o instintos que corresponden a los residuos, además que de los que corresponden a los apetitos, intereses, etc., desempeñan un papel principal en la determinación del equilibrio social (PARETO; 1968: 459-461)

Si bien la definición es muy oscura, podemos señalar que los residuos son la conjunción o efecto de los sentimientos y los instintos naturales de los seres humanos. Especialmente, son los intereses que cada una de las personas tienen para satisfacer sus necesidades instintivas y sentimentales. Aun así, la definición es poco clara. Él mismo reconoció esta dificultad. A pesar de ello, este elemento fue el que estableció como fuente primaria para la elaboración de su teoría de las élites. Elementos como los instintos y los sentimientos son, naturalmente, propiedades intrínsecas de las mentalidades de los individuos. Pareto identificó seis clases de residuos:

- a) Combinaciones. Es cuando los sentimientos y los instintos aparecen en las acciones de los individuos
- b) Persistencia de los agregados. Es cuando alguno de los dos es el predominante en la acción.
- c) Necesidad de manifestar los sentimientos por actos externos. Los sentimientos se manifiestan por presiones de otros individuos o de la misma naturaleza
- d) Residuos de sociabilidad. Son los sentimientos e instintos compartidos por un conjunto de individuos más amplios.

- e) Integridad del individuo y de sus dependencias. Son las discordancias entre residuos individuales y su relación con los instintos de otros individuos en la sociedad
- f) Residuo sexual. Son los instintos de reproducción de los individuos y las sociedades (LAURIN-FRENETTE; 1989: 35)

Estos residuos que son propios de la naturaleza humana se trasladan a las sociedades. Desde la teoría del autor italiano, la sociedad se considera como un conjunto de individuos que deciden agruparse en un conglomerado más amplio. Así pues, la distribución proporcional de los residuos es el objeto de la sociología, según Pareto.

Esta proporción puede ser considerada desde dos puntos de vista, estableciendo la comparación: 1) entre poblaciones en general de países diferentes o entre poblaciones en general del mismo país, pero en momentos diferentes; 2) entre clases sociales, y principalmente entre la clase gobernante y la clase gobernada (PARETO; 1968: 1601)

Como podemos observar, los residuos son posibles estudiarlos en la comparación entre las clases sociales, principalmente entre la clase gobernante y la gobernada. De esta manera, llegamos al concepto de élite en Pareto. Cabe recordar, que las palabras élite o clase gobernante fueron usadas por este autor de una manera indistinta. Así, para el autor italiano “la noción principal del término élite es la de superioridad. [...] En un sentido amplio, entiendo por élite de una sociedad las gentes [sic] que poseen en un grado notable cualidades de inteligencia, de carácter, de destreza, de capacidad de todo género” (PARETO; 1968: 1295)

Aquí observamos claramente que la noción de élite en el autor italiano es considerada como producto de mentalidades y capacidades intrínsecas de los individuos. Cualidades o “residuos” como él llamaría, tales como inteligencia, destreza o carácter son propios de los sujetos y

que utilizan como residuos superiores para sobreponerse al resto de las personas que conforman una sociedad. De esta manera, es naturalmente aceptable que las sociedades se dividan entre los “elegidos” y los “demás” puesto que los primeros tienen capacidades mentales superiores al resto.

Hagamos por tanto una clase de los que tienen los índices más elevados en la rama de su actividad a la cual daremos el nombre de clase elegida [élite] [...] Para el estudio que nos ocupa, que es el equilibrio social, ayuda ahora a dividir en dos esta clase, a saber: clase elegida, o sea que separemos a los que, directa o indirectamente, toman parte notable en el gobierno y constituirán la *clase elegida de gobierno*. Lo que queda será la clase elegida, de no gobierno” [...] o sea: 1) el estrato inferior, la *clase no elegida*, de la que por ahora no vamos a indagar qué tarea desarrolla en el gobierno; 2) el estrato superior, la *clase elegida*, que se divide en dos, a saber: a) clase elegida de gobierno; b) la clase elegida de no gobierno (PARETO, 1987: 531-534)

De esta manera, para este el escritor de la península itálica las sociedades se dividen en dos: “los elegidos” (clase elegida o élite) y los “no elegidos” (clase no elegida o masa). Dentro de los “elegidos” es necesario distinguir una escisión más: la “clase elegida de gobierno” (clase gobernante o élite gobernante) y la “clase elegida de no gobierno” (la élite en términos amplios). Tanto la élite elegida de gobierno y de no gobierno, estarán en constante circulación para mantener un equilibrio social. Por lo tanto, es necesario tomar en cuenta el concepto de *circulación de élites*

Puesto que las clases elegidas se alternan, la clase elegida de gobierno está en un estado de continua y lenta transformación, corre como un río, y la de hoy es distinta a la de ayer. De vez en cuando se observan repentinas y violentas perturbaciones, igual que las inundaciones de un río; y, después, la nueva clase elegida

de gobierno vuelve a modificarse lentamente; el río vuelve a su lecho, corre de nuevo regularmente (PARETO, 1987: 539)

Dicha circulación se puede dar por las siguientes causas:

Sea por una más lenta circulación de la clase elegida, o por otra causa, se acumulan en los estratos superiores elementos decadentes que ya no tienen más los residuos aptos para mantenerse en el poder, que rehúyen al uso de la fuerza, mientras crecen en los estratos inferiores los elementos de cualidad superior que poseen las características necesarias para ejercer el gobierno, estando dispuestos a emplear la fuerza (PARETO, 1987: 539)

Es evidente que para Pareto la circulación de la élite de gobierno se debe al propio desgaste de su posición, lo que provoca que dentro del mismo estrato superior se conforme una élite alternativa capaz de confrontarse y afianzarse en el poder. En este caso, estaremos en presencia de un típico caso de circulación de élites debido a que la “vieja” elite gobernante dejará cumplir con sus funciones, pero ello no implica que haya dejado de pertenecer a la “clase elegida” en general.

Sin embargo, los cambios en las élites de la sociedad que se deben al desgaste propio de la antigua clase gobernante y al nacimiento de una nueva que pelea por la posición, es necesario circunscribirlas a ciertas cualidades mentales e intrínsecas de los individuos. Veamos el porqué en la larga cita que presentamos a continuación.

Para impedir la violencia o para oponerse a ella, la clase dominante recurre a la astucia, al fraude, a la corrupción; en pocas palabras, el gobierno del león se convierte en zorro. La clase gobernante se inclina ante la amenaza de la violencia, pero no cede más que en apariencia y se esfuerza por esquivar el obstáculo que no puede superar abiertamente. A largo plazo, esta manera de actuar produce un efecto poderoso sobre la elección de la clase gobernante, en la que sólo los zorros son llamados a participar, mientras que los leones son rechazados [...] Respecto a los gobernados, nos encontramos con las

relaciones siguientes, que en parte corresponden a las precedentes: si existe en la clase gobernada un cierto número de individuos dispuestos a emplear la fuerza, y si éstos tiene jefes capaces de conducirlos, a menudo la clase gobernante es desposeída y otra ocupa su lugar. El hecho se produce fácilmente si la clase gobernante se mueve fundamentalmente por sentimientos humanitarios [...] Resulta, por el contrario, más difícil desposeer a una clase gobernante que sabe servirse de la astucia, del fraude, de la corrupción, de una manera prudente. Y es muy difícil si esta clase consigue asimilar al mayor número posible de los que en la clase gobernada tienen las mismas dotes, saben emplear los mismos artificios, y, en consecuencia, pudieran ser los jefes de los que están dispuestos a hacer uso de la violencia [...] Por otra parte, a la larga, la diferencia de naturaleza entre la clase gobernante y la clase gobernada se acrecienta: en la primera, los instintos de combinaciones tiene tendencia a predominar; en la segunda, son los instintos de persistencia de los agregados los que manifiestan esta tendencia. Cuando la diferencia se hace suficientemente grande, se producen revoluciones. Esto da a menudo poder a una nueva clase gobernante, que presenta un refuerzo de los instintos de persistencia de los gobernados (PARETO; 1968: 1386-1388)

Residuos o cualidades mentales como la astucia, el fraude, la corrupción son los principales instintos que tienen los miembros de la clase gobernante para preservarse en su posición. Cuando otro grupo pone entredicho su dominio no tiene más remedio que convertirse nuevamente en una clase gobernante con los mismos residuos que la anterior. No obstante, ello se tratará de combatir en la medida en que la “antigua” clase gobernante trate de cooptarlos en sus filas. Pero si las discrepancias son demasiadas, se producirán grandes revoluciones.

Como hemos podido observar, la teoría de las élites en Pareto tiene una veta indiscutible de voluntarismo individualista. Todo se reduce a las capacidades mentales –o como Pareto llamaría “residuos”– de los individuos. Las diferencias naturales se trasladan como

desigualdades sociales, conformándose una élite o una clase gobernante. Para su mantenimiento, es necesario que eche mano nuevamente de sus cualidades naturales intrínsecas. El fraude, la corrupción, la astucia, más que la fuerza, son los elementos fundamentales para el sustento de las élites. Cuando otro grupo lucha por ocupar la misma posición tendrá dos caminos: ser cooptados por la “vieja élite” o luchar en una revolución hasta convertirse en una nueva clase gobernante. Para llegar a ello, no tendrá más remedio que usar los mismos residuos que usó la élite antecesor. Es así como se repiten los ciclos de circulación de élites y de equilibrio social, según la teoría de este autor italiano.

De este modo, podemos decir que el defecto principal de la teoría de Vilfredo Pareto consiste en los presupuestos. Pensar que los individuos poseen cualidades intrínsecas inmanentes a todos los tiempos, y que ello es suficiente para trasladar esas diferencias naturales en desigualdades sociales es un error de partida incuestionable. Los argumentos para sostener ello es que, aparte de justificar las desigualdades como productos de la naturaleza humana, todo se reduce a las mentalidades de los individuos. En este sentido, los sujetos son capaces de manejar a voluntad la permanencia de las élites. No existen constreñimientos estructurales, a no ser que sean los que propia naturaleza humana haya impuesto. En este sentido, la teoría de Pareto es considerada como una noción de sujetos con propiedades mentales.

ii. *Élite como producto de la organización social: los casos de Gaetano Mosca y Robert Michels.*

Habíamos dicho que la teoría de las élites en Vilfredo Pareto se fundaba en cualidades mentales de los individuos. En Mosca y Michels ocurre lo contrario. En ellos el principio fundamental de la constitución de las élites se debe a la propia organización de las sociedades humanas. Aunque es menester señalar que, sobre todo en Mosca, las cualidades individuales son también importantes.

Con Pareto, el principio minoritario se asienta en fundamentos psicológicos y observa la sociedad en general; con Mosca el principio minoritario se funda prevalemente sobre la noción de organización y atañe directamente a la política. (STOPPINO; 2001:128)

De esta manera, Gaetano Mosca también vislumbró ciertos avances, especialmente con el concepto de clase política. Este puede ser entendido “como minoría organizada de gobernantes que siempre existe y siempre se impone a la mayoría desorganizada de los gobernados” (ALBERTONI, 1992: 82). En palabras de Mosca:

En todas las sociedades regularmente constituidas en las cuales existe lo que se llama “gobierno”, además de observar que la autoridad de éste se ejerce en el nombre universal del pueblo, o bien de una aristocracia dominante o de un único soberano [...] encontramos muy frecuentemente otro hecho: que los gobernantes, aquellos que tienen en sus manos los poderes públicos y los ejercen, siempre son una minoría y que debajo de ellos existe una clase numerosa de personas, las cuales, al no participar nunca realmente de ningún modo en el gobierno, no hacen más que soportarlo; éstos se pueden llamar los gobernados (MOSCA, 2001, 19)

De forma simultánea en la que este autor italiano utilizó el concepto de clase política/gobernante, usó otro de igual relevancia: *clase dirigente*. Este se ha entendido, desde las interpretaciones de

Giovanni Sartori o Ettore Albertoni, como “todas las minorías dirigentes, políticas, económicas, sociales, religiosas, intelectuales, tecnológicas, militares, burocráticas, etc. *Clase política* es un subgénero de la clase dirigente, parte de la clase dirigente que se encarga del ejercicio del poder” (ALBERTONI, 1992, 89)

Como se puede ver, clase dirigente bien le cabe el nombre de élite tal como lo definió Pareto, y la clase política es una “subclase” o “sub-élite” de la élite o de la clase dirigente. En este sentido, tanto Pareto como Mosca, coinciden relativamente en su concepción de clases desde el punto de vista teórico-político. Incluso, también es coincidente con la forma en que Mosca resalta las cualidades individuales de los componentes de la clase política, empero, el efecto de la “organización” de la clase también es importante ante las cualidades mentales. Este argumento lo sintetiza magistralmente Mario Stoppino, según las características de la clase política en Gaetano Mosca.

El primero es que los individuos que forman parte de la clase política poseen usualmente cualidades como el valor militar, la riqueza, la autoridad religiosa o la cultura científica, que les dan una superioridad material e intelectual o, incluso, moral. El segundo hecho, aún más importante y decisivo que el primero, es que la clase política es una “minoría organizada”, cuya acción coordinada obediente a un único pulso, triunfa sobre la mayoría desorganizada que no tiene ni voluntad ni acción común (STOPPINO; 2001:131)

Así, el principio de organización de la clase política es el factor fundamental y distintivo con respecto al resto de la sociedad, aunque las cualidades individuales también tienen mucho peso. Dentro de esta línea es posible también agregar los aportes de Robert Michels. Sus contribuciones a la teoría de las élites se ubican en tres sentidos:

- a) La ley de la necesidad histórica de la oligarquía. La experiencia muestra que “el surgimiento de un liderazgo es un fenómeno que acompaña necesariamente a toda forma de vida social” (MICHELS, 1978, 522)
- b) La demostración histórica y empírica de las oligarquías en los partidos políticos y, en general, en las organizaciones sociales. Al respecto Michels nos dice: “ la organización es por sí misma la causa del predominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandados, de los delegados sobre los delegantes” (MICHELS, 1978, 522)
- c) La vinculación con el problema de la democracia. Si los partidos son oligárquicos, y si éstos “democráticamente” son elegidos, lo que en realidad se están eligiendo son oligarquías o élites, es decir, no estarán representadas las mayorías.

En este contexto, las contribuciones de Michels se deben entender dentro del marco de instituciones formalmente sancionadas. El propio Estado, pero también los partidos políticos, son una muestra clara de lo que ocurre prácticamente dentro de cualquier organización humana: la formación de oligarquías que se conforman como una clase diferente a las mayorías. Si bien los aportes de Michels están vinculados a sus estudios sobre los partidos políticos, y en especial, del funcionamiento de la democracia, ello no exime el reconocimiento de sus observaciones al estudio de las clases sociales.

A pesar de las similitudes entre Mosca y Michels existen diferencias que son necesarias vislumbrar.

De todo cuanto he dicho hasta el momento, el tratamiento que Mosca y Michels hacen sobre el tema de la organización es diferente y opuesto. Para Mosca la minoría crea la organización: la minoría se organiza para imponer su poder. Para Michels la organización crea la minoría: las

exigencias de supervivencia y de éxito de la organización producen la oligarquía. (STOPPINO; 2001: 132)

De este modo, la forma de proceder en Mosca con respecto a la constitución de las élites va de los individuos a las organizaciones; mientras que para Michels, radica en lo contrario, las necesidades de las organizaciones crean a las élites compuestas por sujetos. Esta diferenciación es fundamental para resaltar algunas críticas:

Concluyendo, es necesario mencionar que la mayor debilidad de la teoría minoritaria de Mosca está en la simplicidad de su núcleo central: la contraposición gobernantes-gobernados. En todas las formulaciones que nos ha dado, tal contraposición parece sobre todo pobre: una minoría organizada que monopoliza el poder y trae consigo ventajas que los unieron, y una mayoría desorganizada que obedece y que provee a la minoría de los medios con los cuales está explica su actuar. En definitiva se trata de una pura y simple contraposición de mando y obediencia. (STOPPINO; 2001: 134)

A pesar de estas deficiencias, es posible señalar que la noción de élite como organización vislumbra el factor estructural propio de las sociedades humanas. En este sentido, la organización crea una estructura propia en la que los individuos que componen a las élites la necesitan para el mantenimiento de su poder. No obstante, el problema de ambos autores es que son extremos en sus planteamientos. Para Mosca, como ya lo vimos, son los agentes quienes crean a la organización. En este sentido, se sigue pensando en una concepción voluntarista. La organización sólo es una estructura que se usa como medio para el sustento de la clase política. En contraparte, para Michels la élite es plenamente un producto de las necesidades de la organización. Aquí, el agente sucumbe irremediabilmente ante los requerimientos de la estructura organizativa. Por ello la “ley de hierro de las oligarquías” es inseparable a esta concepción.

3. *Las aportaciones de la escuela norteamericana de las élites*
i. *Élite como sujeto con propiedades sociales: el caso de Harold Lasswell.*

En ulteriores desarrollos más sofisticados es posible encontrar las contribuciones de la escuela norteamericana de las élites. Un ejemplo palpable lo podemos hallar en Harold Lasswell. En él es posible encontrar dos momentos teóricos. El primero de ellos nos lo menciona Mario Stoppino.

Como se vio, Pareto construyó su clase elegida sobre la base de los grados más elevados de capacidad y de éxito que se podrían atribuir a los individuos que se ocupan en cualquier ramo de la actividad humana [...] Lasswell simplifica y elimina más precisamente los procedimientos de Pareto, por un lado prestando atención principalmente al éxito así como a la capacidad de cada individuo, y, por el otro, refiriendo los indeterminados “ramos de la actividad humana” a una breve enumeración de “valores” “[...] por eso Lasswell pone junto a la riqueza (que llama ingresos) otros dos valores la deferencia y la seguridad [...] [Otra corrección es que] son políticas no solamente las decisiones de los gobernantes sino también aquellas de un gran operador económico privado o de una autoridad religiosa, los cuales no forman parte directa o indirecta en el gobierno. (STOPPINO, 2001: 137 -138)

El sociólogo estadounidense parte del mismo supuesto de Pareto: los individuos poseen cualidades inmanentes que indefectiblemente los diferencian de otros. El aporte, es que estas cualidades no son naturales, sino que provienen de una escala de valores que la sociedad otorga, como por ejemplo: la riqueza, la deferencia y la seguridad.² Igualmente, la élite no sólo se restringe a la esfera política, sino a otro tipo de actividades sociales. Aunque es importante aclarar que Pareto, al igual que Mosca, no sólo

² Algún parecido con la visión como estratos funcionales de las clases sociales, es “mera coincidencia”.

circunscribieron a la élite en términos exclusivamente políticos sino al conjunto de la vida social.

[...] él distingue entre la élite de poder que está formada por aquellos que tienen una posición de vértice en la pirámide del poder y es la única que tiene conexión directa con la política, y el conjunto de personas que tienen posiciones altas respecto de los otros valores importantes y que forman a su vez una élite o clase dominante, la cual provee la base del reclutamiento de la élite política, y cuyos intereses están representados por esta última. (p. 140)

Por otra parte, en el segundo momento, Lasswell ahonda en los tipos de valores que diferencian a la élite de los demás y en la distinción entre influencia y poder.

Él identifica cuatro valores de bienestar [...]: bienestar físico, riqueza, habilidades (la habilidad en cualquier arte o tarea) y saber (el conocimiento y la información relativas a las relaciones interhumanas); y cuatro valores de deferencia que consisten en el hecho de que el sujeto es tomado en consideración en las acciones de los otros: poder, respeto (prestigio, honor, etc), afecto y rectitud (reputación moral).

En segundo lugar, Lasswell distingue entre “influencia” y “poder”. La influencia es definida en términos de los valores que se poseen, y valores que se poseerán en el futuro [...] El poder, a su vez, es un caso especial de ejercicio de influencia: una influencia apremiante o mejor participación en las decisiones que modifican las líneas de conducta de los otros mediante sanciones graves (previstas, negativas o positivas) (STOPPINO; 2001: 139)

De esta manera, ya no serán los “residuos” los que distingan a la élite, sino valores de bienestar y deferencia. La posibilidad no sólo tenerlos, sino de ejercerlos en la toma de decisiones, es lo que distingue la influencia del poder. En este contexto, si se consideran los aportes de Lasswell en la medida en que la noción de poder la sustituye por el de gobierno, es necesario corregir que eso no es cierto, el propio Pareto ya lo había diferenciado. Lo que a mi parecer es más importante

en el autor Norteamericano es que los marcos de desigualdad entre la élite y la masa ya no se circunscriben en elementos naturales de los individuos, sino en cualidades que indefectiblemente poseen, pero que son otorgadas y justificadas socialmente. En consecuencia, son la probabilidad de tener influencia, y desde luego, poder.

Aun así, parece ser que son los sujetos a los que “mágicamente” la sociedad les otorga ciertos atributos o valores sociales. Este autor norteamericano no explicó el modo en que estructural y socialmente las cualidades de los individuos son inmanentes a ellos. Él partió del mismo supuesto de Pareto: algunos sujetos poseen cualidades que los diferencian y que los sobreponen al resto de los demás. La única distinción es que para Pareto estas cualidades eran otorgadas de un modo natural y posteriormente eran justificadas socialmente. Mientras que para Lasswell son otorgadas socialmente, y en un mismo movimiento sin explicación, las sociedades los aceptan como si fueran naturales.

Hemos revisado sintéticamente los aportes de Harold Lasswell, así como algunas de sus limitaciones muy emparentadas a las de Pareto. Bajo este marco es indispensable prestar atención a las contribuciones de otro autor: C.W Mills. Es lo que veremos en el siguiente ítem.

ii. *Élite como grupo superior cohesionado: el caso de C.W. Mills.*

Otro autor que ha contribuido a la teoría de las élites ha sido C. W. Mills para quien el concepto de “élite de poder” significó lo siguiente:

Así concebida, la élite es una serie de altos círculos cuyos miembros son seleccionados, preparados y certificados, y a quien se permite el acceso íntimo a los que mandan las jerarquías institucionales impersonales de la sociedad moderna. Si hay una clave para penetrar la idea *psicológica* de la *élite*, es que los individuos de ésta reúnen en su persona la conciencia de una facultad impersonal de adoptar decisiones y sensibilidades íntimas que comparten entre sí. Para comprender la élite como clase social, tenemos que examinar toda una serie de pequeños ambientes en que las personas se tratan íntima y directamente, el más obvio de los cuales, históricamente, ha sido la familia de la clase alta (MILLS, 1987, 22)

Es necesario analizar esta definición de Mills. En primera instancia, la élite son “una serie de altos círculos”, es decir, son agrupaciones que tienen lazos y redes en común. En segundo lugar, es que “la psicología de la élite es impersonal”, dicho de otra manera, si bien los miembros de ésta son conscientes de su pertenencia, lo que en realidad importa es su posición dentro de la élite. Por último, a las élites hay que entenderlas “dentro de sus ambientes sociales como la familia”, es decir, las élites sólo son importantes en tanto grupos unidos y cohesionados por lazos íntimos o sociales.

Por otra parte, en la anterior esta cita es posible rastrear que el concepto de élite lo llegó a emparentar con el concepto de “clase dominante.” Sin embargo, esto sólo puede ser una ilusión conceptual. A decir de él:

Clase dirigente/dominante es una expresión mal entendida. “Clase es un término económico; “dirigir” es un término político”. Así la

frase “clase dirigente/dominante” contiene la teoría de que una clase económica dirige políticamente. Esta teoría resumida puede ser o no cierta a veces, pero no queremos transmitir esta teoría bastante sencilla, en los términos que utilizamos para definir nuestros problemas; queremos exponer las teorías explícitamente empleando términos de significado más preciso y unilateral. Concretamente, la frase “clase dirigente/dominante”, en sus connotaciones políticas comunes, no concede bastante autonomía al orden político y a sus agentes, y no dice nada de los militares como tales. El lector debe saber ya a estas alturas, que no aceptamos el simple punto de vista de que los grandes hombres del sector económico toman unilateralmente todas las decisiones de importancia nacional. Sostenemos que este simple criterio de “determinismo económico” debe ser elaborado por “determinismo político” y “determinismo militar”; que los más altos agentes de cada uno de estos tres sectores disfrutan ahora de un grado visible de autonomía; y que sólo elaboran y aplican las decisiones más importantes con los trámites a menudo intrincados de una coalición. Estas son las principales razones por las que preferimos “élite de poder” a “clase dirigente/dominante”, como expresión característica que denomina los altos círculos, cuando los consideramos en términos de poder (MILLS, 1987: 260)

Como es posible observar en esta larga cita, la preocupación de Mills fue que el concepto de élite permite captar situaciones de dominio y poder más amplios, y al mismo tiempo, escapa del determinismo economicista de un marxismo claramente mecánico que se entendía en su tiempo. Así, identificó tres grandes grupos homogéneos que tomaban las decisiones en Estados Unidos en la primera mitad del siglo pasado. Estos son los grandes empresarios, los altos mandos del Estado y los altos mandos militares. Dichos grupos están lo suficientemente cohesionados para tomar las decisiones más

importante que afectan a una sociedad, y al mismo tiempo, tienen el suficiente poder para imponer sus intereses.

De esta manera, el concepto de élite de poder en este autor estadounidense implica tomar en cuenta lo siguiente: a) las tendencias institucionales que condicionan el accionar de las élites; b) las similitudes sociales y psicológicas de ellas, tomando en cuenta sus vínculos familiares y educativas; y c) las ramificaciones e implicaciones que tienen las decisiones y las acciones de las élites sobre la sociedad en su conjunto (Cfr. MILLS. 1987: 276) Con ello, C.W. Mills intenta visualizar el marco estructural-institucional que condicionan a los grupos de la élite de poder, relacionándolo con sus aptitudes sociales y psicológicas que los unen en redes de parentesco, así como las consecuencias que tienen sus decisiones y poder en la sociedad.

Sin duda, la noción de élite en este sociólogo estadounidense se circunscribe perfectamente con lo que él llamó “imaginación sociológica”. Con ello quería dar a entender, en una primera instancia, una *calidad mental* de las personas, es decir, aquella que “ayuda a usar la información y a desarrollar la razón para conseguir recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y de lo que quizás esté ocurriendo dentro de ellas” (MILLS, 1961: 25). En segundo lugar, la imaginación sociológica es una *capacidad de comprensión* entre la historia social más compleja y la vida personal de los sujetos. Así “permite a su poseedor observar el escenario más amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de diversidad de individuos” (MILLS, 1961: 25) En tercer término, este concepto vincula las relaciones entre lo *micro* y lo *macro*, es decir, tener la conciencia de que nuestras actividades estructuran al mundo social, y son al mismo tiempo, estructuradas por éste. “La imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación

entre ambas dentro de la sociedad.” (MILLS, 1961: 26). O dicho de otro modo: “es la capacidad de pasar de las transformaciones más impersonales y remotas a las características más íntimas del yo humano, y de ver las relaciones entre ambas cosas” (MILLS, 1961: 26).

De este modo, el uso del concepto de élite en este sociólogo estadounidense nos permite entender el funcionamiento psico-social de las mentalidades y voluntades de los agentes que componen a las élites, y al mismo tiempo, la forma en que se relacionan con los grandes acontecimientos estructurales de las sociedades en su historia.

No obstante, el problema de C.W Mills fue en considerar a los grupos que componen a las élites como “altamente cohesionados”. Es decir, estos grupos forman entidades monolíticas sin fisuras, conflictos o contradicciones. Al parecer las únicas fuentes de unión indiscutibles eran la familia, la escuela y las redes en los altos círculos de los grupos de élite. Como si en la familia, la escuela o las redes no tuvieran problemas de comunicación o de disputa de poderes. Mills, en este sentido, fue demasiado voluntarista para considerar que las élites eran agrupaciones altamente cohesionadas sin conflicto, pero al mismo tiempo, y eso es un gran acierto en su teoría, pudo relacionarlas con los grandes acontecimientos históricos de su tiempo: la guerra fría. Así, pudo constatar que las élites económicas, políticas y militares controlaban la opinión pública, los recursos económicos y armamentísticos de toda la sociedad norteamericana de los años 50 del siglo pasado. Igualmente, le fue posible verificar las contradicciones entre los grupos de élite: económicos, políticos y militares. Empero, no tomó en cuenta las contradicciones internas de estos grupos

C. La conjunción de los conceptos clase dominante y élite en la teoría sociológica anglosajona

Hemos revisado los principales aportes en la teoría de las clases sociales y de las élites. Asimismo, el eje de discusión ha sido la relación agente-estructura para vislumbrar cuáles son las contribuciones que han intentado ver dicho vínculo de una forma *relacional* sin darle mayor predominancia a alguno.

Ahora bien, como marco de delimitación he decidido enfocarme a la teoría sociológica anglosajona ya que, dentro de los marcos teóricos estrictamente de la sociología, han sido pocos los autores que se han propuesto estudiar la conjunción de los conceptos clase/élite. Igualmente, son pocos los que desde un punto de vista marxista han intentado realizar esta combinación.

De esta manera, lo que se presentará a continuación es una revisión sintética sobre los postulados teóricos principales de los autores anglosajones que se han ceñido a la combinación clase/élite. También, se presentará como eje de discusión principal la relación agente-estructura. Esto tiene como fin la justificación de los autores que se abordarán en este estudio, los cuales, deben cumplir con la siguiente delimitación:

- e) Presentar una propuesta de combinación de los conceptos clase/élite
- f) Tener un enfoque claramente marxista
- g) Utilizar como eje de discusión el vínculo agente/estructura desde un punto de vista *relacional*.
- h) Pertener a la zona anglosajona de la teoría sociológica

Así, y desde la revisión que he realizado, he encontrado cinco autores que al menos se ciñen en la delimitación del inciso “a”. Estos teóricos son: William, Domhoff, Ralph Miliband, Erik Olin Wright, T.B.

Bottmore y Anthony Giddens. Son los que a continuación se presentan de una manera sintética.

1. La conjunción clase dominante-élite en William Domhoff

Para Domhoff la relación entre los agentes de las clases sociales se refiere a un vínculo común entre los miembros de una clase. Estos vínculos provienen de los lazos familiares o amistosos. Pareciera ser que la determinación familiar y afectiva influye en la conformación de las clases. Así, su definición es la siguiente:

[...] “clase social es el grupo mayor de gente cuyos miembros tienen acceso íntimo uno a otro. La clase se compone de familias y de camarillas sociales. Las relaciones recíprocas entre estas familias y camarillas, en actividades tan corrientes como bailar, vestirse, organizar recepciones, té y otros aspectos intrascendentes, constituyen la función de la clase social.” (DOMHOFF, 2003: 9)

De este modo, en las clases sociales existen personas y grupos que se colocan en una posición superior. Dichas posiciones están formadas por hombres de negocios ricos y sus familias, o sea, de “una aristocracia americana de los negocios” (DOMHOFF; 2003: 9). Esta aristocracia compone a una clase gobernante o superior.

“La clase gobernante” es una clase social superior que posee una parte desproporcionada de la riqueza de la nación, recibe una cantidad desproporcionada del ingreso anual de un país y proporciona un número desproporcionado de sus miembros a las instituciones rectoras y a los grupos que deciden los destinos de un país”. (DOMHOFF; 2003: 11)

Empero, dicha clase gobernante tiene agregar en sus filas a personas de diferentes clases sociales que, en su mayoría, se ocupan de las decisiones finales para reproducir sus intereses (otros tantos, efectivamente pertenecen a la clase gobernante). Ese proceso de “agregación”, Domhoff lo denomina: cooptación. Por este concepto

entiende “el proceso cuya virtud algunos individuos son absorbidos por las instituciones y los valores del grupos socioeconómico dominante y se les entregan” (DOMHOFF; 2003: 10). Esta cooptación constituye la élite del poder. Este concepto es muy parecido al de C.W. Mills.

Coincidimos con Mills en definir la élite del poder como la de aquellos que disponen de una cantidad mayor de poder gracias a las jerarquías institucionales que tienen a sus órdenes, pero diferimos de Mills restringiendo el término a personas que ocupan puestos de mando en jerarquías institucionales controladas por miembros de la clase superior norteamericana, o bien, en el caso de miembros del gobierno federal, a personas que llegan al gobierno desde la clase superior o desde puestos elevados de instituciones controladas por miembros de la clase superior” (DOMHOFF; 2003: 15)

Con esta definición, Domhoff deja abierta la posibilidad para que la constitución de una élite de poder pueda estar conformada por miembros de la propia clase superior o de personas cooptadas por ella. Claro, dicha élite siempre estará supeditada a los intereses de la clase superior. Así pues, el andamiaje conceptual de Domhoff es el siguiente:

- a) En un esquema más amplio existen las clases sociales.
- b) Dentro de dichas clases existe una “clase superior” o “clase gobernante”
- c) Esta clase no gobierna sola. Es necesaria la cooptación de miembros de otras clases
- d) Así, se conforma la élite de poder constituida por la clase superior o por miembros supeditados a ella.

Si bien, este autor Norteamericano reconoce que en un sistema de clases siempre existe una clase superior. No explica las causas del porqué se conformó dicha clase. Sólo nos menciona que “poseen una parte desproporcionada de la riqueza de la nación”. Pero no nos dice cuáles son los mecanismos por los que la clase superior posee dicha

parte desproporcionada. Parece ser que por el simple hecho de tener lazos familiares y amistosos es lo que constituye a dicha clase. En este sentido, existe un “determinismo biológico-afectivo”. Las estructuras de herencia familiar y relaciones de amistad son la base para la constitución de la clase superior.

Aunado a ello, existe también un “funcionalismo determinista” en el siguiente punto: para que una clase superior pueda preservar su poder se tiene que conformar de una élite que tome las decisiones que favorezcan a los intereses de la clase superior en su conjunto. En este sentido, el fin de la elite radica únicamente en la oportunidad de tomar decisiones que beneficien a la clase gobernante. La función está determinada por los intereses. La relación agente-estructura privilegia a la estructura, en la que los agentes de la élite sólo toman decisiones en función del beneficio de la clase superior.

Pero ese determinismo también se ve opacado por un voluntarismo exacerbado. Cuando nos dice que el proceso de cooptación radica en la agregación de otros agentes de distintas clases para la conformación de la élite de poder, no indica qué factores estructurales intervienen para que los agentes de otras clases decidan beneficiar a la clase superior. También, parece que los individuos tienen una voluntad infinita en la que su interés egoísta por superarse les hace tomar la decisión de trabajar para la clase superior, y en última instancia, conformar la élite de poder. Pudiera argumentarse que Domhoff toma en cuenta las cualidades educativas y de inteligencia de los agentes de otras clases. Sin embargo, desde esta argumentación, se cae de nueva cuenta en el psicologismo paretiano o en las capacidades individuales de Mosca. El beneficio del agente luce por su presencia. Esto opaca la relación agente-estructura que debería observarse desde un punto de vista relacional.

En estos dos sentidos –determinismo funcional de corte familiar y afectivo y el voluntarismo de los agentes de otras clases– este autor estadounidense no cumple con un criterio que he delimitado para tomarlo en cuenta: el vínculo relacional agente-estructura. Si bien realizó una propuesta de la combinación clase/elite, tampoco tiene un enfoque claramente marxista. Es decir, no explica qué tipo de relaciones de producción material dan origen a las clases sociales, y en específico a la clase dominante. Recurre a criterios de origen biológico-psicológico para acreditarlas al estilo de las teorías de las élites en Pareto y Mosca. Pero cuando se da cuenta que un grupo monopoliza la riqueza de una nación no explica las causas estructurales y materiales de este efecto. Tiene la misma animadversión de C.W Mills para reconocer la importancia del arsenal teórico de estirpe marxista.

2. *La conjunción clase dominante-elite en Ralph Miliband*

Ralph Miliband indica que para hablar de una “clase dominante” es necesario reconocer, en primera instancia, si existe dicha clase.

Según el esquema marxista, la ‘clase imperante’ de la sociedad capitalista es la que posee y controla los medios de producción y, en virtud del poder económico de tal manera detentado, puede utilizar al Estado como instrumento para el dominio de la sociedad. En contra de esta concepción, los teóricos de la democracia liberal (y, a menudo, de la democracia social), han negado que sea posible hablar, con sentido, de la existencia de *una* clase capitalista y que el poder económico detentado en la sociedad capitalista, es algo tan difuso, fragmentado y sujeto a competencia y a tal punto sometido a una multitud de frenos y contrapesos que resulta imposible que se haga valer hegemónicamente frente al Estado y frente a la sociedad. [...] Por consiguiente, lo primero que debemos hacer no es determinar si una clase dominante económicamente ejerce un poder económico decisivo en estas sociedades, sino más bien determinar si existe tal clase. Sólo una vez

aclarado esto podremos pasar a analizar su peso político (MILIBAND; 1970: 25)

A diferencia de Domhoff, para Miliband primero es posible reconocer diferentes élites económicas, posteriormente éstas podrían formar una clase dominante.

No obstante, se puede reconocer fácilmente que existe una pluralidad de élites económicas en las sociedades capitalistas avanzadas; y que no obstante las tendencias integradoras del capitalismo avanzado, esas élites constituyen agrupamientos e intereses distintos, cuya competencia afecta grandemente al proceso político. Sin embargo, este “pluralismo de las élites” no estorba que las diversas élites de la sociedad capitalista constituyan una clase económica dominante, que posee un grado elevado de cohesión y solidaridad así como intereses y objetivos comunes que trascienden, sobradamente, sus diferencias y desacuerdos particulares (MILIBAND; 1970: 48)

De esta manera, si para Domhoff el esquema es el siguiente: clase social – clase superior o gobernante – élite de poder; para Miliband, el esquema es: elites económicas – clases imperantes. Ahora bien, ¿cómo se constituye esta clase imperante como dominante en la política? Para ello, primero hay que definir qué es el Estado para Miliband

Hay un problema preliminar acerca del Estado al que rara vez se le presta atención, y sin embargo tiene que ser considerado para enfocar con propiedad, el examen de su naturaleza y del papel que desempeña: estos es que “el Estado” no es una cosa, no existe como tal. El término “Estado” designa a cierto número de instituciones particulares que, en su conjunto, constituyen su realidad y ejercen influencia unas en otras en calidad de partes de aquello a lo que podemos llamar sistema del Estado (MILIBAND; 1970: 50)

Esta noción de Estado tiene una autonomía con respecto a las propias clases sociales. En este sentido, según Miliband, es muy pertinente la observación de Kautsky al señalar que “la clase capitalista

impera, pero no gobierna, aunque añadió inmediatamente: se contenta con regir al gobierno” (MILIBAND, 1970: 21)

La forma de regir al gobierno lo tiene que hacer mediante el reclutamiento de agentes de otras clases o de la misma clase dominante en el Estado. Todos ellos conformarán la élite estatal.

Estas instituciones –el gobierno, la administración, el instituto armado y la policía, el poder judicial, el gobierno subcentral y las asambleas parlamentarias– son las que constituyen al Estado y cuyas relaciones recíprocas dan forma al sistema estatal. En estas instituciones descansa el “poder del Estado” y a través de ellas se esgrime, en sus diferentes manifestaciones , por las personas que ocupan las posiciones más destacadas en cada una de las instituciones: presidentes, primeros ministros y demás miembros del gabinete; altos servidores públicos y demás administradores del Estado; altos jefes militares; jueces de las cortes supremas; algunos, por lo menos, de los más destacados miembros de las asambleas parlamentarias [...] Estas son las personas que constituyen lo que podemos calificar de élite del Estado (MILIBAND; 1970: 54)

No obstante, todavía queda una pregunta: ¿cuál es la relación de la clase imperante que se compone de diversas élites económicas con la élite del Estado?

Sin embargo, la importancia de esta distancia relativa entre los hombres de negocios y el sistema estatal queda marcadamente reducida por la composición social de la élite estatal propiamente dicha. Pues los hombres de negocios, en términos económicos y sociales, pertenecen a la clase superior y media y de estas clases también se sacan predominante, por no decir aplastantemente, a los miembros de la élite estatal (MILIBAND; 1970: 60)

De esta manera, para este sociólogo británico el esquema queda de la siguiente manera: élites económicas – clase imperante – élite estatal. Empero, cada una de estas categorías, si bien se vinculan por las relaciones de producción capitalistas, cada una tiene cierta

autonomía. Así se cumple la siguiente tesis: la clase imperante no gobierna pero rige al gobierno en el marco del Estado.

Ralph Miliband cumple con las delimitaciones de esta investigación: tiene una propuesta de combinación clase/élite. Utiliza algunos conceptos del arsenal teórico marxista. Por último, la relación agente/estructura queda abierta para interpretaciones diferentes. Por un lado, no indica cómo se relaciona estructuralmente la clase imperante que es compuesta por varias élites económicas que tienen en común la monopolización de los medios de producción, con la élite estatal. Pareciera ser que por imple hecho que la élite estatal, en muchas de las ocasiones, pertenezca a la clase imperante queda implícita la relación entre las clases y las élites. Por otro, la cohesión y solidaridad voluntarista de los agentes que componen a las élites económicas es el elemento principal para la constitución de una clase imperante. En estos sentidos, la relación agente-estructura en la combinación de los conceptos clase-élite desde un punto de vista marxista es no sólo justificable para la delimitación de esta investigación, sino también, interesante para estudiar profundamente en la obra de este autor.

3. *La conjunción élite-clase en Anthony Giddnes*

Giddens realizó una distinción clara: el concepto de élite ha sido empleado para diferenciar una clase económicamente dominante, en contraposición de una clase políticamente dominante. A pesar de ello, para él fue claro que dentro de la *clase alta* existen reclutamientos y formación de élites. Giddens lo planteó de la siguiente manera:

Tal y como se ha empleado en ocasiones “élite” puede referirse a aquellos que están a “la cabeza” en cualquier categoría dada de actividad: a actores, a deportistas tanto a “líderes” políticos y económicos. Existe evidentemente una diferencia, sin embargo, entre los primeros y los segundos, y es que los primeros están a la

cabeza con arreglo a cierta escala de fama o logro, mientras que el segundo sentido del término puede considerarse como referente a personas que se encuentren a la cabeza de una organización social específica que posee una estructura de autoridad interna (el Estado, una empresa económica, etc). Emplearé el término grupo de élite en este último sentido para designar aquellos individuos que ocupan posiciones de autoridad formal a la cabeza de una organización o institución social; y élite de un modo más general para referirme tanto a un grupo de élite o a un conjunto de élite.

En estos términos, se puede decir que un aspecto principal de la estructuración de la clase alta concierne, en primer lugar, al proceso de movilidad o de reclutamiento de las posiciones de élite, y en segundo lugar, al grado de "solidaridad" social dentro y entre los grupos de élite. (GIDDENS: 1973: 137)

Es importante mencionar, en primera instancia, una clara distinción que el sociólogo británico hizo: grupo de élite y élite. El primero, es aquel que se encuentra constituido en una organización formal, especialmente en la economía (empresas) y en la política (Estado); el segundo, son aquellos que están en la cabeza en relación a la fama y al logro. En este sentido, es presumible que Giddens no avanzó demasiado en el análisis teórico de las élites porque dicha diferenciación ya había sido planteada por Pareto y Mosca. La novedad radica en que las élites se articulan principalmente con la clase alta en la estructuración de clases en dos momentos: la movilidad (reclutamiento) y la solidaridad (integración). Con base en estos dos criterios, para el autor inglés fue posible dilucidar cuatro tipos de élite en concatenación con la clase alta:

- Solidaria. Su integración es baja y su reclutamiento abierto
- Uniforme. Su integración es baja y su reclutamiento es cerrado
- Abstracta. Su integración es alta y su reclutamiento abierto

- Establecida. Su integración esta alta y su reclutamiento es cerrado (GIDDENS: 1973: 138)

Una élite uniforme es aquella que comparte los atributos de tener una pauta restringida de reclutamiento y constituir una unidad relativamente estrecha [...] Pero es relativamente fácil vislumbrar la existencia de ejemplos que están más cerca del caso de una élite establecida, donde tenemos una pauta relativamente cerrada de reclutamiento, pero sólo un nivel bajo de integración entre los grupos de élite. Aparentemente una élite solidaria, tal como se define en la clasificación, puede asimismo implicar una combinación de elementos inverosímil, dado que puede parecer difícil obtener un alto grado de integración entre grupos de élite cuyos miembros tienen una procedencia de clase diferente [...] Una élite abstracta, que entraña tanto un reclutamiento relativamente abierto como un bajo nivel de solidaridad de élite. (GIDDENS; 1973: 138-139)

Ahora bien, es menester señalar que estos grupos no tienen razón de ser sin algo fundamental: el ejercicio del poder. Los diferentes tipos de élites permiten conceptualizar el fenómeno del poder, el cual, Giddens lo estudió desde un par de relaciones en su estructuración con las clases sociales: la mediación *institucional* del poder y la mediación del poder en términos de *control*.

Por mediación institucional entiendo la forma general del Estado y la economía dentro de la cual los grupos de élite se reclutan y se estructuran. Esto se refiere, entre otras cosas, al papel de la propiedad en la organización general de la vida económica, a la naturaleza del marco legal que define los derechos y obligaciones económicas y políticos y a la estructura institucional del propio Estado. La mediación del control concierne al verdadero poder (efectivo) de llevar a cabo una política y de tomar decisiones que ostentan los miembros de los grupos de élites particulares. (GIDDENS: 1973: 139)

En esta cita es necesario rescatar las dos mediaciones de poder: el institucional y el de control. El primero, se centra en las grandes

estructuras sociales: la economía, el derecho y la política. Todas ellas brindan un marco de acción de los agentes que se estructuran en las clases sociales, especialmente los grupos de élite de la clase alta. El segundo, se refiere a la capacidad de acción de los agentes en un contexto determinado. Me parece que esta forma de entender el poder en relación a las clases sociales se vincula con la dualidad de la estructura: por un lado, el poder institucional son aquellas estructuras que constriñen, pero al mismo tiempo, habilitan a los agentes; por otro, el control permite llevar a la práctica la estructura mediante la capacidad de decisión y acción de los actores.

En este marco, el autor británico separó conceptualmente dos factores variables en relación a la mediación de control de poder, los cuales, inciden en la formación de los grupos de élite: el poder consolidado y el poder difuso. “Mientras que el primero designa las limitaciones del poder efectivo, que se derivan de restricciones impuestas ‘desde abajo’, el segundo se refiere al grado en que el poder está limitado a causa de que sólo se puede ejercer en relación con un conjunto de cuestiones restringidas” (GIDDENS: 1973: 140)

De este modo, si se combinan estos dos aspectos en la manera en que lo ejercen los grupos de élite en la mediación de control del poder, se puede establecer una clasificación de formas propiamente políticas de estructuración del poder en los grupos de élite de la clase alta:

- Autocrático. Tiene un poder consolidado y su ámbito de control es amplio.
- Hegemónico Tiene un poder difuso y su ámbito de control es amplio
- Oligárquico. Tiene un poder consolidado y su ámbito de control es restringido

- Democrático. Tiene un poder difuso y su ámbito de control es restringido (GIDDENS: 1973: 140)

La posesión del poder es oligárquica antes que autocrática cuando el grado de centralización del poder en manos de los grupos de élite es elevado, pero el ámbito de aplicación limitado. En el caso del control hegemónico, aquellos que se encuentran en posiciones de élite ejercen un poder que, aunque no se encuentra claramente definido en su alcance ni limitado a un ámbito restringido, es superficial. Un orden democrático, según estos términos, es aquel en el cual el poder efectivo de los grupos de élite se halla limitado en ambos aspectos (GIDDENS, 1973: 141)

De esta manera, Giddens estableció una tipología total de las formaciones de élite y del poder dentro de la estructuración de clases (en especial de la clase alta)

- Clase dirigente. Tiene una formación de élite establecida/uniforme y su posesión de poder es autocrática/oligárquica.
- Clase gobernante. Tiene una formación de élite establecida/uniforme y su posesión de poder es hegemónica/democrática
- Elite de poder. Tiene una formación de elite solidaria y su posesión de poder es autocrática/oligárquica
- Grupos de liderazgo. Tiene una formación de élite abstracta y su posesión de poder es hegemónica/democrática. (GIDDENS: 1973: 141)

Toda esta teorización del sociólogo británico se apega eminentemente a la delimitación que he realizado para esta investigación. Esta es una propuesta teórica sobre la conjunción de los conceptos de clase-élite. El vínculo agente-estructura es visto de una forma relacional. Sin embargo, el problema no es que el análisis

marxista esté ausente (situación que podría compensarse con los estudios detallados sobre el marxismo que realizó en los dos volúmenes de *Una crítica contemporánea del materialismo histórico*), sino que esta contribución es la única propuesta de Giddens a lo largo de toda su obra hasta la fecha. El libro *La estructuración de clases en las sociedades avanzadas* escrito en la década de 1970 es lo único escrito en el que específicamente trató sobre el tema. Es más, la teorización mostrada en este ítem es producto de un solo capítulo en el libro. En este sentido, la elección de elegir a este autor no es pertinente debido a que no tenemos puntos de comparación y de análisis de varias obras que nos permitan discutir y analizar sus propuestas sobre este tema en específico. Se han mostrado sus señalamientos con el fin de enseñar al lector que se conocen exhaustivamente las propuestas sobre el problema de investigación del que versa este estudio.

4. *La conjunción clase/élite en T. B. Bottomore*

El libro principal donde T.B. Bottomore expresa claramente sus ideas sobre la conjunción de clase-élite es *Minorías selectas y sociedad*. En este texto intenta hacer una reconstrucción de la teoría marxista de las clases sociales y del pensamiento elitista de Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca, Robert Michels, Harold Lasswell y C.W. Mills. Para comprender dicha conjunción es necesario prestar atención, en primera instancia, a la concepción sobre las clases sociales en sentido marxista en el sociólogo británico.

La teoría de Marx puede exponerse brevemente en las siguientes proposiciones:

- 1) En toda sociedad, salvo en las más primitivas, pueden distinguirse dos categorías de personas.
 - a. Una clase dirigente; y
 - b. Una o más clases dirigidas;

- 2) La posición dominante de la clase dirigente debe explicarse por su posesión de los instrumentos fundamentales de la producción económica, pero su dominio político se consolida por la influencia que ejerce sobre la fuerza militar y sobre la creación de las ideas
- 3) Hay un pugna perpetua entre la clase dirigente y la clase o clases dirigidas; y la naturaleza y el curso de esa pugna está influida principalmente por el desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, por los cambios experimentados en la tecnología;
- 4) Los contornos de la lucha de clases se hallan trazados de modo más tajante en las modernas sociedades capitalistas, porque en ellas aparece con la máxima claridad la divergencia de intereses económico, no oscurecida por ningún lazo feudal [...]
- 5) La lucha de clases en la sociedad capitalista terminará con la victoria de la clase trabajadora, y esta victoria irá seguida de la formación de una sociedad sin clases (BOTTOMORE; 1935: 29-30)

Como es posible observar, la noción de clase social en este autor versa sobre una posición netamente económica. La propiedad sobre los medios de producción y el aumento de las fuerzas productivas son los puntos nodales para la definición de las clases sociales, en especial de la clase dominante. La lucha de clases entre los dominantes y los dominados se torna a favor de los primeros debido a la influencia que tienen sobre el poder militar y político. Aunque esto no es obstáculo para que, en última instancia, la clase trabajadora se levante con la victoria en la construcción del comunismo.

Desde luego, esta interpretación es bastante limitada en tanto que no permite observar el cúmulo de fuerzas y otras clases que influyen en otras esferas de la vida social. Asimismo, el esquema no puede ser aplicado a otras sociedades en la historia como en el feudalismo. El mismo Bottomore es consciente de estas limitaciones.

Empero, esto no es un problema para que el marco general de las clases sociales siga siendo válido. Sólo hay que corregirlo.

El valor del concepto marxista de clase dirigente depende de la verdad de su teoría social general. Si esta teoría no tiene validez universal, puede concebirse que una clase dirigente surja del poder militar o, en los tiempos actuales, del poder de un partido político del mismo modo que de la propiedad de los medios de producción. Sin embargo, todavía es posible sostener que la consolidación de una clase dirigente exige la concentración de los diversos tipos de poder —económico, militar y político— y que, de hecho, la formación de esta clase ha comenzado, en la mayor parte de las sociedades, con la adquisición del poder económico (BOTTOMORE; 1935: 35)

Si bien acepta nuestro autor que la noción de clase dominante entendida exclusivamente como la que posee los medios de producción para la creación de riqueza no tiene validez universal, esto no quiere indicar que carezca de influencia militar o política. Incluso, asienta que en buena medida para ejercer el poder político o militar es necesario tener, en primera lugar, poder económico.

Hasta aquí hemos revisado la noción de clase social (en especial de clase dominante). Ahora es necesario entender sintéticamente la comprensión de las nociones elitistas en este autor.

El concepto de una minoría gobernante o clase política fue propuesto como una alternativa, en parte, como hemos visto, para demostrar la imposibilidad de lograr una forma de sociedad sin clases, pero también para afrontar las dificultades teóricas que acabamos de examinar. El concepto de minoría gobernante evita, especialmente, la dificultad de mostrar que una clase particular, definida en atención a su posición económica, domina de hecho todas las esferas de la vida social; pero lo hace sólo a costa de abandonar todo intento de explicar los fenómenos a que se refiere. La minoría gobernante, según Mosca y Pareto, se forma con los que ocupan posiciones oficiales del poder político en una sociedad. (BOTTOMORE; 1935: 40)

La crítica clásica del pensamiento elitista fue proponer una visión alternativa con respecto a la noción de clase dominante. En este tenor, una clase económicamente dominante no necesariamente tiene que ser una clase políticamente dominante. No es menester repetir en este *ítem* las teorías clásicas del elitismo italiano. Esto ya se realizó en apartados anteriores. Bottomore simplemente destaca lo que ya ha hemos puesto de relieve en este escrito sobre el elitismo. Lo que resulta más importante subrayar es algo que el autor inglés descubrió muy bien: el determinismo elitista.

Muchas teorías recientes dirigidas contra el socialismo han reproducido otra característica de las teorías de las minorías selectas, consistente en que, aunque éstas critican el determinismo que encuentran, sobre todo en el marxismo, ellas mismas tienden a establecer una especie igualmente estricta de determinismo. El argumento fundamental de los teóricos de las *élites* no es meramente que toda sociedad conocida haya sido dividida en dos estratos –una minoría dirigente y una mayoría dirigida–, sino que todas las sociedades *deben* ser divididas de este modo (BOTTOMORE; 1935: 26)

Al igual que el marxismo ortodoxo que profetizó erróneamente el advenimiento del socialismo/comunismo y el triunfo inexorable de la clase trabajadora para la construcción de una sociedad sin clases; el pensamiento elitista, profetiza que cualquier sociedad siempre se dividirá entre los que gobiernan y ejercen el poder y los que no. No tiene la menor intención crítica de modificar la cuestión. Parece ser que siempre será de este modo, pero al mismo tiempo, no explica las razones por las que las sociedades estarán determinadas a vivir así.

Si bien se puede encontrar evidencia histórica y empírica que respalde la visión elitista, las causas por las que la minoría se mantiene en el poder prácticamente son de corte psicológico, individualista y para las necesidades de las organizaciones (como también hemos

subrayado en este escrito). En este marco, la concepción marxista brinda explicaciones materiales y estructurales más amplias. Aunque es necesario modificar la teoría para que pueda ser útil en la conjunción de los conceptos de clase/élite. Para realizar esta tarea es fundamental, en primer lugar, que el concepto de clase dominante se utilice sólo como un tipo ideal.

La superioridad del concepto de clase dirigente reside en su mayor fertilidad y atractivo y en su valor para la creación de teorías. Pero he señalado anteriormente algunos de sus defectos, y ahora es necesario examinar si éstos pueden ser vencidos. El paso más importante que podría darse en esta dirección sería abandonar la visión marxista del concepto como descripción de un fenómeno real que se observa en todas las sociedades en la misma forma general y considerarlo, en cambio, como “un tipo ideal”, en el sentido que Max Weber dio a este término (BOTTOMORE; 1935: 47)

De esta manera, si se trata al concepto de clase dominante como un tipo ideal que responde a la posesión de los medios de producción y de la riqueza producida en una sociedad, el cual, por su posición puede tener la posibilidad también de ejercer poder político, se pueden entonces crear “categorías intermedias” que ayuden a esclarecer qué tanto en la realidad las “minorías” se acercan al tipo ideal de clase dominante.

Hay dos clases de situaciones en las que podemos ver con especial claridad la divergencia del tipo ideal de clase dirigente. Una es aquella en la que, se bien existe una “clase alta” —es decir, un grupo social claramente delimitado que posee una gran parte de los bienes de la sociedad y obtiene una participación desproporcionadamente grande en la renta nacional, y que ha creado, sobre la base de estas ventajas económicas, una cultura y un modo de vida distintivos—, esta clase no goza de un poder político indiscutido o ilimitado, en el sentido de que pueda conservar fácilmente sus derechos de propiedad o transmitirlos sin merma de generación en generación (BOTTOMORE; 1935: 50)

El ejemplo que nos pone Bottomore es bastante ilustrativo ya que una clase dominante, si bien tiene una mayor probabilidad de ejercer el poder y tener una cultura y modos de vida distintivos, no siempre será indiscutible su dominio en la vida política, y en general, en la vida social. En este sentido, las distintas “minorías” son agentes que median el poder de la clase dominante entendido sólo como un tipo ideal. Dichas minorías son las categorías que nos sirven para conjuntar los conceptos de clase dominante/élite, y así comprender un cúmulo más complejo de diferentes dominios políticos. En este contexto, la noción de clase representa un marco estructural de entendimiento, mientras que las categorías de “minorías” o “élites” son la encarnación de los agentes que tienen la posibilidad de modificar o reproducir la estructura sobre la que se finca la clase dominante.

Esta confrontación entre los conceptos de clase dirigente y élite política muestra, en mi opinión, que, mientras en un sentido pueden ser ambos totalmente opuestos como elementos de teorías de gran alcance que interpretan la vida política, y especialmente las posibilidades futuras de la organización política de muy diferentes maneras, en otro pueden considerarse como conceptos complementarios, que se refieren a tipos diferentes de sistema político o a aspectos del mismo sistema político. Con su ayuda podemos intentar distinguir entre sociedades en las que hay una clase dirigente, y al mismo tiempo minorías selectas que representan aspectos particulares de sus intereses; sociedades en las que no hay ninguna clase dirigente, sino un élite política que funda su poder en la influencia sobre la administración, sobre la fuerza militar, más bien que en la propiedad y herencia de bienes; y sociedades en las que existe una multiplicidad de minorías selectas en las que no parece hallarse grupo coherente y duradero de individuos o familias poderosos (BOTTOMORE; 1965; 60)

Así, Bottomore distingue tres formas de conjunción de clase/élite:

- a) La existencia de una clase dominante y distintas élites que representan sus intereses. En esta forma encontramos a sociedades en las se puede aplicar el siguiente enunciado marxista: “el gobierno no es más que una junta que administra los negocios comunes de la burguesía.” La relación es directa y simple: la clase dominante se encarga directamente del dominio económico, pero al mismo tiempo, deja encargado el dominio político al personal que le sirve para conservar y reproducir sus intereses en toda la vida social. Es el caso típico de Luis Bonaparte que describió Marx.
- b) La inexistencia de una clase dominante homogénea y el predominio de una élite política que controla los aparatos administrativos y militares. Aquí encontramos el caso de sociedades que no están plenamente industrializadas, y en las que la clase dominante (burguesía) no logra ser una categoría principal de dominio político. Este lo tiene que negociar, incluso compartir, con otras minorías que controlan la administración del gobierno y la violencia del ejército. La élite política se convierte en un factor determinante para este tipo de sociedades. No por ello la clase dominante dejar de ejercer una influencia importante, sólo que no es lo suficientemente fuerte para controlar la vida política de la sociedad.
- c) La existencia diversa de distintas minorías en las que la noción de clase dominante se difumina. Aquí estamos hablando de sociedades democráticas-liberales. La clase dominante se fragmenta en distintos grupos minoritarios que lucha entre sí para ejercer el poder político. Sin embargo, dicha lucha no es solamente entre las minorías de la clase burguesa, también otras clases y sectores de la sociedad pueden ejercer influencia,

incluso el poder político. Es el caso típico de las “poliarquías” descrito por Robert Dahl.

Como hemos visto, la visión de Bottomore es bastante singular. En primera instancia, conjuga nociones marxistas con weberianas. En segundo lugar, de dicha conjunción intenta combinar las nociones elitistas con las de clase dominante. Finalmente, esto lo realiza con el fin de tener una visión estructural de largo alcance, y al mismo tiempo, conocer cómo operan de un modo práctico los agentes mediadores de las minorías selectas. ¿Qué tan pertinente y eficaz resulta esta propuesta? Sin duda, es un cuestionamiento digno de ser revisado con mayor detenimiento. Es por ello que T.B. Bottomore se ciñe en los parámetros para ser revisado en esta investigación: a) presenta una propuesta de combinación de los conceptos clase/élite; b) tiene un enfoque claramente marxista; c) utiliza como eje de discusión el vínculo agente/estructura desde un punto de vista relacional; y, d) pertenece a la zona anglosajona de la teoría sociológica.

5. *La conjunción clase/élite en Erik Olin Wright*

La conceptualización que Wright hace de las clases sociales en el capitalismo contemporáneo parte del hecho que si bien Marx nunca dio cuenta explícitamente de lo que significaba la noción de *clase*, sí enmarcaba todas sus obras a partir de un *análisis de clase*. En este sentido, Wright afirma que, salvo excepciones, la mayor parte de las obras de Marx giran en torno a dos problemas centrales: la elaboración de *mapas estructurales abstractos* de las relaciones de clase, y el análisis de *mapas coyunturales concretos* de las clases en tanto que agentes.

El primero de ellos, presente en obras como “*El Capital*”, se preocupa de la manera en que la organización social de la producción determina una estructura espacios o “huecos” en las relaciones de

clase, los cuales son llenados por personas. De este tipo de análisis surge, pues, un mapa polarizado de las relaciones de clase que se expresa en el nivel analítico del modo de producción.

Por su parte, el análisis de los mapas coyunturales concretos está centrado en el examen de la forma en que los individuos ubicados en la estructura de clases se organizan en colectividades que representan sus intereses y que luchan por ellos. En estos análisis político-coyunturales –presentes en obras como *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*- se aprecian las dinámicas existentes entre una serie de clases, fracciones y estratos que luchan entre sí por la conquista del poder político.

El autor Norteamericano distingue entre dos dimensiones del análisis de clase que según él han permanecido implícitas en la obra marxiana. Por un lado, se encuentra una dimensión en la cual se puede diferenciar la estructura de clases o el proceso de formación de clases, dos objetos teóricos distintos de análisis que se pueden apreciar a lo largo de la obra de Marx. Por otro lado, se puede observar una dimensión que relaciona los niveles de análisis a partir de los cuales se ha examinado a las clases, a saber, el nivel del modo de producción, de la formación social o de la coyuntura.

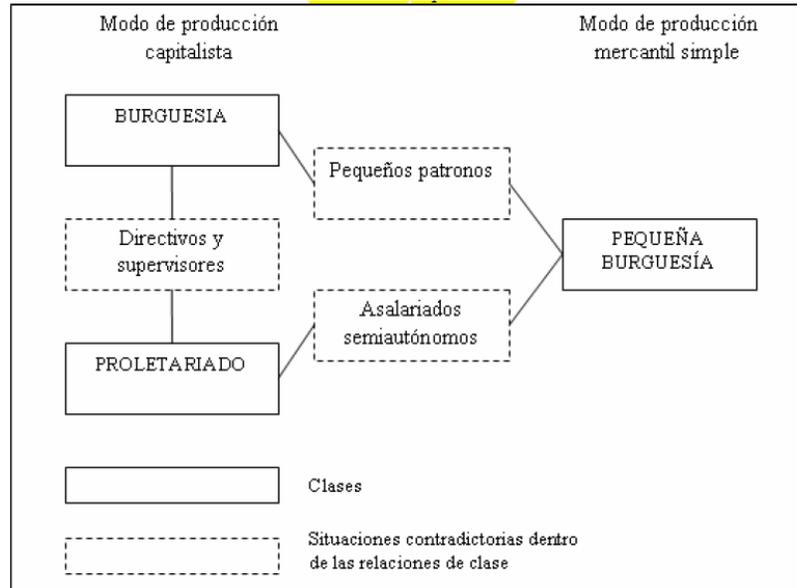
Respecto de la primera dimensión, Wright señala que “la estructura de clases se refiere a la estructura de relaciones sociales en la que están inmersos los individuos (o, en algunos casos, las familias), y que determinan sus intereses de clase (...) (por lo que) define un conjunto de huecos o posiciones que son ocupados por los individuos o las familias” (WRIGHT: 1984: 27). Por su parte, la formación de clases “se refiere a la formación de colectividades organizadas dentro de aquella estructura sobre la base de los intereses prefigurados por esa misma estructura” (WRIGHT: 1984: 27).

<i>Nivel de abstracción</i>	<i>Objetos teóricos de análisis</i>	
	ESTRUCTURA DE CLASES	FORMACIÓN DE CLASE
MODO DE PRODUCCIÓN	Relaciones de clase polarizadas	Lucha epocal entre clases
FORMACIÓN SOCIAL	Coexistencia de clases basadas en diferentes modos de producción y en sus diferentes estadios de desarrollo	Alianzas de clase
COYUNTURA	Variabilidad institucional en las relaciones de clase en empleos dados	Organizaciones de clase concretas: partidos, sindicatos obreros

Tomado de Erik Olin Wright. *Clases*. 1984.

Para el sociólogo estadounidense la idea de contrariedad dentro de las relaciones de clase no se refiere a problemas de encasillamiento de los sujetos en una tipología abstracta, sino a las contradicciones objetivas entre los procesos reales de las relaciones de clase. De este modo, resulta posible aislar tres procesos subyacentes a la relación básica capital/trabajo: el control sobre los medios físicos de producción; el control sobre la fuerza de trabajo; y el control sobre las inversiones y la asignación de los recursos. Así, llega a su primera concepción sobre las clases sociales que denominó “posiciones contradictorias”

Teniendo en cuenta estas observaciones, la tipología de posiciones contradictorias de Wright abarca tres conjuntos de posiciones fundamentales: 1) los directivos y supervisores, que se encuentran entre la burguesía y el proletariado, 2) los empleados semiautónomos, que se encuentran entre la pequeña burguesía y el proletariado, y 3) los pequeños patronos, que se encuentran entre la burguesía y la pequeña burguesía



Tomado de Erik Olin Wright. *Clases*. 1984.

El problema de esta perspectiva radica en lo siguiente: ¿cómo explicar diferentes formas de dominación y explotación que generan más posiciones dentro del sistema de clases? Esto lo tratará de explicar por medio de su teoría de las explotaciones múltiples.

En el fondo, lo que intenta demostrar este autor es que la explotación surge como un concepto puramente definido en términos de relaciones de propiedad o, más concretamente, en términos de los resultados implicados en una distribución desigual de los diferentes bienes productivos.

Así, es necesario diferenciar entre opresión económica y explotación. La explotación implica tanto opresión económica como apropiación de los frutos del trabajo de una clase por otra. En ese tenor, se puede explicar la situación de grupos sociales que si bien se encuentran oprimidos económicamente por el capital (como desempleados o hijos de obreros), no están explotados por él (puesto que al no ser trabajadores, no transfieren los productos de su trabajo).

Del mismo modo, se puede explicar el carácter distintivo que tiene la noción de explotación para la definición de las clases en la medida en que ésta, a diferencia de opresión económica, supone un antagonismo de los intereses materiales y una interdependencia inversa entre el bienestar de una y otra clase.

Comúnmente se considera que en el capitalismo las dos relaciones subordinadas de explotación son las basadas en los bienes organización y los bienes de cualificación/credenciales. De esta forma, se puede dar cuenta de un tipo de posición no polarizada diferente de aquella que no es “ni explotadora ni explotada”, es decir, de aquella que –como un productor pequeñoburgués- es resultante de la presencia de un solo modo de producción (capitalista en este caso). Efectivamente, se puede analizar a aquellas posiciones propias de la llamada “nueva clase media”, tales como directivos (que están capitalistamente explotados pero son explotadores de organización) y expertos (que están capitalistamente explotados pero son explotadores de cualificaciones o credenciales).

	Propietarios de medios de producción	No propietarios (trabajadores asalariados)			
Posee capital suficiente para contratar obreros y no trabajar	1. Burguesía	4. Expertos directivos	7. Directivos semi-credencializados	10. Directivos no credencializados	+
Posee capital suficiente para contratar obreros, pero tiene que trabajar	2. Pequeños empleadores	5. Expertos supervisores	8. Supervisores semi-credencializados	11. Supervisores no credencializados	> 0 Bienes de organización
Posee capital suficiente para trabajar para sí mismo, pero no contrata obreros	3. Pequeña burguesía	6. Expertos no directivos	9. Obreros semi-credencializados	12. Proletarios	-
		+	> 0	-	Bienes de cualificación/credenciales

Tomado de Erik Olin Wright. *Clases*. 1984.

Esta noción de “explotaciones múltiples” es muy útil para visualizar que dentro de las propias clases sociales existen categorías intermedias que, por un lado, pueden estar dominando y explotando a clases subalternas; por otro, estas clases intermedias están dominadas y explotadas por la clase dominante en general. Estas clases intermedias pueden ser vistas como una élite para los explotados, pero al mismo tiempo, tan sólo son un eslabón de la explotación y la dominación de clase burguesa en su conjunto.

Este aporte de Erik Olin Wright es fundamental para el objeto de investigación de esta tesis. Por lo general, en la conjunción de los conceptos de clase/élite se parte de la idea que ya existe una clase dominante y que dentro de ella se conforma una élite. También, generalmente se ha pensado que existen varias élites y que en su unión conforman toda una clase. No obstante, es posible interpretar de los aportes de este sociólogo estadounidense, que son en lo que comúnmente se han llamado “clases intermedias”, la configuración ambivalente de élites para los explotados y eslabones explotadores para la clase dominante en su conjunto. En este sentido, la conjunción de los conceptos clase/élite no es una dicotomía irreconciliable o una gradación dentro de la misma clase alta, superior o dominante, sino una relación ambivalente dentro del propio sistema de clases en su conjunto.

Así, estudiar este autor es altamente justificable en la medida en que, si bien reconozco que su preocupación principal no radica en la combinación de los conceptos clase/élite, a partir de su teoría es posible deducir e interpretar una combinación más compleja. Asimismo, su marco de análisis es claramente marxista. También, su relación agente-estructura -como lo vimos en el apartado anterior sobre noción de clase como agentes estructurados- es visto de un modo relacional

en la que el agente no es una marioneta movida por las estructuras, sino que es un agente que puede transformar su realidad, por un lado; por otro, las estructuras no son máquinas de determinación unívoca, sino limitantes que pueden empujar a la modificación de las mismas. Por último, es interesante profundizar en los planteamientos de este autor. En los siguientes capítulos se ahondará más sobre ello.

Así, después de esta revisión sintética sobre las teorías de las clases y de las élites, se pudo observar que ambas han caminado por senderos separados. Son pocos los teóricos que se han preocupado por la conjunción de ambos conceptos, sobre todo en la teoría sociológica anglosajona. A pesar de esta situación se encontraron cinco autores: T.B Bottomore, William Domhoff, Anthony Giddens, Ralph Miliband y Erik Olin Wright. Los criterios de selección para reducir y estudiar a mayor profundidad estas propuestas fueron: a) tener una propuesta directa o indirecta de conjunción de ambas categorías; b) inscribirse dentro una discusión que tome en cuenta el marco analítico del marxismo; c) tomar en cuenta el vínculo agente/estructura de una forma relacional; d) pertenecer a la zona anglosajona de la teoría sociológica. Así, sólo se redujeron a tres: Wright, Bottomore y Miliband. Estos son los que se estudiarán de modo pormenorizado en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II

A. La conjunción de los conceptos de clase/élite en Erik Olin Wright

1. El proceso de construcción del concepto clase social. El uso de los elementos marxistas en el análisis de clase

Erik Olin Wright nació en Berkeley, California, Estados Unidos en 1947 aunque realmente se crió en Kansas. Estudió su licenciatura en la Universidad Harvard y su posgrado en la Universidad de Berkeley, California. Actualmente es profesor del departamento de sociología de la Universidad de Wisconsin. Sin duda Wright es uno de los sociólogos marxistas contemporáneos más importantes. Sus aportes sobre las clases sociales han sido difundidos en la academia sociológica en general. En una primera instancia discutiendo con la teoría de las clases de Nicos Poulantzas y posteriormente defendiendo la vigencia del marxismo y de las clases en el mundo contemporáneo de post-guerra fría. Hoy en día trabaja en teorizar sobre alternativas diferentes al capitalismo y vigorizar la vigencia del socialismo democrático.

En este contexto es necesario tener en mente, en primera instancia, la inclinación por parte de este autor por una epistemología realista y del marxismo analítico al momento de construir las categorías como “posiciones contradictorias” y las “explotaciones múltiples”. Veamos qué nos dice sobre el realismo

Como argumenté [...], yo he adoptado lo que podría describirse como una visión realista de la ciencia. Esto implica la siguiente visión básica del quehacer científico: la ciencia procura identificar los mecanismos subyacentes que generan los fenómenos empíricos que experimentamos en el mundo. Nuestra habilidad para conocer estos mecanismos se dificulta debido a dos propiedades de relaciones entre nuestras observaciones de los efectos de los mecanismos -nuestras experiencias- y los mismos mecanismos. Primero, vivimos en un sistema abierto en el que muchos mecanismos actúan al mismo tiempo. Esto quiere decir que

los efectos de un mecanismo pueden verse contrarrestados por los efectos de otro mecanismo. Por lo tanto, no hay relación invariable entre la existencia de un mecanismo y las manifestaciones empíricas de sus efectos. Segundo, nuestras observaciones están influenciadas a la vez por los mecanismos internos del proceso de observación y por los mecanismos que generan directamente el fenómeno que observamos [...]

Por lo tanto, rechazo la visión del empirismo ingenuo que afirma que podemos observar al mundo sin categorías que ya estén en nuestras teorías. Las observaciones no pueden ser neutrales a las teorías y por lo tanto nuestras teorías nunca podrán ser simplemente generalizaciones inductivas realizadas a partir de hechos pre- teóricos. Pero también rechazo la visión antirealista que afirma que nuestras observaciones están constituidas enteramente por las categorías del pensamiento o por los discursos que usamos para describir el mundo. Las teorías científicas procuran construir explicaciones con base en mecanismos reales que existen en el mundo independientemente de nuestras teorías, a pesar incluso de que nuestras observaciones de esos mecanismos y sus efectos dependan en parte de esas mismas teorías. (WRIGHT: 2010: 271- 272)

En esta cita es muy claro al subrayar un punto en común de todo el marxismo: su visión epistemológica realista. Ello no quiere decir que el empirismo sea la base de su postura. Son necesarios los arsenales conceptuales de las teorías para tener un panorama sobre las problemáticas, fenómenos y objetos de estudio a tratar. Empero, ello no conduce a que éstas y los símbolos del lenguaje sean lo suficientemente importantes para crear la realidad. Muchas vertientes de la sociología afines al giro lingüístico, al interaccionismo simbólico o a la etnometodología sostienen esta posición. Al contrario, el marxismo en general, y en especial el analítico, rechazan la idea de que nuestro lenguaje y nuestras teorías construyen el mundo. El mundo existe independientemente de nosotros. Las teorías, en este sentido, sólo son

un medio para tener nociones y explicaciones más o menos adecuadas para entender la realidad. No obstante, la interpretación mediante la teoría no es la realidad en sí misma. Sólo es un medio para mejorar nuestro conocimiento sobre ella que es independientemente a nosotros. La realidad social, en este contexto, es una realidad creada por nosotros pero que es, al mismo tiempo, independiente de nuestra creación. Es decir, es externa y como tal también debe ser estudiada desde una posición realista a la que se adhiere Erik Olin Wright.

Esta perspectiva epistemológica se circunscribe perfectamente con la corriente denominada “marxismo analítico”. Esta es una corriente al interior de la tradición marxista que nació en 1979. Su propósito consistía en revitalizar los conceptos y principales tesis de este paradigma. Se compone por varios académicos renombrados como Jon Elster, John Roemer o el mismo Erik Olin Wright.

Esta corriente intenta reelaborar críticamente los pilares fundamentales del marxismo como la teoría del valor, el materialismo histórico y la lucha de clases para entender el desarrollo del Estado y la ideología (WRIGHT: 2010: 243). Dichos ejes tratan de combinarlos con técnicas e instrumentos de investigación propios de otras corrientes de pensamiento que tradicionalmente el marxismo ha denominado “ciencias burguesas”

El marxismo analítico se basa en rechazar la idea de que el marxismo debería tratar de tener bases metodológicas y epistemológicas propias. En vez de ello, los marxistas analíticos argumentan que cualquier teoría social libertadora que quiera ser efectiva debe acoger muchos de los principios de lo que los marxistas a veces llaman la “ciencia burguesa”. Así como una sociedad socialista debe acoger los valores “burgueses” de las libertades civiles y ampliar su significado mediante la redistribución del poder y la riqueza, de igual manera la teoría socialista debe a acoger las herramientas analíticas de la ciencia social y las

filosofías burguesas y ampliar su alcance usándolas para responder preguntas que apunten a la emancipación social (WRIGHT: 2010: 241)

Desde luego, el tomar recursos de otros paradigmas no implica que el marxismo sea absorbido por éstas. Tampoco quiere indicar que los ejes fundamentales de este paradigma ya no sean importantes, al contrario, se reconstruyen para fortalecerlos con otras técnicas e instrumentos científicos. Asimismo, procuran estar abiertos a una continua revaloración de sus teorías, aceptando sus fallas y defendiendo sus éxitos. De esta manera, los postulados básicos que sostienen al marxismo analítico son:

- a) El compromiso con las normas científicas convencionales en la elaboración de teorías y la conducción de investigaciones.
- b) Un énfasis en la importancia de la conceptualización sistemática, particularmente de los conceptos fundamentales de la teoría marxista [...]
- c) Una preocupación por especificar meticulosamente los pasos que relacionan los conceptos para formar argumentos teóricos, ya se trate de los argumentos sobre procesos causales en la construcción de teorías explicativas o de las conexiones lógicas de las teorías normativas [...]
- d) La importancia que se le da a la acción intencional de los individuos en las teorías explicativas y normativas (WRIGHT; 2010. 247)

Así pues, bajo ambos pilares (realismo y marxismo analítico), el sociólogo estadounidense abre la discusión sobre las clases sociales a partir de las visiones no marxistas con el fin de justificar aún más su posición y profundización en la teoría del pensador de Tréveris. Dejemos que nos explique en qué consisten estas primeras.

Los conceptos de clase no marxista por lo general asumen dos formas: se estructuran en torno a categorías distribucionales que no hacen referencia a la dominación o se encuentran en categorías de dominación que no hacen referencia a la distribución. En la primera tendencia, la clase se define bien sea de modo directo en términos de resultados distribucionales (ingreso) o bien sea en términos de los determinantes

inmediatos de estos resultados (ocupación o capacidad de mercado, el enfoque weberiano). En cualquier caso, las relaciones de dominación no aparecen o son incidentales. La segunda tendencia, que se encuentra explícitamente en el trabajo de Ralph Dahrendorf, define las clases únicamente en términos de poder o de relaciones de autoridad. En todas las esferas institucionales de la sociedad hay clases que mandan y clases que obedecen y las instituciones económicas no tienen un estatus especial (WRIGTH; 2010: 104)

El problema de las visiones que prestan mayor atención al elemento de la distribución es que no explican los vínculos de dominio, contradicción y explotación en las relaciones de clase. Parece ser, como ya lo notamos en el *capítulo I* de esta investigación, que la simple desigualdad en la distribución de ingresos es natural al sistema social y a los individuos. Asimismo, no existen criterios claros para definir la cantidad de clases sociales. Cada sistema o subsistema tendría tantas clases como tantas desigualdades en la distribución de los ingresos. Por otra parte, la dificultad de las visiones que prestan mayor atención al elemento de la dominación es que el problema de la explotación económica no es fundamental para definir las clases. Pareciera ser que los rasgos de dominación y obediencia tienen el mismo estatus teórico en una relación entre los géneros o en una relación de clases en una fábrica. El estiramiento de este componente tampoco permite definir claramente las relaciones de clase.

Ante esta panorámica, muchos sociólogos han abogado para que las visiones marxistas y weberianas puedan ser complementarias en un análisis de clase. Wright no está de acuerdo con aquellos autores, como T.B. Bottmore, que intentan realizar esta especie de eclecticismo, ya que las diferencias en el análisis de ambos autores son irreconciliables. A decir de él.

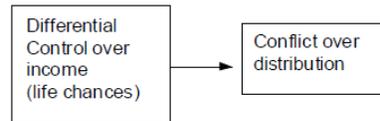
La caracterización típica es que Weber adopta una definición de las clases basada en relaciones de mercado o de intercambio, mientras que Marx adopta una definición basada en las relaciones de producción. La verdadera diferencia es más sutil. Tanto Marx como Weber adoptan definiciones basadas en la producción en el sentido de que definen las clases con relación a la posesión efectiva de bienes productivos [...] La diferencia entre ellos radica en que Weber contempla la producción desde la atalaya de los intercambios de mercado en los que se comercia con esos bienes, en tanto que Marx la observa desde la atalaya de la explotación que esa producción genera. (WRIGHT; 1984: 119)

Dentro del marco marxista, los intereses materiales inmersos en tales procesos de explotación tienen un carácter objetivo independientemente del estado subjetivo de los agentes; desde la perspectiva weberiana si podemos describir esas relaciones como relaciones de clase es sólo gracias a que la racionalización implica un determinado tipo de comprensión subjetiva de los intereses materiales por parte de los agentes. En consecuencia, lo que hay en el corazón mismo de la distinción entre conceptos de clase weberianos y marxistas es el contraste entre una teoría de la sociedad y la historia esencialmente culturalista y una teoría materialista. (WRIGHT; 1984: 121)

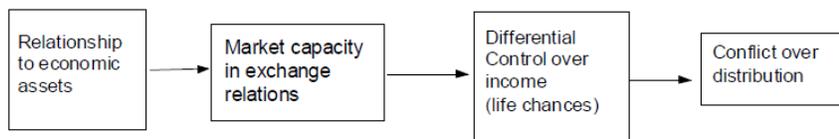
Generalmente se ha tenido la idea que el concepto de clase de Marx se refiere a las relaciones de producción, mientras que el de Weber se refiere a las relaciones de mercado. En realidad, según Wright, esas no son las diferencias esenciales. Lo que distingue a la teoría marxista de la weberiana es en el énfasis de la explotación material independiente de la subjetividad individual-racional. Con ello reafirma el autor norteamericano su visión realista de la ciencia. Sin embargo, de esta afirmación no se sigue que los individuos estén completamente determinados por las condiciones materiales. Simplemente quiere decir que las estructuras son objetivas, externas y reales a los agentes. Con base en esto, la acción de los agentes estará condicionada por las estructuras que son marcos flexibles de la realidad

que los actores pueden transformar. A continuación se presenta un cuadro sintético de las diferencias en los análisis de clase

I. Simple Gradational Class Analysis



II. Weberian Class Analysis



III. Marxist Class Analysis

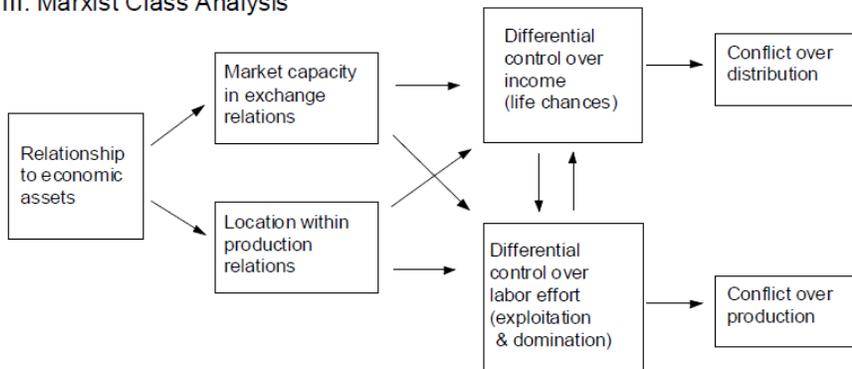


Figure 1
Three Models of Class Analysis

Retomado de Wright, 2005: 26

Como podemos observar en el cuadro, Wright distingue tres grandes análisis de clase. El gradacional se refiere a simples

diferencias en la distribución de recursos. El weberiano, retoma las capacidades y relaciones de mercados, los cuales reflejan diferencias en las oportunidades de vida, y en consecuencia, conflicto en la distribución de los recursos. El marxista, no sólo retoma los elementos weberianos, sino que añade que las posiciones de clase conllevan relaciones de explotación y dominación. De ello, se sigue que existan conflictos en la distribución de los recursos y en la propia producción. De esta manera, el análisis de clase marxista es más potente, según Wright, en tanto que hace énfasis en una visión realista de la sociedad ya que presta atención a las relaciones de explotación y dominación materiales. Y desde luego, no se olvida que éstas tienen implicaciones secundarias en las relaciones de mercado y en las oportunidades de vida de los individuos.

Una vez que el sociólogo estadounidense ha justificado la pertinencia del análisis marxista de clase por coincidir en su posición teórica-epistemológica y por ser más amplia para entender el fenómeno de las clases sociales, nos brinda los primeros elementos para reconstruir una nueva propuesta. Estos elementos son los mapas coyunturales abstractos y concretos.

El primero de estos análisis se ocupa del modo en que la organización social de la producción determina una estructura de huecos en las relaciones de clase, huecos que son ocupados por personas [...] El segundo tipo de análisis por su parte, no se ocupa de la estructura de clases como tal, sino del modo en que los individuos ubicados en las estructuras de clase llegan a organizarse en colectividades que luchan (WRIGHT; 1984: 10)

Según la interpretación de Marx por parte de Wright, en el pensador de Tréveris se pueden encontrar dos niveles de conformación teórica acerca de las clases sociales. El mapa abstracto se refiere al nivel más elevado de abstracción en donde las clases sociales se

pueden agrupar en una dicotomía clara: burguesía y proletariado. Dicho mapa se encuentra típicamente en *El Capital*. Por otra parte, los mapas concretos son los análisis empíricos acerca de la lucha de clases. Ahí podemos encontrar libros de Marx como *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* o *La lucha de clases en Francia*. En estos contextos las clases sociales ya no son dicotómicas y abstractas, sino más bien, se encuentran un cúmulo más complejo de clases como campesinos, lumpenproletariado, “clases intermedias”, etc. Así, los agentes en este nivel pueden transformar las estructuras de clase que les asignan sus posiciones en las relaciones sociales. En este sentido, es necesario entender los conceptos de “estructura” y “formación” de clase.

La estructura de clase se refiere a la estructura de relaciones sociales en la que están inmersos los individuos (o, en algunos casos, las familias), y que determinan sus intereses de clase [...] Lo que aquí nos interesa subrayar es que la estructura de clases define un conjunto de huecos o posiciones que son ocupadas por los individuos o las familias. [...]

La formación de clase, por el contrario se refiere a la formación de colectividades organizadas dentro de aquella estructura sobre la base de los intereses prefigurados por esa misma estructura de clases. La formación de clase es una variable [...] Si la estructura de clases se define por las relaciones sociales entre las clases, la formación de clase se define por las relaciones sociales dentro de las clases, relaciones sociales que forjan colectividades enmarcadas en luchas. (WRIGHT; 1984: 5-6.)

Como es posible observar en la anterior cita, Wright circunscribe la relación de la estructura con los agentes en la medida en que estos, en la formación de clases, se organicen para cambiar las posiciones estructurales en la lucha de clases. Pareciera ser que la preeminencia de la estructura es importante, empero, sólo es tomada en cuenta como límites que configuran las disputas de los agentes. En la siguiente cita se comprueba esta afirmación.

En primer lugar, aunque el análisis de clase marxista sea, ante todo, una teoría macro de las relaciones sociales y del cambio social, para que tal teoría sea completa tiene que conectarse con una teoría micro sobre las consecuencias para los individuos. Para que la estructura de clases explique el cambio social, ha de tener efectos sistemáticos sobre la acción individual. Con esto no se prejuzga la cuestión de en qué medida las prácticas de los individuos son explicables por las relaciones de clase o por otros determinantes, pero resulta difícil imaginar cómo podría la estructura de clases explicar la lucha de clases y el cambio social si los comportamientos individuales fueran aleatorios en relación con la clase (WRIGHT: 1984: 162)

En este contexto, la relación agente-estructura es “estructurada” en la medida en que las posiciones de clase asignan lugares dentro de la estructura de clase. Sin embargo, la formación de clase en las relaciones de sociales entre los agentes son una posibilidad de realización y transformación de la propia estructura. Esto no quiere indicar que dichas posibilidades sean características intrínsecas de los propios individuos

But, at least within the Marxist tradition, it is important not to lose sight of the fact that “class locations” designate the social positions occupied by individuals within a particular kind of social relation, class relations, not simply an atomized attribute of the person. The premise behind the idea of social relations is that when people go about their lives in the world, when they make choices and act in various ways, their actions are systematically structured by their relations to other people who are also making choices and acting. “Social relation” is a way of talking about the inherently structured inter-active quality of human action (WRIGHT: 2005: 9.)

Una vez que se ha dejado claro que la posición epistemológica de Wright es realista; se circunscribe en el marxismo analítico; su argumentos versan en defender el análisis de clase marxista por ser más amplio que cualquier otra perspectiva; y, que los conceptos de

mapas abstractos y coyunturales de clase, en su relación con la estructura y formación de clase, nos brindan un vínculo relacional potente para abrir la discusión sobre las clases sociales en el eje agente-estructura; entonces, es posible indicar los pasos con el que inicia su propuesta teórica acerca de las clases sociales. En este sentido, nos brinda algunos momentos por los que se circunscribe su proposición.

1. El escenario empírico. Se trata de indicar los problemas empíricos que no parecían quedar adecuadamente recogidos en el concepto de estructura de clases en la concreción que de él prevalecía dentro de la teoría marxista [...]
2. Constricciones teóricas. Si el concepto que pretende resolver los problemas señalados en el escenario empírico ha de incorporarse a la teoría marxista, es importante que especifiquemos cuáles son los elementos críticos de la teoría general de las clases y de la estructura de clases que actúan como parámetros en el proceso de formación de conceptos [...]
3. Soluciones alternativas. [...] El proceso de formación de conceptos casi siempre es al mismo tiempo un proceso de elección conceptual, por lo que tendremos un cierto número de alternativas en pugna [...]
4. Construcción de un nuevo concepto. Las innovaciones conceptuales no suelen brotar en su forma ya acabada dentro de la cabeza de los teóricos, sino que se van construyendo a través de diversas modificaciones y reformulaciones parciales [...]
5. Cuestiones no resueltas. El concepto de posiciones contradictorias dio lugar a una nueva tanda de problemas. Hubo cuestiones que quedaron sin resolver, tensiones con diferentes aspectos de la teoría general de las clases, debilidades internas del concepto y anomalías empíricas. (p. 24-25)

Como se ha venido comentando, el sociólogo norteamericano intenta reconstruir la teoría de las clases sociales a partir del marxismo. Ante ello ha transitado por los cinco momentos que se han transcrito en

la anterior cita. El punto nodal radica en que si se desean construir nuevos conceptos es necesario tener en cuenta una serie de condicionamientos propiamente teóricos. En este sentido, “la fabricación de conceptos característica de las teorías científicas tiene lugar bajo una serie de constricciones. Entiendo por constricción el que, en cualquier situación dada existe sólo una gama limitada de conceptos posibles que se pueden fabricar”. (WRIGHT: 1984: 18). Las constricciones para edificar nuevos conceptos en la teoría de las clases sociales de estirpe marxista nos las enumera en la siguiente cita:

Constricción conceptual 1: La estructura de clases impone límites a la formación de clase, la consciencia de clase y la lucha de clases [...] En el presente contexto hay tres formas de determinación que revisten especial importancia: limitación, en la que un elemento impone límites sobre las posibilidades de variación de otro; selección, en la que un elemento impone límites más estrechos sobre la variación de otro elemento dentro del espacio definido por unos límites más altos ya establecidos; y transformación, en la que una práctica por parte de agentes sociales (individuos y organizaciones de diversos tipos) transforma un determinado elemento dentro del margen permitido por las limitaciones y selecciones [...]

Constricción conceptual 2: Las estructuras de clase constituyen las líneas cualitativas esenciales de demarcación social en las trayectorias históricas del cambio social [...] La tesis de que la lucha de clases es el motor de la historia significa, entonces, que es el conflicto entre agentes definidos por su posición dentro de la estructura de clases lo que explica las transformaciones cualitativas que marcan las trayectorias epocales del cambio social [...]

Constricción conceptual 3: El concepto de clase es un concepto relacional. Decir que la clase es un concepto relacional es decir que las clases siempre están definidas dentro de las relaciones sociales, en particular por referencia a otras clases [...]

Constricción conceptual 4: Las relaciones sociales que definen las clases son intrínsecamente antagónicas, no simétricas. Antagónicas significa que las relaciones que definen las clases generan intrínsecamente intereses opuestos, en el sentido de que la realización de los intereses de una clase implica necesariamente luchar contra la realización de los intereses de otra clase [...]

Constricción conceptual 5: La base objetiva de estos intereses antagónicos es la explotación [...]. Una relación explotadora implica necesariamente, o bien que algunos tienen que trabajar más para que otros trabajen menos, o bien que deben consumir menos con un nivel de trabajo dado para que otros puedan consumir más, o ambas cosas. En cualquiera de los casos, las personas tienen universalmente un interés objetivo en no ser materialmente explotados, puesto que, en ausencia de explotación, trabajarán menos y/o consumirán más [...]

Constricción conceptual 6: La base fundamental de la explotación debe buscarse en las relaciones sociales de producción [...] las clases se definen por diversas relaciones de control dentro del proceso de producción. En todos estos casos, no obstante, la clase se define como un concepto relacional centrado en la producción (WRIGHT; 1984: 32-41)

El primer par de constricciones se refieren a la relación agente-estructura que ya hemos venido comentando a lo largo de la presentación de la teoría de Wright. Sin embargo, vale la pena repetir que las estructuras sólo son límites que se circunscriben a la acción de los agentes en la lucha y la formación de las clases sociales. La constricción tres se refiere a que las clases sociales sólo tienen su razón de ser en relación a otra. Por ejemplo, la burguesía no puede existir sin el proletariado y viceversa. La construcción cuatro se refiere a que el vínculo relacional de las clases sociales no es de armonía o desentendimiento. Al contrario, si la burguesía no puede existir sin el proletariado ello implica que su relación es antagónica, o sea de lucha, ya que para la realización de los intereses de una clase se requiere el

detrimento de los intereses de la otra. Las últimas dos constricciones reseñan la base de todo el sistema de clases: la explotación. Ésta sólo es posible encontrarlas en las relaciones de producción en general.

Con base a estas constricciones, Erik Olin Wright expone nuevas proposiciones acerca de la teoría de las clases sociales. Las nuevas categorías de análisis creadas por él son “las posiciones contradictorias de clase” y “las explotaciones múltiples de clase.” El entendimiento de estas nuevas categorías es lo que veremos en el siguiente ítem. Y una vez que las entendamos perfectamente podremos interpretar que, en la transición conceptual de las posiciones contradictorias a las explotaciones múltiples, es posible rastrear una conjunción de los conceptos clase y élite dentro del propio sistema de clases en general propuesto por este autor norteamericano.

2. De las posiciones contradictorias a las explotaciones múltiples

Erik Olin Wright inicia sus planteamientos específicos sobre las clases sociales tratando de salir avante sobre una problemática que no había sido tratada ampliamente en el marxismo: la situación de la clase media. Hasta los años de 1970 la única propuesta altamente difundida había sido la de Nicos Poulantzas (1976). Su concepto de “nueva pequeña burguesía” era el referente de los marxistas en el estudio de las clases sociales.

En este sentido, el sociólogo estadounidense intenta reconstruir la teoría de las clases desde el enfoque marxista. Su primer ensayo fue la propuesta de “posiciones contradictorias”. En esta pretendía superar las proposiciones de Poulantzas y brindar nuevos elementos de comprensión sobre la denominada clase media. Para realizar esta tarea es necesario recordar unos conceptos generales de la teoría marxista:

estructura de clases, formación de clases y lucha de clases. Veamos qué entiende por cada uno.

Para discutir el concepto de clase, es útil distinguir tres elementos del análisis de clase: la estructura de clases, la formación de clases y la lucha de clases [...] La lucha de clases se refiere a las prácticas de los individuos y de las colectividades que persiguen sus intereses de clase; la formación de clases designa las relaciones sociales al interior de cada clase que determinan su capacidad para perseguir sus intereses; y la estructura de clases es el conjunto de relaciones sociales entre las clases, que determina o le da forma a los intereses básicos por los que luchan las clases en formación (WRIGHT; 2010: 91)

La estructura es el concepto más amplio. Se refiere a la forma en que están determinados los intereses de las clases sociales en términos generales. La formación de clase es una categoría intermedia que sirve para conocer las organizaciones en que se constituyen las clases sociales (partidos políticos, sindicatos o confederaciones, etc.). La lucha de clases es el concepto concreto que intenta desenmarañar las estrategias específicas de los agentes en sus prácticas cotidianas o coyunturales.

Generalmente el marxismo se había contentado con entender a las clases desde una visión dicotómica: burguesía/proletariado. Las otras clases se subsumían a los intereses de las clases en cuestión en plena lucha. Sin embargo, el siglo XX fue testigo de categorías intermedias que plenamente no se identificaban con el modelo dicotómico. La teoría marxista se había quedado en silencio.

Poulantzas fue el primero en brindar un carácter sistemático y polémico al problema. Él mencionó que la “nueva pequeña burguesía” (clase media) se constituía a partir de su diferencia en el trabajo improductivo y el trabajo intelectual en relación al proletariado. En este sentido, las categorías intermedias no producían plusvalía y en la

organización del trabajo ocupaban posiciones político/ideológicas superiores (mando y autoridad) en relación a la clase obrera. Este trabajo consistía en la posesión de “secretos” y “saberes” exclusivos de la nueva pequeña burguesía.

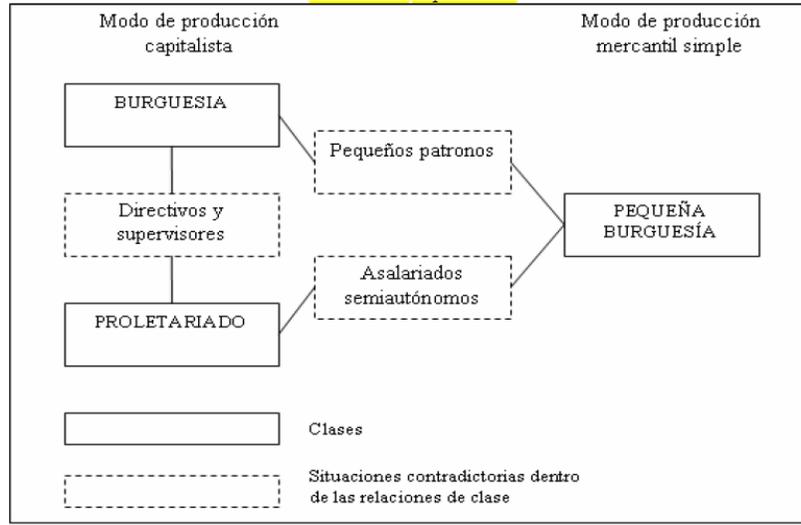
Wright al seguir la teorización del autor greco-francés se dio cuenta que si la seguía a pie juntillas, la clase obrera quedaba reducida al 10 o 15% de la población de las sociedades industrializadas. Esta reducción se debía a que no quedaba claro hasta dónde una ocupación de “secretaria”, “mantenimiento” o trabajos comunes dentro de la misma fábrica debían ser considerados como improductivos e intelectuales. La evidencia empírica y el trabajo de campo demostraban que todos estos trabajadores no se acomodaban a la teoría de Poulantzas.

El problema que descubrió Wright es que estas categorías, al igual que el personal propiamente directivo pero que no era dueña de los medios de producción, se le ubicaba en una sola posición. En realidad podrían ocupar posiciones ambivalentes dentro de la misma organización del trabajo. Es así como nace el concepto de “posiciones contradictorias”

En lugar de concebir que todas las posiciones tienen una ubicación única dentro de las distintas clases, y que poseen, por tanto, un carácter coherente de clase por derecho propio, podríamos admitir que algunas posiciones posiblemente tengan un carácter múltiple de clase; podrían pertenecer a más de una clase a la vez. La naturaleza clasista de esas posiciones, si bien está basada en las clases fundamentales a las que se adscribe, sería una naturaleza derivada. Tales posiciones son lo que he llamado “posiciones contradictorias dentro de las relaciones de clase” (WRIGHT: 1984: 49.)

Para comprender más este concepto es necesario prestar atención al siguiente esquema:

La conjunción de los conceptos clase/élite en Erik Olin Wright



Tomado de Wright; 1984: Figura 2.2, 55

Aquí podemos observar tres principales clases sociales: la burguesía, proletariado y la pequeña burguesía tradicional. Como bien sabemos, la burguesía posee los medios de producción y se apropia de los excedentes (plusvalía) mediante la explotación del proletariado. La clase obrera, por su parte, sólo posee su fuerza de trabajo para producir plusvalía, la cual, le es arrancada mediante el proceso de explotación capitalista. La pequeña burguesía es aquella que posee sus propios medios de producción, se apropia de su excedente y trabaja ella misma. Las categorías de posiciones contradictorias son los directivos, supervisores, pequeños patronos y los asalariados semiautónomos. Estas clases ocupan posiciones contradictorias en tanto que también son explotadas ante el capital, pero al mismo tiempo, se superponen a la clase obrera ocupando posiciones superiores de dominación económica, política e ideológica pero sin explotarlas directamente (ello lo hace la burguesía en general)

En la producción capitalista es enteramente posible que ciertos puestos – por ejemplo los administradores de niveles medio y bajo- tengan una relación de dominación respecto a los trabajadores sin que se dé una

relación de apropiación. Este tipo de no coincidencia es el núcleo de la idea de las posiciones contradictorias dentro de las relaciones de clase. (WRIGHT; 1984: pie de página 14, 104)

De esta manera, es posible llegar a una nueva conceptualización sobre el problema de las clases medias en relación a las posiciones contradictorias de clase. Wright identifica dos tipos generales.

De acuerdo con la lógica de nuestro marco, se pueden definir dos tipos de posiciones contradictorias no polarizadas:

a) Hay posiciones de clase que no son de explotador ni de explotado, esto es, personas que tienen justamente una parte proporcional del bien en cuestión. Por ejemplo, un productor pequeño burgués autoempleado [...] Este tipo de posiciones constituyen lo que podría llamarse la vieja clase media [...]

b) Los asalariados altamente cualificados (los profesionales, por ejemplo) del capitalismo son una buena ilustración: están capitalistamente explotados, pues carecen de bienes de capital, a pesar de lo cual son explotadores de cualificaciones. Son este tipo de posiciones las que típicamente reciben el nombre de nueva clase media. (WRIGHT; 1984: 101)

La denominada “vieja” y “nueva” clase media son, desde el punto de las posiciones contradictorias, las categorías ambivalentes dentro del sistema de clases. Lo importante a rescatar es la situación específica de los “asalariados altamente cualificados”, los cuales, son explotados desde el punto de vista capitalista, pero simultáneamente, explotan y dominan con sus niveles educativos a la clase obrera.

A pesar de esta teorización todavía quedaron problemas por resolver. Por ejemplo, el trabajo de una secretaria o un empleado de mantenimiento pueden equiparse a la posición de un alto ejecutivo de empresa. Desde la visión de las posiciones contradictorias ambas categorías quedarían inmersas dentro de la misma clase. Era necesario realizar más distinciones teóricas. Igualmente, ¿qué sucede con el

concepto de explotación? Poulantzas lo había identificado con el proceso de producción de plusvalía. Desde esta perspectiva ni las secretarías, los trabajadores de mantenimiento o los directivos podrían ser explotados. Era fundamental brindar un nuevo concepto de explotación sin identificarlo exclusivamente con la teoría del valor-plusvalía que sólo se ciñe en la economía, específicamente con la producción agro-industrial. Es así como Wright, al darse cuenta de estos problemas amplía su perspectiva y construye un nuevo modelo denominado “explotaciones múltiples.” Para comprender esta nueva teorización es de primer analizarla. Para ello, veamos qué entiende, en primera instancia, por explotación.

En mi uso del término, la explotación de clases se define mediante tres criterios principales:

- a) El principio de bienestar interdependiente inverso: el bienestar material de los explotadores depende causalmente de las privaciones materiales de los explotados. El bienestar del explotador se da a expensas del explotado.
- b) El principio de exclusión: la relación causal que genera el principio (a) involucra la exclusión asimétrica de los explotados del acceso al control de ciertos recursos productivos importantes. Típicamente la exclusión está respaldada por la fuerza, en forma de derecho de propiedad, pero en casos especiales puede no estarlo.
- c) El principio de apropiación: el mecanismo causal (b) que traduce la exclusión (a) en diferencias en el bienestar, incluye la apropiación de los frutos del trabajo de los explotados por parte de quienes controlan los recursos productivos relevantes. A esta apropiación con frecuencia se le llama apropiación del excedente de producto. (WRIGHT; 2010: 77)

Los tres principios generales de la explotación se refieren al bienestar (el bienestar de una clase es directamente proporcional y en sentido contrario al bienestar de otra); la exclusión (acceso a recursos productivos); y, la apropiación (adueñarse de los frutos de trabajo de

otro) son los elementos esenciales de dicha categoría. Generalmente el marxismo acepta que existen varios tipos de explotación de clase: la feudal, la capitalista y la socialista.

[...] la explotación feudal se basa en desigualdades generadas por la propiedad de bienes en forma de fuerza de trabajo; la explotación capitalista, en desigualdades generadas por las propiedad de bienes alienables; la explotación socialista, en desigualdades generadas por la propiedad de bienes inalienables. En correspondencia con cada una de estas desigualdades de bienes generadoras de explotación, existe una relación de clase específica: señores y siervos en el feudalismo, burguesía y proletariado en el capitalismo, expertos y obreros en el socialismo. (WRIGHT; 1984: 89)

Dejemos de lado las explotaciones feudales y socialistas, ya que lo que nos interesa es conocer las explotaciones en las sociedades capitalistas actuales que se basan en la propiedad de bienes alienables. Como hemos venido señalando, el modelo de explotación que se explica en esta cita se refiere a una estructura de clases abstracta que tiene como punto de partida un análisis dicotómico: burguesía y proletariado. Desde esta visión abstracta analicemos aún más el *quid pro quo* de dicha explotación para señalar que ésta no necesariamente tiene que ceñirse a la teoría del valor-plusvalía.

[...] a los obreros se les paga un salario que cubre los costes de producción de su fuerza de trabajo; los capitalistas reciben unos ingresos fruto de la venta de mercancías producidas por los obreros. La diferencia entre estas cantidades constituye el excedente explotador de que se apropian los capitalistas [...] Debe observarse que esta tesis es lógicamente independiente de la teoría valor-trabajo. No se presupone que las mercancías se intercambien en una proporción regulada por la cantidad de trabajo socialmente necesario incorporado a ellas. Lo que se postula es que los ingresos de los capitalistas constituyen el valor monetario de excedente producido por los trabajadores. (WRIGHT; 1984: pie de página 32, p. 96)

La teoría del valor marxista se finca en el siguiente postulado: el trabajo socialmente necesario. Para producir mercancías es necesaria esa medida. Con base en ello se calculan los costos de producción de las mercancías, incluyendo la propia fuerza de trabajo. El marxismo analítico desecha este postulado básico sin desconocer la explotación capitalista. Lo que señalan es que en la realidad económica y social las mercancías no se intercambian sabiendo el trabajo incluido en ellas. Lo que importa son los valores monetarios incluidos en los precios del mercado. Ello no implica que los empresarios no se apropien del excedente producido por los trabajadores, sólo que este excedente es apropiado en forma de valor monetario por parte de la burguesía. A los trabajadores se les arrancan directamente los frutos de su trabajo de su salario mensual en forma monetaria. Una de las maneras es el tiempo extra no es retribuido en su salario. Otra es la intensidad del trabajo y que tampoco es remunerado. Una última, y a veces la más común, es no pagar el valor monetario completo del salario a los trabajadores. Todas estas formas de explotación dejan de lado la teoría del valor-plusvalía ya que según ésta sólo se puede producir en el trabajo agro-industrial. Con esta nueva conceptualización, la explotación se amplía a más categorías del trabajo y vida social. La industria sólo es una de ellas. Pero también, los trabajos de oficinas privadas y públicas, los servicios ampliamente difundidos en nuestras sociedades, incluso el trabajo doméstico podría teorizarse desde esta nueva visión. Así, la explotación se definiría en la capacidad de una clase de apropiarse de los productos del trabajo de otra en la medida en que dicha apropiación se exprese en términos monetarios de los precios del mercado capitalista.

Hasta aquí se ha tratado la explotación capitalista de un modo general, la cual, se basa en la posesión de bienes alienables. Hemos

visto los tres principios básicos de ésta y su deslinde con la teoría del valor tradicionalmente marxista. Sin embargo, también es urgente diferenciarla con otro concepto que es harto parecido: opresión. Así, veamos las diferencias entre explotación y opresión económica.

En la opresión económica no explotadora los frutos del trabajo no se transfieren del oprimido al opresor. El bienestar del opresor depende simplemente de la exclusión del oprimido del acceso a ciertos recursos, pero no de su esfuerzo de trabajo [...] La diferencia crucial entre explotación y opresión no explotadora está en que en una relación de explotación, el explotador necesita al explotado, dado que depende del esfuerzo que este haga. En el caso de la opresión no explotadora, los opresores se alegrarían si los oprimidos desaparecieran. (WRIGHT; 2010: 78)

La opresión ocurre cuando un grupo excluye de manera ilegítima a otro grupo del acceso a esos recursos. La explotación ocurre cuando esa exclusión también les da a los dueños de los recursos la capacidad de apropiarse de los frutos de trabajo de los demás. (WRIGHT; 2010: 81)

Recapitemos el argumento de esta sección: la explotación se definirá en el resto de este libro como una apropiación económicamente opresiva de los frutos del trabajo de una clase por otra. No todas las apropiaciones son económicamente opresivas ni todas las formas de opresión económica implican tal apropiación. Es la combinación de apropiación económica y opresión lo que hace de la explotación una base tan poderosa para los antagonismos objetivos entre intereses materiales. (WRIGHT; 1984: 87)

El ejemplo que nos propone el autor norteamericano es el genocidio de los colonizadores norteamericanos hacia los indios. Lo que hicieron los colonizadores fue despojar de casi todos los recursos a los nativos de Norteamérica. En este sentido, existió una opresión económica mediante un despojo ilegítimo. Los nativos fueron excluidos y su bienestar fue mermado. Caso contrario sucede con los migrantes latinoamericanos en Estados Unidos. Ellos también son despojados de

los recursos y derechos fundamentales de cualquier ciudadano. Su bienestar es menor al de sus contrapartes “blancos”. No obstante, ellos son explotados ya que trabajan para los grandes capitalistas estadounidenses. Sus frutos de trabajo son apropiados por la burguesía norteamericana. En este contexto son explotados. De este modo, si los nativos no hubieran existido, los colonizadores norteamericanos se hubieran alegrado de su inexistencia puesto que no hubieran tenido que cometer un genocidio. No obstante, si los migrantes desaparecieran se romperían las relaciones de explotación, un gran sostén para la economía y relaciones sociales estadounidenses. Todos se verían afectados. De esta manera, Wright nos brinda su definición de clase social en relación a su nueva noción de explotación.

Las clases en la sociedad capitalista, sostengo ahora, debe considerarse que están arraigadas en la intersección compleja de tres formas de explotación: explotación basada en la propiedad de bienes de capital, en el control de bienes de organización y en la posesión de bienes de cualificación o credenciales (WRIGHT; 1984: 312)

Las clases basadas en la explotación se sostienen a partir de la posesión de tres grandes recursos. El primero, la posesión de los bienes de capital, es la tradicional distinción marxista sobre las clases sociales (posesión de los medios de producción). El segundo, es el control de los bienes de organización que se refieren a la capacidad de decisiones dentro de las organizaciones capitalistas. El tercero, la posesión de bienes de cualificación o credenciales versa sobre la posesión de “saberes” educativos exclusivos de ciertos agentes.

No es menester explicar la posesión de los bienes capital. La teoría marxista en general ha ahondado mucho sobre ello. Aunque es necesario recalcar que los medios de producción no sólo son las máquinas industriales, sino todo aquel cúmulo de medios que sirven

para la reproducción de la sociedad en su conjunto (transporte, medios de comunicación, etc). Es de primer orden centrarnos sobre los dos siguientes bienes de explotación: los de organización y los de cualificación. En lo que respecta a los primeros, Wright nos menciona las siguientes posiciones de clase:

Distinguiremos tres posiciones básicas en relación con los bienes de organización:

- a) Directivos: posiciones que está directamente implicadas en las decisiones sobre la política dentro del lugar de trabajo y que poseen autoridad efectiva sobre subordinados
- b) Supervisores: posiciones que tienen autoridad efectiva sobre subordinados, pero que no están implicadas en las decisiones de la organización. Consideraré que estas posiciones tienen bienes de organización marginales.
- c) No directivos: posiciones sin ningún bien de organización dentro de la producción (WRIGHT; 1984: 174)

Las tres categorías que el autor estadounidense nos brinda son los directivos, supervisores y no directivos. La diferencia entre estos radica en la capacidad de decisiones políticas en el lugar del trabajo, así como la autoridad efectiva con respecto a los trabajadores subordinados. Ahora veamos la distinción de categorías con respecto a la posesión de bienes de cualificación o educativos.

Esto da lugar las tres categorías siguientes:

- a) Expertos: Aquí se incluyen: 1) todos los profesionales; 2) los técnicos y directivos (según el título ocupacional, no según los criterios usados para definir los bienes de organización especificados más arriba) con titulación universitaria
- b) Empleados cualificados: 1) maestros y trabajadores especializados; 2) directivos y técnicos con titulación inferior a la universitaria; 3) comerciales o administrativos con nivel universitario y cuyos empleos gozan de autonomía real

c) No-cualificados: 1) vendedores y administrativos que no satisfacen el criterio de credenciales o autonomía de los empleados cualificados; 2) ocupaciones manuales no especializadas y ocupaciones de servicios (WRIGHT; 1984:176)

Se podría pensar que el nivel educativo es un factor determinante en relación a la posesión de credenciales. Sin embargo, no se agota ahí. La posesión de “saberes” exclusivos también influye en las diferentes posiciones que ocupan los agentes. De esta forma, la combinación de los bienes de explotación basados en la posesión de los medios de producción, los bienes de organización y las credenciales se pueden representar en el siguiente cuadro:

	Propietarios de medios de producción	No propietarios (trabajadores asalariados)			
Posee capital suficiente para contratar obreros y no trabajar	1. Burguesía	4. Expertos directivos	7. Directivos semi-credencializados	10. Directivos no credencializados	+
Posee capital suficiente para contratar obreros, pero tiene que trabajar	2. Pequeños empleadores	5. Expertos supervisores	8. Supervisores semi-credencializados	11. Supervisores no credencializados	> 0 Bienes de organización
Posee capital suficiente para trabajar para sí mismo, pero no contrata obreros	3. Pequeña burguesía	6. Expertos no directivos	9. Obreros semi-credencializados	12. Proletarios	-
		+	> 0	-	Bienes de cualificación/credenciales

La primera distinción entre las clases sociales son aquellos que poseen medios de producción. Aquí identificamos dos grandes categorías: los que poseen y los que no son propietarios. Dentro de los primeros, se identifican tres divisiones: la burguesía, los pequeños empleadores y la pequeña burguesía. Dentro de los segundos, es necesaria para su distinción la posesión de bienes de organización y de

credenciales. Aquí podemos diferenciar 9 clases distintas. Las más explotadas son aquellas que casi no poseen bienes educativos y no inciden en la organización y autoridad del trabajo. Los proletarios, los obreros semicredencializados y expertos no directivos están en esta categoría. Los que se encuentran en una explotación intermedia son aquellos supervisores con credenciales, sin credenciales o expertos por experiencia. Finalmente, los que se encuentran en la parte superior son los que tienen una alta influencia en la organización y sus cualificaciones también son elevadas. Aquí encontramos a los directivos que son expertos o que tienen credenciales.

Como podemos observar, las explotaciones múltiples no sólo se refieren a una profundización de las posiciones contradictorias. Es decir, la “doble posición” no sólo se vincula simplemente con la posesión o falta de ésta sobre los medios productivos. Las explotaciones también se engarzan con la posesión de bienes de organización y credenciales. Dicha incrustación también provoca que las posiciones contradictorias y explotaciones múltiples aparezcan entre los que no poseen ningún medio de producción. De este modo, un supervisor semicredencializado puede ser explotado por la gran burguesía ya que no posee medios de producción, al mismo tiempo, ser explotado por los directivos por no poseer suficientes medios de organización y educación, pero simultáneamente, explotar a los proletarios ya que ocupan una posición superior en relación al nivel educativo y en la autoridad.

El esquema, en este sentido, se vuelve más complejo. Por un lado, el modelo de explotaciones múltiples ya no puede ser reducido a la explotación propiamente en la industria. Otras esferas del trabajo y de la vida social (el trabajo burocrático o de la división del quehacer científico) pueden presentar explotación tal como Wright lo propone. Por

otro, las posiciones contradictorias no se ubican en la relación de la clase media que se encuentra entre la burguesía y el proletariado tal como lo había pensado este autor en un primer momento.

Dentro de la misma clase que no posee medios de producción, las categorías medias se sitúan ahora entre el proletariado y los altos directivos que no son la burguesía. Esta es una distinción teórica digna de tomarse en cuenta, ya que las denominadas clases medias no son una clase completamente distinta a la clase obrera, sino una clase ambivalente dentro de todos los explotados en sentido amplio, es decir, como una clase que, en términos generales, no posee medios de producción.

Las implicaciones de esto es que quizá la clase obrera en sentido estricto no sea la única que tendrá intereses opuestos a la burguesía. Las categorías medias, incluso, también pueden ser capaces de luchar por sus propios intereses en oposición de la burguesía, y en algunos casos, en oposición a la clase obrera. En palabras de Wright.

Una de las consecuencias de la reconceptualización de la clase media es que deja de ser un axioma que el proletariado sea el rival único, o tal vez incluso el rival universalmente central, de la clase capitalista en la lucha por el poder de clase dentro del capitalismo. Este supuesto clásico del marxismo dependía de la tesis de que no había ninguna otra clase en el capitalismo que pudiera considerarse como portadora de una alternativa histórica a este (WRIGHT; 1984: 104)

Dichas implicaciones tienen como consecuencia que los objetivos políticos y los fines históricos de las clases sociales dejan de ser determinados *a priori*. Sólo en la relación *intra* e *inter* clase es posible desenmarañar los cursos históricos de las sociedades divididas en clases sociales. De este modo, Wright señala las mejorías de su nueva noción de “explotaciones múltiples” como una ampliación de las posiciones contradictorias.

- a) Desaparecen algunos problemas conceptuales: [...] el problema de la autonomía, las situaciones anómalas en que las posiciones como la de los pilotos aparecerían como más proletarizadas que la de muchos obreros no cualificados [...]
- b) Al tratar las posiciones contradictorias en términos de relaciones de explotación, el concepto se generaliza a los distintos modos de producción [...]
- c) Esta manera de conceptualizar las posiciones de clase media hace que el problema de sus intereses de clase resulte mucho más claro que antes [...]
- d) Esta estrategia basada en la explotación ayuda a clarificar los problemas de las alianzas de clase en un modo más sistemático que en el enfoque anterior (WRIGHT; 1984: 107-108)

Como lo habíamos mencionado, con la noción de explotaciones múltiples es más clara la diferencia entre secretarías o empleados de mantenimiento en relación con posiciones de trabajos de mayor especialización. En la anterior conceptualización todas eran englobadas en una misma categoría. Asimismo, la noción de explotación no sólo es generalizable a otros modos de producción, sino también, escapa de una visión plenamente económica. Por último, permite distinguir los distintos intereses y alianzas entre diferentes clases sociales. Ya no es sólo la simpleza de la lucha entre burguesía y proletariado, sino también, la complejidad ambivalente de las categorías intermedias que son explotadas por el capital en términos generales, pero al mismo tiempo, son explotadores del proletariado en relaciones particulares. Así, el propio sociólogo estadounidense señala las ventajas de la noción de explotaciones múltiples en el sistema de clases sociales.

En primer lugar, el concepto centrado en la explotación permite describir las diferencias cualitativas entre tipos de estructura de clases [...] El concepto de clase centrado en la explotación, también aumenta la

capacidad de generar un conjunto de conceptos matizado y potente para distinguir entre las formaciones sociales [...]

En segundo lugar, el concepto centrado en la explotación proporciona unas estrategias mucho más coherentes para analizar el carácter de clase de las clases medias en el capitalismo contemporáneo [...]

En tercer lugar, el concepto centrado en la explotación permite conectar más claramente con el problema de los intereses que los conceptos basados en la dominación [...]

En cuarto lugar, el nuevo concepto es más sistemáticamente materialista que los conceptos basados en la dominación. Las clases se deducen de las formas de propiedad efectiva sobre los distintos aspectos de las fuerzas de producción [...]

En quinto lugar, el nuevo concepto es más coherente históricamente que sus rivales. Es el desarrollo de las fuerzas de producción el que imprime el cambio social epocal su dirección, cualquiera que este sea [...]

Por último, el concepto de clase elaborado en ese capítulo tiene un carácter crítico particularmente intenso [...] La clase, cuando se define en términos de explotación basadas en bienes cualitativamente distintos, ofrece un modo de describir tanto la naturaleza de las relaciones de clase en una sociedad dada como las posibilidades inmanentes de transformación que esas relaciones permiten. (WRIGHT; 1984: 151 -152)

En lo que me quisiera centrar en el análisis de esta cita es en la “superioridad” del concepto de clase basado en la explotación en relación a uno basado sólo en la dominación. Me parece que Wright se refiere a que la clase dominante no sólo se define por la dominación, sino que a través de la explotación es posible determinar el dominio económico, político, ideológico y cultural de una clase sobre otra. Así, mientras que la clase burguesa posea los medios de producción, es intrínseca la capacidad de explotar a sus empleados. De ahí, es más probable que pueda dominarlos en el centro de trabajo, y en general, en las relaciones sociales. Este mismo principio es posible trasladarlo a las categorías intermedias. Por ejemplo, la posesión de medios de

organización y de credenciales por parte de los altos ejecutivos, ocasiona una mayor probabilidad de explotación hacia los proletarios, y en consecuencia, dominación económica y política en tanto que ejercen funciones de autoridad en el centro de trabajo. En este sentido, a partir de la relación entre explotación y dominación es posible entender la ambivalencia en las relaciones de clase, en especial de las posiciones de lo que generalmente se ha llamado “clase media.” Esto es particularmente importante en la medida en que en dicha fusión es posible rastrear la conjunción de los conceptos clase/élite.

Si bien se parte de un análisis exclusivo de clase, la ambivalencia de las categorías intermedias provoca que, dentro del mismo sistema de clases, en relación a las clases altamente explotadas como el proletariado, dichas categorías sean vistas como élites³ que ejercen directamente el dominio sobre la clase obrera en el conjunto de las relaciones sociales. Sin embargo, en su vínculo con la clase burguesa en general, las categorías intermedias aparecen sólo como agentes explotados por el capital. En este sentido, las élites compuestas de clases intermedias no son estrato superior de la clase alta, burguesa o capitalista, sino un eslabón en la cadena de explotaciones y dominio del conjunto del sistema de clases. Desde los proletarios son élites, desde los burgueses son eslabones de explotación y dominación, desde ellos mismos son posiciones ambivalentes. De esta manera, el tratamiento más profundo de esta propuesta se verá en el siguiente ítem.

³ Cabe mencionar que la noción de élite que se emplea aquí es el genérico, es el decir, el de superioridad por parte de un agente “A” sobre un agente “B.” Sin embargo, ello no implica que conformen un estrato superior altamente delimitado dentro de una clase (la capitalista), sino sólo indica una relación superior entre dos conjuntos de clase (proletarios y categorías medias) que puede verse afectada por el conjunto del sistema de clases propuesto por Wright.

3. La relación clase/élite como producto de las explotaciones múltiples y posiciones ambivalentes en las categorías intermedias

Habíamos mencionado que en la ambivalencia de las categorías intermedias era posible visualizar la conjunción de los conceptos clase y élite. Para la clase obrera, dichas categorías se superponen como élites debido a que poseen los bienes de organización y cualificación que estructuralmente están dados dentro del sistema de clases. En contraparte, para la burguesía las categorías medias son agentes explotados, pero simultáneamente, son eslabones para la explotación y dominación de la clase obrera. Para ellos mismos, son posiciones ambivalentes con intereses propios pero delimitados por la división entre los agentes que poseen medios de producción (burguesía) y los que no poseen (agentes explotados).

En este contexto, la conjunción de los conceptos clase/élite no se refiere a un estrato superior de la misma clase capitalista. Más bien, son una posición contradictoria de explotaciones múltiples dentro de las categorías intermedias que no poseen medios de producción en el conjunto del sistema de clases para ejercer poder, y que sin embargo, ostentan medios educativos y de decisión para ejercer dominación. Esta es la tesis principal que deseo rescatar a partir de mi interpretación de la teoría de Erik Olin Wright. Para argumentarla, primero debemos proceder en definir el concepto poder. Después, el concepto de dominación para señalar que, según Wright, las características de la explotación y dominación son los componentes esenciales para la definición de una clase. Finalmente, podemos confirmar la conjunción de clase/élite que he interpretado a partir de este autor norteamericano.

Empecemos por el concepto de poder. Wright distingue tres niveles que se mencionan a continuación:

- a. Situational power refers to power relations of direct command and obedience between actors, as in Weber's celebrated definition of power as the ability of one actor to get another to do something even in the face of resistance.
- b. Institutional power refers to the characteristics of different institutional settings which shape the decision-making agenda in ways which serve the interests of particular groups. This is also referred to as "negative power" -- power which excludes certain alternatives from a decision-making agenda, but not, as in situational power, which actually commands a specific behavior.
- c. Systemic power is perhaps the most difficult (and contentious) conceptually. It refers to the power to realize one's interests by virtue of the overall structure of a social system, rather than by virtue of commanding the behavior of others or of controlling the agendas of specific organizations (WRIGHT; 2005: 19).

Como primera aproximación es necesario recalcar que la división de poderes sociales en las clases se engarza perfectamente en la relación agente/estructura. El poder sistémico es la estructura general de las sociedades que tiene como efecto que algunos agentes tengan la capacidad de hacer valer sus intereses. El poder institucional, es la configuración organizacional para que las instituciones beneficien a la clase dominante. El poder situacional es la relación específica “cara a cara”, “cuerpo a cuerpo”, “estrategia por estrategia” que siguen los agentes en relación a la posesión de diferentes recursos.

Decir que los capitalistas tienen poder situacional equivale a decir que controlan cierta cantidad de recursos que pueden utilizar para obtener lo que quieren. Decir que los capitalistas tienen poder institucional equivale a argumentar que varias instituciones están diseñadas para excluir de manera selectiva de la agenda política las alternativas que se opongan a sus intereses. Decir que los capitalistas tienen poder sistémico equivale a decir que la lógica misma del sistema social afirma sus intereses,

independientemente de sus estrategias conscientes y de la organización interna de los aparatos políticos. (WRIGHT; 2010: 150.)

Sin embargo, el poder no se ejerce de manera directa, lineal, exclusiva y dicotómica entre las categorías que poseen medios de producción y las que no, es decir, entre la clase burguesa general y el proletariado. Como hemos visto, existen categorías intermedias de posiciones contradictorias y explotaciones múltiples en todo el cúmulo complejo del sistema de clases. Las posiciones que ocupan los agentes intermedios crean una relación de dominación entre ellos y las clases que no poseen suficientes medios de cualificación y organización. Dicha dominación, no es más que un efecto general de la estructura de clases, y en especial, del ejercicio combinado de los tres niveles de poder que hemos analizado.

Domination identifies one dimension of the interdependence of the activities within production itself – what we have called the relations in production – rather than simply the interdependence of material interests generated by those activities. Here the issue is that, by virtue of the relations into which people enter as a result of their rights and powers they have over productive resources, some people are in a position to control the activities of others, to direct them, to boss them, to monitor their activities, to hire and fire them. Since the powers embodied in domination are directly derived from the social relations of production, domination can also be understood as an aspect of class relations. Class relations therefore imply not simply that some people have the fruits of their laboring effort appropriated by others, but that significant portions of their lives are controlled by others, directed by people outside of their own control (WRIGHT: 2005:10)

De este modo, el poder en sus tres niveles ejercido por la clase capitalista es mediado en las relaciones sociales por la dominación que ejercen específicamente los agentes intermedios. Ello lo pueden hacer debido a su posición contradictoria y a la explotación que ejercen sobre

el proletariado ya que poseen credenciales y decisiones de mando. En este sentido, lo que define la combinación de las nociones de clase/élite en el sistema de clases planteados por Wright, es la conjunción de explotación y dominación para definir la complejidad de los agentes que ocupan posiciones de clase contradictorias en el marco de las explotaciones múltiples.

La explotación sin dominación o la dominación sin explotación no implican relaciones de clase. La dominación por sí misma, como la de los guardianes sobre los presos puede ser una forma de opresión, pero no es opresión de clase. De igual manera, la explotación sin dominación no es un tipo de relación de clases. Ciertamente los niños se apropian de un excedente del trabajo de sus padres, pero no los dominan (al menos en el sentido normal del término) y por lo tanto, no se les puede considerar una clase dirigente dentro de la familia. (WRIGHT: 2010: 101.)

El valor del concepto marxista de clase radica en la forma en que reúne las relaciones económicas y políticas en una sola categoría. Las clases no se determinan únicamente gracias a las relaciones de explotación o a las relaciones de dominación, sino gracias a ambas. (WRIGHT; 2010 114.)

La interpretación que realizo a partir de la teoría de Wright sobre la combinación de los conceptos clase/élite es sostenible en la medida en que la élite sea comprendida como cualidad de los agentes intermedios. En especial, de los agentes que poseen las más altas posesiones de medios de organización y de cualificación (directivos). Al mismo tiempo, dicha cualidad se enmarque en el sistema de clases con posiciones contradictorias y explotaciones múltiples. En este contexto, aunque estos agentes intermedios tengan una gran dominación sobre los proletarios y obreros no credencializados, no poseen medios de producción que les otorgue realmente “poder” sobre la clase burguesa en su conjunto. Al contrario, se encuentran supeditados a ella. Por último, el poder de explotación material de la clase burguesa y de

dominación mediante la autoridad y la educación como efecto de los agentes intermedios sobre el proletariado son los elementos que Wright ha puesto de relieve y que yo interpreto como los constituyentes del vínculo clase/élite en su teoría.

Exploitation, as defined here, is intimately linked to the problem of domination, that is, the social relations within which one person's activities are directed and controlled by another. Domination occurs, first, in the exclusion principle: "owning" a resource gives one power to prevent other people from using it. The power exercised by employers to hire and fire workers is the clearest example of this form of domination. But domination also occurs, in most instances, in conjunction with the appropriation principle, since the appropriation of the labor effort of the exploited usually requires direct forms of subordination, especially within the labor process, in the form of bossing, surveillance, threats, etc. Together exploitation coupled with domination defines the central features of the structured interactions within class relations (WRIGHT; 2005: 18.)

Así, lo que hemos venido desarrollando en este ítem es posible corroborarlo en la siguiente cita:

Similarly, the ruling "elite" in the state –the political directorate of state production- is not constituted in capitalist societies as an autonomous state dominant class; it is linked to the capitalist class through a variety of mediating social relation (career trajectories that move back and forth from public to private sectors; the ability of state elites to capitalize surplus income; etc.) (WRIGHT; 1989: 344)

Como podemos ver, esta transcripción se refiere a la relación de la élite del Estado y su relación con la clase capitalista, aunque ello no sea obstáculo para trasladar este ejemplo a otras relaciones de la vida social. Lo que el sociólogo estadounidense menciona es que las elites no constituyen una clase autónoma en la esfera estatal. Al contrario, su razón de ser debe a su relación con la clase capitalista. El modo en que establecen vínculos es por medio de las altas cualificaciones y bienes

de organización que poseen los empleados del Estado. En este sentido, estos son agentes intermedios de posiciones contradictorias y explotaciones múltiples que tienen relaciones en la esfera estatal. Se encuentran en el sistema y estructura de clases en general. Sin embargo, por su posición ambivalente conforman una “élite” hacia las clases completamente explotadas y una relación íntima con la clase explotadora por excelencia: la burguesía.

Así, es posible sostener que para Wright la conjunción de los conceptos de clase/élite sólo es posible desentrañarlos en el marco de las categorías intermedias que poseen medios de organización y credenciales. Por su posición intermedia tienen una relación estrecha, incluso de colaboración, aunque también de explotación, con la burguesía, y una relación de dominación hacia el proletariado. La combinación entre dominación y explotación en el sistema de clases provoca este efecto, lo cual, en última instancia, no es más que una relación estructural de los tres niveles de poder, en especial, el poder sistémico.

De este modo, hemos revisado la propuesta teórica de Erik Olin Wright. Lo que resalto de ello es que este autor no se plantea el problema de la combinación clase/élite como un estrato superior dentro de la clase capitalista. Al contrario, una ampliación dentro de las categorías medias que son que ocupan posiciones de élite. Pero ocuparlas no implica únicamente que sigan siendo explotadas en general por la clase burguesa, simplemente ellos también pueden dominar y explotar al proletariado por la posesión de saberes y autoridad. Esta ambivalencia, sólo es viable entenderlas en el marco de las posiciones contradictorias y explotaciones múltiples. Igualmente, esto no es permisible si no se entiende a las clases sociales en un contexto de explotación y dominación combinado.

A. La conjunción de los conceptos de clase/élite en T.B Bottomore

1. Exposición de las teorías de las clases y las élites

Tom Burton Bottomore nació en 1920 y murió en 1992 en Inglaterra. Fue un marxista inglés bastante singular que predominantemente escribió sus aportes sobre las clases sociales en la década de los años 60 y 70. Fue uno de los primeros que, desde el marxismo, intentó conjuntar y ampliar esta tradición de pensamiento con otros cánones teóricos, entre los que destacan las propuestas de las teorías de las élites y las nociones de clase de Max Weber. En este sentido, resulta importante revisar a este autor en la medida en que, en primera instancia, echemos un vistazo a su entendimiento sobre el concepto de clase social, y posteriormente, al de élite.

De esta manera, para este autor británico la clase social es un elemento de la jerarquía que compone a la estratificación social. “Esta última expresión puede ser utilizada para aludir a cualquier ordenamiento jerárquico de los grupos u estratos sociales que forman una sociedad; y en general, los sociólogos han distinguido las siguientes formas principales: la casta, el Estado, la clase social y el grupo jerárquico” (BOTTOMORE; 1973: 17).

Específicamente la clase social hace referencia a la primacía inequitativa que impera desde las grandes revoluciones de la época moderna. “Solamente en los tiempos modernos, y particularmente de las revoluciones norteamericana y francesa, la clase social -concebida como la representación concreta del principio de desigualdad-se ha convertido en objeto de estudio científico, y al mismo tiempo, de general condena, desde el punto de vista de las nuevas doctrinas sociales” (BOTTOMORE; 1973: 10).

Si se ajusta más el análisis de clase, éste sólo puede comprenderse desde el modo de producción capitalista, en el contexto de que la propiedad sobre los medios de producción y la contratación de la fuerza de trabajo, son los pilares fundamentales de las sociedades occidentales en el capitalismo. “Las sociedades occidentales todavía son capitalistas, en el sentido de que sus sistemas económicos están dominados por empresas industriales de propiedad privada, y de que existen diferencias sociales muy acentuadas entre el grupo de los dueños de la propiedad industrial y el grupo de los asalariados” (BOTTOMORE; 1973: 13).

Bajo este marco, T. B. Bottomore enlista los rasgos fundamentales de la teoría de las clases en Marx ya que este último fue el primero en ponerlas de relieve bajo marcos científicos y críticos:

La teoría de Marx puede exponerse brevemente en las siguientes proposiciones:

- 1) En toda sociedad, salvo en las más primitivas, pueden distinguirse dos categorías de personas.
 - a. Una clase dirigente; y
 - b. Una o más clases dirigidas;
- 2) La posición dominante de la clase dirigente debe explicarse por su posesión de los instrumentos fundamentales de la producción económica, pero su dominio político se consolida por la influencia que ejerce sobre la fuerza militar y sobre la creación de las ideas
- 3) Hay un pugna perpetua entre la clase dirigente y la clase o clases dirigidas; y la naturaleza y el curso de esa pugna está influida principalmente por el desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, por los cambios experimentados en la tecnología;
- 4) Los contornos de la lucha de clases se hallan trazados de modo más tajante en las modernas sociedades capitalistas, porque en ellas aparece con la máxima claridad la divergencia de intereses económico, no oscurecida por ningún lazo feudal [...]

- 5) La lucha de clases en la sociedad capitalista terminará con la victoria de la clase trabajadora, y esta victoria irá seguida de la formación de una sociedad sin clases (BOTTOMORE; 1965: 29-30)

Como puede observarse, Bottomore tiene una noción de clase marxista bastante tradicional. Por un lado, el primer rasgo de definición es la posesión de los medios de producción que produce dos clases principales: los dominantes y los dominados. En segundo lugar, en el vínculo dialéctico relaciones de producción/fuerzas productivas, esta última tiene la primacía. En el marxismo, esto ha sido un debate bastante extenso debido a que el propio Marx no dejó en claro si las clases son producto de las relaciones de propiedad y apropiación que mantienen entre ellas, o, son consecuencia del desarrollo inherente de las fuerzas productivas en la sociedad. Este debate se encontraba muy presente en la época de Bottomore y aún lo sigue estando. El problema es que este autor inglés otorga el predominio a las fuerzas productivas definiéndolas exclusivamente al desarrollo tecnológico. Esto es una visión muy parca sobre ellas. Éstas consisten no sólo en el aumento de la tecnología, sino en general, en el aumento de todos los recursos naturales y humanos que permiten la producción y reproducción de las sociedades en su conjunto. Finalmente, con el antagonismo de clases y el incremento tecnológico germina el conflicto que, irremediamente, conducirá al surgimiento de una nueva sociedad sin clases conducida por los dominados en el capitalismo. “En sí mismo el conflicto de clase refleja la incompatibilidad entre diferentes modos de producción; y la victoria de una clase dada, así como la subsiguiente reorganización de la sociedad encarada por aquella, depende de la aparición de un modo de producción nuevo y superior cuyo predominio esa clase tiene interés en afirmar” (BOTTOMORE; 1965: 27).

Ante este panorama, como ya lo hemos visto a lo largo del capítulo I, surgió una propuesta diferente a la marxista. Ésta fue la de Max Weber quien prestó atención a elementos como el prestigio en las clases sociales, y en general, en la estratificación.

Como importante elemento de la estratificación, el prestigio social fundado en la ocupación, el consumo y el estilo de vida, Max Weber, que fue el primero que presentó una alternativa amplia de la teoría de Marx, llegó a su concepción distinguiendo, en primer lugar, entre los diferentes modos de estratificación que coexisten las sociedades modernas: la estratificación de clases, que fue el tema principal que interesó Marx, y la estratificación por vía del prestigio o del honor social. También trató como un fenómeno independiente la distribución del poder político en la sociedad, que Marx había encarado casi exclusivamente como producto de la estratificación de clase. Es evidente que la concepción de Max Weber de la estratificación por el prestigio, que determina la formación de grupos de estatus, tiene su origen en los grupos de capitalistas que gozan de respeto social, como por ejemplo los diversos grupos de la nobleza, las profesiones eruditas y los altos funcionarios; pero las nuevas clases medias de las sociedades industriales avanzadas presentan por lo menos alguno de los mismos rasgos, en cuanto basan sus aspiraciones sociales sobre características educacionales y culturales, sobre la naturaleza de sus ocupaciones, y sobre determinados estilos de vida (BOTTOMORE; 1965: 39).

Lo que debemos resaltar es que, a diferencia de la interpretación que se ha dado en esta investigación acerca de los estamentos en Weber, el autor británico indica que el prestigio que gozan los estratos pueden ser referidos a los altos ejecutivos capitalistas, funcionarios o estratos medios. Sin duda, el sociólogo alemán comentó que los estamentos y las clases pueden asemejarse en el plano social y no propiamente económico. Además, los estamentos son propios de sociedades tradicionales en donde el prestigio y el honor son

fundamentales para su distinción (WEBER; 2002: 246). A pesar de ello, es indispensable reconocer que los elementos resaltados por Weber juegan un papel importante en la configuración de las clases sociales modernas. Sin embargo, ello sólo es secundario en tanto que éstas tienen su principal pilar en los elementos ya señalados por la teoría marxista. En este sentido, para Bottomore los rasgos de las clases propuestas por Marx son el eje esencial para entenderlas, aunque reconoce otros aportes como los de Weber, son sólo elementos que pueden profundizar y ampliar al marxismo.

Bajo este contexto, y en relación al objeto de investigación de esta tesis, la propuesta weberiana no ha sido la única alternativa al marxismo. También la teoría de las élites, con sus conceptos de clase política o minoría gobernante, han intentado ser una propuesta que se opone al marxismo. En este marco, resulta fundamental revisar cómo entendió estos aportes el autor británico.

El concepto de minoría gobernante o clase política fue propuesto como una alternativa, en parte, como hemos visto, para demostrar la imposibilidad de lograr una forma de sociedad sin clases, pero también para afrontar las dificultades teóricas que acabamos de examinar. El concepto de minoría gobernante evita, especialmente, la dificultad de mostrar que una clase particular, definida en atención a su posición económica, domina de hecho todas las esferas de la vida social; pero lo hace sólo a costa de abandonar todo intento de explicar los fenómenos a que se refiere. La minoría gobernante, según Mosca y Pareto, se forma con los que ocupan las posiciones oficiales del poder político en una sociedad (BOTTOMORE; 1965: 40).

Como también hemos revisado en el capítulo I de esta investigación, el principal sostén de las teorías de las élites fue oponerse a la siguiente tesis marxista: una clase económicamente dominante, también lo es política, social, cultural e ideológicamente

dominante. Bottomore también rescata este elemento, y al mismo instante, nos brinda las semejanzas que tienen las teorías de las élites en dos de sus precursores: Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto.

El esquema conceptual que Mosca y Pareto han transmitido en estos términos encierran las siguientes nociones comunes: en toda sociedad hay, y debe haber, una minoría que dirige a los demás componentes de aquélla; esta minoría -la clase política o minoría gobernante, compuesta de quienes ocupan los puestos de mando político y, más vagamente, de aquellos que pueden influir directamente en las decisiones de contenido político- sufre cambios en su composición durante el transcurso de un período de tiempo, ordinariamente por el reclutamiento de nuevos miembros individuales procedentes de los estratos inferiores de la sociedad, a veces por la incorporación de nuevos grupos sociales y en ocasiones por la sustitución completa de la minoría establecida por una contra minoría, como sucede en las revoluciones (BOTTOMORE; 1965: 15).

A pesar de estas similitudes, que más bien se refieren a un hecho muy general de las élites, tales como señalar la división de la sociedad entre minoría y mayoría, y simultáneamente, resaltar la circulación de las diferentes minorías en la sociedad, es de primer orden resaltar las diferencias que vislumbra este autor inglés en Mosca y Pareto.

Sin embargo, Pareto se inclina siempre a destacar con mayor viveza la separación entre la minoría gobernante y la no minoría, y es Mosca quien examina más detenidamente la composición de la minoría selecta misma, especialmente en las modernas sociedades democráticas [...] Pareto siempre hace hincapié en la universalidad de la distinción entre minoría gobernante y masas, y reserva sus comentarios más destructivos para las modernas nociones de democracia, humanitarismo y progreso. Mosca, por el contrario, se halla dispuesto a reconocer, y en determinadas circunstancias aprobar, los rasgos distintivos de la democracia moderna (BOTTOMORE; 1965: 13).

Pareto desarrolló una versión de esta teoría en la que el dominio de las élites se presentaba como un hecho universal, invariable e inalterable de la vida social, cuya existencia dependía de diferencias psicológicas entre individuos; sin embargo, Mosca matizó su concepción inicial al reconocer que podían producirse cambios históricos en las composiciones de la élite, y en las relaciones entre gobernantes y gobernados, bajo la influencia de diversas fuerzas sociales representantes de numerosos y diferentes intereses en el seno de la sociedad (BOTTOMORE; 1982: 15).

Las principales diferencias que destaca Bottomore entre Pareto y Mosca es la divergencia en sus concepciones democráticas (más adelante veremos ello cuando hablemos de la conjunción clase/élite en sociedades democráticas-liberales), mientras que el primero la niega rotundamente, el segundo reconoce sus bondades sobre todo después del ascenso del fascismo en Italia. Otra se refiere al problema de la circulación de las élites. Pareto, si bien reconoció su existencia, ésta la refirió a un hecho completamente determinado: en una sociedad siempre existirán gobernantes y gobernados. Por su parte, Mosca –debido al reconocimiento del valor de la democracia– aceptó al final de su obra y vida que la división entre minoría y mayoría puede ser revertida por la fuerza de movimientos democráticos. Finalmente, una última divergencia que resalta Bottomore se enlaza con el amplio reconocimiento que Pareto concedió las facultades psicológicas e individuales superiores de los miembros de las élites. En contraparte, Mosca prestó mayor atención a la organización de éstos para su dominación.

Los aportes de la escuela italiana de las élites se propagaron a otras partes del mundo. T. B. Bottomore, sólo prestó atención a una propuesta que estaba muy en boga en su tiempo: la de C. W. Mills. Veamos lo que nos comenta de ella.

Mills define la élite de poder en términos casi coincidentes con los que utiliza Pareto para definir su minoría gobernante, pues el primero dice que podemos definir la minoría de poder en atención a los medios de poder, como la formada por los que ocupan los puestos de mando. Pero el análisis que se deriva de esta definición tiene algunos rasgos poco convincentes. En primer lugar, Mills distingue tres minorías principales en los Estados Unidos -los presidentes de las empresas, los dirigentes políticos y los jefes militares-y se ve obligado a proseguir su estudio para investigar el conjunto de esos tres grupos forma una única minoría del poder, y, en caso afirmativo, qué es lo que mantiene su cohesión (BOTTOMORE; 1965 42).

Como podemos observar, según el autor británico, Mills no avanza mucho con respecto a las propuestas de Pareto. Incluso, empieza a vislumbrar algunas críticas en éste. Por ejemplo, ¿cómo es que las tres minorías que nos señala Mills (militar, económica y política) se conjuntan en una “élite de poder”? En este contexto, es necesario vislumbrar las críticas que Bottomore realiza, tanto a la teoría de las clases como a la de las élites, para conformar su propuesta de conjunción de ambos conceptos. Esto es lo que veremos en el siguiente ítem.

2. Críticas las teorías de las clases y de las élites

Hemos revisado la comprensión de la teoría de las clases sociales y de las élites según T.B Bottomore. Como principal anotación podemos decir que, al igual que esta investigación, él concuerda con los avances de la teoría marxista de las clases, pero no desdeña los aportes de Max Weber. Igualmente, retoma a los clásicos de la escuela italiana de las élites: Pareto y Mosca para tener una concepción amplia sobre los principales autores que hablan, en términos generales, sobre la teoría de las clases, y específicamente, sobre una posible conjunción de ambas categorías. Ahora es menester proseguir con las críticas que

encuentra en ambas teorías para que sea posible discernir qué elementos retoma de cada tradición, y posteriormente, ver cómo los combina, lo cual, es el objetivo de esta investigación.

En primer lugar, resulta de vital importancia echar un vistazo a las principales críticas hechas a la teoría de las clases marxistas. Según Bottomore:

Los argumentos esgrimidos por la crítica han sido diversos. En un aspecto, la interpretación económica de la historia es atacada en términos muy generales como teoría simplista que no puede en modo alguno hacer justicia a la complejidad de los cambios históricos [...] Una crítica, aún más destructiva, de la teoría de Marx, y orientada en el mismo sentido, sería la que despertase dudas acerca de la interpretación económica de los orígenes del capitalismo moderno, es decir, acerca de la explicación de la transición misma de un tipo de sociedad a otro, que Marx examinó con mayor detalle y que consideró que aportaba una prueba convincente de su teoría (BOTTOMORE; 1965: 31 y 33).

Desde que el propio Marx mostró su teoría a partir del materialismo histórico, ésta fue atacada por un supuesto que no fue muy bien entendido: la determinación de las relaciones de producción, específicamente de la economía. De ello se siguió que el marxismo sugería que el cúmulo de relaciones sociales (política, derecho, recreación, ideología, educación, etc.) se reducen al principio irrestricto de lo económico. Autores como el propio Durkheim (1991: 435), Simmel (2010: 15), Norbert Elias (1994: 493) o Parsons (1967: 278-286) esparcieron una idea en la academia sociológica sobre ello. Ante esta situación, y poco después de la muerte de Marx, Engels defendió la propuesta marxista sobre esta crítica:

[...] según la concepción materialista de la historia, el factor que en *última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el

único determinante, convertirá en aquella tesis en una frase vacua, abstracta y absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta [...] ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y condicionan, predominantemente en muchos casos, su forma (ENGELS, 1968: 514)

De esta manera, ambas críticas expuestas por Bottomore quedan sin sustento en tanto que los cambios históricos en otras fases de los diversos modos de producción (esclavismo o feudalismo), así como la propia transición al capitalismo, no parten de la linealidad de lo económico que determina a la superestructura de las sociedades. Simplemente el marxismo o el materialismo histórico es un método para entender la historia de las sociedades a partir de una base real de cómo producen materialmente su vida social. Además, la transición que Marx explica en *El Capital* del feudalismo al capitalismo obedece al ejemplo de una sociedad determinada: Inglaterra. En este sentido, las críticas deben remitirse al espacio de delimitación social, geográfico e histórico en el que Marx realizó sus contribuciones.

No deseo detenerme más en la anterior crítica, lo que busco es mostrar una detracción que, en términos generales se le ha hecho al marxismo, y que el propio Bottomore pone de relieve. Esta tiene que ver con las clases sociales. Por lo tanto, es muy importante para los objetivos de esta investigación. Veamos lo que nos dice:

Además, ya no puede afirmarse que la burguesía sea una clase gobernante; primero, porque ha dejado de ser un grupo cohesionado; segundo, porque la complejidad y la diferenciación de las sociedades modernas hacen difícil que un solo grupo pueda detentar exclusivamente el poder; finalmente, porque el sufragio universal asegura que el poder político vaya parar en definitiva a manos de la masa del pueblo (BOTTOMORE; 1973: 45).

Algo muy común en autores procedentes de regiones geográficas altamente industrializadas, es que los procesos de democratización liberal han triunfado con cierto éxito. En ese contexto, lo que el marxismo puso de relieve acerca de las contradicciones de clase, y en específico, el dominio de la clase burguesa se ha puesto claramente entredicho. Desde John Locke hasta Giovanni Sartori, pasando por Montesquieu, Benjamin Constant, Joseph Shumpeter, Karl Popper o Norberto Bobbio, han defendido la siguiente tesis: en democracia no es posible hallar una clase dominante que gobierne, sino diferentes grupos sociales que circulan en el gobierno, y cuya manera de elegirlos es mediante elecciones libres. Bajo este marco, la “dictadura burguesa” propuesta por el marxismo es desdeñada por autores que operan con estos supuestos teóricos.

No quiero señalar que Bottomore sea un defensor a ultranza de este pensamiento. Más adelante, cuando veamos la conjunción de los conceptos clase/élite en sociedades “democráticas-liberales” en este autor, vislumbraremos que cerca del ideal democrático, nos aproximamos cada vez más a oligarquías que asemejan una clase dominante en todos los aspectos, desde el económico hasta el político, pasando por el social. Mientras tanto, es importante saber que este autor inglés es muy consciente de las limitaciones del propio marxismo. Aun así, desde su perspectiva, sigue siendo potente para explicar fenómenos como el objetivo de esta investigación.

Una vez que hemos revisado las principales críticas detectadas por Bottomore al marxismo, es menester considerar las detracciones que el propio autor inglés realiza a la teoría de las élites. En este tenor, observemos cómo dicha teoría nace a partir de un intento de refutar los argumentos marxistas.

Esta ciencia realista, que Pareto, Weber, Michels y otros contribuyeron, de diferentes modos, a desarrollar, se proponía, sobre todo, a refutar la teoría marxista de las clases sociales en dos puntos esenciales: en primer lugar, quería mostrar que la concepción marxista de una clase dirigente es errónea, poniendo de manifiesto la continua circulación de las minorías selectas, que impide, en la mayor parte de las sociedades, y especialmente las sociedades industriales modernas, la formación de una clase dirigente estable y cerrada; y, en segundo lugar, probar que una sociedad sin clases es imposible, ya que en toda sociedad hay, y debe haber, una minoría que efectivamente gobierne (BOTTOMORE; 1965: 24).

En lo concerniente a la circulación de las élites, Bottomore menciona que el problema fundamental de esta noción es que siempre tiende al equilibrio. Con ello, en toda sociedad siempre existirán una minoría gobernante y una mayoría gobernada. Pero ello no explica las diferencias entre cada tipo de sociedad y las posibilidades de cambio radical en ellas.

Pareto dedica máxima atención a la circulación divididos entre la minoría y la no minoría; y esta preocupación deriva directamente de su selección del equilibrio social como tema principal investigación. Como los modernos funcionalistas de los que él es el principal antecesor en sentido tanto ideológico como científico-, Pareto se dedica estudiar los factores que mantienen viva una sociedad determinada, o a una forma particular de sociedad, y, también como ellos, excluye tácitamente de su campo de investigación toda indagación acerca de las diferencias fundamentales existentes entre los tipos de sociedad o de las causas que provocan el cambio de un tipo de sociedad a otro. En el cuadro histórico de Pareto no hay verdaderas transformaciones de la estructura social, sino sólo el movimiento cíclico incesante en el que una minoría decadente recupera su vitalidad por la adquisición de nuevos elementos procedentes de los estratos inferiores de la población, puede ser derrocada y sustituida por una nueva minoría que se ha formado por esos mismos elementos sin condiciones que han impedido su acceso,

como individuos, a la minoría establecida. A través de todos estos movimientos, la forma de la sociedad permanece inalterada, puesto que se la define exactamente como el gobierno de una minoría sobre la mayoría de la población. Desde el punto de vista que adopta Pareto, no puede tener sentido el preguntar si ha habido cambios históricos en la composición y perspectiva cultural de la minoría selecta, o en las relaciones entre ésta y las masas (página 75).

Además, el problema no sólo radica en una posición altamente conservadora en tanto que no considera la posibilidad de la existencia de cambios históricos que modifiquen la dicotomía dirigentes/dirigidos. Una dificultad de mayor envergadura es que no explica la forma en que la minoría ejerce el poder y el motivo por el cual ocupan esas posiciones. Al momento en que se les inquiera sobre estas cuestiones, Pareto se refugia en las capacidades psicológicas extraordinarias de los individuos que componen a las élites, o, Mosca se inclina a buscar otros elementos como los económicos o de influencia política. Sin embargo, esta última operación le acerca, aunque no lo quiera, a los planteamientos y tesis del marxismo, tradición que desea a toda costa desdeñar

Así, cuando preguntamos quién ejercer poder en una sociedad determinada, la respuesta es que aquellos que tienen el poder, es decir los que ocupan puestos especificados. Esta afirmación es muy poco esclarecedora; no nos dice cómo llegaron estos individuos concretos a ocupar las posiciones dominantes. O bien es desorientadora así, por ejemplo, los que parecen ejercer el poder en un sistema formal de gobierno se hallan sometidos, de hecho, al poder de otros individuos o grupos situados fuera del sistema. Ni esta idea de una minoría gobernante contribuye gran cosa a proporcionarle explicación de los cambios políticos. La teoría de la circulación de las élites de Pareto, que examinaremos en el próximo capítulo, se apoya en afirmaciones relativas a la distribución de rasgos psicológicos en una población que ofrece numerosas dificultades y queda sin probar en el propio trabajo de Pareto.

Mosca, de otra parte, cuando entra a considerar los problemas del cambio político, tiene que introducir la noción de fuerzas sociales (es decir, intereses importantes de la sociedad) como fuentes de nuevas minorías selectas; y, como ha comentado Meisel, ello le aproxima incómodamente a Marx (BOTTOMORE; 1965 41).

Pero no sólo Mosca se sentiría incomodo si se analizara con seriedad que sus planteamientos son bastante endeble si se les deja como están, o, si se corrigen, se acercan al marxismo. Otro que se encuentra en una posición similar es el propio C.W Mills.

Como hemos visto, Mills insiste en que las tres minorías principales -económica, política y militar- son, de hecho, un grupo coherente, y apoya su opinión en la semejanza de sus orígenes sociales, en las estrechas relaciones personales y familiares entre los que forman parte de las diferentes minorías, y en la frecuencia del intercambio de personas entre las tres esferas. Pero este autor, como se resiste a la conclusión de que el grupo sea una clase dirigente, es incapaz de ofrecer una explicación convincente, que no sea una mera descripción, acerca de la solidaridad de la minoría del poder.

Además, al eliminar la idea de la clase dirigente, Mills excluye también la de clases que se hallen en oposición, Y, con ello, a una visión extremadamente pesimista de la sociedad americana (BOTTOMORE; 1965: 55).

De esta manera, también Mills no explica los motivos por los cuales las tres élites que estudia en sus investigaciones logran unificarse. Si realmente lo hubiera hecho tendría que aceptar que, en su conjunto, este trío de élites son componentes de una clase dominante. Pero como ya lo vimos, dicho sociólogo norteamericano no está dispuesto a aceptar este concepto debido a que tiene una noción determinista y mecanicista del marxismo.

En lo tocante a la inviabilidad de una sociedad sin clases que propone el marxismo, y la cual, debe ser desechada ya que, según los teóricos de las élites, en toda sociedad hay siempre una minoría

gobernante, Bottomore abre una crítica muy similar al determinismo que se la ha achacado a la tradición marxista. Veamos qué nos dice este autor inglés.

Muchas teorías sociales recientes dirigidas contra el socialismo han reproducido otra característica de las teorías de las minorías selectas, consistente en que, aunque éstas critican el determinismo que encuentran, sobre todo en el marxismo, ellas mismas tienden a establecer una especie igualmente estricta de determinismo. El argumento fundamental de los teóricos de las élites no es meramente que toda sociedad conocida haya sido dividida en dos estratos -una minoría dirigente y una mayoría dirigida-, sino que todas las sociedades deben ser divididas de este modo (BOTTOMORE; 1965: 26).

Es muy importante resaltar el “determinismo elitista” que pone de manifiesto Bottomore. Si al marxismo se le ha atacado por predecir de un modo determinista el advenimiento de la “sociedad sin clases”, con el mismo criterio se puede criticar a los teóricos de las élites por propugnar “eternamente” una “sociedad clasista.” El problema es que no brindan los argumentos del porqué debe ser así. Simplemente lo asientan como un supuesto que no justifican. Al menos en el marxismo se puede encontrar una justificación moral para buscar una sociedad sin clases, en el sentido de que la sociedad capitalista es injusta, explotadora y altamente depredadora. Sin embargo, en los teóricos de las élites parece ser que existe un interés “oculto” por mantener y conservar el *statu quo* imperante. En ese sentido, Bottomore realiza una crítica moral a la teoría elitista.

Los teóricos de las élites defienden, por estos diversos medios, el legado de las sociedades del pasado caracterizadas por las grandes diferencias económicas y sociales, aunque haciendo concesiones al espíritu de igualdad. Insisten enérgicamente en la distinción absoluta entre dirigentes y dirigidos, que ellos presentan como una ley científica [...] No admite ni justifica la división de la sociedad en clases, pero se esfuerzan

en hacer esta división más aceptable, describiendo a las clases altas como minorías selectas y sugiriendo que éstas se componen de los individuos más capaces, sin consideración a sus orígenes sociales. Su defensa se apoya, en gran parte, sobre la situación de la idea de igualdad de oportunidades. Pero esta última noción, además de tener una significación moral completamente diferente, es en realidad un contrasentido. La igualdad de oportunidades, en el sentido en que se emplea la expresión habitualmente, presupone desigualdad, ya que oportunidad significa la oportunidad elevarse un nivel superior en una sociedad estratificada. Al mismo tiempo, dicha oportunidad no siempre supone la igualdad, pues implica que las desigualdades encajadas en esa sociedad estratificada tienen que ser neutralizadas en cada generación para que los individuos puedan realmente desarrollar sus facultades personales; [...] La igualdad de oportunidades sólo llegaría a ser una realidad en una sociedad sin clases (página 189).

No deseo detenerme en el interés político de este autor inglés al buscar la “verdadera” igualdad en una sociedad sin clases. Es muy válido que haga claros sus intereses políticos e ideológicos. Lo más importante, es resaltar la cerrazón de la teoría de las élites al tratar de conservar la desigualdad. Incluso, como bien menciona el autor británico, la igualdad de oportunidades es la justificación velada de la desigualdad y de la permanencia de las élites.

Todo este recorrido nos ha servido para desentrañar las críticas que Bottomore ha encontrado a la teoría de las clases marxista y a la de las élites. En la primera, se encontró el determinismo económico falsamente señalado y la posibilidad de encontrar viabilidad al concepto de clase dominante en sociedades democráticas. En la segunda, se prestó importancia al problema de la circulación de las élites que no explica los motivos por los cuales se justifica su razón de ser y el determinismo elitista que condena a las comunidades a vivir por siempre en sociedades clasistas sin argumentos sólidos para su sostén.

Bajo este marco que hemos revisado en estos dos últimos ítems, parece ser que la teoría de las élites y de las clases son antagónicas. Pero para Bottomore, es posible su conjunción. ¿Cómo realiza esta tarea? Es lo que veremos en el siguiente apartado.

3. Propuesta de conjunción de los conceptos clase/élite

Hemos revisado las críticas principales que T.B. Bottomore ha encontrado en la teoría de las clases y de las élites. A pesar de las deficiencias que se han vislumbrado, sobre todo en el análisis de clase marxista, el autor inglés considera que la noción básica de ésta sigue siendo fundamental.

El valor del concepto marxista de clase dirigente depende de la verdad de su teoría social general. Si esta teoría no tiene validez universal, puede concebirse que una clase dirigente surja del poder militar o, en los tiempos actuales, del poder de un partido político del mismo modo que de la propiedad de los medios de producción. Sin embargo, todavía es posible sostener que la consolidación de una clase dirigente exige la concentración de los diversos tipos de poder -económico, militar y político- y que, de hecho, la formación esta clase ha comenzado, en la mayor parte de las sociedades, con la adquisición del poder económico (BOTTOMORE; 1965: 35).

Algo que todavía sigue siendo válido, no sólo en los tiempos que Bottomore escribió, sino actualmente, es que la raíz económica para definir a las clases, sobre todo a la clase dominante, sigue siendo válida. Esto tiene como consecuencia que aún sea posible hablar de antagonismo de clase que se basa en la dominación y en la explotación.

Su valor reside en el intento riguroso de analizar las fuentes del poder político y explicar los cambios fundamentales del régimen político. Con ayuda de esta concepción Marx consiguió expresar en forma más precisa una idea que reaparece constantemente en el pensamiento popular y en la teoría social, a saber: que uno de los rasgos estructurales

principales de las sociedades humanas es su división en un grupo dominante y explotador, de una parte, y grupos sometidos y explotados, de otra (BOTTOMORE; 1965: 40).

Esta importancia del concepto de clase de estirpe marxista, al menos, brinda los motivos por los cuales un grupo dominante ocupa posiciones de poder, y al mismo tiempo, sienta las bases por las cuales los miembros de esta clase constituyen los dominadores en una sociedad. Todo lo contrario ocurre con la teoría de las élites, ya que como lo vimos, según Bottomore, éstas no justifican el poder de las minorías, simplemente lo toman como un supuesto dado.

Además, este concepto manifiesta de manera precisa lo que es la base de la posición rectora de la minoría, a saber, su preponderancia económica, mientras que el concepto de minoría gobernante dice poco acerca de las bases del poder que la minoría posee, salvo en la medida en que incorpora elementos de la teoría marxista de las clases (BOTTOMORE; 1965: 48).

A pesar de estas ventajas, es cierto también que no en todos los casos y sociedades se cumplen a cabalidad los rasgos esenciales de la clase dominante propuesta por Marx. En ese sentido, su concepción debe cambiar. ¿Qué es lo que propone Bottomore? Él propone considerar el concepto general de clase dominante como un tipo ideal al estilo weberiano.

La superioridad del concepto de clase dirigente reside en su mayor fertilidad y atractivo y en su valor para la creación de teorías. Pero he señalado anteriormente algunos de sus defectos, y ahora es necesario examinar si éstos pueden ser vencidos. El paso más importante que podría darse en esta dirección sería abandonar la visión marxista del concepto como descripción de un fenómeno real que se observa en todas las sociedades en la misma forma general y considerarlo, en cambio, como un tipo ideal, en el sentido que Max Weber dio a este término (BOTTOMORE; 1965: 49).

Pero, ¿cómo entiende Bottomore, a partir de su interpretación de Weber, un tipo ideal? En la siguiente cita nos brinda una definición sobre ello.

Un concepto tipo ideal reúne “determinadas relaciones y acontecimientos de la vida histórica en un complejo que es concebido como un sistema internamente consistente [...], Esta construcción es en sí misma como una utopía a la que se ha llegado por medio de la acentuación analítica de ciertos elementos de la realidad..., No es una hipótesis, pero ofrece una orientación para la construcción de hipótesis. No es una descripción de la realidad, pero se propone a proporcionar medios claros de expresión a esa descripción [...] Un tipo ideal se forma mediante la acentuación unilateral de uno o más puntos de vista y la síntesis de un cúmulo de fenómenos individuales concretos, difusos, desunidos, más o menos presentes y ocasionalmente ausentes, que son ordenados, con arreglo a puntos de vista acentuados unilateralmente, en una construcción analítica unificada”. (Max Weber, *La metodología de las ciencias sociales*; 90. Tomado de Bottomore; 1965: 49).

Desde luego, la propuesta del autor inglés de considerar al concepto de clase dominante como un tipo ideal al estilo weberiano causa demasiado ruido para los defensores más ortodoxos de ambas escuelas. Como bien podemos observar de esta cita, el tipo ideal es un concepto construido por el investigador que le sirve para comprender, explicar, acercarse y comparar una realidad social de una forma asintótica y variable. Es decir, el tipo ideal no necesariamente corresponde a la realidad, sino es un parámetro que nos sirve para saber qué tanto se le acerca y en qué variaciones es más verosímil.

No obstante, ¿qué tan fértil puede ser esta utilización en el marxismo? Se puede pensar que la propuesta weberiana de “tipos ideales” es muy parecida a los “tipos puros” que considera Marx al estudiar las relaciones de producción capitalistas en su obra magna: *El Capital*. En ese sentido, estos últimos se refieren a una analogía que él

realiza con la química. A decir: en un laboratorio se puede comprobar que el agua está compuesta por dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. Esto se puede realizar mediante procesos químicos como la decantación o simplemente la ebullición controlada. Sin embargo, en la naturaleza el agua no está “pura”, ésta se encuentra combinada con otros átomos o compuestos químicos como la sal (NaCl) o el cloro (Cl). El hecho de que se encuentre combinada no implica que ya no sea agua, simplemente es un compuesto químico que está combinado con otros. Lo mismo sucede con el capitalismo. Sus relaciones de producción: separación del productor directo de los medios de producción; más, posesión de los no productores de éstos; y en consecuencia, la apropiación del excedente producido por los no productores son los vínculos puros que sostienen este sistema social. Al igual que el agua, este tipo de relaciones no se encuentran puras en la realidad. Pero, a diferencia del químico que puede ir al laboratorio para demostrar su tipo puro, el científico social tiene que hacer uso de la abstracción mental, de la corroboración histórica y empírica para aplicar sus construcciones.

Hasta aquí parece ser que los “tipos ideales” weberianos y los “tipos puros” marxistas pueden coincidir. La diferencia fundamental en ellos radica en su posición epistemológica. Mientras que para Weber el tipo ideal es una construcción del investigador realizada para que después puede ser un parámetro de comparación (en ese sentido es un juicio sintético *a priori* desde un punto de vista Kantiano); para Marx, los tipos puros son la construcción abstracta de una multiplicidad de relaciones construidas *a posteriori*, ya que el origen de su construcción conceptual es la realidad material en sí misma, y no una categorización conceptual de las ideas (tanto de los motivos de los actores como de los instrumentos conceptuales del investigador). En síntesis, los tipos

ideales se basan en una epistemología, en el mejor de los casos fenomenológica, sino es que propiamente idealista; mientras que los tipos puros, se ciñen en una epistemología claramente realista y materialista.

Esta gran diferenciación Bottomore la pasa completamente por alto. Esto tiene como consecuencia que equipare los tipos puros marxistas con los tipos ideales weberianos. Incluso, es capaz de señalar que el concepto de clase dominante sea considerado exclusivamente como un tipo ideal. Por su puesto, para realizar este tipo de eclecticismo, el autor inglés tuvo que justificar esta posición. Sin embargo, en ninguna parte de su obra se encuentra ésta ya que, desde el punto de vista epistemológico, son irreconciliables. En este contexto, parece ser que el concepto de clase dominante, en vez de ser una categoría de la realidad externa y material que la explica, es un ideal que, paradójicamente, en la realidad no se cumple tal cual, salvo en algunas pequeñas excepciones.

Hay dos clases de situaciones en las que podemos ver con especial claridad la divergencia del tipo ideal de clase dirigente. Una es aquella en la que, si bien existe una clase alta -es decir, un grupo social claramente delimitado que posee una gran parte de los bienes de la sociedad y obtiene una participación desproporcionadamente grande en la renta nacional, y que ha creado, sobre la base de estas ventajas económicas, una cultura y un modo de vida distintivos-, esta clase no goza de un poder político indiscutido o ilimitado, en el sentido de que pueda conservar fácilmente sus derechos de propiedad o transmitirlos sin merma de generación en generación. Muchos observadores perciben una situación de esta naturaleza, especialmente en las modernas democracias, en las que, como he indicado anteriormente, existe una oposición potencial entre la posesión de la riqueza y de los recursos productivos por una pequeña clase alta y el ejercicio del poder político, mediante el derecho al voto, por la masa de la población [...] El segundo

tipo de situación en el que hay una divergencia del modelo clase dirigente-clases sometidas es aquel en el que un grupo dirigente no es una clase en el sentido de Marx. Un ejemplo lo proporcionan las sociedades en las que puede decirse que un estrato de intelectuales o burócratas que ejercen el poder supremo como en China (BOTTOMORE; 1965: 50 y 54).

En la propuesta de Bottomore, el concepto de clase dominante no se cumple a cabalidad en las sociedades democráticas-liberales y en sociedades tradicionales en donde sacerdotes o intelectuales dominan al conjunto de la sociedad. Sin embargo, es una guía para vislumbrar categorizaciones intermedias como los conceptos de élites o minorías que sean los puentes que unan el ideal de la clase dominante y su conjunción con las élites. Es así como realiza su propuesta combinación de los conceptos de clase y élite.

Esta confrontación entre los conceptos de clase dirigente y élite política muestra, en mi opinión, que, mientras en un sentido pueden ser ambos totalmente opuestos como elementos de teorías de gran alcance que interpretan la vida política, y especialmente las posibilidades futuras de la organización política de muy diferentes maneras, en otro pueden considerarse como conceptos complementarios, que se refieren a tipos diferentes de sistema político o a aspectos distintos del mismo sistema político. Con su ayuda podemos intentar distinguir entre sociedades en las que hay una clase dirigente, y al mismo tiempo minorías selectas que representan aspectos particulares de sus intereses; sociedades en las que no hay ninguna clase dirigente, sino una élite política que funda su poder en la influencia sobre la administración, o sobre la fuerza militar, más bien que en la propiedad y herencia de bienes; y sociedades en las que existe una multiplicidad de minorías selectas en las que no parece hallarse grupo alguno coherente y duradero de individuos o familias poderosos (BOTTOMORE; 1965: 58).

De esta manera, el concepto de clase social es la abstracción ideal que refiere a la estructura general de dominación y explotación

presentes en las sociedades. En ese sentido, cumple con justificar la posesión del poder y las posiciones ocupadas por los agentes en las relaciones de dominación y explotación, ya que éstos son los que poseen los medios de producción, concentran la riqueza, privilegios y demás prerrogativas que les otorga al insertarse en esta estructura. Pero al no cumplirse a cabalidad, es necesaria la construcción de categorías intermedias presentes en la categoría de élite. Esto nos brinda la posibilidad de observar empíricamente cómo los agentes retoman la estructura de clase dominante y la forma en que la llevan a cabo en un rango de acción que les permite no ser un mero representante determinado de la estructura de la clase dominante.

Explicado de esa manera, la propuesta de Bottomore es bastante sugerente en la medida en que reconoce la importancia de la noción de clase dominante como una estructura que determina la acción de los agentes, pero que simultáneamente, justifica sus posiciones de privilegio y poder. También, la noción de élite vislumbrada por Bottomore permite conocer cómo actúan realmente las minorías de poder insertadas como clase dominante.

Empero, el planteamiento del autor inglés se olvida de un elemento básico del marxismo: la epistemología realista y materialista. ¿Qué tanto esta propuesta puede ser considerada como marxista? ¿Qué tan pertinente es su propuesta conjunción comparada con las de Erik Olin Wright y Ralph Miliband? Eso lo veremos en el último capítulo de esta investigación en donde sopesaremos sus contribuciones. Mientras tanto, es necesario revisar los tipos de conjunción de los conceptos de clase y élite que Bottomore propone. Es lo que veremos en el siguiente *ítem*.

4. *Tipos de conjunción de las conceptos clase/élite*

Hemos visto la forma en que Bottomore propone la conjunción de los conceptos de clase y élite. De su planteamiento se pueden entresacar tres tipos en donde es posible distinguir dicha combinación: la unificada, la subdesarrollada y la democrática liberal.

i. La élite unificada.

La primera de ellas es donde existe una clase dirigente, y al mismo tiempo, élites que representan directamente sus intereses. Este tipo de conjunción fue preponderante en el recién ascenso del capitalismo y la clase burguesa al poder. Ahí, era posible encontrar que los propios empresarios querían simultáneamente gobernar, o en el peor de los casos, tener personal en el gobierno que directamente representara sus intereses.

Pero este tipo de combinación no sólo es posible ubicarlo en las edades tempranas del capitalismo. Bottomore, también lo halla en las sociedades llamadas del “socialismo real” que existieron durante el siglo pasado, especialmente en los países de la órbita soviética. “Las sociedades soviéticas se aproximan más o menos estrechamente al tipo ideal de élite unificada, que suprime toda oposición política o intelectual de otras fuerzas sociales, así como cualquier conflicto en sus propias filas” (BOTTOMORE; 1973: 106).

Quizá, aunque ya no le haya tocado verlo en toda su plenitud a este autor inglés, hoy en día estamos regresando a ese tipo de combinación. El poder que han adquirido las grandes corporaciones empresariales o los carteles del crimen organizado representan una forma reconfigurada en la que la clase dominante directamente gobierna, o, utiliza personal financiado por ella para que represente y facilite sus intereses en el Estado. Lo que parecía que era parte del museo de la historia de los siglos XIX y XX, está recobrando una fuerza

palpable en nuestro siglo. Sin embargo, debido a cuestiones biográficas, Bottomore ya no alcanzó a vislumbrar esta situación.

ii. La élite en países subdesarrollados.

Otro de los tipos de conjunción se refiere a la que aparece en los países subdesarrollados. En estos no es posible ubicar una clase dominante altamente cohesionada, sino ciertas minorías políticas que fundan su poder en la influencia de ocupar puestos importantes en la administración del Estado o en los dispositivos armados de éste. Bottomore distingue seis élites en este tipo de conjunción: la minoría dinástica; la clase media; los intelectuales revolucionarios; los administradores coloniales; los jefes nacionalistas; y, los jefes militares (BOTTOMORE; 1965: 121).

En lo que se refiere a las minorías dinásticas, generalmente son resabios del grupo dominante tradicional que todavía cuenta con el poder y los privilegios en sus sociedades. Son la vieja aristocracia, los terratenientes o la monarquía quienes gobiernan o tiene gran influencia en el aparato gubernamental. Muchas veces intentan propiciar cambios económicos y sociales que favorezcan una modernización en sus sociedades. Sin embargo, son presa de su propia contradicción. Al momento de propugnar por cambios económicos y sociales, éstos originan una modificación en el poder y la influencia tradicional de estos grupos. Ello ocasiona un riesgo para su propia dominación. Por lo tanto, paradójicamente, también son los primeros en oponerse a las consecuencias de los cambios económicos, sociales y políticos que ellos mismos propugnaron.

El papel de las minorías dinásticas [...] es también limitado. En algunos países del oriente medio y América Latina, minorías de esta clase han intentado, a veces bajo presión extranjera, provocar transformaciones sociales y económicas desde el poder, pero sus acciones sufren una

fuerte limitación por el interés que aquellas mismas tienen como clase en mantener la situación actual de la sociedad (BOTTOMORE; 1965: 122).

En lo concerniente al papel de la clase media como élite en los países subdesarrollados, estos son producto de un infranqueable proceso de modernización que ha ampliado los sistemas educativos. Ello ha inducido que agentes de los grupos y clases inferiores puedan tener movilidad social. Dicha movilidad provoca que los miembros de la clase media cuenten con conocimientos específicos que sirven en el funcionamiento administrativo y técnico del Estado, y de otras ramas económicas importantes en una sociedad subdesarrollada. Este papel origina una influencia importante de esta clase, los cuales, se pueden convertir en una masa crítica al grupo dominante o unos agentes que se inserten y aglutinen para conformarse en la nueva minoría reinante.

Las clases medias como conjunto influyen sobre el desenvolvimiento económico no sólo por la portación de sus conocimientos especiales, sino por su adscripción general a formas modernas de vida. En los diversos tipos de sociedad subdesarrollada, los diferentes grupos constitutivos de la clase media pueden ejercer una influencia más o menos predominante. En la mayoría de los antiguos países coloniales de Asia y África, las clases medias han sido creadas en gran parte por los sistemas educativos y administrativos que las potencias coloniales gobernantes introdujeron, como puede verse en especial claridad en el caso de la India (BOTTOMORE; 1965: 123).

El tercer tipo de élite que Bottomore identifica en los países subdesarrollados es el de los administradores coloniales. A diferencia de las clases medias que son de reciente creación en aquellos países, los administradores coloniales son agentes de las propias metrópolis que se encuentran gestionando los recursos de las colonias. Muchas veces ellos mismos son los impulsores de la independencia, y posteriormente, se convierten en los gobernantes de la nueva nación. El autor inglés los ubica en las grandes independencias de mediados del siglo pasado en

Asia y África. Sin embargo, también es posible hallarlos durante el siglo XIX durante las guerras de independencia de América Latina, aunque todavía sin existir una industrialización plena.

Los administradores coloniales crearon, en muchos países de Asia y África, algunos de los requisitos previos del desarrollo industrial, estableciendo una organización administrativa y judicial eficaz, introduciendo la enseñanza moderna y fomentando la banca y el comercio actuales, así como algunas industrias modernas. Sin embargo estas conquistas no pudieron conducir directamente a una industrialización rápida por varias razones; los intereses económicos de la potencia colonial y los efectos generalmente inhibidores del gobierno extranjero fueron dos obstáculos graves [...] En los países que todavía se hallan bajo el régimen colonial se reconoce generalmente que los administradores extranjeros pueden hacer poco más que preparar las condiciones del crecimiento económico que sólo nuevas minorías pueden proseguir enérgicamente después de logro de la independencia (BOTTOMORE; 1965: 122).

Una cuarto tipo de élite en los países subdesarrollados se refiere al papel de los denominados “intelectuales revolucionarios.” Estos también son producto de los estratos medios de las sociedades no industrializadas plenamente. Pero a diferencia de las clases medias o administradores coloniales, estos buscan un cambio radical en sus sociedades, siendo completamente opositores a los grupos dominantes de sus países. Generalmente, se ubican en periodos de transición y convulsiones sociales de grandes revoluciones. Aunque después del establecimiento y la institucionalización revolucionaria pueden convertirse en un clase dominante unificada y homogénea, tal como sucedió en los países socialistas. Su rasgo de distinción, en este sentido, es la apropiación de las doctrinas socialistas en general, y en específico, de la marxista.

Cuando los intelectuales revolucionarios han logrado el poder, ha sido generalmente mediante la adopción del marxismo como credo político y la formación de partidos comunistas u organizaciones semejantes que les han procurado una estrecha asociación con los obreros de la industria y especialmente con los campesinos más pobres (BOTTOMORE; 1965: 127).

En lo que se refiere al quinto grupo de minorías en las naciones subdesarrolladas podemos ubicar a los jefes nacionalistas. Generalmente, también se ubican en procesos de convulsión social. Pero en vez de incrustarse en un proceso revolucionario socialista, buscan una independencia de unificación nacional completamente opuesta al yugo de la metrópoli. En este contexto, los jefes nacionalistas se distinguen de los administradores coloniales en tanto buscan una completa separación de los colonizadores, es decir, no inquietan ni su reconocimiento, ni su apoyo para consolidar su proyecto nacional. Como bien dice su nombre, la base de su poder se concentra en sentimientos nacionalistas de la población. Es muy común encontrar estas minorías en países que recién cobraron su independencia en Asia y África durante la segunda mitad del siglo pasado.

Los dirigentes de los movimientos nacionalistas forman evidentemente uno de los grupos minoritarios más importantes de los países asiáticos y africanos, en los que el impulso para el desenvolvimiento económico procedió inicialmente de las luchas por independencia política. Estos dirigentes pueden ser producto de universidades occidentales y movimientos estudiantiles radicales, de comunidades de negocios y de personas que ejercen profesiones liberales, o de grupos minoritarios tradicionales, pero se asemejan entre sí en el hecho de que su poder deriva de la jefatura de un partido político que se basa en el sentimiento nacionalista y lo expresa (BOTTOMORE; 1965:131).

La última de las élites que ubica este autor inglés en el tipo de conjunción de las categorías clase/élite en los países subdesarrollados

se refiere al papel de los jefes militares. Desde luego, la función del ejército es fundamental en países que constantemente han librado guerras civiles. Las fuerzas armadas constituyen el único eslabón de movilidad social de las clases inferiores para acceder al poder político aliada a los trabajadores y campesinos.

En las sociedades en que sólo la clase alta tenido acceso a la enseñanza superior, y en la que los jefes políticos han salido también, en gran parte de esta clase -como ocurre en muchos de los estados del oriente medio-, el ejército proporciona la oportunidad de que se forme una minoría, reclutada en los estratos medios de la sociedad y frecuentemente aliada de las clases campesinas y trabajadoras y de que esa minorías empeñase en la lucha por el poder político (BOTTOMORE; 1965:135).

Sin embargo, y aunque Bottomore sólo lo refiere al sentido que acabamos de mencionar, el ejército también puede funcionar como un eslabón que utiliza la propia burguesía para implantar el orden después de grandes crisis políticas. En este contexto, los jefes militares no sólo son visibles como élites en los países subdesarrollados, sino también han jugado un papel muy importante en los países industrializados. El fascismo es una prueba palpable de ello. Los dispositivos armados del Estado procuraron en Italia, Alemania y Japón la única salida de orden a una crisis política e ideológica en el seno de la propia clase dominante (POULANTZAS; 1974). En un tenor similar, los golpes militares de Estado en Latinoamérica y Medio Oriente han servido para el mismo propósito. De esta manera, y difiriendo con Bottomore, los jefes militares no son exclusivos de los países subdesarrollados y tampoco son completamente aliados de los trabajadores y campesinos. Si bien pueden ser un elemento de ascenso y movilidad social de las clases inferiores, generalmente –y esto lo demuestra la historia–, han sido

aliados de las élites y clases dominante de las sociedades en donde han asumido el rol de gobernarlas.

iii. Las élites en democracias liberales

Una vez que hemos revisado los primeros dos tipos de conjunción de las categorías clase y élite, es necesario pasar revista al último que presenta la propuesta de este autor inglés. Este se refiere a las minorías de los países democráticos occidentales. En ellas no es posible hallar ni una clase dominante altamente unificada que gobierne o que utilice de modo directo personal que haga valer sus intereses. Tampoco, es viable ubicar minorías altamente definidas como en los países subdesarrollados. Simplemente, y esta es la idea que se ha propagado, son diversas minorías que compiten política, social y económicamente para propugnar sus intereses en un marco democrático de contienda. “En las sociedades capitalistas la evidente división de la élite en grupos de intereses divergentes en determinado plano no excluye en otro plano la existencia de importantes intereses y aspiraciones comunes que tienden a producir cierta uniformidad de opinión y de acción en aspectos fundamentales de la política social.” (BOTTOMORE; 1973: 107).

El aglutinamiento de estos diferentes grupos, si bien no excluye el papel de la propia burguesía como clase dominante, se ha pensado que es en las clases medias en donde se puede hallar la conformación de estas minorías diversas que compiten en democracia. Bottomore, ha distinguido tres grandes agrupamientos: los intelectuales, los directores de empresa y los burócratas. Veamos qué nos dice sobre los primeros

Los intelectuales, de otra parte, son considerados, en general, como componentes del grupo más pequeño de los que contribuyen directamente a la creación, transmisión y crítica de las ideas; se incluyen en el a escritores, artistas, científicos, filósofos, pensadores religiosos,

sociólogos, comentaristas de política [...] Los intelectuales se encuentran en casi todas las sociedades, pero sus funciones y su importancia social varían considerablemente (BOTTOMORE; 1965: 89).

El papel de los intelectuales se refiere a la influencia ideológica que alcanzan en las sociedades democráticas-liberales. Debido a que se encuentran en ella, pueden conformar grupos críticos a los gobiernos, y también, aunque no se desee mencionar, grupos de apoyo a la minoría gobernante.

Si los intelectuales se encuentran en la esfera ideológica, los directores de empresa se ubican propiamente en la economía. Ahora revisemos lo que el autor inglés nos dice de ellos:

Los directivos son con mucha frecuencia dueños, en el sentido de que poseen una considerable cantidad de acciones de sus compañías; y aunque la participación puede hallarse muy dispersa, ello no hace más que facilitar el que un pequeño número de grandes accionistas dirige la política de la compañía.

En segundo lugar, aun cuando los directivos no sean accionistas importantes de sus compañías, suelen ser hombres ricos; como apunta Mills en *La élite del poder*, los altos directivos y las personas muy ricas no son dos grupos distintos claramente separados. Ambos se hallan mezclados en el mundo de la propiedad y de los privilegios de las sociedades anónimas.

En tercer lugar, el nombramiento de directores recae predominantemente miembros de los estratos altos de la sociedad (BOTTOMORE; 1965: 102).

Como bien se ha comprobado, los directivos de empresa son parte de la propia clase dominante: la burguesía. Cuando no lo son, generalmente son reclutados de clases inferiores. Sin embargo, son casos muy aislados ya que los “altos directivos” que toman las decisiones más importantes son parte de la misma burguesía, o directivos, que si bien no nacieron o pertenecen a una tradición de

burgueses, poseen algunas acciones que les otorgan propiedad debido a su alto desempeño. En cualquiera de los dos casos se observa una estrecha relación. Ese mismo vínculo es visible en el tercer grupo de agentes de clase media en las sociedades occidentales: la burocracia.

Además, en el caso de los funcionarios, como el de los directivos de empresas, es evidente, según estudios recientes, que se hallan estrechamente relacionados con las clases altas de la sociedad; y en la medida en que influyen directamente sobre la política gubernamental, es más probable que lo hagan siguiendo la línea de los intereses de clase que la de sus propios fines particulares como naciente élite de poder. (BOTTOMORE; 1965:112).

Después de la revisión de estos tres conjuntos de agentes, Bottomore llega a la conclusión que ninguno puede constituirse como una minoría conformada. Al contrario, los intelectuales, por la misma diversidad de ideas, se encuentran muy divididos y disgregados. Los altos directivos y funcionarios de la burocracia están muy ligados a los intereses de la burguesía. Por lo tanto, carecen de una cohesión autónoma que dé origen a un planteamiento político e ideológico propio.

Esta exposición de las tres minorías que han alcanzado la preeminencia en la sociedad moderna sugiere algunas conclusiones interesantes acerca de las relaciones entre minorías selectas y clases y acerca de la circulación de las primeras. Ni los intelectuales, ni los directivos empresas, ni los burócratas pueden ser considerados seriamente como contendientes para el puesto de minoría gobernante. Ninguno de estos grupos tiene la suficiente coherencia e independencia para mirarlo desde ese punto de vista. En circunstancias normales, los intelectuales son, evidentemente, los más divididos entre sí, pero los tres grupos muestran falta de cohesión en el hecho de que no han creado ninguna doctrina que expresara su importancia fines específicos en la sociedad (BOTTOMORE; 1965: 115).

En ese contexto, ¿es posible creer en el discurso de diversas minorías libres que circulan constantemente en un marco de contienda

democrática, soslayando, el papel de la clase burguesa como clase dominante? Bottomore no niega la importancia de un marco democrático en la conformación de diversas élites que pueden luchar por el poder político. En ese contexto, critica la concepción de los teóricos de las élites al rechazar la importancia de un régimen democrático

La crítica de las teorías democráticas de la política que Mosca y Pareto formularon en la teoría de las élites comenzó con la observación de que en toda sociedad hay una minoría que efectivamente gobierna. Podría rebatirse esta crítica -como el propio Mosca comprendió-, aun reconociendo el hecho de que una minoría gobernante es necesaria en toda sociedad, alegando que el rasgo distintivo de la democracia, como forma de gobierno, reside en que ésta permite que las minorías selectas se formen libremente y establece una regulación de la competencia que existe entre las minorías para alcanzar los puestos de poder (BOTTOMORE; 1965: 141).

Esta probabilidad más amplia que permite un marco de convivencia democrática que han tenido los países más industrializados, no obscurece el hecho de creer ingenuamente que así funcione en la realidad. Bottomore es muy consciente del rol fundamental que sigue jugando la burguesía como clase dominante, aunque existan otras minorías o élites que puedan pelear por el poder político.

Si pasamos ahora a examinar las democracias occidentales del día de hoy, veremos que, aunque éstas se adapten bien el modelo de democracia de minorías selectas en competencia, son deficientes en cuanto a otras circunstancias, a saber: no existe una circulación rápida de los componentes de las minorías selectas que todavía se nutren predominantemente de la clase alta de la sociedad; la perspectiva de dichas minorías ha cambiado, pero con lentitud, y la vieja concepción aristocrática de sus funciones se mantiene viva por el reclutamiento de sus miembros en la clase alta, por las teorías mismas de las élites, y por

las doctrinas sociales dominantes del progresar y alcanzar la cumbre; y, por último, la nivelación de las posiciones en las sociedades occidentales ha proseguido tan lentamente que los dirigentes se distinguen de modo aún tajante, económica y socialmente, de los dirigidos [...]

Hay otras circunstancias, estudiadas con más frecuencia, que afectan a la práctica del gobierno democrático. Las grandes desigualdades de riqueza y de renta ejercen una clara influencia sobre el grado en que los individuos pueden participar en las actividades de dirección de la comunidad [...]

Un hombre rico quizá tenga dificultad para entrar en el reino de los cielos, pero encontrará relativamente facilidad de ingresar en los órganos superiores de un partido político o en alguna rama del gobierno. Puede también ejercer influencia en la vida política por otros medios, por ejemplo: dominando los medios de comunicación, relacionándose en los círculos más elevados de la política, tomando una participación destacada en las actividades de los grupos de represión y órganos asesores de una u otra clase [...]

El sistema educativo de la mayor parte de las sociedades occidentales no sólo consolida la distinción entre dirigentes y dirigidos, sino que mantiene viva y floreciente toda la ideología del gobierno de la élite en cuanto que hace hincapié en la selección de individuos excepcionales para los puestos de la minoría selecta, y en las recompensas, en renta o situación, de los estudios universitarios, más que en la elevación del nivel general de instrucción de la comunidad y la contribución que ésta pudiera aportar al aumento de la participación de la masa de sus ciudadanos en el gobierno [...] (BOTTOMORE; 1965: 153-157).

En esta larga cita, podemos observar un Bottomore que es consciente de las limitaciones de la democracia. No es posible creer ingenuamente que ésta sólo se limita a la circulación de diversas élites en contienda política. En ese sentido, cualquiera también podría tener la posibilidad de ejercer el poder. Eso no se cumple a cabalidad. Es necesario retomar el aspecto social en el que se insertan las élites con la clase dominante. Es muy cierto que la probabilidad de pertenecer a

una élite pasa por el tamiz de pertenecer la clase burguesa o dominante. En ese contexto, la circulación de las élites no es más que la circulación de diversas minorías de diferentes fracciones de la burguesía. Así, el gran mito que se ha levantado a acerca de la democracia es que se pueden separar las relaciones políticas de las sociales y las económicas. Sólo se puede hacer en términos analíticos. En la práctica, las tres van muy unidas. El pensar que la política no está influida por la economía y por las relaciones sociales lleva a creer que se pueden conformar diversas élites que compiten entre sí. Pero se olvidan que para pertenecer a ellas es necesario formar parte de la clase dominante. Y eso implica ligar a la política con las relaciones sociales de producción. En ese contexto, el marxismo tiene razón al resaltar el vínculo íntimo que existe entre las clases sociales, la clase dominante (burguesía) y su conformación en diversas élites.

Pero esta actitud significa pasar por alto, o rechazar, una idea fundamental de la sociología -la de que las instituciones que existen en las diferentes esferas de la sociedad no se limitan a coexistir, sino que se hallan conectadas entre sí por relaciones de concordancia o contradicción y se afectan mutuamente- que Marx formuló admirablemente, en su crítica de los filósofos políticos de su tiempo, al sostener que era un gran error separar completamente al hombre como ciudadano (es decir, como individuo con derechos políticos) del hombre como miembro de la Sociedad Civil (es decir, como partícipe de la vida familiar y de la producción económica) (BOTTOMORE; 1965: 155).

Aun así, existe una gran diferencia en la conjunción de las categorías clase/élite en las sociedades democráticas occidentales y las otras dos que se han revisado. Las diferencias cardinales radican en la probabilidad de poder acceder a los puestos de clase dominante y élites, y, el modo en que se accede a ellas. Sin duda, con todo y las deficiencias que Bottomore ha anotado, en el tipo de combinación

clase/élite en democracia hay una mayor probabilidad de pertenecer a ésta. Asimismo, el modo de acceso es pacífico y mediante elecciones libres. Mientras que en los países subdesarrollados y en las sociedades de conjunción homogénea las probabilidades de pertenencia a la combinación clase/élite son muy escasas, y el modo de acceso, generalmente es mediante la violencia declarada o la disciplina a una jerarquía social.

Así, en las sociedades con élite unificada la forma de acceder o ser parte de la clase/élite es mediante la disciplina que erige una jerarquía social altamente petrificada. En el caso de los países socialistas, la forma de acceso era y sigue siendo mediante la avenencia del Partido Comunista. En el ascenso del capitalismo, sobre todo en Europa Occidental, fue –entre otros elementos– por medio de la compra de títulos nobiliarios por parte de la burguesía, su estrecha relación con la nobleza europea o la realización de revoluciones típicamente burguesas. En cualquier caso, la probabilidad de que un miembro de una clase inferior es escasa. Por su parte, en las sociedades subdesarrolladas las formas de acceder a la combinación clase/élite se divide en dos grandes modalidades: la violenta y la disciplinaria. En la primera, los jefes revolucionarios, nacionalistas y militares procuran acceder o conformar una nueva élite mediante procesos armados de guerra civil. En la segunda, la minoría dinástica, la clase media y los administradores coloniales procuran su acceso mediante el respeto a las jerarquías establecidas. En la minoría dinástica es muy evidente que sólo mediante el linaje familiar o hereditario es posible pertenecer al grupo dominante. Un ejemplo muy claro lo siguen siendo Arabia Saudita, los Emiratos Árabes Unidos y Siria, aunque hoy en día se esté poniendo en tela de juicio su permanencia. Por su parte, los administradores coloniales procuran su

dominio mediante su pertenencia directa de la metrópoli colonialista. La jerarquía que adquirieron como conquistadores se preserva aún con la independencia de las colonias. Los criollos en América Latina fueron un ejemplo ineludible de este tipo de conjunción. La clase media en los países subdesarrollados es disciplinaria en tanto que generalmente ocupan puestos administrativos en la burocracia estatal o privada. Como toda burocracia es altamente jerárquica, pero lo que la distingue es que su modo de acceso, generalmente, no es mediante el mérito, sino por medio de sus vínculos familiares, amistosos o de compadrazgo con el “jefe gobernante” en un momento dado. En todos los casos, la probabilidad de acceder a la élite es mínimo, sino es que completamente cerrado. Y como ya se mencionó, esto es un punto de distinción con las élites de las democracias democrática-liberales, además del modo pacífico y cíclico que tienen éstas.

De esta manera, hemos revisado la forma en que Bottomore procedió a realizar su propuesta conjunción de las categorías clase/élite. En primer lugar, vimos cómo comprendió la teoría de las clases y de las élites. Después, echamos un vistazo a las críticas que emprendió a ambas. Posteriormente, vislumbramos su propuesta de conjunción. Esta radicó en que el concepto de clase dominante es un tipo ideal que revela un marco estructural, mientras que la categoría de élite hace referencia a las diversas formas en que los agentes intermedios se relacionan con la estructura de la clase dominante. El autor inglés identificó tres grandes tipos de combinación clase/élite: el homogéneo, el subdesarrollado y el democrático occidental. ¿Qué debilidades y fortalezas tiene su propuesta? ¿Cuáles son sus similitudes y diferencias con respecto a las otras que revisamos en esta investigación (Erik Olin Wright y Ralph Miliband)? Esto lo veremos en el último capítulo de esta tesis.

C. La conjunción de los conceptos clase/élite en Ralph Miliband

1. Construcción del concepto de clase social

Ralph Miliband fue un sociólogo e historiador nacido en Bruselas, Bélgica en 1924 y murió en Londres, Inglaterra en 1994. Aunque su verdadero nombre fue Adolphe Miliband, lo cambió ya que se prestaba a confusión con el de Adolf Hitler. Debido a la invasión de éste último en Bélgica, él tuvo que emigrar hacia Inglaterra puesto que tenía orígenes judeo-polacos. En el Reino Unido se enlistó a las fuerzas armadas de aquel país y luchó por éste durante la segunda guerra mundial. Al finalizar, obtuvo la ciudadanía británica por sus servicios brindados en la conflagración. Con la ciudadanía obtenida estudió en la London School of Economics donde inmediatamente se adhirió al pensamiento de izquierda marxista y al Partido Laborista en la escena política. Aunque fue un gran crítico del estalinismo y del “socialismo real” de Europa del Este, esto no fue excusa para ahondar en la tradición marxista. Sus aportaciones son tan importantes en el pensamiento anglosajón que sin duda se encuentran a la par de sus prestigiosos contemporáneos como Eric Hobsbawm, Perry Anderson o E.P. Thompson. En el estudio específico de las clases sociales, sin objeción, es uno de los más grandes intelectuales marxistas que teorizó sobre ellas. Sus polémicas, diferencias y controversias con el autor greco-francés Nicos Poulantzas, lo convirtieron, junto con sus aportaciones originales, en uno de los referentes obligados de la teoría contemporánea de las clases sociales desde el marxismo. Igualmente, su apertura hacia otras corrientes del pensamiento, como la teoría de las élites, lo hace un autor digno de presentar sus aportaciones sobre este tema. Es por ello que echaremos un vistazo a la forma en que realizó la conjunción de los conceptos-clase élite.

En primer lugar, es necesario pasar revista a la manera en que contextualiza el proceso de construcción del concepto de clase social. Para ello, es importante conocer que, en el mundo contemporáneo, las clases generalmente se han inscrito en el modo de producción capitalista. Por eso, veamos qué entiende por capitalismo.

Las definiciones de capitalismo varían, pero se entiende mejor como un sistema en el que al menos la parte predominante de los medios de la actividad económica -industriales, comerciales, financieros y los relacionados con las comunicaciones- pertenece a la propiedad privada y está bajo su control, y en el que la dinámica primordial de esta actividad, arrolladoramente más fuerte que cualquier otra, es la obtención de beneficios privados de asalariados formalmente independientes (MILIBAND; 1997: 14).

Aquí ya podemos identificar que el capitalismo, en términos abstractos, da origen a un conjunto de agentes de poseen medios de producción privados, y con tales privilegios, obtienen beneficios gracias a una gran masa de actores que son “libres”, pero que tienen que trabajar y ser explotados por ellos. Este *quid pro quo* del capitalismo es lo que desde sus inicios hasta la actualidad mantiene a este modo de producción. Desde luego, esto es lo que Marx ya había puesto de relieve en su obra, Sin embargo, Miliband realiza una distinción que es necesaria tomar en cuenta. Esta radica en la diferencia entre capitalismo y orden social.

La distinción entre capitalismo y orden social es, sin embargo, de gran importancia. El capitalismo es un modo de producción y su capacidad de determinarlo todo hace que sea adecuado hablar de un orden social capitalista. Pero orden social es una designación mucho más abarcadora que va desde un gran complejo de instituciones de la sociedad que son el producto de una larga evolución histórica (MILIBAND; 1997: 15).

Si bien, el capitalismo provoca que las formas culturales, psicológicas, ideológicas, sociales, políticas y económicas de órdenes

sociales antiguos o tradicionales sucumban ante su lógica y dinámica, ello no es suficiente para que algunas de ellas se mantengan. Esas maneras, como por ejemplo, la dominación de género o las diversas religiones son parte de un “orden social” que trasciende al propio capitalismo. Aunque se pueda hablar de “orden social capitalista”, no todo dentro de dicho orden cae bajo su forma.

Sin duda, esta distinción es fundamental debido a que el orden capitalista que se funda en la posesión privada de los medios de producción y de la obtención de beneficios de unos pocos debido a la sujeción de la mayoría, no es la única posibilidad de orden y dominación que existe en la sociedad. En este sentido, las clases sociales y su conflicto son una opción de orden social específica que en el capitalismo adquiere una cierta relevancia. No obstante, en otras sociedades con distinto orden social y de otras etapas históricas quizá no sea tan importante, o al menos, no ocupe la primacía que tiene actualmente.

Una vez que ha quedado clara esta distinción, ello no es pretexto para pensar que las clases sociales en otros modos de producción no han existido. Al contrario, Marx y Engels tienen razón al señalar que la “historia de las sociedades es la historia de la lucha de clases.” Aunque en diversos órdenes sociales no haya sido predominante o que los agentes no hayan adquirido una conciencia activa de su situación y antagonismo de clase, éstas independientemente de los individuos existen. A decir de Miliband:

El hombre “A”, en cuanto tal, no es esclavo. Lo es y a causa de la sociedad. Un miembro de una clase puede perfectamente no sentir antagonismo hacia los miembros de otras clases incluso puede haber movilidad entre las clases. A pesar de ello, las clases continúan irreconciliablemente divididas, tenga o no lugar el conflicto

independientemente de las formas que pueda o no pueda adoptar (MILIBAND; 1977: 26).

En este sentido, es importante recalcar que las clases sociales son, según Miliband, producto independiente de las conciencias individuales. Son producto eminentemente social, incluso cuando en un cierto orden no tengan un rango predominante. Pero, ¿por qué las clases tienen estas características? El autor británico brinda dos elementos que responden a esta pregunta:

La dominación y el conflicto son inherentes a las sociedades de clases y se basan en rasgos específicos y concretos de su modo de producción. Ambos fincan sus raíces en el proceso de extracción y de apropiación del producto del trabajo humano. La dominación de clase no es un simple hecho: es un proceso, un continuo esfuerzo por parte de la clase o clases dominantes para mantener, reforzar y extender, o defender, su dominación (MILIBAND; 1977: 27).

Como podemos observar en la cita, la dominación y el conflicto son inherentes a las clases sociales. Ello porque los privilegios de algunos (la minoría) son directamente proporcionales a las privaciones de otros (la inmensa mayoría). Esto no es un vínculo de “estratificación” en donde el ascenso de unos se justifica debido a sus cualidades individuales, es más bien, una relación de conflicto donde el aparente “ascenso” de unos implica “irremediablemente” el descenso de los otros. Pero la situación no se queda hasta ahí. Para que las minorías se puedan mantener es necesaria la dominación. Es decir, como bien señala Miliband, el esfuerzo constante para mantener, reforzar y extender los privilegios de algunos pocos sobre los demás.

Este carácter general de clase adquiere rasgos específicos en el capitalismo. El valor y la plusvalía son producidos por la masa de agentes trabajadores que laboran para los dueños de los medios de

producción. Ahí es donde el conflicto y la dominación tienen su génesis en el modo de producción capitalista.

El trabajador productivo es el que produce plusvalor: sólo es productivo el trabajador que produce plusvalor para el capitalista y que sirve para la autovaloración del capital. De forma semejante, únicamente es productivo el trabajo asalariado que produce capital; y sólo es productivo el trabajo asalariado que produce más valor del que cuesta (MILIBAND; 1977: 33).

Lo que nos está diciendo Miliband, es algo que el marxismo en general ha puesto de relieve: la explotación, la opresión y la deshumanización son elementos de los que se fundan las clases sociales en cualquier modo de producción u orden social. Específicamente en el capitalismo, la extracción de valor en el proceso de producción es inherente a la configuración que toman las clases sociales

Por muy cierto que sea esta afirmación, olvida el verdadero problema, a saber, el capitalismo, cualesquiera que sean las muchas y variadas reformas que puede asimilar, es incapaz de funcionar sin explotación, opresión y deshumanización, y que no puede crear el medio verdaderamente humano cuyas condiciones materiales ha producido (MILIBAND; 1977: 53).

Así pues, podemos rescatar que en el proceso de construcción del concepto de clase social, éstas hay que circunscribirlas en distintos órdenes sociales que abarcan diferentes rasgos de la vida humana en muy variadas historicidades. En algunos órdenes precapitalistas, las clases quizá no hayan tenido un papel predominante. Sin embargo, ello no es suficiente para señalar que éstas no hayan existido. Existen en la medida en que son independientes de los agentes, se basan en el conflicto y en la dominación. Específicamente en el capitalismo, la opresión, la deshumanización y la explotación mediante la extracción de

plusvalía es el sostén principal de este orden social, y desde luego, del surgimiento de las clases propias del modo de producción capitalista.

Una vez que hemos revisado cómo este autor británico construye el concepto de clase y su importancia para ser estudiado, es menester prestar atención a los tipos de clases que existen específicamente en el capitalismo. Esto lo veremos en el siguiente apartado de una forma teórica y abstracta.

2. Tipos de clases sociales en el capitalismo

Para conocer los tipos de clases sociales que el autor británico identifica en el capitalismo, es posible hallar en él dos grandes momentos en sus definiciones. En el primero, encontramos concepciones tradicionales sobre las clases en el modo de producción capitalista. En el segundo, hallamos definiciones más abarcadoras que amplían el horizonte de las clases en un capitalismo posterior a la guerra fría y en un momento en que se creyó que éstas ya habían dejado de ser un soporte fundamental de las sociedades contemporáneas. Echemos un vistazo a ambas.

i. El primer momento de Miliband

Ralph Miliband identifica tres clases fundamentales en los órdenes capitalistas: la clase obrera, la media y la burguesa. Justamente de esta última se conforma primordialmente la clase dominante. Así, con respecto a la clase obrera, el autor de origen belga reconoce que ésta se configura abstractamente de todos aquellos trabajadores que participan en la producción de plusvalía, no sólo de forma directa en las ramas agro-industriales, sino de todo el conjunto de la producción social, tales como la transportación, la comercialización o el financiamiento.

La clase obrera es, por tanto, aquella parte del trabajador colectivo que produce plusvalor, desde una posición de subordinación, en los extremos

más bajos de la escala de ingresos y también en los extremos más bajos de lo que podría llamarse escala de prestigio. Como todas las demás, la clase obrera está dividida en muchos estratos diferentes y por todo un conjunto de diferencias que varían de acuerdo con el tiempo y el lugar, pero alguna de las cuales siempre están presentes. En la definición que nos ocupa, la principal diferencia se situaría entre los asalariados industriales por una parte y los obreros de cuello blanco y de servicios por otra, términos que obviamente abarca una amplia diversidad de ocupaciones y grados (MILIBAND; 1970: 35).

Como es posible observar, el sociólogo británico no únicamente reconoce a la clase obrera en el conjunto del trabajador colectivo, sino que su posición además es de subordinación y en las escalas más deplorables del prestigio. Cabe reconocer que para este autor el prestigio –tal y como Parsons lo entiende en su teoría de las clases– es fundamental en la distinción de clases. De esta manera, la producción de plusvalía, la conformación de una clase obrera amplia que abarca no sólo al sector agro-industrial, la subordinación y una escala mínima de prestigio es lo que define a la clase obrera.

Ahora bien, si Miliband amplía a la clase proletaria en el conjunto de los trabajadores de “cuello blanco”, conformándose así un estrato medio dentro de la misma clase obrera; entonces, ¿quiénes conforman la clase media en sí misma? Una vez más, la posición de este autor es tradicionalmente marxista. Para él, la clase media está compuesta de un modo principal por lo que el marxismo ha entendido como “pequeña burguesía”. Es decir, aquella clase que posee medios de producción, pero que los produce y explota para él mismo y/o su familia. En palabras del propio autor inglés.

Los estratos medios del trabajador colectivo deben distinguirse de los llamados estratos intermedios de la sociedad capitalista, de los que Marx habló en alguna ocasión y que comprenden a un amplio abanico de personas, descrita frecuentemente en la tradición marxista como la

pequeña burguesía de la sociedad capitalista: medianos y pequeños hombres de negocios, tenderos, artesanos y trabajadores por cuenta propia, pequeños y medianos agricultores. En otras palabras, ese vasto y diverso abanico de personas que no han sido proletarizados, en el sentido de que no se han convertido en jornaleros y asalariados y, por tanto, no forman parte del trabajador colectivo, aunque por supuesto realizan determinadas tareas económicas (MILIBAND; 1970: 36).

Pero el sociólogo británico no exclusivamente identifica a la clase media con la “pequeña burguesía”. También, aglutina en esta clase a quienes comúnmente el marxismo ha llamado “intelectuales”. Estos no sólo se refieren a los que realizan el trabajo propiamente “intelectual-profesional” en la vida pública, sino todos aquellos trabajadores que están inmersos en las artes o incluso en los deportes, y que por su posición, llevan una vida desahogada y diferenciada de la clase obrera.

Por último, en estas sociedades existen gran número de trabajadores culturales, escritores, periodistas, críticos, predicadores, poetas, intelectuales de diversas clases, los cuales pueden incluirse, en el caso de los que han triunfado y gozan de una posición más o menos desahogada, entre la clase media profesional o, como ocurre con los demás, entre los artesanos independientes o entre los trabajadores de cuello blanco. Pero esta asimilación tal vez sea por demás arbitraria y propenda a impedirnos ver con claridad el papel particular que tales personas desempeñan en la vida de estas sociedades (MILIBAND; 1970: 20).

Ya hemos revisado la definición de la clase obrera y media, nos resta ahora señalar la concepción de Miliband sobre la clase capitalista. Al igual que las anteriores, su concepción en este primer momento es bastante tradicional. Esta clase se distingue por la posesión de los medios de producción y por la extracción y privatización de plusvalía por parte de esta clase hacia los proletarios.

Para completar esta breve enumeración de los principales protagonistas de la lucha de clases en la sociedad capitalista queda todavía la clase

capitalista. Para Marx esta clase se designa así por el hecho de que es la que posee y controla los medios de producción y la actividad económica en general: los grandes intereses manufactureros, financieros y comerciales de la empresa capitalista. La clase capitalista se extiende, sin embargo, mucho más allá de sus intereses e incluye muchas personas que realizan específicas funciones profesionales y de otro tipo al servicio de sus intereses y que están asociadas con ellos de formas diversas: ingresos, estatus, ocupación, parentesco, etcétera (MILIBAND; 1970: 37).

Lo que resulta más confuso de esta definición es que Miliband amplía la clase capitalista hasta aquellos agentes que realizan funciones profesionales. En suma, a trabajadores de “cuello blanco” que los había considerado como “estratos medios” de la clase obrera. ¿Hasta dónde demarcar las fronteras de clase? Desde luego, es muy difícil. Sin embargo, en sus concepciones teóricas de este primer momento, queda muy ambiguo hasta qué punto ciertos trabajadores de “cuello blanco” pertenecen a la clase obrera o a la clase capitalista. Quizá una pista la podamos rastrear cuando realiza la conjunción de clase dominante y élite. La élite serán aquellos profesionales de “cuello blanco” que realizan objetivamente el poder de clase capitalista, y en específico de la dominante. En el otro apartado veremos cómo realiza la conjunción de ambos conceptos. Mientras tanto, ahora hay que concentrarse en la definición específica de clase dominante.

“Según el esquema marxista, la clase imperante de la sociedad capitalista es la que posee y controla los medios de producción y, en virtud del poder económico de tal manera detentado, puede utilizar al Estado como instrumento para el dominio de la sociedad” (MILIBAND; 1970: 24). Esta concepción es clásica del marxismo. La clase dominante es la que posee el poder económico, y en consecuencia, tiene una alta probabilidad de ejercer el poder político. Parece que esta

concepción es bastante automatizada. El simple hecho de poseer los medios de producción, provoca casi de forma inmediata la posesión de los medios de la violencia en el Estado. Por su puesto, Miliband fue muy consciente de estas limitaciones. Él mismo realizó un análisis crítico de estas concepciones en ulteriores trabajos. Ante esto, cambió su panorama sobre las clases sociales. Es por ello que es posible identificar un segundo “momento” en la teoría de las clases de este autor inglés. Es lo que veremos a continuación.

ii. El segundo momento de Miliband

Alrededor de veinte años posteriores de sus primeras concepciones de clase y después de hechos muy significativos en el siglo pasado como la caída de la cortina de hierro, era necesario repensar la importancia de las cuestiones de clase en la teoría sociológica contemporánea.

La primera gran disonancia con respecto a su anterior formulación fue que unió en una misma categoría los conceptos de clase obrera y media. A ambas las conjuntó en el concepto de “clases subordinadas” para hacer referencia a un conglomerado diverso y disímil de trabajadores asalariados tradicionales en la industria, agricultura, comercialización, transportación y financiamiento, junto con trabajadores “pequeño burgueses” o profesionales que comparten una subordinación irrestricta a la gran capital y a los grandes empresarios.

Las clases subordinadas de las sociedades capitalistas están compuestas por dos elementos diferentes: una clase trabajadora o asalariada, que constituye la gran mayoría de la población de los países capitalistas, y una clase media baja o pequeña burguesía, dividida a su vez en un estrato de pequeños empresarios y de artesanos autónomos y un estrato de subprofesionistas, subdirectores, supervisores, que comprende a profesores de escuela, trabajadores sociales, empleados civiles y funcionarios de gobierno local que están en los niveles inferiores

del estructura administrativa, y muchas otras personas con una variedad de ocupaciones. Éstas son las personas que tienen un grado de poder y responsabilidad muy reducido en el funcionamiento de los mecanismos que coadyuvan a la reproducción diaria del orden social (MILIBAND; 1997: 24).

Los puntos en común de este conglomerado de trabajadores no sólo es que comparten una relación de subordinación hacia la clase capitalista, sino que son asalariados del capital. Es por ello, que el concepto de clase sigue siendo importante si se entiende como clase asalariada que comparte estos elementos: subordinación y salario para sobrevivir.

La conveniente eliminación de la clase trabajadora de lenguaje de la política no corresponde a la realidad. La clase trabajadora industrial de los países capitalistas avanzados ciertamente es mucho menos numerosa de lo que fue, pero el oficinista, el criado y muchos otros empleados son trabajadores que perciben salarios y forman parte de la clase trabajadora, ya sea que se perciben a sí mismos como tales o no. Por otro lado, por lo común se entiende que el término clase trabajadora designa la clase trabajadora industrial vieja, tradicional, de modo que probablemente sea mejor usar el término clase asalariada, aunque suene raro (MILIBAND; 1997: 25).

Pero entonces, aquí resulta una pregunta fundamental: ¿qué es trabajo asalariado para Miliband? El propio autor inglés nos responde:

El trabajo asalariado es el trabajo que se realiza a cambio de un salario al servicio de un empresario privado que está autorizado, en virtud de su propiedad o control de los medios de producción, a apropiarse y disponer del superávit que producen los trabajadores con su trabajo [...] El trabajo de esclavos no es trabajo asalariado. El punto es, sin embargo, que el trabajo asalariado es una relación social que, desde una perspectiva socialista, es moralmente horrenda, porque se basa en la explotación y es, en cuanto tal un proceso que exige subordinación (MILIBAND: 1997: 35-36).

Lo importante de esta definición, no radica en que la “clase asalariada” conjunte lo que en otro momento denominó clase obrera y media, y que al mismo tiempo, compartan una relación de subordinación; sino que además, en esta definición ya no existe en su lenguaje el concepto de plusvalía. Reconoce la explotación de los que son objeto la clase asalariada. Sin embargo, al igual que Wright, la teoría del trabajo-valor no es necesaria para la definición de las clases. En ese sentido, puede existir subordinación, opresión e incluso explotación de los capitalistas hacia los asalariados ya que poseen los medios de producción, sin que por ello sea necesario sujetarse al reconocimiento de la extracción de plusvalía. Este punto de semejanza con el sociólogo norteamericano provoca que sea posible seguir hablando de clases sociales, explotación y dominación en un contexto en el que el capitalismo ha cambiado, y en el que, desde luego, la clase obrera industrial se ha reducido cada vez más. Pero ese simple hecho no conlleva a señalar que el conflicto, la dominación, la opresión, la subordinación y la explotación hayan desaparecido. Lo que cambió fue la configuración en la que estos elementos se llevan a cabo en un conjunto de agentes cada vez más diverso. Al mismo tiempo, tampoco se ha modificado el papel de la clase capitalista como clase dominante, lo que cambió fue la forma en la que lleva a cabo dicha dominación. El mismo Miliband reconoce este fenómeno:

Los marxistas denominan así a la clase dirigente por el hecho de que posee y controla una parte decisiva de los medios de producción material y mental, por tanto, controla, dirige, dicta también al Estado o es predominante en él. En realidad, no hay tal traducción automática: la cuestión de la relación entre poder de clase y poder de Estado constituye un problema fundamental, con muchas facetas diferentes. Incluso cuando pudiera demostrarse que las relaciones son muy estrechas, quedarían todavía por resolver o al menos por explorar, varias

cuestiones difíciles. Una de ellas, y no la menor, se refiere a las formas que el Estado asume, porque asume diferentes formas y con qué consecuencias (MILIBAND; 1997: 88).

En el momento anterior había señalado de una forma casi automática que la clase dominante son aquellos capitalistas que por poseer los medios de producción tienen la capacidad de controlar los medios de violencia en el Estado. Ahora, dicha automatización se torna con mayores matices. La clase capitalista no se convierte inmediatamente en dominante. Para hacerlo, necesita de la aglutinación de agentes de la misma clase burguesa o de otras que conformen élites especiales (económicas, políticas o culturales), las cuales, sean capaces de configurar la dominación de la burguesía y conformar así la clase dominante con sus “élites de poder” establecidas. Estas élites de poder son las que llevarán a cabo fácticamente los procesos de dominación en las sociedades capitalistas. Es así como llegamos la conjunción de las categorías de clase dominante y élite de poder en este autor. Para mostrarlo, es necesario conocer sus nociones de poder, élite y la conformación con el concepto de clase dominante. Esto es lo que veremos en el siguiente apartado.

3. La conjunción de los conceptos clase/élite

Para entender la manera en que Miliband realiza la conjunción de las categorías clase dominante/elite, es necesario reconocer que, según el sociólogo británico, existen distintos “poderes” que se ejercen en la sociedad.

The question who wields real power in Britain cannot be answered unless we first try to locate the *sources* of power in our society. Without some idea of what these are, we are lost in a fog of confusing and conflicting impressions. Now the sources of power in our society are economic, social and political. Let's look at each in turn. (MILIBAND: 1958)

Si bien hace referencia a lo que sucede en la Gran Bretaña, es posible rastrear que según el autor de origen belga existen tres grandes poderes en la sociedad: el económico, el social y el político. Empecemos a analizar qué entiende por el primero.

Economic power has always rested with those people who owned and controlled property, and ownership and control used to be pretty well synonymous. Over the last decade or so, we have been told until we are sick of hearing it that ownership and control are now DIVORCED, and that economic decisions now rest with the controllers, and not with the owners of property. The question is one which badly requires detailed research before anything like a full picture emerges. Yet, on the basis of the evidence available, it seems that even the decree *nisi* is still a fair way off. The chairman and directors of the 500 odd largest concerns in the country certainly don't own the major part of the shares of those concerns; but most of them own a certain amount.

Como podemos observar en la cita, el poder económico se finca en la propiedad de los medios de producción, y en consecuencia, en el control que se ejerce durante el proceso de productivo. Es cierto que Miliband conoce muy bien las críticas ya hechas por Ralf Dahrendorf sobre la cuestión de los denominados “gerentes.” Según este último, en el capitalismo posterior al siglo XIX la propiedad y el control están separados, por lo tanto ya no es posible encontrar un poder económico unívoco concentrado en una clase (la burguesía). Miliband rechaza ese argumento, y señala que la propiedad y el control, si bien ya no están unidos en una misma persona, es viable corroborar empíricamente que los altos ejecutivos que ejercen el control en las empresas poseen acciones –aunque sean mínimas– en estas. Por lo tanto, el poder económico se encuentra aún concentrado en pocas manos altamente identificables. En vinculación al poder económico se encuentra el poder

social, los cuales, se encuentran muy entrelazados. Veamos qué nos dice sobre ello.

Which brings me to the social elite. It would be odd indeed if economic power, with the wealth and prestige it provides, was not also the source of a great deal of social power. And of course it is. Though not exclusively. Unlike the United States, this country has retained and nurtured an aristocratic, patrician tradition which has powerfully contributed to the image of what a ruling class ought to be like and how it ought to behave. The aristocrats have educated their masters. Until a hundred or so years ago the aristocracy was a distinctive and exclusive social elite alternative to and competing with the *nouveaux riches* of the world of industry and commerce. By a slow process of mutual absorption, the two elites have come to be one. Plutocrats have been absorbed into the aristocracy; and the aristocracy has gone into business. The former have supplied the cash; the latter the *cachet*. Together, united, intertwined, highly class-conscious, they constitute Britain's social and economic power elite. Its members belong to the same exclusive clubs, meet at the same country houses, take their holidays in the same exclusive resorts, meet at the same banquets, and send their children to the same exclusive schools. And it is also from their ranks that are recruited the Queen's courtiers and the Palace entourage. The men around the Throne are not only tweedy, decadent backwoods aristocrats. They are men of affairs, at home in the City, in the world of industry and money-lending (MILIBAND: 1958).

Es cierto que el poder económico y la concentración de riqueza conllevan a muchos privilegios dentro de la sociedad. Sin embargo, no es suficiente para obtener prestigio y compartir lazos comunes. En ese sentido, el poder social es fundamental. Si bien, hace referencia a lo que sucede en la Gran Bretaña, es posible rescatar que no basta con ser "rico" y tener poder económico, es de vital importancia ser parte de los círculos sociales y ser aceptado en ellos. Asistir a los mismos clubes exclusivos, ser parte de las fiestas privadas o tener conexiones, por

ejemplo, son elementos de distinción y prestigio que son referentes en los que detentan el poder económico, y desde luego, el social.

Aunque la desigualdad de oportunidades educativas, basada en la clase social, explica en parte esta pauta, hay otros factores que contribuyen a su formación. A este respecto también, como en el caso del acceso a las posiciones de élite fuera del sistema estatal, existe también la cuestión de conexiones. Ciertamente las formas más aparatosas de nepotismo y de favoritismo ligadas a una era aristocrática y preindustrial en toda su pureza no son parte del actual servicio del Estado, competitivo, de la clase media: la liberación parcial de ese servicio respecto de la presa aristocrática fue, por cierto, uno de los aspectos capitales del incremento del poder burgués en el Estado y en la sociedad. Pero, de todas maneras, sería insensato pensar que, incluso en una época en que están en boga los exámenes, la membresía en un sector relativamente estrecho de la población no constituyen una clara ventaja, no sólo para ingresar a los niveles superiores del servicio del Estado, sino también, y no con menor importancia, para las posibilidades de ascender dentro del mismo. Tal membresía establece vínculos de parentesco y amistad y, por lo general, refuerza un sentimiento de compartir valores, todo lo cual es útil para tener éxito en la carrera [...] Es cierto sin duda que se ha efectuado, en el servicio del Estado, un fenómeno de difusión social que ha llevado a personas de origen obrero, y, todavía más comúnmente, de la clase media inferior, a posiciones de élite dentro del sistema estatal. Pero es un tanto engañoso hablar de democratización en relación con esto. Se trata más bien de un proceso de "burguesificación" de los reclutas más aptos y dignos de confianza provenientes de las clases subordinadas [...] Pero, por el momento, podemos señalar que los hombres provenientes de las clases subordinadas nunca han constituido más que una minoría de quienes han llegado a desempeñar altos cargos políticos en estos países: en su gran mayoría, han pertenecido siempre, por su origen social y sus ocupaciones anteriores, a las clase superior y media (MILIBAND: 1970: 63-65)

Aunque en Miliband hace referencia a lo que sucede en la esfera estatal. Es importante rescatar que los lazos amistosos y las conexiones y los parentescos familiares son de vital importancia para la constitución del poder social. Es muy raro, aunque es posible, encontrar miembros de otras clases como la obrera en el círculo exclusivo de las élites sociales. Aún más difícil es encontrarlo en el poder político, como bien señala Miliband en la anterior cita sobre la configuración de los agentes que conforman los niveles más altos del Estado. En concatenación con ello, el matrimonio de los poderes económico y social resulta una base fundamental para la constitución del poder político.

What about political power? The centre of political power in Britain is the Cabinet. But who is the Cabinet? When a Conservative Government is in office, even the most superficial analysis will immediately show that the Cabinet is dominated by members of the pluto-aristocracy. Outsiders no doubt do from time to time worm their way into the charmed circle. They do not alter the pattern. Economic and social power naturally spills over into political power.

And not only in the Cabinet. It is from the same social class that the majority of Tories in the House of Commons is drawn; its members have an overwhelming majority in the House of Lords. Nor, as a class, are they exactly under-represented in the top echelons of the Civil Service, the Judiciary, the Army or the Church. Who can doubt that the tone of these institutions is set by the common assumptions their leading members share with the pluto-aristocracy at large? And it is surely worth remembering that the power they do hold is undisturbed by the vagaries of universal suffrage. Which ever party is returned in a general election, they stay where they are.

The truth is that both Conservative and Labour Governments have made it their prime task to administer the system which gives the pluto-aristocracy its power. That is the basis upon which our internal affairs are run. And our external affairs too. Neither party wishes to go outside the

framework of that system. The Conservatives have no reason to, since they believe in it and its values; Labour has no heart to, because it is either frightened by or does not believe in or is not aware of, the alternative (MILIBAND; 1958).

En la cuestión política, es cierto que la apertura democrática y el sufragio universal brindan posibilidades de corto alcance para que ciertos agentes de diversas clases puedan ser parte del gobierno y conformen la élite estatal. En ese sentido, es muy importante conocer quiénes conforman a dicha élite en el Estado.

Estas instituciones -el gobierno, la administración, el instituto armado y la policía, el poder judicial, el gobierno subcentral y las asambleas parlamentarias- son las que constituyen el Estado y cuyas relaciones recíprocas dan forma al sistema estatal. En estas instituciones descansa el poder del Estado y a través de ellas se esgrime, en sus diferentes manifestaciones, por las personas que ocupan las posiciones más destacadas en cada una de las instituciones: presidentes, primeros ministros y demás miembros del gabinete; altos servidores públicos y demás administradores del Estado; altos jefes militares; jueces de las cortes supremas; algunos, por lo menos, de los más destacados miembros de las asambleas parlamentarias; aunque, a menudo, sean éstos los mismos hombres que los miembros de mayor antigüedad y rango del ejecutivo político; y, muy atrás, sobre todo en los Estados unitarios, los dirigentes políticos y administrativos de las unidades centrales del Estado. Éstas son las personas que constituyen lo que podemos calificar de élite del Estado (MILIBAND; 1977: 54).

A pesar de que diferentes agentes de diversas clases puedan constituir a la élite del Estado, en un marco de “apertura democrática”, Miliband reconoce que la composición de los principales órganos políticos y de gobierno se hallan agrupados en manos de las elites que concentran el poder económico y social (MILIBAND; 1977: 60, 118-130). En ese sentido, el papel de la democracia liberal es, en muy buena medida, una ficción que no toma en cuenta el papel real del

capitalismo y de los que detentan el poder económico. “La democracia liberal [...] nunca se ha atrevido a encarar que el capitalismo industrial es una forma intensamente coercitiva de organización de la sociedad, que acumulativamente obliga los hombres y a todas sus instituciones a hacer la voluntad de la minoría que detenta el poder económico” (MILIBAND: 1977: 73).

De esta manera, es posible vislumbrar que los diferentes “poderes” en la sociedad son, en cierta medida, diversos. Al mismo tiempo, son ejercidos por distintos agentes que conforman varias élites. ¿Qué posibilidades existen para que puedan conformar una clase dominante?

No obstante, se puede reconocer fácilmente que existe una pluralidad de élites económicas [aunque no sólo estas, también políticas y sociales] en las sociedades capitalistas avanzadas; y que no obstante las tendencias integradoras del capitalismo avanzado, esas élites constituyen agrupamientos e intereses distintos, cuya competencia afecta grandemente al proceso político. Sin embargo, este pluralismo de las élites no estorba que las diversas élites de la sociedad capitalista constituyan una clase económica dominante, que posee un grado elevado de cohesión y solidaridad así como intereses y objetivos comunes que trascienden, sobradamente, sus diferencias y desacuerdos particulares (MILIBAND: 1970: 48. Los corchetes son de mi parte).

Ya vimos en el apartado anterior que el ejercicio del poder económico por parte de la burguesía no se traduce de una forma inmediata en el ejercicio de otros poderes en la sociedad como el político o el social. No obstante, como bien estudió empíricamente Miliband, aquellas diversas élites que ejercen diferentes poderes, no sólo tienen lazos sociales en común, sino que comparten el mismo poder económico del capitalismo: posesión y control de los medios productivos. Por lo tanto, es viable hablar de una clase dominante

compuesta por diversas élites que comparten lazos similares de poder económico, político y social. En este contexto, ¿cómo se realiza la conjunción de los conceptos de clase dominante y élite en Miliband? Él lo responde en la siguiente cita:

En los niveles superiores de la pirámide social se encuentra la parte de la clase dominante que constituye, usando el término de C. W. Mills, la élite de poder. Éstas son las personas que poseen o controlan las alturas estratégicas de la economía, que controlan el aparato estatal y que poseen control en los principales medios de comunicación del sector privado, o controlan aquellos medios de comunicación que están en el sector público. La élite de poder es, por decirlo así, la vanguardia de la clase dominante: es reclutada en gran medida en esta clase, y los miembros de la élite de poder regresan a ella como consecuencia de una dimisión o jubilación. La parte (mucho más grande) de la clase dominante que no es la élite de poder constituye la burguesía empresarial y profesional que, aunque es menos poderosa que la élite de poder, posee de todos modos muchísimo poder e influencia. Se puede decir que en todas las sociedades tiene que haber algo así como una élite de poder. (MILIBAND; 1997: 21).

El esquema propuesto es una relación dialéctica de la conjunción de las categorías clase/élite. En primera instancia, es posible vislumbrar diversas élites que ejercen distintos poderes en la sociedad (económico, político y social). Debido a la primacía y concentración del poder económico en la constitución y vínculos con las élites políticas y sociales, es posible hablar de una clase dominante. Por ella se entiende, la probabilidad de que el poder económico sea suficiente para influir y ejercer los poderes político y social. Posteriormente, en el conjunto de la clase dominante conformada por diversas élites, es viable hallar un estrato superior: la élite de poder. Esta es la que ejerce y toma las decisiones políticas, económicas e ideológicas más importantes que benefician a la clase dominante en general y a sus

diversas élites. Desde luego, dicha élite de poder es generalmente reclutada de la propia clase dominante o del ascenso de agentes destacados de otras clases (principalmente la clase media y en mucho menor medida de la clase obrera).

Este esquema de Miliband, en términos abstracto-estructurales, es muy similar al de Pareto, Mosca o Mills que ya vimos en el capítulo anterior. Según ellos, en primera instancia, existe la masa desorganizada de la sociedad y una minoría organizada que la controla y la gobierna. En segundo lugar, al interior de dicha minoría existen varias élites. Estas se desdoblan para conformar un estrato superior denominado clase política, gobernante o élite de poder, según sea el autor. Esta es la que directamente gobierna o toma las decisiones más importantes que afectan a la sociedad en su conjunto.

¿Cuál es la diferencia que tiene la propuesta de Miliband en contraposición a los teóricos de las élites? En primer lugar, el autor inglés reconoce el fundamento de la clase dominante y de la élite de poder en los cuales ejerce, valga la redundancia, el poder y la dominación. Dicho fundamento consiste en inscribirse en el orden capitalista de producción que ocasiona que posean indiscriminadamente los medios de producción, de violencia y de comunicación ideológica. Al mismo, también reconoce que para obtener estos poderes es indispensable oponerse a los intereses de la clase obrera y de la sociedad en general. Es decir, es necesario ser explotador, dominador y opresor. Estas características son propiedades estructurales de la configuración del capitalismo en sí mismo. De esta manera, si bien Miliband presta atención a los lazos amistosos, de parentesco y de prestigio del que comparten las élites, la clase dominante y de la élite de poder en específico, éstos no son producto de las cualidades naturales o mentales de los individuos, más bien, son

consecuencia del funcionamiento de orden social capitalista en el que estamos inmersos

Así pues, aunque Miliband retoma el esquema de los teóricos de las élites para plantear su propuesta de conjunción de las categorías clase/élite, un elemento primordial que lo diferencia es que el fundamento del poder es argumentado desde el arsenal propiamente marxista. Ello implica reconocer la explotación, la subordinación, la opresión y la dominación que ejerce la clase dominante y su élite sobre el conjunto de la sociedad. En este sentido, esto es algo que ya había sido analizado por Bottomore. Aunque el autor de origen belga no realizó una crítica exhaustiva sobre este tópico, es menester reconocer la cercanía en este punto entre Miliband y Bottomore. Empero, este no es el único rasgo que lo diferencia. El otro, es que para los teóricos de las élites la conformación de las minorías es inevitable. Dicho de otra manera, es imposible para ellos pensar en un orden social distinto al capitalista. Veamos qué nos dice Miliband al respecto.

Esta afirmación de la inevitabilidad del gobierno de la minoría se basa en una de dos proposiciones. Una, es que hay una división natural en cualquier sociedad entre una minoría destinada, en virtud de sus atributos, apropiarse del poder y la mayoría destinada, en razón de la carencia de los atributos requeridos, a constituir la población subordinada. Los atributos requeridos pueden variar con el tiempo; y se pueden asignar particularmente el mérito a la fuerza física, o al coraje, o a la habilidad mental, o al conocimiento especializado, o a la riqueza, o a la astucia o a una combinación de ellos; pero en cualquier caso, la distribución desigual de los atributos asegurará la perpetuación del gobierno de la minoría. La minoría puede ser desafiada, pero el resultado del desafío, si tiene éxito, será siempre la sustitución de una minoría gobernante por otra.

La otra proposición procede de una teoría sobre la naturaleza de la organización. Se dice que en cualquier organización el poder

inevitablemente vendrá a estar concentrado en relativamente pocas manos, y que aquellos que disfrutan de este poder desearan conservarlo y aumentarlo, y usarán todos los recursos a su disposición para defenderse de cualquier desafío a su predominio. (MILIBAND: 1997: 74)

Como adepto marxista que reconoció durante toda su vida, incluso después del colapso socialista y de la animadversión del marxismo dentro de la academia sociológica, Miliband nunca dejó de pensar que la división de clases y la conformación de la clase dominante y de la elite de poder en el capitalismo podían ser superadas. A diferencia de los teóricos de las élites que plantean, como Bottomore lo ha puesto de relieve, un “determinismo elitista” en el que es inevitable la división entre la minoría y la masa, este autor británico siempre conservó la posibilidad de pensar un socialismo democrático. Es decir, un estado en el que el papel de las elites, la clase dominante y la elite de poder puedan ser reducidas, e incluso superadas, por una socialización de la economía, una igualdad material y política. No deseo criticar o analizar su propuesta teórica sobre el socialismo democrático debido a que está fuera de los alcances de esta investigación. Lo único que quiero subrayar son las diferencias que tiene su propuesta de conjunción de los conceptos clase/élite con respecto a los planteamientos de los pensadores elitistas.

De esta forma, hemos revisado la existencia de los distintos poderes (económicos, políticos y sociales) que se hallan en la sociedad capitalista. Estos son ejercidos por diversas élites. Aun así, debido a la primacía de la economía es posible hablar de la conformación de una clase dominante compuesta por diferentes élites. En la vanguardia o en el estrato superior de dicha clase se encuentra la élite de poder. Esta es la propuesta de conjunción de las categorías clase/élite en Miliband. Aunque el esquema se parezca a lo planteado por los teóricos de las

élites se diferencia en dos sentidos: la fundamentación estructural del poder y la posibilidad de superación del capitalismo. Ahora, lo que resta es analizar cómo se realiza el vínculo clase/élite en el Estado, un eje al que Miliband le prestó mucha atención a lo largo de su obra. Es lo que veremos en el siguiente apartado.

4. La relación clase/élite con el Estado

Habíamos mencionado que, en una primera instancia, el concepto de clase dominante para Miliband consistía en aquel conjunto de agentes que a partir del poder económico podían ejercer el poder político. Conforme avanzó en su obra, esa definición parecía bastante endeble ya que los procesos no se ejercen de forma automática. En ese sentido, la conjunción de las categorías clase/élite permitía concebir que a pesar de una diversidad de élites, se podía seguir hablando de clase dominante. Sin embargo, dentro de su estrato superior se encuentra la élite de poder. Esta es precisamente la que ejerce los poderes en la sociedad. Ahora es menester prestar atención a una esfera específica: la política. Para abordar la relación clase/élite con el Estado, es necesario pasar revista, en primer lugar, al papel que juega éste en las sociedades divididas en clases.

La opinión prevaleciente es que el Estado, en dichas sociedades, puede ser, y lo es en verdad, sobre todo agente de un orden social democrático, que no se inclina inherentemente en favor de ninguna clase un grupo; y que sus olvidos ocasionales de dicha imparcialidad pueden atribuirse a algún factor accidental ajeno a su verdadera naturaleza. Pero es también una concepción fundamentalmente equivocada: el Estado en estas sociedades de clases es primordial e inevitablemente guardián protector de los intereses económicos en ella dominantes. Sus objetivos iniciales reales son asegurar la continuación de su predominio, y no impedirlo (MILIBAND; 1977: 255).

Una de las corrientes más difundidas en la sociología y en la ciencia política sobre el Estado, es que éste es un árbitro neutral que se encarga de armonizar y ordenar los diversos en la sociedad. Al contrario de esta perspectiva, en la tradición marxista se ha pensado que el Estado y sus diferentes aparatos son instrumentos de la clase dominante, y en consecuencia, de la élite del poder que se encuentra en el estrato superior de dicha clase. El autor inglés realiza un análisis minucioso sobre esta tesis marxista para proseguir en el verdadero vínculo entre la conjunción clase/élite con la esfera estatal.

La mejor forma de avanzar es plantear la cuestión lo más sencillamente posible, porque, según el marxismo, se debe pensar que el Estado es el instrumento de una clase dirigente. La respuesta a esta pregunta debe proporcionar también una respuesta a la cuestión de la validez del concepto de clase dirigente.

En realidad, los marxistas han dado tres respuestas distintas a esa pregunta, ninguna de las cuales, sin embargo, ha recibido una adecuada teorización (MILIBAND; 1977: 89).

Ahora echemos un vistazo a la primera respuesta que ha brindado la tradición marxista.

La primera de ellas está relacionada con el personal del sistema estatal, es decir, con el hecho de que las personas que están situadas en las alturas dominantes del Estado, en las ramas ejecutiva, administrativa, judicial, represiva y legislativa, tienden a pertenecer a la misma clase o clases que han dominado las otras cumbres estratégicas de la sociedad y, especialmente, la económica y cultural. Así, en el capitalismo contemporáneo, los miembros de la burguesía tienden a predominar en los tres principales sectores de la vida social: el económico, el político y el cultural ideológico. Por lo que respecta a las personas de que se trata, normalmente se añade que no son miembros de la burguesía por su origen social, sino integrados posteriormente en ella gracias a su educación, sus conexiones y su forma de vida [...] Todo esto es muy cierto y puede verificarse fácilmente con una multitud de pruebas. El

Estado burgués ha tendido a estar dirigido por personas que pertenecen en su inmensa mayoría a la misma clase que quienes dirigen el sector privado de la vida económica de las sociedades capitalistas. Lo que en otro lugar he llamado la élite de Estado ha tendido a compartir los supuestos ideológicos y políticos de la clase económicamente dominante. Y el Estado en la sociedad capitalista ha tendido a favorecer los intereses de las empresas capitalistas [...] Con todo, y por muy cierto que esto sea es susceptible también de numerosas y muy serias objeciones, que no respetan importancia al estudio de la naturaleza del personal del Estado ni afectan en lo más mínimo a la idea del Estado como estado de clase. Esas objeciones sugieren, sin embargo, que la correlación que puede establecerse en términos de clase entre la élite de Estado y la clase económicamente dominante no es adecuada para zanjar la cuestión.

Una de las principales objeciones es que el modelo general de correlación de clase ha tenido importantes y frecuentes excepciones, y que estas excepciones se han dado, por decirlo así, tanto en el plano más alto de las clases las social como en el más bajo (MILIBAND; 1977: 89-91).

El origen de clase de los agentes que ocupan las principales ramas del Estado es, en buena medida, burgués. O al menos tienen relaciones de parentesco, amistad o de conexiones con la burguesía. En ese contexto, puede establecerse un vínculo entre la clase dominante y su élite con el Estado. Si bien, pueden hallarse diferentes agentes que pertenecen a otras clases, estos generalmente asumen los intereses de los capitalistas. A pesar de cierta corroboración empírica de esta respuesta, Miliband está consciente de lo insatisfactoria que es esta propuesta. A lo largo de la historia se puede comprobar que no existen tales casos. Dejemos de lado los ejemplos precapitalistas como los conflictos ente la iglesia católica y los diferentes reyes europeos. En la historia moderna del capitalismo existen casos en las que tal conexión es muy tenue. Por ejemplo, el ascenso de Luis Bonaparte en

Francia o el nazismo de Adolf Hitler, si bien hay cierta inclinación para favorecer a la burguesía en términos sistémicos, no hay una relación directa y de instrumento por parte de la burguesía para controlar al Estado. En ese sentido, esta respuesta resulta insuficiente, aunque no falsa. Ahora vemos la segunda opción.

La segunda respuesta que los marxistas han solido dar a la cuestión de por qué debe definirse al Estado como el instrumento de la clase dominante capitalista está relacionada con el poder económico que esa clase puede ejercer gracias a la propiedad y el control de los recursos económicos y de los otros poderes, y a su fuerza e influencia como grupo de presión, en el sentido amplio de la expresión.

También hay mucho de verdad en este argumento, que se ve reforzado por el desarrollo de los gigantes económicos como rasgo característico del capitalismo avanzado. Evidentemente, estos poderosos conglomerados tienen que constituir un punto obligado de referencia para los gobiernos [...] La empresa capitalista es, sin duda alguna, el grupo de presión más fuerte de la sociedad capitalista y, desde luego, es capaz de exigir la atención del Estado. Esto no es lo mismo, sin embargo, que decir que el Estado sea el instrumento de la clase capitalista. La presión que el mundo de los negocios es capaz de ejercer sobre el Estado no es suficiente por sí misma para explicar las acciones y la política de éste. La noción del mundo de los negocios como grupo de presiones demasiado grosera y amplia para explicar los fenómenos complejos que se dan en el proceso de toma de decisiones. Puede haber casos en que esa presión sea decisiva, pero puede haber otros en que no lo sea. Acentuar excesivamente respecto del problema significa no tomar en consideración muchas cosas (MILIBAND; 1977: 93 y 94).

En esta segunda respuesta, el acento no se pone en el origen social de los agentes que ocupan los principales puestos en el Estado, esta explicación es endógena. Ahora se subraya la influencia y el poder que la burguesía puede ejercer externamente hacia el Estado. El sociólogo británico está en parte de acuerdo con esta postura. En

buena medida es cierto que la influencia, la presión y el poder que ejercen las grandes empresas capitalistas pueden incidir en las políticas estatales. Un ejemplo claro lo tenemos en nuestro país en la política de telecomunicaciones. Los grandes corporativos como América Móvil, Grupo Salinas o Grupo Televisa han influido enormemente en las reformas que en esta materia actualmente se están llevando. Sin embargo, no siempre es así. Estos mismos grupos se vieron afectados durante la reforma electoral de 2007 en la que el Estado intervendría en la compra de difusión masiva de campañas políticas en los medios masivos de comunicación. A pesar de la oposición abierta de las principales televisoras, esta reforma fue promulgada. Es así que esta respuesta tampoco es falsa, pero también resulta insuficiente para abarcar el cúmulo complejo de las relaciones entre la clase dominante su élite de poder y el Estado. Ante ello ha habido una tercera contestación sobre este tópico. Analicémosla a hora.

En esencia, el argumento consiste sencillamente en que el Estado sea un instrumento de una clase dirigente porque, dada su inserción en el modo de producción capitalista, no puede ser otra cosa. En esta perspectiva, la cuestión no depende del personal del Estado, ni de la presión que la clase capitalista sea capaz ejercer sobre él; la naturaleza del Estado está determinada por la naturaleza y las exigencias del modo de producción. Hay límites estructurales que ningún gobierno, cualesquiera que sean su carácter, sus deseos y sus promesas, puede ignorar o evadir. Una economía capitalista tiene su propia racionalidad a la que todo gobierno y estado antes o después tiene que someterse [...]

La debilidad del argumento es que hace muy fácil poner límites arbitrarios a lo posible. Hay, efectivamente, límites estructurales, pero hasta qué punto limitan es una difícil cuestión. La tentación consiste en caer en lo que he llamado trampa “hiperestructuralista”, que priva a los agentes de toda libertad de opción y maniobra y los convierte en portadores de fuerzas objetivas que son incapaces de modificar. Esta

perspectiva no es más que otra forma de determinismo, que es algo ajeno al marxismo y, en cualquier caso, falso, lo que es mucho más grave (MILIBAND; 1977: 94 y 95).

Esta última postura se inscribe en un debate que durante la década de los años 70 del siglo pasado sostuvieron acaloradamente Nicos Poulantzas y Ralph Miliband. La visión del primer autor consistía en que el Estado es una estructura determinada, en primera o última instancia, por las relaciones capitalistas de producción. Este condicionamiento provocaba que la instancia estatal estuviera fijada por las necesidades del capitalismo en su conjunto, y en consecuencia, por los intereses superdeterminados por la clase dominante y sus diversas fracciones. No deseo entrar en el análisis a profundidad sobre la polémica entre el autor greco-francés y el anglo-belga ya que está fuera de los propósitos de esta investigación. Aunque debo señalar que esta interpretación por parte de Miliband acerca de la teoría de Poulantzas es infértil debido a que él plantea una autonomía relativa del Estado y no determinación directa (POULANTZAS; 1968). Más adelante, el propio Miliband retomará esta noción para su postura. Por lo tanto, sería ocioso centrarnos en este espacio sobre las deficiencias o similitudes en uno u otro autor. Es mejor prestar atención en la propia respuesta del sociólogo británico.

Hay, sin embargo, una poderosa razón para rechazar, por errónea, esta específica definición. La razón es que, aunque el Estado actúa según el marxismo en nombre de la clase dirigente, no actúa en la mayor parte de los casos a sus órdenes. El Estado es, evidentemente, un Estado de clase, El Estado de la clase dirigente, pero goza de un alto grado de autonomía e independencia en su forma de operar como Estado de clase y, desde luego, debe tener ese alto grado de independencia y autonomía si quiere actuar como un Estado de clase. La noción del Estado como instrumento no se ajusta a este hecho y tiende a oscurecer lo que ha llegado considerarse como una propiedad fundamental del Estado, esto

es, su autonomía relativa de la clase dirigente y de toda sociedad civil. Esta idea de autonomía relativa del Estado constituye una parte importante de la teoría marxista del Estado y fue, de una forma u otra, muy discutida por Marx y Engels. El significado de las implicaciones de este concepto requieren una mayor consideración (MILIBAND; 1977:96).

La respuesta de Miliband consiste en rechazar la visión parca de que el Estado es un instrumento directo y automático de la clase dominante, y en consecuencia, de su élite de poder. La esfera estatal no es ajena a las influencias de la sociedad y de las clases sociales, en especial, del poder de la burguesía y de las diferentes élites sociales; no obstante, de ahí no se sigue que sea su simple instrumento. El Estado y sus agentes también actúan en relación a los intereses de otros actores y de su propio interés. En este sentido, el autor británico está muy consciente de lo que Kautsky observó: “la clase capitalista impera, pero no gobierna, aunque añadió inmediatamente: se contenta con regir al gobierno” (MILIBAND: 1977: 55). Es en ese contexto, la autonomía relativa del Estado hacia la clase dominante adquiere una nueva dimensión.

Ya se ha indicado lo que esta autonomía relativa significa. Consiste, sencillamente, en el grado de libertad que tiene el Estado (entendiéndose normalmente en este contexto como Estado al poder ejecutivo) para determinar la mejor manera de servir lo que quienes detentan el poder conciben como interés nacional y que en realidad significa el servicio a los intereses de la clase dirigente.

Evidentemente, este grado de libertad está en relación directa con la libertad de que goza el poder ejecutivo y el Estado en general frente a las instituciones (por ejemplo, las asambleas parlamentarias) y los grupos de presión que representa o son portavoces de la clase dominante o de las clases subalternas. En este sentido, la autonomía relativa del Estado es superior allí donde el poder ejecutivo está menos limitado, bien por otros elementos del propio sistema estatal o bien por las diversas fuerzas de la sociedad civil (MILIBAND: 1977: 109).

Al contrario, su independencia relativa hace posible que el Estado desempeña su función de clase de una forma adecuadamente flexible. Si el Estado fuese realmente el simple instrumento de la clase dirigente, se vería fatalmente inhibido para la realización de su papel. Sus agentes tienen necesidad absoluta de un determinado grado de libertad para decidir la mejor forma de servir al orden social existente (MILIBAND: 1977: 113).

Desde mi interpretación, la propuesta de Miliband sobre la autonomía relativa del Estado en el vínculo de la clase dominante y su élite, se puede circunscribir perfectamente al problema contemporáneo del vínculo relacional del agente-estructura. La esfera estatal, entendida como centro de estructuras e instituciones políticas para el orden social, no es un simple instrumento de la clase dominante, pero tampoco los agentes de dicha clase (específicamente de su élite) actúan sin ninguna restricción cuando intentan sobreponer sus intereses en él. Ello se comprueba en la siguiente cita

En este capítulo y en el anterior se ha insistido que los intereses económicos y dominantes de la sociedad capitalista pueden normalmente contar con la buena voluntad activa y apoyo de aquellos en cuyas manos está el poder del Estado. Es esta una ventaja enorme. Pero estos intereses, de todas maneras, no pueden confiar en que los gobiernos y sus consejeros actúen de perfecto acuerdo con sus propósitos. Como dijimos anteriormente, los gobiernos tal vez deseen llevar a cabo algunas políticas que consideren completamente beneficiosas para la empresa capitalista, pero que puedan parecer profundamente censurables a determinados intereses económicos poderosos; puesto que estos gobiernos pueden estar sometidos a fuertes presiones provenientes de otras clases de las que no puedan desatenderse totalmente. Esta situación suele presentarse, sobre todo, en los regímenes políticos de tipo occidental. En otras palabras, la inicial buena voluntad y el apoyo general de los intereses capitalistas que pueden esperar encontrar dentro del sistema estatal no elimina la

necesidad de que dichos intereses ejerzan su propia presión para la realización de sus fines inmediatos específicos. (MILIBAND: 1977: 139 y 140).

El problema del Estado y su relación con la clase dominante no es lineal. La voluntad de la élite de poder no es unívoca, siempre está relación a los intereses de otros actores. Aún más, también se encuentra condicionada por el propio funcionamiento del Estado. El vínculo, en este sentido, es dialéctico. Sin embargo, pensar en este juego relativo entre las diferentes clases, la clase dominante, su élite de poder y el Estado no implica aceptar que existe una multiplicidad voluntaria de actores que pueden incidir en la esfera estatal, sin reconocer el predominio y condicionamiento de la burguesía en la sociedad de clases capitalista. Esta deficiencia es propia de los teóricos del pluralismo. A decir de Miliband:

[Según los teóricos de pluralismo] el poder está distribuido entre diferentes élites que ejercen su influencia en diferentes campos de problemas, y cuyo poder no es acumulativo y tampoco, indica el profesor Dahl, se tienen testimonios concretos, en relación a las decisiones más importantes de que el poder económico sea un elemento decisivo en la determinación de la política. Como ha dicho un crítico de la tesis a modo de resumen: “hay élites, pero no élite” [...] El defecto más importante del razonamiento estriba en lo que C.W. Mills llamó “empirismo abstracto”, que en este caso significa la acumulación y uso de datos pertinentes sin la debida atención al contexto socioeconómico total en el que únicamente tienen significado (MILIBAND: 1977: 166).

El hecho de observar empíricamente un cúmulo de actores que pueden tener injerencia en el Estado; también, la posibilidad de que éste no actúe como un simple instrumento de los capitalistas; no implica que la dominación de clase y de su élite no exista. El observar los fenómenos de forma parcial nos lleva a perder de vista cómo está inserto el Estado en una sociedad capitalista. Dicho en otros términos,

por observar los árboles, perdemos de vista el bosque completo. Se nos olvida, según los estudios empíricos de Miliband en Inglaterra, que los principales agentes de la élite del Estado, provienen de la élite económica y social. Es más, configuran lazos familiares y amistosos que en su conjunto conforman una clase dominante (burguesía). Dicha clase se especializa en una élite de poder, que en algunos casos, puede aceptar entre sus filas a miembros de otras clases, pero siempre bajo la égida de los capitalistas.

La autonomía relativa acepta el juego entre la clase dominante y el funcionamiento del Estado para dejar de pensar en formas automáticas de dominación, pero el dominio en general por parte de la burguesía se mantiene. Ante esto, los actores que legitiman al capitalismo, a la clase dominante y a su élite de poder procuran buscar formas de legitimación de este orden social en su conjunto. Una de ellas son las elecciones en sociedades democráticas capitalistas.

El acto de votar forma parte de un proceso político mucho más amplio caracterizado, como ya he dicho, por una notable desigualdad de la influencia. El no prestar atención más que en el acto de votar mismo, en el cual prevalece la igualdad formal, constituye a encubrir esa desigualdad, y cumple una función legitimadora decisivamente importante (MILIBAND; 1977: 188).

No deseo entrar en polémica con esta visión, ya que esta fuera los propósitos de la investigación. Pero es necesario recalcar que, dentro del vínculo del Estado con la clase dominante y su élite de poder, es necesaria una legitimación. En ese contexto, el voto no sólo es una forma que tiene el orden social capitalista, otra consiste en negar la posibilidad de alternativas distintas al capitalismo y su dominio de clase.

El propósito primordial del proceso de legitimación, descrito hasta ahora, es precisamente el de impedir la propagación de tal conciencia. Pero esa finalidad no sólo se cumple insistiendo en las virtudes del status quo

capitalista. También se cumple, con menor eficacia, mediante la crítica de muchos de los aspectos del orden económico, social y político existente, aunada, sin embargo, al rechazo de la opción socialista. Este rechazo podrá fundarse en muchas y diversas razones; por ejemplo, que las deficiencias de la sociedad capitalista, por reales que sean, pueden remediarse dentro de su ámbito, y sin recurrir al cambio revolucionario; o que la propiedad colectiva no ofrece garantía de democracia y de igualdad, lo cual es cierto, y que no es necesaria para la realización de estas últimas, lo cual es falso; que la propiedad colectiva, en todo caso, no tiene que ver con los problemas de un sistema industrial, que ha convertido en obsoleta también a la noción de capitalismo; y así sucesivamente (MILIBAND; 1997: 251).

A lo que quiero llegar, y para redondear este apartado, es al concepto de hegemonía dentro de la relación clase/élite-Estado. La forma en que se legitima este orden, y en consecuencia, a su clase dominante, no sólo radica en formas activas de acción como las elecciones, sino impedir que alternativas distintas se puedan llevar a cabo. Es así como la clase dominante y su élite ejercen actualmente la hegemonía en la sociedad.

La hegemonía, en el sentido de Gramsci, normalmente se entiende como la capacidad de las clases dirigentes para inculcar sus valores en las clases subordinadas y de convertir estos valores en el sentido común de la época. Ahora, la hegemonía ha adquirido un sentido adicional: debe ser entendida también como la capacidad de las clases dirigentes para persuadir a la subordinadas de que, piensen lo que piensen del orden social, y por mucho que sean ajenas a él, no hay alternativa para este orden social (MILIBAND; 1997:15)

De esta manera, y como hemos visto, la relación clase/élite-Estado no es automática, directa y lineal. Si bien es posible aceptar la influencia interna y externa por parte de la burguesía sobre éste, siempre existe una autonomía relativa en la esfera estatal. Dicha autonomía puede interpretarse como una forma de resolver la

problemática contemporánea sobre el vínculo relacional de la agencia y la estructura. No obstante, a pesar de dicha autonomía no es posible caer en la trampa de los teóricos del pluralismo democrático. Si bien se acepta un juego de diferentes fuerzas sociales en el Estado, el dominio general de la burguesía en el capitalismo sigue siendo incuestionable. Así, para este orden social es necesaria su legitimación. Una las formas activas consiste en las elecciones “democráticas”, pero otra, y aún más importante, radica en negar la posibilidad de pensar formas alternativas, contrarias y diferentes al capitalismo. Este último punto es la nueva manera en que ejerce la hegemonía de la clase dominante y su élite en el Estado, y en general, en toda la sociedad.

¿Qué tanto se diferencia esta propuesta con la de los otros dos sociólogos que hemos revisado? Ha llegado el momento de ponderarlo en el siguiente y último capítulo. Es lo que veremos a continuación. Pero antes, es necesario redondear todo lo visto ahora en unas pequeñas conclusiones del capítulo que se acaba de terminar.

Conclusiones al capítulo II.

Hemos revisado las posturas fundamentales de los autores anglosajones que se han elegido: Erik Olin Wright, T.B. Bottomore y Ralph Miliband. En términos esenciales, se pasó revista al proceso de construcción del concepto de clase social, su importancia para la teoría sociológica en general –específicamente para la marxista–, así como su propuesta de conjunción de las categorías de clase dominante/élite.

En primer lugar, es posible rescatar del sociólogo norteamericano el carácter amplio del concepto de clase. En especial, de la clase media que la ubica en una posición contradictoria. Esto tiene como consecuencia que dicha clase tenga un carácter dominador hacia los proletarios, pero al mismo tiempo, dominado por la burguesía. Concatenado a ello, su explotación también tiene un carácter múltiple sin aceptar irremediamente la teoría del trabajo-valor restringiéndola sólo al trabajo industrial. Así, la explotación existe en cualquier esfera del trabajo en que el capitalismo es el modo de producción dominante. En ese contexto, las altas capas de la clase media, desde la interpretación de esta investigación, son la élite de la clase dominante. Un rasgo fundamental de la teoría de este autor es que la élite no es un estrato superior de la clase dominante; es tan sólo un eslabón de dominación/explotación que le sirve para llevarla a cabo con la clase obrera, pero al mismo instante, son explotados y dominados, en términos amplios, por la burguesía.

En segunda instancia, T. B. Bottomore concibe a la clase dominante marxista como un tipo ideal weberiano. Si bien, desde la postura de esta tesis, no justificó adecuadamente este eclecticismo, tal forma de concebirla ayuda a entender a las élites como los agentes que se acercan más o menos dicho ideal. De este modo, concibió a la élite unificada, las élites en países subdesarrollados y las élites en

sociedades democráticas. El más cercano al ideal de clase dominante es el primero, mientras que el más alejado es el último. A pesar que se pueda reconocer una cierta pluralidad de élites en sociedades democráticas-liberales de corte occidental, ello no quiere decir que la clase burguesa como conjunto dominante deje de existir. Mientras el capitalismo se base en la explotación y dominación sistémica, el poder de los capitalistas no menguará demasiado. Esto es una diferencia fundamental con los teóricos de las élites. Según Bottomore, ellos nunca explicaron el fundamento del poder de las élites. En contraparte, el marxismo sí asienta el poder de la burguesía en el dominio de las relaciones de producción y su probabilidad para ejercerlo política, cultural e ideológicamente. Sin embargo, la forma de llevarlo fácticamente por parte de las élites es completamente distinto en las sociedades. La posibilidad de acceder a ellos y el modo relativamente pacífico de ejercer el poder en las élites democráticas son los dos rasgos distintivos en relación a las élites unificadas y de los países subdesarrollados.

Por último, Ralph Miliband es el más cercano a las teorías de las élites en la forma en que realiza la conjunción con la categoría de clase dominante. Para él, en términos completamente teóricos, las sociedades tienen diversas élites. Sin embargo, en términos estructurales están divididas entre dominantes y dominados (burguesía y proletariado) por el efecto de las relaciones capitalistas de producción que aglutina y concentra las élites política, social y económica en la burguesía. Entre los dominantes se conforma un estrato superior denominado élite de poder. Dicha élite se compone, generalmente, por los miembros de la clase dominante y sus diversas élites, aunque puede aceptar raramente miembros de otras clases. A pesar de su parecido teórico con los teóricos de las élites en la forma de presentar

su propuesta de conjunción, se diferencia de ellas en tanto que, al igual que Bottomore ya había anotado, el marxismo sí brinda el fundamento por el cual la élite de poder, la clase burguesa y sus diversas élites ejercen el poder. Ese fundamento radica en que en el capitalismo el predominio de las relaciones de producción es fundamental. En ese sentido, la posibilidad que otorga ser dueño de los medios de producción, contratar trabajo asalariado, explotar, subordinar y oprimir al proletariado es la base fundamental del poder.

De esta manera, dichas propuestas tienen similitudes, pero también diferencias, e incluso hasta ciertas oposiciones. ¿Qué tanto las propuestas de Wright y Miliband aceptarían el eclecticismo de Bottomore? ¿Qué tanto Bottomore puede complementar las propuestas de los sociólogos estadounidense y británico? ¿Qué falencias son posibles hallar en este trio de propuestas? ¿Qué reflexiones merecen estos análisis de conjunción para contextos diferentes como el mexicano? Estas son las preguntas que se delinean para el tercer y último capítulo de esta investigación. Es lo que veremos a continuación.

CAPÍTULO III

Introducción al capítulo III.

En este capítulo se muestran, en un primer momento, las semejanzas, y posteriormente, las diferencias. Esta selección obedece a que deseo expresar que en este trío autores sí existen semejanzas, pocas, pero al fin y al cabo, similitudes que son necesarias tomar en cuenta. Las diferencias se presentan secundariamente debido a que son mayores, y en este sentido, es fundamental para los propósitos de la tesis tener un marco común para diferenciar y consolidar la conjunción de los conceptos clase/élite.

Por último, tanto las similitudes como las divergencias se analizan en los siguientes ítems, mismos que sirven para la realización del cuadro comparativo: a) la relación agente-estructura; b) el proceso de construcción del concepto de clase; y, c) propuesta de conjunción de los conceptos clase/élite. Estos ejes fueron tratados directa e indirectamente con anterioridad de forma separada en cada uno de los autores y ahora se presenta la síntesis.

A. Semejanzas

1. *La relación agente estructura*

Uno de los ejes fundamentales de esta investigación versa sobre el vínculo relacional que representa la agencia y la estructura. Hemos señalado que éste consiste en que las estructuras no son completamente determinantes a la acción de los individuos. Desde luego, son constrictivas, sin embargo, también permiten un marco de modificación por parte de los agentes. Al mismo tiempo, los sujetos no actúan a placer irrestricto, también, son condicionados por las estructuras.

Este eje ha sido ampliamente difundido por la teoría sociológica contemporánea general y resulta de primer orden su tratamiento. Si bien, la teoría marxista no lo ha tratado en toda su plenitud, en especial su teoría de las clases, resulta fundamental prestar atención a este eje puesto que los autores que se han tratado en este estudio presentan una revisión sobre esta problemática, aunque sea de modo indirecto. Además, tanto Wright, Bottomore y Miliband han tratado de ampliar al marxismo a nuevos horizontes. En ese sentido, la relación agente/estructura en el estudio específico de las clases sociales y su posibilidad de acción resulta un tópico esencial.

De esta manera, y después de haber revisado a cada uno de los autores de forma separada, es muy importante que prestemos atención a las similitudes que se han encontrado. Básicamente, podemos enunciar tres de ellas: a) la categoría de “clase social y/o dominante” es un concepto estructural para la acción de los agentes; b) el marco de acción de los agentes que componen a las clases es relativamente amplio, sobre todo al momento de concebir una sociedad diferente a la capitalista; c) en las sociedades capitalistas y democráticas-liberales es más visible el marco de acción por parte de los individuos que están

insertos en clases sociales, sin que por ello dichas formaciones sociales dejen de ser capitalistas. Analicemos más a fondo cada una de estas tres similitudes.

Con respecto a la primera semejanza, podemos señalar que ésta se concatena a los planos abstractos del análisis de clase en general del marxismo. Como bien señaló Wright, la obra del propio Marx se puede dividir en dos: los análisis abstractos y los análisis coyunturales. Los primeros, se refieren al estudio teórico del capitalismo, y en consecuencia, de la formación de clases básicamente dicotómica. Los segundos, hacen mención a las formaciones sociales concretas en donde el cúmulo de fuerzas, fracciones y divisiones se muy diversa, sin que por ello dejen de tener como eje rector el análisis de clase abstracto. En este contexto, es decir, desde un estudio abstracto y dicotómico de las clases, se puede decir que éstas son el marco estructural en el que los agentes se sitúan en sus relaciones sociales. Así, burguesía y proletariado son el eje estructural de articulación de las sociedades capitalistas de clase. Desde luego, en formaciones sociales concretas y debido a la posibilidad de acción y ascenso por parte de los individuos, se conforma un cúmulo amplio de clases sociales. A pesar de ello, el condicionamiento de una sociedad contradictoria e irreconciliable entre capitalistas y obreros configura un elemento estructural presente en Wright, Bottomore y Miliband.

No es menester ahondar más sobre el sociólogo norteamericano en este tópico. Él mismo fue quien puso de relieve este análisis. Es necesario centrar la atención en Bottomore y Miliband. Con respecto al primero, es indudable que su interpretación de Marx es un tanto tradicional. Desde esa perspectiva, en términos abstractos, la posesión de los medios de producción y la probabilidad de extracción de plusvalía por parte de la burguesía hacia el proletariado conforma un

sociedad abstracta y típicamente capitalista. Este mismo fenómeno provoca que la burguesía probablemente se pueda erigir como clase dominante en los planos económico, político, ideológico y cultural. Por su puesto, en sociedades concretas es difícil hallar este planteamiento teórico tal cual (sobre todo en sociedades democráticas), sin embargo, sirve, según Bottomore, como marco estructural e ideal para comprender el modo en que se ejerce el poder. Si bien las élites se pueden conformar de diversas maneras para acercarse al ideal de clase dominante, éste es un marco estructural de acción flexible, pero siempre presente en las sociedades clasistas de corte capitalista.

En un tenor similar, Miliband aborda el marco estructural que representa la categoría de clase social como condicionamiento para la acción de los individuos. Para él, y partiendo desde la tradición marxista, el orden social capitalista conforma una sociedad dicotómica: burguesía y proletariado. Si bien, es posible encontrar “clases medias” en estas sociedades, en las cuales, sus agentes tengan la probabilidad de movilidad y acción, el marco estructural contradictorio entre patrones y obreros se mantiene prácticamente inalterable. Desde luego, en la parte final de su vida y obra, Miliband reconoció que la estructura de clases en las sociedades capitalistas no es la única. Existen otras como el marco estructural de género, etnicidad o migración. A pesar de ello, la clase social continúa siendo un eje fundamental de condicionamiento estructural de los agentes, si bien no es el único, según Miliband, sí es el más importante en sociedades capitalistas avanzadas.

Concatenado al factor estructural que reviste la categoría y la posición de clase en las sociedades capitalistas, se puede pensar que los agentes no tendrían posibilidad de modificación de la estructura de clases. Si nos quedáramos con esa idea, el vínculo agente/estructura no existiría. De esta manera, los autores de estudio en esta

investigación fueron conscientes sobre esta problemática y plantearon que, si bien la posición y categoría de clase representa un marco estructural constrictivo, ello no implica una determinación unívoca en la que los agentes no pudieran modificar su situación. Desde esa perspectiva, y pasando a la segunda similitud, tanto Wright, Bottomore y Miliband coincidieron en plantear que la estructura de clases de las sociedades capitalistas no es inamovible. Es modificable. En ese contexto, en especial los agentes de la clase dominada, subordinada, oprimida y/o explotada pueden cambiar a la sociedad capitalista. Desde luego, esa posibilidad no debe concebirse como una tarea histórica revelada por la teoría marxista. En ese sentido habría un determinismo histórico completamente alejado y ajeno al planteamiento del vínculo agente/estructura. Es un proceso de construcción continuo de lucha y de confrontación de poder en el conjunto de las relaciones sociales, económicas, políticas, culturales e ideológicas.

Los planteamientos sobre el denominado “socialismo democrático” de Miliband y Bottomore son una muestra teórica sobre lo que debe implicar la posibilidad de acción de los agentes para modificar al capitalismo (MILIBAND; 1997). Como todo socialismo, debe procurar la igualdad material, la distribución y socialización de los medios productivos, de comunicación, de comercialización y de financiamiento. Al mismo tiempo, esta nueva igualdad, distribución y socialización no debe olvidar los valores democrático-liberales: libertad individual en todas sus facetas (expresión, religión, prensa o asociación), pesos, contrapesos y organización del poder político. Por su puesto, esto sólo es un planteamiento teórico, no deseo detenerme en la posibilidad de realización, sus fines morales o sus intereses políticos e ideológicos que están claramente presentes. Lo único que deseo resaltar es que en el marco del vínculo agente/estructura, plantean la posibilidad de acción

por parte de los agentes para cambiar al capitalismo por el socialismo dentro de las mismas constricciones de clase capitalistas. En ese sentido, sólo indico una similitud igualmente compartido por el propio Wright. En los últimos quince años, este sociólogo ha dedicado su tiempo al programa de investigación y acción política denominado: “Utopías Reales” (WRIGHT; 2003) En este se trata de plantear, proponer y de llevar a cabo posibilidades de cambio social radicales alternativas (algunas plenamente socialistas) al capitalismo actual. No sólo se plantean teóricamente como lo hicieron Bottomore o Miliband, sino se tratan de llevarlas a cabo en pequeños campos de acción social. Tampoco es menester de esta investigación centrarse en ello, sólo se comenta para argumentar la similitud que he encontrado entre Wright, Miliband y Bottomore sobre la posibilidad de acción por parte de los individuos en la relación agente/estructura.

Por último, y muy relacionado a la anterior semejanza, este trío de autores plantea que el marco de acción de los agentes que tienen como constricciones la estructura de clases, es más amplio y probable en sociedades democráticas. La posibilidad de ocupar puestos de gobierno, de conformar una élite o pertenecer a ella, o, inclusive simplemente tener más libertad de acción es típico de sociedades capitalistas avanzadas. Los estudios empíricos de Miliband sobre el Reino Unido (MILIBAND; 1958); el análisis específico de la conjunción clase/élite en sociedades democráticas de Bottomore (1968); y el mismo libro de Utopías Reales del sociólogo norteamericano (WRIGHT; 2003) parten de la premisa de que en sociedades democráticas liberales la posibilidad de modificación y acción por parte de los agentes para superar su condición de clase es más alta que en sociedades tradicionales, en vías de desarrollo o incluso en sociedades claramente “socialistas.” Desde luego, ellos no cayeron en la trampa de pensar que

la sociedad capitalista ha sido superada e incluso pensar que las clases sociales ya no tienen importancia alguna, y por lo tanto, no es necesario plantear una superación de ésta. Las sociedades democráticas británica y norteamericana que han estudiado continúan siendo sociedades de clase. No obstante, es importante señalar la similitud que estos autores comparten sobre una mayor probabilidad de acción de los agentes en sociedades democráticas-liberales.

De esta manera, hemos revisado las semejanzas que se han encontrado en el eje agente/estructura en Wright, Miliband y Bottomore. Ahora, veamos las similitudes en el proceso de construcción del concepto de clase social. Es lo que analizaremos en el siguiente apartado.

2. El proceso de construcción del concepto de clase social

Uno de los ejes que se discutieron entorno al análisis de los autores fue el proceso de construcción del concepto de clase social. En este se intentó estudiar cómo los autores retomaron los elementos en “hueco” de la teoría de las clases de Marx para mostrar sus propuestas teóricas, y posteriormente, realizar la conjunción con la categoría élite.

En este sentido, se pueden encontrar básicamente cinco similitudes sobre este tópico: a) la posesión de los medios de producción como eje nodal para la constitución de las clases; b) las clases sociales en el marxismo se estudian desde la contradicción; c) el papel de la explotación, opresión y subordinación sin hacer referencia a la teoría del valor (sobre todo en Wright y Miliband); d) las clases sociales no sólo ejercen poder económico, sino también político e ideológico; y, d) la teoría de las clases marxista brinda una justificación teórica sobre el poder de la clase dominante.

Con respecto a la primera semejanza, es muy tradicional que el propio Marx resaltó que la posesión de los medios de producción

conlleva a que una minoría sea dueña de éstos. En consecuencia, una mayoría tiene que trabajar para los dueños. Sin duda, el propio pensador de Tréveris señaló también que este elemento es parte de toda constitución de las clases a lo largo de la historia. En el esclavismo, los medios de producción no sólo pertenecen al esclavista, sino también, toda la humanidad del esclavo es suya. En el feudalismo, los “señores” eran dueños de las tierras, por lo tanto, los siervos le tenían que proporcionar una parte de su producción, aunque otra tanta era para ellos. Aquí, la humanidad del siervo no pertenecía completamente al señor, no obstante, al menos sí una parte pagada en tributo. Finalmente, en el capitalismo, existen los empresarios que son dueños de los medios de producción. Estos contratan a una mayoría proletaria formalmente libre. En el corto tiempo que trabajan para ellos existe la explotación que forma parte nodal de las ganancias de los patrones. En este modo de producción, la humanidad de los obreros no pertenece al capitalista, ellos son formalmente “libres” para trabajar. Aunque en el tiempo en que laboran para los burgueses su fuerza de trabajo es exfoliada. Estas bases de la teoría marxista en general son compartidas tanto por Wright, Bottomore y Miliband. Estos autores no ahondan más sobre ello puesto que es la piedra angular de toda la teoría marxista de las clases. Por consiguiente, no merece la pena profundizar más. Sólo era importante mencionarlo como un elemento de semejanza en estos teóricos.

Ahora bien, analicemos la segunda similitud. Esta tiene que ver con el papel de la contradicción en la constitución de las clases sociales. Como hemos visto en el capítulo I de esta investigación y en análisis de Erik Olin Wright, la teoría de las clases se ha dividido básicamente en dos bloques: las teorías gradacionales y relacionales. En las primeras, los elementos del prestigio, poder e ingresos

materiales son esenciales para la división en estratos de la sociedad. En este sentido, se puede hablar de clases alta, media y baja. Una de las críticas que se le hizo a estas teorías fue: ¿cómo se fijan las fronteras entre las clases? Sin duda, es una cuestión muy difícil. En ese marco son los investigadores quienes fijan estas demarcaciones. Sin embargo, ¿sólo puede haber tres clases altamente discernibles? Desde luego que no. Entonces los sociólogos adeptos a esta escuela hablan de “clase alta”, “media-alta”, “media”, “media-baja”, “baja” e incluso “infra-baja.” Una vez más: ¿cómo se fijan esas fronteras? Entonces nos damos cuenta que la única relación que tiene todo este cúmulo de clases son elementos distribución desigual, tales como: los ingresos, el prestigio, la educación, acceso a servicios de salud, etc. Sin embargo, esta desigualdad sólo se expresa como un fenómeno de falta de distribución que puede ser solventada, e incluso justificada, debido a que los seres humanos son desiguales por naturaleza. Por lo tanto, la desigualdad social es relativamente natural, y cuando no lo es, entonces sólo se deben buscar las políticas necesarias para hacer más equitativa la distribución de los recursos. Las teorías relacionales de las clases en donde el marxismo es el principal exponente rechazan este punto de vista. En primer lugar, la desigualdad no tiene que ver con la naturaleza humana, es un fenómeno completamente social. En segunda instancia, el ascenso de algunos agentes en la escala social implica irremediablemente el descenso de los otros. En consecuencia, y en tercer lugar, la relación de las clases es contradictoria y no simplemente de una desigualdad en la distribución de bienes. Así, el beneficio de una clase es directamente proporcional a la pauperización de la otra e inversamente proporcional a la posibilidad de mejoría por parte de los oprimidos. En ese contexto, tanto Wright, Bottomore y Miliband coinciden en el carácter contradictorio e irreconciliable de las

clases sociales en general, pero sobre todo, en el capitalismo. Con ello no se quiere indicar que no puedan aceptar la posibilidad de la estratificación social, ésta sin duda existe. Lo que sucede es que es un fenómeno secundario a la contradicción de clases. Desde luego, pueden existir estratos superiores al interior de las clases (como el caso de las élites en el seno de la clase dominante o incluso entre los dominados como el ejemplo de los líderes sindicales), sin perder de vista que entre ellas existe contradicción. Así pues, este trío de autores anglosajones coincide completamente en este eje básico de la teoría marxista en general.

En lo tocante a la tercera similitud que se ha encontrado, y bastante relacionado con el anterior punto, ésta tiene que ver con el papel de la explotación, la opresión y la subordinación entre las clases sin referirse a la teoría del valor de Marx. Ya dijimos que la relación entre las clases es de contradicción y no simplemente de distribución desigual de los recursos. De esta manera, dicha contradicción provoca que entre las clases exista opresión, subordinación y explotación. Justamente con esto último, el propio Marx puso de relieve la teoría del valor y la plusvalía. Esta consiste en que los precios de las mercancías se miden de acuerdo al trabajo socialmente necesario incluido en ellas. La fuerza de trabajo, al ser una mercancía más, subsiste gracias al salario que le es pagado por parte de la burguesía. El salario se mide de acuerdo al valor que los trabajadores necesitan para mantener sus funciones vitales para subsistir él y su familia. Sin embargo, en dicho salario no se les paga a los trabajadores el valor completo que han producido al realizar determinadas mercancías. Desde luego, en términos teóricos, su salario equivale al valor que necesita para su sobrevivencia, empero, en el tiempo que trabajó para los patrones produjo más de lo que vale su fuerza de trabajo. Esa parte Marx la

llamó plusvalía y la consideró como el secreto de la explotación capitalista y como otra base fundamental de la constitución de las clases sociales.

Después de esta formulación, varios economistas intentaron refutar esta afirmación. La escuela neoclásica de la economía ha señalado que el valor de las mercancías no se mide de acuerdo al trabajo socialmente necesario impreso en su producción, sino en el precio del mercado. Y este se fija en la cantidad de demanda que los consumidores decidan comprar. Cuando éstos compran una mercancía no lo hacen pensando en el trabajo que llevó producirla, sino en la oportunidad de comprarla a un bajo precio. Por lo tanto, la extracción de la plusvalía como parte esencial en la constitución de las clases tampoco tendría gran relevancia. Incluso, entre líneas, estos teóricos apuntan que la explotación capitalista no existe.

Bajo este marco, sobre todo Wright y Miliband, aceptaron que la teoría del valor no tiene gran relevancia en la fijación de los precios de las mercancías. Sin embargo, de ahí no se sigue que la explotación no exista, y por lo tanto, las clases sociales tampoco. Si fuera así, entonces ¿cómo obtienen las ganancias los capitalistas, y, por qué siguen siendo inmensamente ricos concentrando y centralizando la riqueza? Si es mediante el acaparamiento o monopolización del mercado, lo único que sucede es que otros capitalistas serían los afectados. La tasa de ganancia media sólo pasaría a un solo capitalista. Pero si se acepta que el mercado es competitivo y libre entonces no cabe esa explicación. La única posibilidad que queda es que los trabajadores sigan siendo explotados, oprimidos y subordinados. Sólo que dicha explotación se fija en el precio de mercado monetario que tiene la fuerza de trabajo. Desde luego, dicho precio que es pagado en su salario no expresa el tiempo de trabajo que labora el empleado ni

tampoco la intensidad con la realiza sus actividades. Este pequeño cambio provoca que la explotación no sólo se dé en la producción agro-industrial, sino en cualquier esfera laboral, incluyendo los servicios y labores de oficina privada y pública. Por lo tanto, las clases sociales persisten, la contradicción también, y desde luego, la opresión y la subordinación. Esta visión es propia del marxismo analítico de Wright, sin embargo, el propio Miliband aceptó casi al final de su vida que las clases subordinadas no sólo se refieren a los obreros industriales productores de plusvalía, sino todos aquellos asalariados de servicios, comercialización, transportación y financiamiento que son subordinados al capital, y en consecuencia, también son explotados. Bottomore, no profundizó sobre estos argumentos. A pesar de ello, me parece importante poner de relieve esta semejanza que existe al menos entre el sociólogo estadounidense y el belga-británico.

La cuarta similitud consiste en que las clases no sólo ejercen poder económico producto de la explotación, subordinación y opresión, sino también, poder político e ideológico. En este sentido, el ser dueño de los medios de producción brinda la probabilidad de que no sólo dominen, opriman y subordinen a la fuerza de trabajo en centro laboral. También, brinda la probabilidad de ejercer dominio político e ideológico en la sociedad en su conjunto. En este sentido, el poder político consiste en la influencia o en la capacidad de tomar decisiones en el Estado, las cuales, afecten y sean directrices de la sociedad en general. Miliband lo expresó muy bien cuando estudio las élites estatales en su relación con la clase dominante. Bottomore, también estudió este fenómeno al visualizar los tipos de conjunción de clase/élite, sobre todo en la élite unificada. Wright no profundizó sobre ello, pero su esquema de las clases con explotaciones múltiples brinda un mapa en el que no

sólo es restrictivo a la esfera económica, sino también cualquier conjunto de las relaciones sociales como la política.

Por su parte, el poder ideológico es la capacidad de imponer ideas y símbolos a la sociedad en general. Las ideas de igualdad y libertad formal analizada tanto por Miliband y Bottomore, o, las ideas de “la gran familia” que es la empresa, o, llamar “asociados” en vez de trabajadores explotados a los empleados de una corporación son ejemplos de ideología de la clase dominante resaltados por Wright a lo largo de sus obras. En este sentido, debemos tomar las debidas precauciones sobre este tópico: el hecho de que la burguesía ejerza poder económico y tenga la probabilidad de ejercer los poderes político e ideológico, no implica que sea de forma automática. Este trío de autores estuvo muy consciente sobre esta limitación en la teoría marxista. Es por ello que brindaron propuestas de conjunción con la categoría élite como mediación de la tesis anterior, sin que por ello se perdiera de vista la importancia de los postulados marxistas. Desde luego, todas son distintas y tienen sus ventajas y desventajas. Lo único que quiero subrayar en este momento es que tanto Wright, Bottomore y Miliband coincidieron en la alta probabilidad que tiene la burguesía para ejercer los poderes económico, políticos e ideológico.

Finalmente, la quinta similitud que he encontrado en estos autores versa sobre la justificación en el ejercicio del poder que tiene la burguesía como clase dominante. Con todo lo que hemos ya visto, se puede deducir que la posesión de los medios de producción, el papel de explotadores, opresores y la probabilidad de ejercer el poder económico, político e ideológico son los elementos que justifican la posición de la burguesía como clase dominante. Todos los autores analizados en esta investigación coinciden en este punto. Pero sin duda, quienes lo resaltaron aún más fueron Bottomore y Miliband. Este

aspecto resulta fundamental, ya que una de las críticas que les hicieron a las teorías de las élites fue que no explican su fundamento de poder. Cuando Pareto intentó refugiarse en las cualidades psicológicas; cuando Mosca o Michels lo hicieron, prefirieron centrarse en el efecto determinista de la organización; cuando Mills trató de hacerlo, se acercó incómodamente al marxismo, teoría que explícitamente rechazó. En contraparte, el marxismo sí brinda una justificación del poder de la clase dominante en los elementos que acabamos de mencionar. No es menester profundizar más en ello. Sólo quise subrayar la similitud sobre este tópico en la que coinciden Bottomore, Miliband y Wright.

Ahora, lo que queda es enunciar las semejanzas que se han encontrado en los autores anglosajones sobre la conjunción de los conceptos de clase dominante y élite, punto de discusión central en esta investigación. Es lo que veremos en el siguiente apartado.

3. La conjunción de los conceptos clase dominante/élite

Sin duda, uno de los ejes fundamentales de esta investigación ha sido la conjunción de los conceptos de clase dominante y élite. Se pasaron revista a las propuestas de combinación en Wright, Bottomore y Miliband. Cada una con diferentes matices de distinción. A pesar de ello, se han podido encontrar cinco similitudes generales entre los autores anglosajones: a) no hay correspondencia directa entre la clase dominante y las élites para conformar un conjunto totalmente homogéneo; b) la categoría élite es secundaria que complementa la primacía del concepto de clase dominante; c) la teoría de las élites tiene la deficiencia de no justificar el poder de los integrantes de ésta; d) hay un consenso relativo del determinismo elitista conservador; y, e) la conjunción clase/élite en las sociedades democráticas es la más abierta y alejada de la conformación de la clase dominante, aun así es posible rastrear su existencia.

Con respecto a la primera similitud, es un tanto obvio que los autores analizados en este estudio coincidieran que el concepto de clase dominante es insuficiente para entender las relaciones de poder y dominio en una sociedad. En este contexto, buscaron ampliar este concepto de estirpe marxista con otras teorías, en especial, la de las élites para subsanar esta problemática.

Como bien se ha comentado desde el inicio de esta investigación, la teoría de las clases, en específico del concepto de clase dominante, ha sido criticado en este sentido: una clase económicamente dominante no necesariamente tiene que ser una clase política, ideológica o culturalmente dominante. No hay una correspondencia directa. Tanto Wright, Bottomore y Miliband fueron bastante conscientes sobre ello, y bajo este marco, ellos coincidieron en tratar de salir airoso sin perder de vista la importancia del marxismo y la existencia general de una clase dominante en las sociedades capitalistas.

El modo en que lo hicieron fue completamente diferente. Como ya lo vimos, Wright –desde mi interpretación– ubicó la conjunción a partir de las capas altas de las categorías intermedias que funcionan como un eslabón de doble proceso: ejercer la dominación, el poder y la explotación hacia la clase proletaria, y al mismo tiempo, ser dominados y explotados por la clase burguesa. El primer proceso se lleva a cabo gracias a que poseen medios de organización y cualificación; el segundo, mediante la posesión irrestricta de los medios de producción por parte de los empresarios. Por su parte, Bottomore visualiza el concepto de clase dominante como un tipo ideal que nos sirve de contrastación con la realidad. Este ideal se basa en la probabilidad directa de que la clase dominante, al poseer los medios de producción económicos, sea capaz no sólo de dominar en esa esfera, sino también,

política e ideológicamente. Desde luego, generalmente la probabilidad para que se pueda llevar es difícil que se dé en la realidad. Es por ello que las élites son las categorías que sirven de mediación entre el ideal de clase dominante y la combinación de clase/élites en diferentes tipos de sociedad. Por último, Miliband recogió el esquema paretiano de conjunción para los conceptos clase/élite. En primer lugar, existen diferentes tipos de élites en las distintas esferas sociales (política, económica y social). Después, debido a la importancia que cobra el poder económico en el capitalismo es posible hablar de una clase dominante que abarca a estos diferentes tipos de élites. Dentro de dicha clase, se conforma un estrato superior denominado élite de poder, quienes toman las decisiones y ejercen el dominio de la clase dominante en su conjunto. A pesar de las diferentes maneras de concebir esta conjunción, este trío de autores trataron de resolver la problemática de una falta de correspondencia directa y homogénea del poder de la clase dominante en todas las esferas.

Concatenado a esta similitud, podemos enunciar la segunda. Esta consiste en la primacía del concepto de clase dominante sobre la categoría de élite, la cual, sólo funciona como complemento secundario de ésta. ¿Por qué existe esta semejanza? Como primera respuesta se puede pensar que la aceptación explícita de la tradición marxista en sus trabajos es un hecho ineludible para pensar esta afirmación. Sin embargo, también existe otra respuesta en la que los autores coincidieron: el capitalismo crea unas relaciones de producción que se hacen predominantes en el conjunto de las formaciones sociales, por lo tanto, la categoría de clase dominante es fundamental en tanto es producto irrestricto de dichas relaciones que no han sido superadas.

Como bien lo vimos en la anterior similitud, los autores que se han estudiado fueron conscientes de la limitación del propio concepto

de clase dominante. No obstante, tampoco era pretexto para dejarlo de usar, simplemente era un reto para intentar resolver un problema teórico. En ese sentido, la teoría de las élites fue un complemento secundario, y en la sistematización teórica que se ha intentado presentar en esta investigación por parte de los tres autores que se han estudiado, todos coincidieron en tratarlo de esa manera.

En lo tocante a la tercera y cuarta similitud, éstas versan sobre las críticas que hicieron, principalmente Bottomore y Miliband, a la teoría de las élites. En primer lugar, señalaron que no existe en todo el *corpus* teórico de los principales autores elitistas una justificación del poder de las élites. Como ya lo hemos señalado numerosas ocasiones, cuando a estas teorías se les inquiriere sobre la justificación o las fuentes del poder de los miembros de la élite se refugian en cuestiones psicológicas naturales de los individuos (Pareto), en los efectos de la organización o incluso del clima (Mosca y Michels), la desigualdad social intrínseca a la desigualdad natural (Lasswell) o a las fuentes de amistad o parentesco genético de las élites (Mills). No hay explicaciones estructurales y materiales sobre el poder. Cuando se han dado cuenta de ello, como los casos de Mosca y Mills, se acercan relativa e incómodamente a las tesis marxistas. Pero, desde luego, estos autores rechazaron al marxismo, no tanto por la importancia y veracidad de sus tesis científicas, sino por los fines políticos e ideológicos de transformación radical que persigue y hace explícitos, los cuales, son ajenos a los teóricos de las élites, en general. No obstante, ello no es justificación suficiente para no contestar un problema teórico: ¿cuáles son las fuentes o la justificación del poder las élites? Este tópico fue puesto de relieve por Bottomore y por Miliband, principalmente. Por lo tanto, se vuelve en una semejanza digna de mención.

En segundo lugar, y refiriéndonos a la cuarta similitud concatenada a la anterior, tenemos al “determinismo elitista”, el cual, nuevamente fue resaltado por Bottomore y Miliband. Si al marxismo se le ha atacado por un determinismo económico e histórico en el sentido de que la economía determina no sólo a las clases, sino a la sociedad en su conjunto, y al mismo tiempo, la teoría marxista ya revela una tarea histórica asignada al proletariado para superar al capitalismo, entonces se supone el marxismo se ha equivocado profundamente. No es menester de esta investigación entrar en este debate debido a que está fuera de los objetivos de esta tesis, sólo la menciono para hacer referencia a otro tipo de determinismo que fue descubierto en la teoría de las élites, y en el cual coincidieron principalmente, los autores británicos estudiados en este escrito. Por lo tanto, el determinismo elitista se basa en indicar un destino histórico determinado en el que la sociedad siempre estará dividida entre gobernantes y gobernados y/o masa y élites. En el fondo, se trata de una posición conservadora en el que el cambio de las sociedades se busca evitar a toda costa.

Finalmente, la quinta semejanza versa sobre la relativa diversidad de élites que existen en las sociedades democráticas, y que por lo tanto, mimetizan la homogeneidad de la clase dominante. Si bien los autores aceptan esta posibilidad, desde luego, no se dejan engañar pensando que no existen contradicciones de clase. El dominio de la clase burguesa persiste, sólo que es llevado a cabo en sociedades donde otras clases, fracciones o grupos específicos también tienen posibilidad de acción y representación.

Hemos revisado las similitudes que se han encontrado en los autores anglosajones de esta investigación. Con los mismos ejes de revisión, pasaremos revista a las diferencias. Esto lo veremos en el siguiente apartado.

B. Diferencias

1. La relación agente estructura

Resaltar las discrepancias en los autores resulta de vital importancia debido a que a pesar de desprenderse de un mismo cuerpo teórico como el marxismo, sus interpretaciones resultan un tanto diferentes. Sin duda, el eje rector, en una primera instancia, será el vínculo agente/estructura en cada uno de los autores. En consecuencia se presentarán sus diferencias en cada autor: primero, Erik Olin Wright; después, T. B. Bottomore; por último, Ralph Miliband.

Para el sociólogo estadounidense las estructuras se deben entender sólo como límites que constriñen la acción de los individuos. Para nada se comprenden como determinantes externos a los agentes, sino que están dentro de los sujetos en su sociabilidad. Las clases sociales son, por lo tanto, ambivalentes: existen independientemente de la conciencia de los individuos, pero al mismo tiempo, son las acciones condicionadas de éstos (conscientes e inconscientes) las que hacen que las clases se reproduzcan.

Si bien la posesión de los tres medios resaltados por Wright (producción, educación y organización), son una estructura limitativa que asignará posiciones a los agentes en sus relaciones de clase, en realidad, la probabilidad de llevarla a cabo o hacer realidad dicha estructura de clases depende de las acciones de los individuos. Es decir, de la capacidad de que aunque no posean medios de producción, puedan superarse y obtener valiosos medios de educación, y por lo tanto, de organización. Esto tendrá como consecuencia que tengan la probabilidad de formar parte de una élite ambivalente: explotada por la burguesía, pero a la vez, con la posibilidad de explotar al proletariado debido que poseen medios de autoridad y de credenciales.

Los agentes que realicen estas acciones pueden ser conscientes o inconscientes de esta situación, lo que se resalta es que su acción es la que reproduce la propia estructura de clases. Desde luego, el factor fundamental de la posesión de los medios de producción es un elemento insuperable de las relaciones en las sociedades clasistas. En este sentido, se puede pensar que a pesar de la probabilidad de acción por parte de los agentes (sobre todo de los intermedios), sigue habiendo una determinación insuperable entre la burguesía y las demás clases. Desde luego, puede ser un elemento de crítica que pienso no se debe a la concepción teórica del propio Wright, sino a la realidad histórica capitalista que pretende analizar. Desde esa perspectiva, dicho elemento parece insuperable porque en términos reales ha sido inamovible a lo largo de la historia del capitalismo.

Por otra parte, para Bottomore, los condicionantes estructurales se tienen que ceñir propiamente a la estructura de clases. Específicamente, a la probabilidad de la posesión de los medios de producción y a la primacía de las fuerzas productivas, en especial, de los adelantos tecnológicos. De esta manera, el concepto de clase, más específicamente el de clase dominante, es la estructura general que se basa en los siguientes principios: posesión de los medios de producción y la probabilidad de dominio económico, político e ideológico. Desde luego, el cumplimiento a cabalidad de dichos principios es poco probable. Por ello, y como ya se ha visto profundamente, el concepto de clase dominante tiene que ser visto como un ideal estructural que constriñe las acciones de los agentes. Sin embargo, ello sólo es un ideal bastante flexible. En lo concreto, los agentes tendrán márgenes de acción relativamente amplios que se alejaran del ideal de clase dominante. Por ello, la categoría de élite sirve como puente para notar cómo los individuos pueden recrear la estructura de clases (en

específico de clase dominante) de modos diferentes y variados. En este sentido, la estructura de clase, aparte de ser concebida como un ideal de posible realización, también es un marco amplio de acción de los sujetos.

Como también vimos en el estudio de este autor británico, el ideal más constrictivo de acción es el de la clase/élite unificada. En este no sólo se acerca al ideal de clase dominante, sino que los agentes tienen poco margen de acción, en este caso estarían prácticamente determinados. En la conjunción clase/élite en países subdesarrollados, depende de los agentes que ocupen las posiciones de élite y el grado de desarrollo de la nación determinada lo que permitirá un mayor rango de acción de los individuos para cambiar la posición del país, o, de otras clases, grupos o sectores que deseen ocupar esta posición de élite. Finalmente, las élites en democracia es el caso más alejado del ideal de clase dominante, y por lo mismo, el más abierto a la acción de los agentes, tanto para acceder a esas posición como para cambiar a las élites gobernantes o relativamente dominantes.

Como podemos observar, esta visión es diferente a la de Wright, en tanto que las estructuras no son límites ambivalentes, sino ideales constrictivos que restringen o amplían la acción de los individuos. Además, Bottomore no toma en cuenta el grado de consciencia o inconsciencia de los individuos en su sociabilidad, sólo concibe el grado de acción, las posibilidades de acceso como élites y el acercamiento más o menos probable del ideal de la clase dominante. Además, mientras Wright concibe la posibilidad de acción en los agentes intermedios, Bottomore lo centra exclusivamente en el conjunto de la clase dominante y su élite.

Por último, Miliband retoma el problema del vínculo relacional del agente y la estructura en una visión distinta a la de Bottomore y Wright.

Mientras ambos lo ven en el conjunto amplio de las relaciones sociales (economía, política, ideología y cultura), el autor belga-británico lo centra esencialmente en la esfera estatal.

Bajo este marco, la probabilidad de acción de la clase/élite para la dominación dependerá de su relación con la élite estatal, y la propia dinámica del Estado para tratar de mantener el orden del conjunto de la sociedad. En este sentido, si bien la clase burguesa puede tener cierta influencia para que sus intereses se lleven cabo, el efecto no es mecánico. El simple hecho de poseer los medios de producción y la probabilidad de ejercer influencia en la política, no implica que tenga puerta abierta a voluntad para manejar al Estado como un instrumento.

Bajo este marco, Miliband no cae en la trampa de un voluntarismo de dominación burguesa, ni tampoco en un determinismo por la posición que ocupan como clase dominante. Así, el concepto de autonomía relativa resulta fundamental para resolver, desde la visión de Miliband, el problema de la agencia y la estructura exclusivamente en la esfera estatal. Dicha autonomía versa, como vimos en su momento, en que el dominio político de la clase burguesa y su élite de poder no es irrestricto, pero tampoco, se deja vencer a voluntad por la dinámica del Estado. Existe una influencia sustanciosa por parte de los empresarios que en sus acciones dirigen las tareas estatales, pero el Estado también tiene su propio marco de acción que condiciona los intereses insaciables de la burguesía. Un ejemplo lo fueron los propios Estado de bienestar que se propagaron relativamente con éxito en grandes extensiones de sociedades capitalistas, incluso en sociedades subdesarrolladas. Si se mira con atención, dicho Estado no correspondía a los intereses egoístas y de ganancias constantes para la burguesía, éstas se tuvieron que distribuir en alguna parte con las demás clases (sobre todo el proletariado). En este contexto, existió una

determinación estatal hacia la burguesía, sin que por ello haya dejado de ser ésta junto con su élite la clase dominante, y que juntos no hayan tenido acciones para favorecer sus intereses. Estas acciones se llevaron a tal grado que, junto con una crisis económica a finales de los años 70, pudieron ejercer una presión tal que el Estado de bienestar paulatinamente fue desmantelado con el fin de perseguir un Estado neoliberal que buscara la flexibilidad laboral o el rompimiento de barreras nacionales. Sin embargo, a pesar de la existencia de un Estado más *ad hoc* para la burguesía contemporánea, no implica un manejo irrestricto del Estado. Éste todavía restringe las acciones de la burguesía, ya sea mediante políticas arancelarias, impositivas o de redistribución de ingresos. Es así como el concepto de autonomía relativa ubicado exclusivamente en la esfera estatal y referida prácticamente a la acción de la clase dominante y su élite de poder es como Miliband trata de enfocar el problema de la agencia y la estructura. Como ya lo mencionamos, esto lo diferencia con respecto al otro par de autores que revisamos.

De esta manera, se ha puesto de relieve las diferencias sobre este eje en los autores de estudio de esta investigación. Ahora se analizarán las discrepancias con respecto al proceso de construcción del concepto de clase social. Es lo que veremos a continuación.

2. El proceso de construcción del concepto de clase social

El proceso de construcción del concepto de clase social fue un eje fundamental que se trató por separado y de modo pormenorizado en cada uno de los autores de esta investigación. Al igual que en el anterior apartado, se empezará por Erik Olin Wright, después por T.B Bottomore y por último Ralph Miliband.

En lo tocante al sociólogo norteamericano podemos rescatar tres grandes elementos que lo diferencian en el proceso de construcción del

concepto de clase social, estos son: a) el uso del marxismo analítico; b) la no utilización de la teoría de las clases de Weber; y, c) los medios de educación y organización como complemento de la base fundamental de los medios de producción.

Con respecto a la utilización del marxismo analítico, habíamos visto que éste es una de las tantas variantes de la teoría marxista. Sus bases fundamentales versan en reconstruir los conceptos centrales del marxismo, usando elementos de la metodología general de las ciencias, en especial, la estadística y la teoría de la elección racional. De esta manera, el materialismo histórico y el materialismo dialéctico no deben ser exclusivos del marxismo, éste debe complementarse con los elementos que generalmente los marxistas han llamado “ciencia burguesa.” Desde luego, sobre todo el manejo de la elección racional ha causado demasiado revuelo al interior del marxismo. El pensar que los sujetos actúan dependiendo el cálculo de los medios que dispongan para obtener los mejores fines, presupone un individualismo metodológico ajeno al holismo metodológico al que la teoría marxista se adhiere. Lo que Wright y los miembros del marxismo analítico señalan es que la “elección racional” sólo es un instrumento que complementa la teoría del pensador de Tréveris. Desde luego, tiene que ser interpretada y referida a la luz del propio arsenal teórico marxista. Así, la racionalidad puede explicar los fenómenos de la explotación, la dominación, la lucha de clases o el Estado. Igualmente, no se desapegan de los ideales morales, políticos e ideológicos del marxismo clásico: superación del capitalismo, búsqueda y mejoramiento de una sociedad socialista, igualdad, etc. Todos ellos aunado al rescato de los valores “burgueses”: libertad, democracia, igualdad de oportunidades, meritocracia, etc. En suma es una síntesis ecléctica que intenta llevar al marxismo a nuevos horizontes de interpretación, aunque en el seno de

los propios marxistas sea motivo de controversia. Aun así, es un elemento de distinción que la teoría de las clases sociales de Wright lo diferencia de los demás.

En lo tocante a la no utilización de la teoría de las clases weberiana, también es un motivo de discusión y diferenciación con los demás autores, sobre todo con T.B. Bottomore. Para el sociólogo estadounidense, las clases sociales en Weber son referidas a los intercambios en el mercado y a la posibilidad de oportunidades de vida subjetivas de los actores. Comúnmente se ha interpretado, que el marxismo presta mayor importancia a las relaciones de producción, en especial a la posesión de los medios de producción. Desde esta interpretación tradicional se han entendido estas dos posiciones. Wright, como ya lo vimos, no está de acuerdo con ello. Para él, la diferencia fundamental entre ambos radica en que la teoría marxista de las clases las observa desde la atalaya de las condiciones materiales de existencia que conllevan explotación y dominación; mientras que en Weber, se observan desde la atalaya de la cultura y la subjetividad. Desde esa perspectiva, ¿por qué no utilizar a Weber? La respuesta del norteamericano radica en que en la teoría weberiana no es posible introducir la explotación, la contradicción, la lucha y la dominación, éstos elementos no se tocan en la teoría del sociólogo alemán. Mientras que en la teoría marxista es factible que la subjetividad y la cultura puedan introducirse como un elemento más en el análisis de clase, siempre y cuando se refieran a la explotación y dominación de la sociedad capitalista. Por lo tanto, el marxismo es más amplio al momento de realizar un estudio sobre las clases sociales y la teoría de Weber se queda corta en ello.

En lo que respecta a la tercera diferencia de la teoría de clases de Wright, podemos decir que la introducción de los medios de

educación y de organización son un par de elementos que superan la tradicional distinción entre posesión de medios de producción vislumbrada predominantemente por Bottomore y Miliband. Dichos medios se refieren a los altos niveles educativos o de especialización que los agentes alcancen, y por consiguiente, la probabilidad de ejercer autoridad (mando y obediencia) dentro del centro de trabajo. Estos dos elementos extras que introduce Wright se encuentran predominantemente en los agentes intermedios de las clases sociales, es decir, entre la burguesía y el proletariado. Y por lo tanto, desde la interpretación de esta investigación, pueden constituir una élite.

Ahora toca el turno de resaltar las distinciones que diferencian a T.B. Bottomore. Se pueden resaltar básicamente dos: a) la aceptación y uso ecléctico de la teoría weberiana al análisis de clase; y, b) la primacía que le otorga a las fuerzas productivas en el estudio de las clases sociales.

Con respecto a la primera distinción, es muy obvia la discrepancia que se puede encontrar con Wright. Mientras este último desdeña la teoría weberiana por considerarla corta en el análisis de clase, Bottomore la retoma en sus bases fundamentales. La utilización de los tipos ideales es propia de la metodología de Weber. Como se vio en su momento, los tipos ideales son construcciones conceptuales que el investigador realiza resaltando elementos comunes a la multiplicidad de variables en la realidad. Del mismo modo, dicha construcción se contrasta con la realidad de una forma asintótica y variable. Se parte del supuesto que el tipo ideal generalmente no será un reflejo perfecto de la realidad, pero ayuda a comprenderla, sobre todo al resaltar sus discrepancias. Este elemento típico de la teoría weberiana, Bottomore lo retoma y lo aplica a las clases sociales, en especial, a la clase dominante. En este sentido, la clase dominante se vuelve un tipo ideal

que se basa en la posesión de los medios de producción y en la probabilidad cercana de que con ello pueda dominar no sólo económica, sino política, ideológica y culturalmente. Por su puesto, ello sólo es un ideal, en la realidad concreta existen discrepancias que el sociólogo deberá notar y tratar de comprender. Desde esta perspectiva, el autor británico rescata, usa y complementa de modo ecléctico al marxismo. ¿Qué tan pertinente es este eclecticismo? En su momento notamos algunas fallas. En las críticas ahondaremos sobre ello. Mientras tanto, sólo se rescata este elemento como un punto de distinción entre Bottomore y Wright, principalmente.

Por otra parte, y en relación a la segunda diferencia encontrada, podemos señalar, a manera de recapitulación, que el marxismo refiere a la estructura económica en dos ejes fundamentales: las relaciones de producción y las fuerzas productivas. La primera, se refiere al tipo de vínculos que guardan las clases sociales: las relaciones propiedad (medios de producción) y las relaciones de apropiación (explotación). Las segundas, hacen mención a los recursos con los que cuenta una formación social determinada: materiales y humanos. Al interior del marxismo se ha dado un debate fundamental: ¿las clases sociales son producto de las relaciones de producción o de las fuerzas productivas? Para algunos como Poulantzas, Wright o Miliband las relaciones de producción son las decisivas en la configuración de las clases. En el proceso productivo de la sociedad en su conjunto lo que importa es la posesión de los medios de producción y/o la apropiación de los frutos de trabajo que son arrancados al proletariado por parte del burguesía. Para otros, como Bottomore o anteriormente Bujarin o Kautsky el *quid* de las clases se encuentra en las fuerzas productivas. Sin un adelanto de la tecnología, de la producción y del consumo no se puede dar sustento a las relaciones de producción. El debate es amplio y

continuo. No es menester adentrarnos en esta discusión ya que está fuera de los objetivos de la tesis. Sólo se pone de relieve para resaltar una diferencia fundamental que existe entre Bottomore, por una parte, y Wright y Miliband, por otra.

Por último, resulta fundamental rescatar los aspectos distintivos del proceso de construcción del concepto clase social en el sociólogo belga-británico. En primer lugar, es importante resaltar la diferenciación que Miliband realizó entre orden social y capitalismo. Todo capitalismo es un orden social, pero no todo orden social es capitalista. El orden social es un concepto amplio que, como lo vimos, abarca aptitudes, actitudes, modos de moralidad, ética, consciencia que son transversales a distintos momentos históricos. Desde esa perspectiva, si bien ha habido clases sociales, en algunos órdenes sociales éstas no han sido predominantes. Sólo hasta el orden social capitalista es posible subrayar la importancia de las clases sociales, debido a que son el sostén de la riqueza, la dominación y la opresión. Desde esta perspectiva, Miliband delimita muy bien el campo de acción de las clases sociales y su importancia histórica. Elementos que Wright y Bottomore no dejaron muy bien distinguidos.

En segunda instancia, es importante resaltar las denominaciones de clase de Miliband. Él distingue entre clase alta, media y baja. Parece ser que hace referencia a una posición de la estratificación. Desde luego, la clase alta se refiere principalmente a la burguesía, la clase media a los profesionales y la clase baja a los proletarios u obreros. Pero después no se logran distinguir, algunos profesionales pueden ser parte de la clase alta o baja. Amén de estas posibles críticas a Miliband, también me parece que es el autor que menos claridad de distinción tuvo al momento de diferenciar a las clases sociales. Aunque, como ya lo vimos, podemos rastrear dos momentos intelectuales en su

pensamiento, sobre todo en el proceso de construcción de clase social, la poca claridad brilla por su presencia. Sobre todo si el marxismo tiene conceptos claros y tradicionales para distinguir a las clases: burguesía, proletariado, pequeña burguesía y lumpenproletariado. Sin embargo, también es necesario rescatar que en lo tocante al estudio de la clase dominante y su conjunción con la élite (objeto de esta investigación) es bastante claro en sus distinciones. En síntesis, esta diferencia radica en que Miliband hace uso de conceptos de clase social que bien pueden trasladarse a lenguaje marxista, situación que en Wright y Bottomore queda bastante claro

Hasta aquí hemos visto las discrepancias del proceso de construcción del concepto clase social en los tres autores que se han revisado en esta investigación. Ahora lo que resta es pasar revista a las diferencias que existen en sus propuestas de conjunción de los conceptos clase/élite. Es lo que veremos en el siguiente apartado.

3. La conjunción de los conceptos clase dominante/élite

Ahora toca el turno a analizar las diferencias que existen en la conjunción de los conceptos de clase dominante/élite en cada uno de los autores de esta investigación. Como se ha venido realizando, se empezará por Erik Olin Wright; después, T. B. Bottomore; y por último, Ralph Miliband.

Con respecto al sociólogo estadounidense se pueden rescatar dos grandes diferencias: a) en la conjunción clase/élite, ésta última no es un estrato superior sino una ampliación de la burguesía; y, b) las élites se encuentran en los altos mandos de la clase media y en cualquier esfera social.

Si se analiza esta primera diferencia podemos encontrar una interpretación completamente distinta sobre la conjunción de los conceptos clase/élite. Comúnmente se ha interpretado que la clase

dominante ocupa una posición de privilegio en contraposición a las demás clases. Justo en el estrato superior de la clase burguesa se puede encontrar la élite, la cual, tomará las decisiones y acciones más importantes que benefician a la burguesía en su conjunto. El esquema de Wright, en contraparte, no ubica a la élite como un estrato superior, sino, como lo vimos en su momento, es una ampliación de la clase burguesa hacia las categorías medias superiores. Éstas ocupan posiciones ambivalentes: son explotados y explotadores. Es preciso decir que en ésta última función es donde cumplen los intereses de la burguesía. Aunque, desde luego, no queda claro hasta qué punto los altos directivos credencializados y con medios de autoridad u organización también pueden tener acciones en la empresa, y por lo tanto, ser también burgueses. Este tipo de directivos, ¿también tendrían una posición ambivalente? Wright no distinguió este caso y no ahondó más sobre él. Sin embargo, generalmente, los altos directivos son empleados de las corporaciones, ocasionando que se ciñan a lo planteado por el sociólogo estadounidense. De esta manera, formarían parte de la burguesía ampliada como élite, y no sólo un estrato superior dentro de la misma. En todo caso son categorías superiores de clases explotadas, dominadas y ambivalentes.

Concatenada a esta diferencia, se encuentra que la ampliación conjunta de los conceptos de clase/élite en las categorías intermedias, conlleva a que dicha conformación pueda darse en prácticamente cualquier esfera social. A diferencia de Miliband y de Bottomore que predominantemente conciben la conjunción en la esfera política, Wright, desde la interpretación que se ha hecho en esta tesis, ha ampliado dicha combinación a la esfera económica, política, pública, social e ideológica. Su esquema de explotaciones múltiples se puede aplicar a cualquier centro de trabajo donde exista la división de posesión de

medios de producción, educación y de organización. Desde esa perspectiva, esto puede ser posible en una empresa de medios de comunicación, una industria, una organización de servicios o incluso el propio Estado. ¿Qué tan pertinente es esta ampliación? Puede suceder que dicho esquema pueda ser aplicado a cualquier momento histórico o sociedad que cumpla con las divisiones que el esquema de las explotaciones múltiples contemple. Por lo tanto, habrán tantas conjunciones clase/élite como tantos centros de trabajo o esferas sociales existan. ¿Dónde se encontrará lo predominante? Son preguntas que quizá sean dignas de tomarlas como críticas. Esto no lo haremos hasta que lleguemos a dicho apartado. Mientras tanto, tan sólo es importante resaltar la diferencia de Wright con los demás autores en el sentido de que su propuesta de conjunción clase/élite puede abarcar distintas esferas sociales, y no sólo la política, sitio donde se centraron Bottomore y Miliband.

Ahora es importante pasar revista las diferencias específicas de T.B. Bottomore. En él podemos señalar básicamente dos: a) en la conjunción clase/élite, la clase es un tipo ideal y las élites son el acercamiento concreto de dicho concepto; b) es el único autor en el que se puede rastrear un propuesta de tipología de las élites, sobre todo en la esfera política.

Con respecto al primer aspecto, éste se ha resaltado a lo largo de la investigación. Es una propuesta de conjunción bastante *sui generis* en la que el concepto de clase dominante es un tipo ideal que paradójicamente no se lleva a cabo en la realidad y en la materialidad, supuesto básico de toda la teoría marxista. Tan sólo es un punto de comparación que se complementa con la categoría de élite, la cual, será la concreción específica del modo de dominación de la clase burguesa. No creo que sea necesario ahondar más sobre ello, debido a

que cuando se ha revisado al autor se ha destacado este punto. Por supuesto es necesario anotarlo como una discrepancia sustancial que lo distingue de las demás propuestas de los autores.

Precisamente donde es importante centrarse es en la segunda diferencia que se ha puesto de relieve. Bottomore fue el único autor que en este estudio que brindó una tipología de combinación en la esfera política. En este marco, es importante recordar su propuesta. En primer lugar, es importante tener en mente la élite unificada, la cual, como ya lo vimos es el tipo más cercano a la clase dominante ya que aparte de ser preponderante en la esfera económica, lo es también políticamente. Los ejemplos que vimos sobre la burguesía en el nacimiento del capitalismo o la nomenclatura soviética de los países socialistas son típicos de ello. En segunda instancia, las élites en los países subdesarrollados. Bottomore distingue, como ya lo vimos, seis élites en este tipo de conjunción: la minoría dinástica; la clase media; los intelectuales revolucionarios; los administradores coloniales; los jefes nacionalistas; y, los jefes militares. En estos no es posible ubicar una clase dominante altamente cohesionada, sino ciertas minorías políticas que fundan su poder en la influencia de ocupar puestos importantes en la administración del Estado o en los dispositivos armados de éste. En tercer término, se encuentran las élites en democracia. En ellas no es posible hallar ni una clase dominante altamente unificada que gobierne o que utilice de modo directo personal que haga valer sus intereses. Tampoco, es viable ubicar minorías altamente definidas como en los países subdesarrollados. Simplemente, y esta es la idea que se ha propagado, son diversas minorías que compiten política, social y económicamente para propugnar sus intereses en un marco democrático de contienda. Desde luego, este autor inglés no fue demasiado ingenuo para pensar que en las sociedades capitalistas

avanzadas, las clases sociales se diluían. Al contrario, éstas persisten ya que son sociedades clasistas. Desde luego, la probabilidad de ocupar posiciones de gobierno y los métodos de acceso a éste son pacíficos y relativamente libres. Puntos opuestos a los otros dos tipos de conjunción. Todo este recuerdo de la tipología en Bottomore nos ha servido para mostrar un punto de comparación diferencial con respecto a Wright y Miliband.

Justamente, ahora nos toca centrarnos el autor belga-británico. Las principales diferencias que se pueden rescatar en su propuesta de conjunción clase/élite son: a) utilización del esquema paretiano en su proposición combinatoria de dichos conceptos; y, b) énfasis en las élites estatales en su propuesta de conjunción.

Con respecto a la primera distinción sobre su propuesta de conjunción en términos abstracto-estructurales, es muy similar al de Pareto, Mosca o Mills. Según estos últimos, en primer lugar, existe la masa desorganizada de la sociedad y una minoría organizada que la controla y la gobierna. En segundo término, al interior de dicha minoría existen varias élites. Estas se desdoblan para conformar un estrato superior denominado clase política, gobernante o élite de poder, según sea el autor. Esta es la que directamente gobierna o toma las decisiones más importantes que afectan a la sociedad en su conjunto. ¿Cuál es la diferencia que tiene la propuesta de Miliband en contraposición a los teóricos de las élites? En primera instancia, el autor inglés reconoce el fundamento de la clase dominante y de la élite de poder en los cuales ejerce, valga la redundancia, el poder y la dominación. Posteriormente, retoma el esquema de los teóricos de las élites para plantear su propuesta de conjunción de las categorías clase/élite, un elemento primordial que lo diferencia es que el fundamento del poder es argumentado desde el arsenal propiamente

marxista. Ello implica reconocer la explotación, la subordinación, la opresión y la dominación que ejerce la clase dominante y su élite sobre el conjunto de la sociedad. De esta manera, lo importante a rescatar como punto diferenciador de la propuesta de Miliband, es el uso del esquema paretiano complementado y justificado con el sustento teórico marxista.

Por último, en lo tocante a la segunda diferencia hallada en Ralph Miliband con respecto al eje de la conjunción de los conceptos de clase/élite, es posible señalar su énfasis con respecto a la esfera estatal. Donde preponderantemente va a dedicar sus estudios sobre la conjunción de ambas categorías será en el Estado. Las relaciones o vínculos que establecerán las élites estatales con la clase dominante en su conjunto será tema fundamental de sus reflexiones. Sin duda, la influencia y los parentescos amistosos y familiares entre la burguesía y los altos mandos del Estado es motivo de preocupación principal, aunque como ya lo vimos, la autonomía relativa de éste no nos llevará a pensar en una dominación automática. Pero, desde luego, en un Estado que sirve relativamente para satisfacer los intereses de la clase dominante, no obstante, con autonomía para poder gobernar.

Así pues, hemos visto las diferencias que distinguen cada una de las propuestas de los autores. Ya también observamos las similitudes. Con base en ello ahora nos resta enunciar las críticas y las deficiencias que se han encontrado después de haber hecho un análisis profundo en la obra de los autores. Esto es lo que se realizará en el siguiente apartado.

C. Críticas y deficiencias

1. La relación agente estructura

Ya se han revisado las semejanzas y las diferencias en cada uno de los autores de estudio en esta investigación. Ahora lo que resta es poner de relieve algunas críticas y deficiencias que se han encontrado. Debo señalar que éstas son única y exclusivamente en torno a los objetivos de esta tesis. Asimismo, se advierte que quizá se encuentren ciertas similitudes con otras deficiencias que otros autores han subrayado, en ese caso sólo deben entenderse como planteamientos similares. No es que no se conozcan dichas deficiencias, simplemente este es un ejercicio donde con base en la propia lógica de la investigación, se han llegado a hallar estas críticas. De igual modo, sólo se dejan apuntadas, no se plantean resolver debido a que lo más importante es tratar de encontrar los elementos teóricos que nos sirvan como reflexión para nuestra realidad mexicana. En ese sentido, notar las deficiencias sólo nos ayuda a desechar aquellos planteamientos que no estén sólidos en la teoría de los autores. Como el lector ha encontrado a lo largo de este último capítulo, primero, se anotarán las críticas y deficiencias en Erik Olin Wright; posteriormente, en T. B. Bottomore; y finalmente; Ralph Miliband.

Con respecto al autor estadounidense se pueden hallar en el eje del agente y la estructura las siguientes críticas y/o deficiencias: a) el problema de las acciones de los agentes en el marxismo analítico referido a la teoría de la elección racional, la cual, Wright casi no usa en su teoría de las clases sociales; y, b) no hay explicación convincente sobre las motivaciones e intenciones de los actores en su teoría de las clases sociales.

De esta manera, en lo tocante a la primera deficiencia encontrada en Wright, es necesario resaltar el papel que juega la teoría

de la elección racional. Ésta consiste en que se pueden explicar los fenómenos a partir de las acciones individuales. Esto no quiere decir, que dichas acciones queden completamente aisladas de las relaciones y de los sistemas sociales, sino más bien, dichas relaciones y sistemas tienen como base las acciones racionales de los individuos, y es en nivel donde se buscan *los mejores medios instrumentales para fines alcanzables*. (Cfr. COLEMAN, 1994; 166)

Esta teoría se funda en dos principios fundamentales. El primero, es el de que los individuos son considerados como actores maximizadores. En este sentido, la teoría de la elección racional está guiada por el resultado de la acción, es decir, orientada hacia metas u objetivos específicos para obtener los mejores resultados (Cfr. ELSTER, 1993: 31). Estos objetivos y acciones deben ser conocidos para buscar el medio más apropiado y eficiente en un marco de *información perfecta*, es decir, de poder conocer *a priori* todas las posibilidades o medios para alcanzar los objetivos deseados (Cfr. COLEMAN, 1994; 167). El segundo, es el principio de la utilidad que consiste en que los individuos actúan para obtener mayores beneficios. En palabras de Elster, “la utilidad de cada posible resultado de una acción es gravada por la probabilidad estimada de esa acción de rendir la esperada utilidad de la acción” (ELSTER, 1993: 36). Esto quiere decir que el rendimiento de un fin está en relación con la expectativa de lo que espera de ese objetivo y los medios de los que esa acción requirió. Si se tenían grandes expectativas con una meta, y si ésta no fue lo que se esperaba, habrá que buscar cuáles fueron los medios utilizados, y observar qué limitaciones o fallas tenían esos medios, los cuales, fueron los causantes de no obtener la utilidad esperada.

Desde luego, estos planteamientos son criticables. La teoría sociológica en general ha señalado su precario arsenal conceptual para

vincular la racionalidad instrumental con el contexto social e histórico. “La teoría de la acción racional sólo reconoce respuestas racionales de un agente carente de historia, indeterminado e intercambiable” (BOURDIEU, 1995: 85). Otra de las críticas es que presupone un actor maximizador con información perfecta. Es justo el neoinstitucionalismo el que pone el acento de que la obtención de la información implica *costos de transacción*, los cuales, involucran recursos tales como tiempo y propiamente dinero (ACHESSON; 1994: 11). Finalmente, otra de las grandes críticas es que la teoría de la elección racional sólo se fija en los medios para obtener fines deseados, es decir, indica cómo llegar, pero no hacia dónde ir.

Todas estas deficiencias generales planteadas a la teoría de la elección racional pueden ser aplicables a la teoría de las clases circunscrita al marxismo analítico, del cual, Wright se ha adherido abiertamente. Sin embargo, de acuerdo a la propia defensa del autor norteamericano, la teoría de la elección racional sólo se usa como un complemento del materialismo histórico. Intrínsecamente el marxismo hace referencia a los contextos históricos y sociales. Asimismo, plantea objetivos por parte de los actores (el proletariado tiene como fin la superación del capitalismo). Por lo tanto, las críticas no serían completamente válidas. En este caso, la racionalidad de los autores sólo es un complemento para tomar en cuenta las intenciones de los individuos en un marco histórico-estructural determinado. Si bien, se puede aceptar estas defensas, el problema de Wright no es precisamente el de su uso excesivo de la teoría de la elección racional, sino su uso escaso y limitado de éste en su teoría de las clases sociales. Al momento de estudiar teórica y empíricamente a las clases, la racionalidad de los actores queda un tanto fuera, sólo hace referencia a ella para notar la manera en que los agentes pueden

modificar las estructuras. Pero justamente, al estudiar la estructura de clases, parece ser que ésta tiene mayor preponderancia. Quizá sea la propia realidad la que orille a Wright a inclinarse en la balanza sobre la estructura, en vez de la de los actores en su racionalidad. En todo caso, la deficiencia sobre este tópico queda dos sentidos: primero, la teoría de la elección racional tiene problemas de vinculación con las estructuras sociales; segundo, al estudiar la estructura de clases Wright deja de lado la racionalidad de los autores, inclinándose por los determinantes estructurales. En ambos sentidos, se puede llegar a señalar que se rompe relativamente el problema del vínculo del agente y la estructura desde un punto de vista relacional.

Concatenado a esta problemática, por lo tanto, se puede también criticar a Wright la falta de explicación de las motivaciones e intenciones de los individuos en su teoría de las clases. Esto se debe, desde mi interpretación, a dos causas fundamentales: a) la inclinación de la balanza hacia la estructura dejando de lado o usando muy poco la teoría de la elección racional, uno de los pilares del marxismo analítico; b) el dejar de lado la teoría de Max Weber señalando que es incompleta al no visualizar las problemáticas de la explotación y la dominación. Uno de los aspectos más importante de la propuesta weberiana es precisamente tomar en cuenta las intenciones y motivaciones de los individuos, ocupándose en la teoría de las clases, en las oportunidades de vida que los agentes pueden llegar a tener. Wright, reconoció este aspecto weberiano que incluso también lo visualiza como elemento que la teoría marxista puede adoptar sin ningún problema. Sin embargo, al desarrollar su propia teoría de las clases, las oportunidades de vida, las intenciones y las motivaciones de los agentes quedan de lado. Sobre todo al desarrollar las “explotaciones múltiples”, estas casi desaparecen por centrarse en los

problemas de la explotación, la opresión y las posiciones ambivalentes en su esquema más complejo de las clases. ¿Cómo resolver esta problemática? Como señalé al principio de este apartado, sólo las dejo anotadas para discernir qué elementos nos pueden servir de los autores en la reflexión sobre la realidad mexicana. Pero sin duda, ello nos daría tema suficiente para tratar estos problemas en otra investigación.

Ahora toca el turno de señalar las críticas y deficiencias que se han encontrado en T.B. Bottomore. Básicamente se pueden ahondar en dos: a) el determinismo tecnológico de las fuerzas productivas; y, b) el vínculo agente estructura, desde mi interpretación, sólo puede hallarse en la conjunción clase/élite.

Con respecto al determinismo tecnológico ya se ha hablado sobre este en otros apartados. Como se sabe, la estructura económica en la teoría marxista se compone de dos elementos fundamentales: las relaciones de producción y las fuerzas productivas. A su vez, las relaciones de producción se conforman de las relaciones de propiedad sobre los medios de producción y las relaciones de apropiación de los excedentes producidos. Por su parte, las fuerzas productivas están compuestas por los recursos humanos y materiales con los que cuenta una sociedad en un momento histórico determinado. Como también se ha mencionado, en el marxismo ha habido un debate amplio sobre qué elemento tiene la primacía, y sobre todo, cuál da origen a las relaciones de clase. Para los que defienden las relaciones de producción son la posesión de los medios de producción o la explotación que existen entre los agentes los que fundan la base fundamental de las clases. Por su parte, para los que señalan que son las fuerzas productivas se manifiestan a favor del aumento tecnológico lo que posibilita que se puedan dar relaciones de clase ya que modifican a las relaciones de

producción. Otros más mencionan que es una combinación dialéctica y contradictoria, ya que Marx no dio ningún peso primordial hacia alguna de ellas. Bottomore, como ya lo vimos, es adepto de la primacía de las fuerzas productivas como origen de las relaciones de clase. Dicha inclinación provoca que el vínculo agente/estructura se rompa ya que será el aumento de la tecnología lo que haga que los individuos pertenezcan a una clase determinada. Para estos agentes no habrá posibilidad de modificación. Cada aumento de las fuerzas productivas tendrá como consecuencia una adecuación en las clases sociales, los agentes sólo deberán acomodarse a éstas. En este sentido, existiría un determinismo tecnológico en la teoría de las clases de T.B. Bottomore.

Desde luego, este autor británico quizá no quería señalar explícitamente ello. Sin embargo, es una consecuencia tácita de sus propios planteamientos teóricos referidos exclusivamente a las clases sociales. Ante ello, desde mi interpretación, intentó subsanar esta situación. Para ello, intentó combinar eclécticamente a Weber, Marx y a las teorías elitistas en su conjunción de las categorías clase/élite. También ya revisamos ampliamente su propuesta. No es necesario repetirla. Sólo quiero señalar que el tipo ideal estructural de clase dominante puede ser modificado por las acciones y decisiones específicas de los agentes que componen a las élites y que llevan a cabo el poder y la dominación de la clase burguesa. Ante ello, una de las deficiencias que encuentro es que el vínculo agente/estructura sólo puede ser referido en la combinación clase dominante/élite. El problema con ello, es que únicamente los dominantes tendrían mayor capacidad de acción y modificación estructural. Los dominados y las demás clases sociales estarían condicionados por el determinismo tecnológico propio de la teoría de las clases de Bottomore. Lo que se

desprende de ello es lo siguiente: una contradicción entre el determinismo tecnológico aplicado sólo a las clases dominadas y un vínculo relacional de la agencia y la estructura aplicado sólo a la clase dominante y a su élite, en este contexto, no hay coherencia teórica porque sólo para algunos (los dominantes) es aplicable la relación agente/estructura y para otros no es posible (los dominados). ¿Cómo subsanar esta cuestión? Los objetivos de esta investigación quedarían desbordados al tratar de responder esta pregunta. Sólo se han anotado estas deficiencias para realizar un ejercicio de depuración en la teoría de los autores, y tratar de rescatar lo más importante para la reflexión final.

Por último, es necesario pasar revista a las críticas y deficiencias encontradas en la teoría de Ralph Miliband. En este autor belga-británico es posible hallar un par de críticas: a) el vínculo agente/estructura en su teoría es posible hallarlo en su propuesta de conjunción de clase/élite referida exclusivamente a la esfera estatal; y, b) el concepto de autonomía relativa para resaltar la relación agente/estructura es un concepto propio del estructural-marxismo desarrollado por Louis Althusser, pero sobre todo, por Nicos Poulantzas referido preponderantemente a la teoría de las clases sociales, el cual, tiene como uno de sus problemas la poca claridad para resaltar los condicionamientos estructurales y las acciones de los agentes.

Con respecto a la primera crítica sucede algo similar a lo que ya vimos con Bottomore. Si se observa su teoría de las clases podemos encontrar como hilo conductor la primacía de las relaciones de producción, específicamente, la propiedad sobre los medios de producción. Esta cualidad ocasiona el origen de las relaciones de clase. En este caso, habrá unos agentes dueños de los medios de

producción y otros que no lo sean. Exclusivamente en las clases sociales no sería posible encontrar un vínculo relacional del agente y la estructura. El determinismo de las relaciones de producción opacaría cualquier intento de modificación de los agentes, a no ser de la posibilidad remota de construcción del socialismo. Sin embargo, Miliband al plantear su propuesta de combinación de las categorías clase/élite y al referirlas primordialmente en la esfera estatal nos señala lo siguiente: la posibilidad de acción por parte de los agentes para modificar estructuras, y desde luego, para la dominación y el poder se encontraría en la clase burguesa, específicamente, en su combinación con la élite estatal. De ello, se sigue el mismo principio descrito con Bottomore: para las clases sociales en general, pero sobre todo para las dominadas, hay posibilidades casi nulas de modificación, y por lo tanto, del vínculo relacional agente/estructura; pero, para los dominantes, y específicamente para la élite estatal, dicho vínculo y la posibilidad de modificación es muy amplio, sino es que exclusivo.

Finalmente, es necesario rescatar el punto sobre la autonomía relativa, el cual, es un concepto con el que Miliband, desde mi interpretación, intenta subsanar el problema de la agencia y la estructura desde un vínculo relacional ya que éste hace referencia al modo en que las estructuras (sobre todo la estatal) no son un simple instrumento de la clase dominante, pero tampoco, son una instancia que determina la acción de los agentes (sobre todo de la clase dominante y su élite). Amén de la anterior crítica, ahora es necesario centrarnos sobre el concepto. Sin duda, es una categoría que nos permite observar el vínculo agente estructura y resolverlo aparentemente. Miliband lo usa como si fuera una contribución de su parte. Desde luego, nada tan erróneo que ello. Althusser, pero sobre todo Poulantzas (1968), ya lo habían usado para tratar de resolver el

mismo problema. En este sentido, la controversia Miliband/Poulantzas es estéril. El autor belga-británico tiene juicios erróneos al ubicar a Poulantzas como un autor “determinista.” El uso del concepto de autonomía relativa tal cual como lo recupera Miliband es una muestra de que no es así. Al mismo tiempo, el autor greco-francés se equivocó al pensar que Miliband era un autor “voluntarista”, el condicionamiento estructural siempre estuvo presente en el autor británico. Ahondar más sobre esta controversia sería ocioso. Lo más importante es el propio concepto de “autonomía relativa”, el cual, tiene serias deficiencias. Me parece, que este concepto no contesta oportunamente a una pregunta fundamental: ¿cómo visualizar esta la autonomía relativa en una coyuntura concreta de las clases sociales? ¿Hasta dónde es permisible el uso de la *relatividad* en la sociología que necesita, queramos o no, de “certeza”, la cual, es una característica intrínseca y fundamental de cualquier ciencia? Así, al observar la autonomía relativa en una coyuntura específica de las clases sociales caemos en un dilema difícil de resolver: ¿hasta dónde las estructuras operaron en la práctica de los agentes, y hasta qué punto, los agentes realmente modificaron las estructuras? No basta con señalar que ambos son dos caras de una misma moneda que son intrínsecas a los procesos sociales. Es necesario desentrañar los métodos específicos de su operación. Dicho dilema no puede responderse, desde mi perspectiva, con el concepto de “autonomía relativa” ya que al usarlo no podemos tener *certeza* en los análisis empíricos de lo social. De cualquier manera, la interrogación, el dilema y las consecuencias que he expuesto sobre el concepto quedan abiertos para futuros debates.

Hemos revisado las críticas y deficiencias que se han encontrado en Wright, Bottomore y Miliband entorno al eje del vínculo relacional

agente/estructura. Ahora es necesario centrarse en el proceso de construcción del concepto clase social en el siguiente apartado.

2. El proceso de construcción del concepto de clase social

En este momento toca el turno de analizar las críticas y deficiencias que se han encontrado en el proceso de construcción del concepto de clase social. Como se ha venido realizando, primero, se verá a Erik Olin Wright, después, a T.B. Bottomore, y por último, a Ralph Miliband.

En lo tocante al sociólogo norteamericano ha sido posible rastrear tres deficiencias: a) en su esquema de explotaciones múltiples en el capitalismo no es posible diferenciarla de otras explotaciones de otros modos de producción o de otras formaciones sociales; b) el mismo esquema de explotaciones múltiples para el análisis de clase es tan elástico que en cualquier relación social puede existir, en este sentido, hay un exceso de “hiper-explotación”; y, c) el problema de la lucha de clases y el proceso de superación del capitalismo en su análisis de clase no queda resuelto sobre las posibles alianzas entre el proletariado y las categorías intermedias.

Con respecto a la primera crítica, como ya hemos visto, el esquema de las explotaciones múltiples tiene como sostén fundamental al concepto de “explotación.” Éste debe diferenciarse de otra categoría parecida como opresión. Toda explotación conlleva una opresión, pero no toda opresión es explotadora. Asimismo, la explotación no se circunscribe a la teoría del valor y plusvalía, sino al precio monetario del mercado. Al desechar el principal sostén de la teoría marxista, y en especial, de la teoría de clases sociales entonces queda una pregunta importante: ¿qué diferencia a la explotación capitalista de otras explotaciones de diferentes modos de producción? Según el propio Marx, el aspecto distintivo del capitalismo es la producción de valor y

plusvalía que se finca en una homología de las relaciones de producción, es decir: la burguesía posee los medios de producción y el proletariado no, entonces, los primeros contratan libremente a los segundos, por consiguiente, las capitalistas se adueñan del excedente producido por los obreros ya que son los propietarios de los medios productivos. Sin embargo, como ya lo vimos, para Wright este principio fundamental no existe, lo que en realidad se observa es que los precios de las mercancías (incluida la fuerza de trabajo) se fincan en valores monetarios dependiendo la oferta y la demanda. A pesar de esta situación, todavía es posible hablar de explotación en tanto que empíricamente el salario de los trabajadores no coincide con el valor monetario para subsistir y los tiempos de trabajo establecidos en los contratos laborales no se cumplen (los trabajadores laboran más de lo establecido). Sin embargo, si seguimos a pie juntillas este planteamiento, la pregunta que se ha planteado queda sin responder. En el socialismo soviético podría ser aplicable este principio, en vez de que la burguesía sea la explotadora, la nomenclatura o la dirigencia del Partido Comunista ocupan su lugar. ¿Qué distinguiría de un tipo de explotación “capitalista” de otras que se dieron en el bloque socialista del siglo pasado? Me parece que el esquema de Wright puede ser aplicable a ambos. El problema entonces es que no permite realizar distinciones más precisas. De este modo, se vuelve una deficiencia en el proceso de construcción del concepto de clase social.

Muy relacionado a esta crítica, se puede señalar que el esquema de las explotaciones múltiples aparte de que puede extenderse en su aplicación a otros modos de producción, puede también ampliarse a otras esferas en donde típicamente no se den procesos de producción. Por ejemplo, en la esfera cultural de entretenimiento, ¿dónde habría explotación: en los actores, en los escritores, en los editores, en los

tramoyistas, etc.? Me parece que es una exageración tratar de extrapolar este esquema a cualquier esfera o relación social. En algunos casos, por ejemplo, el deporte en México, ¿dónde habría explotación: en los deportistas, en los representantes? ¿Quién explotaría: los patrocinadores? Pienso que en el caso de los futbolistas mexicanos existen relaciones de servidumbre o esclavismo y no capitalistas, ya que las “cartas” de ejercicio de la profesión no le pertenecen al deportista, sino al club, y éste puede vender y comprar jugadores tal cual como un amo compraba esclavos para los juegos de gladiadores. Por lo tanto, el estiramiento de este esquema nos puede conducir a un “hiper-explotacionismo”, en el que las diferencias pasen inadvertidas.

En la última crítica encontrada a Wright, ésta se relaciona con el papel de la lucha de clases y el proceso de superación del capitalismo. En el mismo esquema de las explotaciones múltiples, nos señala al menos nueve clases explotadas por la burguesía. El proletariado sólo es una de ellas. Por consiguiente, se deduce que ya no es el actor contradictorio único y principal que en términos tradicionales ha planteado el marxismo. Las categorías intermedias también estarían en contradicción con la burguesía, no obstante, por su posición ambivalente también entran en contradicción con la clase obrera. Desde esta perspectiva compleja, ¿cómo lograr alianzas de clase en plena lucha de clase para la superación del capitalismo? Esa es una problemática central de toda la teoría marxista, y en especial, de su teoría de las clases. Tradicionalmente se ha pensado que el proletariado es el enemigo principal de la burguesía y el sujeto histórico encomendado para la superación del capitalismo y la construcción del socialismo. Con esta complejidad planteada en el esquema de las explotaciones múltiples el reto se vuelve mucho mayor. Wright no ha

planteado una respuesta. Si bien puede ser considerada una falencia en su teoría de clases, me parece más bien, un reto que los teóricos marxistas deben enfrentar para su solución, pero sobre todo, para la superación del capitalismo.

Ahora toca el turno de señalar las críticas y deficiencias encontradas en T.B. Bottomore. Es posible notar al menos dos que ya han sido relativamente abordadas a lo largo de esta investigación: a) la falta de justificación en la utilización del tipo ideal de clase dominante al combinarlo con la teoría marxista; y, b) énfasis en las fuerzas productivas en la constitución de las clases sociales

En lo que respecta a la primera crítica ésta ya fue brevemente abordada en el análisis específico del autor británico. Como ya se mencionó, se puede pensar que los tipos puros usados por Marx para estudiar de modo abstracto al capitalismo y a sus clases sociales, se puede equipar con los tipos ideales weberianos. La diferencia fundamental radica en su posición epistemológica. Mientras que los tipos puros hacen referencia a las condiciones reales y materiales independientemente de la subjetividad de los sujetos; los tipos ideales, hacen referencia a condiciones subjetivas de los actores que el investigador construye a priori para comparar diferentes casos específicos. Bajo este marco, si se toma en cuenta al concepto de clase dominante como un tipo ideal, se estará haciendo referencia a una situación subjetiva de los actores, por lo tanto, se pierde la materialidad real de la posesión de los medios de producción independientemente de cómo lo conciben los agentes. Esto paradójicamente tendría como consecuencia que la clase dominante no exista materialmente, y que su realidad sea construida a partir de cómo los sujetos la interpreten y cómo el investigador lo construya a partir de las subjetividades de los individuos. Este principio es tradicionalmente ajeno al marxismo. Sus

principios epistemológicos se basan en el materialismo y en el realismo, no en la subjetividad o en el idealismo. Desde luego, el marxismo puede retomar la subjetividad de los actores (el concepto de conciencia de clase es un ejemplo), siempre y cuando esté condicionada por las relaciones de producción y fuerzas productivas independientes de la voluntad de los actores. Desde esta perspectiva, paradójicamente el concepto de clase dominante dejaría de hacer referencia a la realidad y a la materialidad y se usaría desde la construcción subjetiva de los actores y la interpretación comprensiva del investigador. ¿Cómo conciliar estos dos elementos weberianos y marxistas? Me parece que Bottomore no dio una justificación de ello, simplemente utilizó un eclecticismo que no explica la incompatibilidad epistemológica de dos teorías, que desde ese punto de vista, son irreconciliables.

En lo que respecta a la segunda crítica, ésta ya ha sido ampliamente discutida a lo largo de la investigación. Sólo queda señalar el determinismo tecnológico como raíz fundamental de las clases sociales es alejado de la propia teoría de clases de Marx. Las relaciones de producción fueron de mayor relevancia para el pensador de Tréveris ya que fueron tema de una preocupación extensiva en sus trabajos. E incluso, dependiendo la interpretación de diferentes textos, pero sobre todo si prestamos atención a la *Introducción de la Crítica de la Economía Política*, existe una relación dialéctica entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción que en su conjunto dan origen a las clases sociales. Sin un incremento de las fuerzas productivas no pueden cambiar las relaciones de producción, pero éstas últimas facilitan el aumento de dichas fuerzas. Sin unas relaciones productivas adecuadas no puede haber incremento de los recursos humanos y materiales. Por lo tanto, brindar la primacía a alguna de ellas, implicaría dejar de concebir la importancia de la

dialéctica en el marxismo, un elemento heredado de Hegel y que los propios clásicos de marxismo (Marx y Engels) reconocieron.

Por último, toca el turno de analizar las críticas y deficiencias encontradas en el autor belga-británico. Básicamente se puede englobar en una: la falta de claridad en las distinciones de clases sociales. Como lo vimos en el apartado respectivo, se pudieron identificar dos momentos en la teoría de Miliband con respecto a ese tema: en el primero, la clase alta está compuesta por la burguesía y altos directivos, la clase media por profesionales y la clase baja por obreros; en el segundo, la clase alta está conformada por la burguesía, las clases subordinadas se componen por los profesionales, directivos y los mismos obreros, y aquí ya no existiría clase baja. El problema fundamental radica justamente en la clase media. En un primer momento los profesionales la conforman; después, bajan a ser subordinados junto con los directivos que otrora los había concebido como clase alta, todos en conjunto son parte de las clases subordinadas. También, las élites quedarían con una falta de claridad, si los altos directivos pueden conformar la elite de poder, o simplemente, también formarían parte de las clases subordinadas. Como es posible observar, todas estas inexactitudes ponen de relieve la falta de claridad al definir las clases sociales. Si bien, las clases no son castas con fronteras altamente determinadas, es necesario tener límites de demarcación relativamente claros. En Miliband este elemento brilla por su ausencia.

De esta manera, hemos revisado las críticas y deficiencias encontradas en los tres autores de estudio de esta investigación en el eje del proceso de construcción del concepto de clase social. No deseo brindar respuestas específicas ya que están fuera de los alcances de esta investigación. Sólo son puntos que nos servirán para discernir qué

puede usarse para reflexionar sobre su viabilidad en un contexto como el mexicano. Con ese mismo ánimo se analizarán las deficiencias en el eje de la conjunción de los conceptos de clase y élite. Es lo que veremos en el siguiente apartado.

3. La conjunción de los conceptos clase dominante/élite

Hemos llegado al último eje de discusión en la crítica de los autores de estudio. La conjunción de los conceptos de clase dominante/élite es el pilar fundamental de esta investigación. A pesar que las propuestas de este trio de autores pueden resultar muy interesantes, no por ello es posible descartar algunas críticas y deficiencias. Como se ha hecho a largo de este último capítulo, se iniciará por Erik Olin Wright, después, T.B Bottomore, y al último, Ralph Miliband.

En lo concerniente al sociólogo estadounidense se pueden señalar cuando menos dos grandes críticas sobre este tópico: a) hay un acento fundamental en la ampliación de la clase burguesa hacia las altas categorías intermedias en la conjunción clase/élite, dejando de lado el propio análisis de los empresarios; y, b) su propuesta de combinación de las categorías clase/élite es demasiado laxa, pudiéndose estirar a cualquier esfera social sin brindar prioridades o relaciones entre ellas.

Si recordamos la propuesta de combinación que Wright, desde la interpretación que se ha realizado en esta investigación, es muy llamativa y abre nuevos cauces de reflexión en el seno del marxismo. El esquema de las explotaciones señala tres grandes divisiones de medios valorados socialmente: los productivos, los educativos y los de organización o autoridad. En los primeros, la burguesía sigue siendo dueña exclusiva de los medios de producción. Ello ocasiona que siga existiendo la división entre esta clase y las demás que están

subordinadas, oprimidas y explotadas. En los segundos y terceros existe en la propuesta del autor norteamericano agentes de categorías intermedias que, por sus altos niveles educativos o de organización, pueden subordinar y explotar a los agentes proletarios o con bajas probabilidades de acceder a dichos medios. Estos altos agentes intermedios, como ya se vio, tienen posiciones contradictorias de explotado/explotador. Al mismo tiempo, puede ser un eslabón ambivalente de dominación para los intereses de la burguesía, y al mismo tiempo, ser dominados por ésta. En ese sentido, se ha hablado que en la propuesta de conjunción clase/élite del sociólogo norteamericano es una ampliación de la burguesía hacia las categorías intermedias, más que un estrato superior. Esta visión puede ser muy valiosa ya que amplía el espectro general de las propuestas de combinación, sobre todo en el marxismo. Sin embargo, tiene una falencia fundamental: ¿qué sucede al interior de la propia burguesía? En los análisis de Wright son muy generales las observaciones entorno al dominio de la clase empresarial. Desde luego, ésta también se encuentra dividida y en contradicción. No es un bloque monolítico. Sin embargo, lo toma como si no existiesen fracciones de clase que fundamenten un estudio más amplio. Su énfasis principal se encuentra en las categorías intermedias. Eso un avance en términos de que el marxismo había dejado de lado sus estudios. Sin embargo, le ha faltado una profundización al interior de la propia burguesía y su relación con las élites ambivalentes de las categorías intermedias. Como si el vínculo que los uniera fuera automático. La burguesía por el simple hecho de serlo dominará sin mayores restricciones y obstáculos al resto de las clases, incluso las ambivalentes. Estos elementos, más que una crítica es un invitación a la ampliación de esta teoría, que sin duda necesitará de mayores reflexiones.

Concatenada a esta problemática, podemos decir que en la propuesta del autor estadounidense existe una inclinación a la ampliación un tanto indiscriminada y sin relaciones de su análisis. La combinación clase/élite que se ha interpretado aquí puede ser aplicable tanto a la economía, la política, la cultura o la ideología. El problema no es tanto su amplitud, lo cual podría interpretarse como una fortaleza de su propuesta, sino que es prácticamente inexistente en su teoría un análisis de las relaciones de las esferas económicas, políticas o culturales en lo que concierne a la combinación de la clase dominante y la élite. ¿Cuál es la relación que guarda la clase/élite de la esfera económica con la política, por ejemplo? ¿Cómo se relacionan ambas? ¿La propia burguesía mantiene el mismo tipo de vínculos con las altas categorías intermedias de la política, la economía o la cultura? Estas son interrogantes que, como he dicho, en vez de verlas como falencias incontestables, son retos para tratar de responder dentro de la propuesta teórica de Wright, pero también dentro del propio marxismo.

En lo tocante a las críticas o deficiencias entorno a T.B. Bottomore, es posible señalar dos muy importantes: a) en lo concerniente a la tipología de la conjunción clase/élite en los países subdesarrollados se analizan como si estas sociedades tuvieran relaciones de producción típicamente capitalistas; y, b) las élites militares, el sociólogo británico las analiza como agentes que tienen intereses comunes con los oprimidos, por lo tanto, son actores afines a los sectores progresistas y de cambio, sin embargo, también pueden ser, y generalmente lo son, actores conservadores afines a la propia clase dominante.

Si entramos más en detalle sobre la primera falencia es muy importante señalar el siguiente punto: los conceptos de clase dominante y élite (sobre todo el primero) se refieren a realidades donde el

capitalismo se ha desarrollado en toda su plenitud o está en vías de serlo. Si estos conceptos los intentamos trasladar a realidades disímiles, lo primero que debemos preguntarnos es que si las sociedades son capitalistas o están en proceso de serlo. Pienso que los análisis de Bottomore sobre los países subdesarrollados, carecen de esta premisa. Por ejemplo, las sociedades atrasadas como Cuba, China o Vietnam cuyas élites revolucionarias intentaron implantar un socialismo sin tener desarrolladas relaciones capitalistas de producción es un ejemplo de que los conceptos de conjunción clase/élite no pueden ser aplicados tal cual debido a que propiamente no existe una clase dominante burguesa. Lo mismo puede decirse de sociedades coloniales que tuvieron procesos de independencia durante la segunda mitad del siglo pasado como la India o los países de África Subsahariana. En este tenor, se puede objetar argumentando que estas sociedades son el ideal más alejado del concepto de clase dominante, según el eclecticismo propuesto de Bottomore. Por ello, es posible que existan diferentes élites sin conformar una clase típicamente burguesa en estas sociedades. El problema entonces se traslada a lo siguiente: ¿Por qué aplicar un tipo ideal de clase dominante con relaciones burguesas de producción a sociedades que no son típicamente capitalistas? Una de dos, necesitamos de un nuevo tipo ideal para estas sociedades o no es necesario el tipo ideal weberiano. En el primer caso, se necesitaría de una teoría específica para cada una de estas sociedades, empresa que hasta el momento no se ha realizado en toda su amplitud. En el segundo, lo primordial sería utilizar exclusivamente el marxismo como método, es decir, preguntar qué tipo de relaciones de producción tiene estas sociedades. A partir de ahí se puede desentrañar realmente la clase dominante y las élites que conforman a estas formaciones sociales. No sería necesario un tipo

ideal construido desde una realidad ajena, sino tipos puros-abstractos realmente existentes en dichas sociedades.

Con respecto a la segunda crítica, ésta ya se trazó sintéticamente cuando se presentó esta temática. Sólo conviene recordar que Bottomore interpreta que las élites militares generalmente son simpatizantes de los sectores radicales, liberales, democráticos, nacionalistas o incluso socialistas/comunistas de las sociedades. Desde luego, hay ejemplos históricos que lo avalan: los militares rusos de zar que apoyaron la revolución bolchevique, los militares que avalaron la independencia de la India o las élites milicianas de Portugal que promovieron un cambio democrático en aquel país en la década de 1970. No obstante, también funcionan del otro lado, aspecto que el autor británico no tomó en cuenta. Por ejemplo, las camisas negras de Mussolini, las fuerzas "SS" del nacional socialismo de Hitler, el golpe de Estado de las fuerzas militares chilenas en contra de la presidencia de Salvador Allende o los militares de la dictadura de Somoza en Nicaragua. Estos son sólo unos ejemplos de que las élites militares no sólo son afines a los sectores progresistas de las sociedades, también son, y en demasiadas ocasiones, partícipes y sostén de regímenes dictatoriales o incluso totalitarios. No es menester ahondar más en esta crítica. Sólo la dejo apuntada como una debilidad en la presentación de Bottomore.

Ahora lo que resta es analizar las últimas deficiencias que se han hallado entorno a la propuesta de Miliband. Estas son básicamente tres: a) exacerbado énfasis en la esfera política en su propuesta de conjunción de clase/élite; b) énfasis en el parentesco y la amistad en la combinación clase/élite sin ahondar más en elementos marxistas como la explotación, la dominación o la posesión de los medios de

producción; y, c) no hay una claridad y un mayor análisis de los conceptos de élite, clase dominante y élite de poder.

Sobre la primera deficiencia, al contrario de Wright, el autor belga-británico se centra demasiado en la esfera política, en específico en el Estado, en su propuesta combinación clase/élite. En la sociedad existen diferentes tipos de élite con distintos poderes en la sociedad. Economía, política e ideología serán las esferas más importantes. Sin embargo, al estar insertos en un modo de producción capitalista la economía ocupa la primacía. Por lo tanto, la burguesía constituye el pilar fundamental de la clase dominante. Sin embargo, para su dominio tiene que existir una alianza con la élite política. Si bien no hay una relación directa y aceptada sobre los vínculos de la clase burguesa y las élites estatales, es un hecho la influencia que tiene la primera sobre las segundas, en especial, con la élite de poder. Y es ahí donde su propuesta de conjunción se centra. En su obra es difícil encontrar las relaciones de la burguesía con las élites sociales e ideológicas. Es por ello que es permisible destacar como una falencia su exacerbado énfasis en la esfera estatal en su propuesta de conjunción, sin prestar mayor atención a otras instancias de la vida social. También, más que una crítica es un reto para ampliar más la teoría.

Concatenada a esta deficiencia, podemos señalar el énfasis de los rasgos de parentesco y amistad entre las élites y la clase dominante en su propuesta conjunción. Si bien es cierto que estos son elementos muy importantes que la teoría de las élites ha resaltado, también es cierto que no existe un delineamiento claro al momento de conjuntarlos teóricamente con los elementos marxistas típicos como la posesión de los medios de producción, la explotación, la subordinación o la opresión. No es que estos elementos no estén presentes. Desde luego que están ahí cuando analiza las clases sociales en específico. No

obstante, al conjuntarlo con la categoría de élite, son justamente los elementos de parentesco y de dominio los que parecen resaltar. Los otros quedan un tanto de lado. Quizá faltó resaltarlos más. Pero, por supuesto sólo es una pequeña crítica.

Finalmente, en lo que respecta a la tercera deficiencia encontrada, hay una falta de claridad de los conceptos élite, clase dominante y élite de poder. La dificultad principal no es precisamente su conjunción. Es decir, el esquema paretiano que usa es muy claro al respecto. El problema fundamental son las mediaciones teóricas para pasar de élites a clase dominante, y de ahí a élite de poder, y por lo tanto, la combinación de clase/élite. Cada una de las categorías que nos sirven para encontrar su lógica teórica es un tanto confusa. En primer lugar, no justifica porqué en las sociedades es posible hallar, en primer lugar, élites. Después, por el simple hecho de estar en el capitalismo, las élites económicas se convierten en clase dominante burguesa. Tampoco ahonda en el surgimiento y desarrollo de la burguesía en su conjunto, lo toma como un supuesto ineludible del marxismo. Sin embargo, si es así, entonces: ¿por qué en primer lugar identifica élites? Hay silencio en su respuesta. En tercera instancia, señala que dentro de la clase dominante se forma un estrato superior denominado élite de poder. Si nos había dicho que en la sociedad hay élites, pienso que no hay necesidad de distinguir una élite de poder, o, no pensar que existen élites desde un principio. De esta manera, la falta de claridad se expresa, desde mi interpretación, en la premisa de la que parte: aceptar la existencia de élites de todo tipo. Si se parte de ese supuesto no hay necesidad de plantear la categoría de clase dominante, ya que las élites *per se* son una distinción entre dominantes y dominados (situación que los teóricos de las élites dejaron muy claro). Por lo tanto, tampoco habría la necesidad de distinguir que dentro de la

clase dominante se forma una élite de poder, esto ya es gratuito ya que en cualquier élite en todas las esferas se formaría una. Si se deja así, entonces tampoco habría que retomar la teoría marxista. Pero al hacerlo y combinarlo con la teoría de las élites, entonces sus argumentos carecen un tanto de claridad. Pienso que el esquema hubiera quedado sintético y claro si se hubiera partido de la existencia de una clase dominante típicamente burguesa al estilo marxista. De ahí se forma un estrato superior denominado élite de poder. Esta combinación estaría presente en cualquier esfera social. Pero se prestaría mayor atención a la estatal, en tanto que la política y el Estado son los medios para satisfacer los intereses privados e imponerlos relativamente al resto de la sociedad. No obstante, Miliband argumentó de forma inversa, y por lo tanto, su exposición queda un tanto confusa, no por ello relevante para los objetivos que se ha propuesto esta investigación.

Así pues, ya hemos visto todas las críticas y deficiencias en cada uno de los autores de estudio. También, ya se señalaron las semejanzas y las diferencias. Lo que resta es mostrar de un modo sintético lo que se ha expuesto en un cuadro comparativo. Llegar a este es uno de los objetivos primordiales de la investigación. La espera ha sido larga, pero ya es posible mostrarlo. Esto nos servirá para delinear las reflexiones finales puesto que ya se puede discernir qué elementos nos pueden servir y cuáles no para usarlos en sociedades un tanto diferentes como la mexicana. Este cuadro comparativo es lo que se presenta a continuación

EJES	AUTORES			BALANCES
	<i>Erik Olin Wright</i>	<i>T.B. Bottomore</i>	<i>Ralph Miliband</i>	
Relación Agente-Estructura	<ul style="list-style-type: none"> • La categoría de clase es un concepto estructural • Los agentes tienen marco de acción, sobre todo para modificar al capitalismo al menos teóricamente • Esta relación es más visible en sociedades democráticas, aunque no por ello dejan de ser sociedades clasistas 			Semejanzas
	<ul style="list-style-type: none"> • Las estructuras son límites de acción • Es parte de los individuos en su sociabilidad y no parte intrínseca de las clases 	<ul style="list-style-type: none"> • Se encuentra primordialmente en la conjunción clase élite • Este vínculo es más amplio en sociedades democráticas 	<ul style="list-style-type: none"> • Visible en la conjunción clase/élite en la esfera estatal • El concepto que trata de resolver ese problema es de autonomía relativa 	Diferencias
	<ul style="list-style-type: none"> • Hay un problema del uso de la teoría de la elección racional en el marxismo. Wright en su análisis de clase casi no lo usa 	<ul style="list-style-type: none"> • Determinismo tecnológico de las fuerzas productivas 	<ul style="list-style-type: none"> • La relación sólo es visible en la esfera estatal, las clases son prácticamente determinadas 	Críticas
	<ul style="list-style-type: none"> • No hay una explicación amplia de las motivaciones e intenciones de los individuos en su teoría de las clases 	<ul style="list-style-type: none"> • La relación únicamente es visible en la conjunción clase/élite. En las clases hay condicionamientos determinantes 	<ul style="list-style-type: none"> • La autonomía relativa ya fue un concepto manejado por el estructural-marxismo. 	

Cuadro comparativo

EJES	AUTORES			BALANCES
	<i>Erik Olin Wright</i>	<i>T.B. Bottomore</i>	<i>Ralph Miliband</i>	
El proceso de construcción del concepto de clase social	<ul style="list-style-type: none"> Las clases sociales puras se ubican en los mapas estructurales vislumbrados en la obra de Marx. La posesión de los medios de producción es un pilar fundamental que define a las clases sociales Distinguen los poderes económico, político e ideológico como parte constituyente de las clases Wright y Miliband aceptaron la explotación, la opresión y la subordinación sin referirse a la plusvalía como parte constituyente de las clases sociales 			Semejanzas
	<ul style="list-style-type: none"> La referencia al marxismo analítico como eje de la teoría de las clases sociales y una animadversión al uso de Weber 	<ul style="list-style-type: none"> Aceptación de la teoría de las clases weberiana para complementarla con la marxista 	<ul style="list-style-type: none"> Hay una distinción entre capitalismo y orden social 	Diferencias
	<ul style="list-style-type: none"> Agrega los medios de educación y administración como parte constituyente de las clases 	<ul style="list-style-type: none"> Las fuerzas productivas ocupan la primacía en las relaciones de clase 	<ul style="list-style-type: none"> División de clases en alta, media y baja sin mayores distinciones. 	
	<ul style="list-style-type: none"> La explotación capitalista no se diferencia de otras explotaciones en diferentes modos de producción 	<ul style="list-style-type: none"> Falta de justificación en el uso de los tipos ideales weberianos que complementan a la teoría marxista de las clases 	<ul style="list-style-type: none"> Falta de claridad en las distinciones de clases sociales 	Críticas
	<ul style="list-style-type: none"> El esquema de las explotaciones son tan elásticas que se pueden extrapolar a otras relaciones sociales 	<ul style="list-style-type: none"> Énfasis exacerbado en las fuerzas productivas (especialmente en la tecnología) 	<ul style="list-style-type: none"> La clase media es confusa y muy difícil de discernir 	
	<ul style="list-style-type: none"> En las explotaciones múltiples no es fácil discernir conceptos como "lucha de clases" o construcción del "socialismo" 			

Cuadro comparativo

EJES	AUTORES			BALANCES
	<i>Erik Olin Wright</i>	<i>T.B. Bottomore</i>	<i>Ralph Miliband</i>	
La conjunción clase/élite	<ul style="list-style-type: none"> • Élite es un concepto secundario que complementa la primacía de la categoría de clase social y dominante • Se acepta que no hay una correspondencia directa entre la clase dominante y la élite • En las teorías de las élites no hay una justificación del poder de los miembros de la élite • Existe un determinismo elitista • Las élites en la democracia son más abiertas y con mayor posibilidad de acceso, aun así son sociedades clasistas 			Semejanzas
	<ul style="list-style-type: none"> • La élite no es un estrato superior de la clase dominante 	<ul style="list-style-type: none"> • Clase dominante es un tipo ideal y las élites son un acercamiento a éste 	<ul style="list-style-type: none"> • Utilización del esquema paretiano para su propuesta de conjunción 	Diferencias
	<ul style="list-style-type: none"> • Las élites son una ampliación de la burguesía hacia categorías intermedias de alto mando 	<ul style="list-style-type: none"> • Brindó una tipología de las élites: unificada, en países en desarrollo y en democracias 	<ul style="list-style-type: none"> • Hay un énfasis en las élites estatales 	
	<ul style="list-style-type: none"> • En la conjunción clase/élite hay un énfasis en los altos mandos de las categorías intermedias, no hay un análisis propio de la burguesía 	<ul style="list-style-type: none"> • En su análisis de los países subdesarrollados, primero hay que notar si son capitalistas, ya que sus conceptos parten de realidades disimiles. 	<ul style="list-style-type: none"> • Exacerbado énfasis en la esfera política donde se encuentra su propuesta de conjunción 	Críticas
	<ul style="list-style-type: none"> • Su propuesta de conjunción es muy amplia, se puede encontrar en cualquier esfera social, sin mayores relaciones entre ellas 	<ul style="list-style-type: none"> • Las élites militares no sólo son aliadas a los movimientos radicales, también son aliadas de los grupos conservadores 	<ul style="list-style-type: none"> • Hay un énfasis en el parentesco y la amistad en la conjunción clase/élite, dejando de lado elementos marxistas 	
			<ul style="list-style-type: none"> • .No hay una claridad y un mayor análisis de los conceptos de élite, clase dominante y élite de poder 	

Reflexiones finales.

Hemos visto a lo largo de toda esta investigación las propuestas de conjunción de los conceptos clase/élite en la teoría sociológica marxista anglosajona, en especial, los aportes de Erik Olin Wright, T.B. Bottomore y Ralph Miliband. Uno de los objetivos principales fue mostrar que dentro de esta región geográfica y al interior de la tradición marxista se pueden mirar a nuevos horizontes con el fin de seguir cultivando esta corriente teórica. Al mismo tiempo, traer a la palestra de la reflexión en la academia sociológica mexicana aportes que no han sido altamente identificados en esta. Así pues, en estas reflexiones finales analizaremos dos ejes importantes: a) la relevancia del concepto de clase social desde la tradición marxista, el cual, continúa siendo potente para estudiar las problemáticas de desigualdad, opresión, subordinación y explotación; y, b) la importancia de la conjunción de las categorías clase/élite al interior de la tradición marxista que le permite una mayor comprensión sobre los fenómenos del poder y la dominación.

Con respecto a la relevancia del concepto clase social desde la tradición marxista es de primer orden señalar que es una tarea difícil y complicada. Sobre todo si se toman en cuenta acontecimientos históricos y empíricos como el fin del bloque socialista en Europa oriental; el resurgimiento de conflictos de carácter étnico, religioso o racial; el decaimiento de la clase obrera industrial a partir de las últimas décadas del siglo pasado; la pulverización de una identidad de clase compartida por amplios sectores de la sociedad; y, las posibilidades reales y objetivas de una transformación de las sociedades clasistas del capitalismo. A ello, le debemos sumar los obstáculos propiamente teóricos de la sociología para traer de nuevo a la palestra de la reflexión

conceptual la categoría de clase. Estos problemas son el resurgimiento de teorías preponderantemente hermenéuticas, racionalistas, o que versan sobre problemas de la identidad polisémica en distintos grupos sociales. Ahí, la categoría de clase sólo es tomada de una forma accidental y secundaria. Ya no ocupa la preeminencia que en décadas pasadas, sobre todo en los años de 1960, 1970 y a mediados de 1980, alguna vez tuvo. Ante este panorama, he decidido plantearme problemas heurísticos para que puedan ser resueltos hipotéticamente a partir de los aportes de la teoría de las clases sociales marxista, y en específico, de la teoría de los autores anglosajones que se han estudiado.

Quisiera empezar por plantear un problema de forma negativa. Cuando se trata de resolver problemáticas muy complejas, a veces es preferible formularlas a partir de lo que no podría ser. En el caso que nos ocupa, en vez de preguntarme: ¿qué tan importante resulta el concepto de clase social marxista para la teoría sociológica contemporánea? Es preferible cuestionarme: ¿qué implicaciones teóricas tendría si no seguimos utilizando este concepto?

Imaginemos que de pronto esta categoría desaparece completamente del arsenal conceptual de la sociología. ¿Qué cosas no podríamos vislumbrar? En primer lugar, simplemente no tendríamos un referente para hacer visibles las desigualdades objetivas y reales que existen en todas las sociedades. Pero estas, ¿no han sido reformuladas actualmente a partir de las diferencias de género, etnicidad o raza? E incluso, ¿es posible pensar que éstas son más preeminentes que las desigualdades de clase? Aquí deseo resaltar una peculiaridad teórica de vital importancia: distinguir entre desigualdad y diferencia. A decir: *toda desigualdad implica una diferencia, pero no toda diferencia conduce necesariamente a la desigualdad.*

Por ejemplo, hombres y mujeres son diferentes en tanto que sus órganos reproductivos son disímiles. Un transexual es diferente a un homosexual en la medida en que el primero cambia completamente su fisonomía anatómica para ser hombre o mujer, mientras que el segundo, sólo tiene una preferencia sexual hacia su mismo sexo. Lo mismo sucede con los colores de piel, la pigmentación varía en relación a las condiciones ambientales y naturales del entorno. Ser “blanco”, “negro”, “amarillo” o “café” es una forma en que el pigmento de la piel varía en los seres humanos. Todos estos ejemplos sólo son “diferencias” que nos indican características de un mismo objeto con distintos elementos. En este caso las relaciones son de identidad. Un agente “es” en cuanto el “otro” lo reconoce como “tal”, y en cuanto “tales”, se auto-identifican mutuamente. Un cristiano se identifica como tal en cuanto su credo es distinto al de un musulmán o un judío. A su vez, estos son tales en cuanto no son cristianos. No hay nada que resaltar, a menos que las propias similitudes o diferencias entre los variados credos religiosos. En este sentido, la diferencia no conduce a la desigualdad.

No obstante, ¿qué pasa cuando dichas “diferencias” se usan para excluir a algunas personas de ciertos recursos para el beneficio común y/o para dominarlos? Aquí estamos hablando de desigualdad ya que unos agentes sólo tienen razón de ser en cuanto se sobreponen a otros. El hecho de ser “indígena” *per se*, en primera instancia, no implica desigualdad, sólo involucra una diferencia en cuanto a una determinada cosmovisión del mundo. Pero, ¿qué pasa, por ejemplo, cuando una persona “indígena” es segregada al vivir en zonas geográficas específicas, y al mismo tiempo, es excluida de recursos necesarios para su subsistencia? Aquí estamos hablando de contradicción y no sólo de identidad. La contradicción implica oposición.

Los intereses del indígena son inversamente proporcionales a los del resto de la sociedad que lo segrega. La desigualdad luce por su presencia. Este problema, sin duda, se puede rastrear en la teoría de Wright al distinguir entre opresión y explotación. Pero también, en Miliband y Bottomore es posible señalar que el concepto de clase lo vinculan claramente desde la contradicción, es decir, desde la oposición de intereses, tal como la teoría marxista clásica lo indicó desde un principio

En este contexto deseo resaltar, en segundo lugar, otro elemento que no podríamos vislumbrar si no resaltáramos el análisis de clase marxista: la explotación. Justo en este componente, es necesario subrayar una distinción que ya ha realizado Wright con otro concepto parecido: opresión. A decir: *toda explotación implica una opresión, pero no toda opresión es explotadora.*

La opresión significa la exclusión de ciertos recursos. El bienestar de los opresores depende en la medida en que se excluyan a los oprimidos de los recursos valorados. El despojo de las tierras a los indígenas es una relación de opresión. El beneficio y bienestar de los conquistadores españoles –por ejemplo– dependió, en este sentido, de segregar a los indígenas de sus recursos de una forma ilegítima. Estos vínculos pueden darse también en las relaciones de género. La opresión del hombre a la mujer puede fincarse en negarle a esta última la obtención de recursos para que pueda ser independiente de los varones. El hombre se beneficia de la mujer en tanto que la despoja de su independencia y la excluye de beneficios económicos. A parte de existir desigualdad y contradicción, hay una relación entre opresores y oprimidos.

Empero, ello no quiere decir que exista explotación. Ésta se da cuando un conjunto de agentes se apropia de los frutos del trabajo de

otros. Si los conquistadores españoles se hubieran contentado con oprimir a los indígenas, sólo los hubieran despojado de sus tierras y ellos mismos se hubieran puesto a trabajarlas. Algo parecido sucedió con los estadounidenses hacia los nativos de Norteamérica. A estos los exterminaron, segregaron y oprimieron, sin embargo, fueron los propios norteamericanos los que trabajaron las tierras que otrora pertenecieron a los indios (después usaron a los esclavos negros). El beneficio quedó hasta ahí. En el caso de México fue distinto. A los indígenas no sólo se les despojó de sus recursos, sino que predominantemente, fueron usados para laborar en ellas. Así, los frutos de su trabajo –y no sólo de sus recursos agrícolas– fueron para beneficiar a los colonizadores. En este sentido, es posible hablar de explotación y no sólo de opresión.

De esta manera, los nativos norteamericanos no podrían haber existido, y de cualquier manera, los estadounidenses se hubieran beneficiado la adueñarse de las tierras. Pero en las relaciones de explotación, es necesario el explotado. Si un migrante latinoamericano en Estados Unidos no existiera, no habrían quienes realizarán labores sobreexplotadoras. La economía estadounidense se perjudicaría. Es necesario, apropiarse de los frutos del trabajo de un migrante de América Latina para que, en ciertas ramas industriales como la construcción, no se vean perjudicadas.

En este contexto, ¿qué diferencia habría entre una desigualdad, contradicción y explotación de clase y las otras como las de género, etnicidad o raza, las cuales, también pueden existir? La respuesta la sintetizo así: *toda relación de clase (desde el análisis marxista) siempre y en todo momento es “desigual”, “contradictoria,” y “explotadora”;* *mientras que una relación de género, raza, etnicidad, religión o condición migratoria permanentemente no tiene que ser así, a veces, y en la gran mayoría de las ocasiones, sólo es de “diferencia” en cuanto*

permite el reconocimiento mutuo y de “opresión” en cuanto hace visible sólo la exclusión.

Bajo esta premisa, las relaciones de clase deben ocupar la preeminencia en la problemáticas de desigualdad, contradicción y explotación. Deben ser la primera lupa para analizar estas temáticas. Sin embargo, el *hecho de ser el primer filtro de la desigualdad, la contradicción y la explotación, no conduce necesariamente a que sea el único*. Esto fue un error de la teoría de las clases sociales, en especial, la teoría marxista ortodoxa. Las clases sociales no son los únicos agentes que tienen estas características. Son los primeros en mostrarla, pero no es una exclusividad. Esta la comparten, aunque limitadamente, con las relaciones de género, raza, etnicidad y migración, por ejemplo. Los estudios de Wright sobre las relaciones de clase con la raza y el género pueden ser una guía para ello. También, la última parte de la teoría Miliband rescató que la clase social no es única cuando se habla de explotación, desigualdad, contradicción y explotación. De ello, por supuesto, tampoco se puede caer en la trampa de que las clases han sido superadas, tan sólo son los cimientos principales. El resto del edificio lo componen otras relaciones de las que se ha hablado, y en las cuales, merecen tratamientos específicos.

Un último elemento que es necesario tener en cuenta para retomar la importancia del concepto de clase marxista radica en lo siguiente: ¿es posible pensar en una sociedad sin clases? Aquí hay que tener mucho cuidado con el papel del sociólogo. Si bien, éste no debe propugnar por un destino histórico construido *a priori*, tampoco debe ser un “juez imparcial” de la realidad clasista de las sociedades. El hecho que sean los propios agentes quienes construyan su propia historia, como diría Marx, bajo condiciones dadas y heredadas; no quiere decir que el estudioso de las clases no pueda proponer formas de superar la

estructuración clasista de las sociedades capitalistas. Esto no sólo es un deber con la propia ciencia, sino una necesidad social práctica ya que los científicos sociales, directa o indirectamente, se relacionan con la estructura de clases, padeciéndola o beneficiándose de ella.

Bajo este marco, el análisis de clase desde el marxismo es una posibilidad para pensar cómo se pueden superar las desigualdades, contradicciones y explotaciones que han sido permanentes a lo largo de casi toda la historia de la humanidad. Pero cuidado, el pensar una propuesta no quiere decir que se tenga que seguir necesariamente. Tampoco quiere indicar que las opresiones y otro tipo de desigualdades como las que hemos mencionado, tales como el género, la etnicidad, la raza o la migración se eliminen inmediatamente. Simplemente se resalta en eliminar las contradicciones fundadoras de las sociedades: las contradicciones de clase. Las demás, merecerán otros tratamientos y mayor trabajo teórico para encontrar su superación. No obstante, si nos negamos a esta posibilidad, paradójicamente, estaremos condenados a vivir en un “determinismo clasista”, aspecto que ha sido criticado a los teóricos de las élites por parte de Bottomore y Miliband.

En síntesis, el análisis de clase marxista, desde la perspectiva que se ha adoptado en esta investigación, sigue siendo pertinente para la teoría sociológica contemporánea porque: a) resalta la preeminencia permanente y fundadora de la desigualdad, la contradicción y la explotación en las sociedades; b) es posible conjuntarlo con otro tipo de desigualdades y opresiones; c) otorga a los agentes que las componen la posibilidad de construir su propio destino histórico bajo horizontes de constreñimientos estructurales; y, d) permite la posibilidad de pensar en una sociedad sin clases, en vez de resignarnos a vivir en ellas por el resto de la historia.

La importancia que se le ha dado en estas reflexiones finales a la noción de clase marxista radica en que este trío de autores anglosajones dieron el carácter predominante a este concepto, en especial, el de clase dominante como aquella que es explotadora, opresora, subordinadora y desigualdora. Sin embargo, no es suficiente para comprender los fenómenos de dominación y poder. Como se ha repetido incontables ocasiones a lo largo de esta investigación, una clase económicamente dominante no necesariamente tiene que ser una clase política, ideológica, social y culturalmente dominante. Este aspecto denotado por la teoría de las élites abrió nuevas problemáticas teóricas al interior del marxismo. En realidad han sido pocos los autores que retomaron desde la tradición marxista este problema y trataron de ampliar el horizonte de esta corriente de pensamiento en una posible conjunción de ambas categorías. Los autores que se estudiaron aquí son un ejemplo de lo que se ha hecho desde la zona anglosajona.

De esta manera, y pasando al segundo eje de reflexión en esta etapa final, es necesario responder la siguiente pregunta: ¿cuál de las propuestas analizadas en la investigación es la más idónea para potencializar al marxismo en la combinación de los conceptos de clase/élite? Aquella de Wright, en la cual la élite es una ampliación de la burguesía con posición ambivalente: explotada y dominada por los empresarios, y al mismo tiempo, explotadora y dominadora hacia los proletarios ya que poseen medios educativos y de autoridad. O también, la propuesta de Bottomore donde el concepto de clase dominante es un tipo ideal y la categoría de élite es una mediación que nos permite entender qué tanto en la realidad las élites se acercan o se alejan del concepto de clase dominante. Desde luego, no se puede dejar de lado la propuesta de Miliband donde existen élites que conforman una clase dominante debido a la preeminencia de las

relaciones capitalistas de producción, y que sin embargo, dentro de la clase dominante se conforma una élite de poder que toma las decisiones y lleva a cabo el poder de la burguesía en su conjunto, en especial, en la esfera estatal.

Cada una de estas propuestas, como ya lo vimos, tienen sus ventajas y desventajas. La de Wright brinda la posibilidad de vislumbrar en las posiciones ambivalentes de las altas categorías intermedias posiciones de élite complejas en sus relaciones con los dominados y con la burguesía. No obstante, tiene las desventajas de que el esquema de las explotaciones múltiples no ahonde más sobre la burguesía en sí misma y además de ser muy elástico que casi se puede llevar a cualquier modo de producción y esfera social. La perspectiva de Bottomore tiene la ventaja de brindar un crisol amplio de tipología de conjunción clase/élite que van desde las unificadas hasta las democráticas, pasando por aquellas de los países subdesarrollados. Empero, tiene las desventajas de no brindar una justificación epistemológica sobre el eclecticismo weberiano y marxista; el exacerbado énfasis en las fuerzas productivas tecnológicas; y, de dejar algunas lagunas teóricas en su tipología de combinación en los países subdesarrollados, tales como: el problema de no señalar la especificidad de sus relaciones de producción y no concebir en su compleja dimensión a las élites militares. Por último, la visión de Miliband ofrece una tradicional propuesta conjunción donde existe una clase dominante relativamente discernible y representada en la burguesía, la cual, para llevar a cabo su poder y dominación tendrá que constituir un estrato superior que será la élite de poder. Su relación con ésta será por cuestiones estructurales, influencias o por relaciones amistosas y de parentesco. Los miembros de la élite de poder son parte de la propia burguesía o son agentes de otras clases que tienen

ideología e intereses típicamente burgueses. Sin embargo, tiene la desventaja que esta conjunción se finca exclusivamente en la esfera estatal, así como el concepto de autonomía relativa no es claro para diferenciar los cursos de acción de la propia clase dominante y de la élite de poder.

Después de este sintético balance no es posible decantarse totalmente por alguna. Pero es factible retomar los elementos más significativos de cada una de las propuestas que potencialicen aún más a la propia tradición marxista. Los elementos que retomaría en orden de importancia teórica y metodológica son:

- a) El esquema de las explotaciones múltiples en la conjunción clase/élite. El pensar que la combinación clase/élite puede tener como uno de sus aspectos la ampliación de la burguesía hacia las categorías intermedias ambivalentes con posesión de medios educativos y de autoridad para explotar, oprimir y subordinar al proletariado, pero, falta de posesión de medios productivos que les hace ser explotadas, subordinadas y oprimidas es un elemento de vital importancia y de avance significativo en el marxismo.
- b) Reducir el esquema de combinación a la esfera estatal. Si el esquema de las explotaciones múltiples lo dejamos tal cual podemos caer en la elasticidad que se le ha criticado. Por ello, tal como Miliband principalmente resaltó, la conjunción clase élite deberá ceñirse principalmente a la esfera estatal ya que es ahí donde se establecen los intereses y se ejerce el poder en el conjunto de las formaciones sociales. Sin embargo, esta reducción no implica soslayar las otras esferas sociales como la ideológica o la cultural (cosa que Miliband realizó), tampoco

implica reducir la importancia del poder típicamente económico, simplemente implica una delimitación metodológica de estudio.

- c) Retomar y replantear la tipología propuesta por Bottomore. Pienso que los tipos de élites unificada, subdesarrollada y democrática permiten resaltar el crisol de posibilidades de conjunción clase/élite con delimitación en la esfera estatal. Desde luego, el concepto de clase dominante no sería retomado como un tipo ideal, simplemente se tomaría tal como Wright lo ha manejado: burguesía explotadora hacia todas las clases debido a la posesión de los medios de producción. Las élites por su parte serían no sólo la ampliación de la burguesía, sino que en términos de la combinación clase/élite reducida a la esfera estatal, serían tomados como aquellos agentes que llevan a cabo el poder, la dominación, la explotación y la opresión de la burguesía en su conjunto. ¿Cómo lo llevan a cabo? Es en ese sentido donde la tipología de Bottomore recobra mucha importancia. Lo único que tendría que adecuarse serían las élites en países subdesarrollados donde se tendría que investigar el tipo de relaciones de producción y explotación específico de aquellas sociedades para discernir claramente sus élites. Ahora bien: ¿cómo se relacionarían la burguesía y los diferentes tipos élites de categorías intermedias en el esquema de las explotaciones múltiples referidas a la esfera estatal? Esto se contesta en siguiente y último punto.
- d) Retomar la influencia, los vínculos amistosos y de parentesco en la conjunción clase/élite. Miliband resaltó todos estos aspectos a lo largo de sus obras, y desde luego, en su propuesta de combinación. La influencia la concibió como externa cuando la burguesía usa todos sus medios (en especial los de

comunicación) para tratar de imponer sus intereses, e, interna cuando utiliza sus típicos medios económicos (dinero) para interferir en las decisiones estatales. Por su parte, los vínculos amistosos y de parentesco el autor belga-británico los resaltó en tanto que vislumbró que las élites y la clase burguesa compartían cercanamente estos lazos. El marxismo no puede dejarlos de lado. Es importante que los retome

A pesar de que estos elementos podrían ahondar y potencializar al marxismo entorno al problema de la conjunción clase/élite. Todavía quedan al menos dos grandes problemas teóricos por resolver:

- a) ¿Cómo realizar esta conjunción en una burguesía teórica y empíricamente dividida en fracciones y grupos? En toda esta disertación sobre los autores de estudio, ellos pensaron que la burguesía es un bloque relativamente homogéneo y con pocas fisuras en su interior. En realidad, aunque en términos generales y sistémicos, se pueda pensar que la burguesía en su conjunto tiene los mismos intereses (explotar y mantener al capitalismo como orden social), también, es cierto que en su interior persiguen intereses opuestos entre ellos mismos como deshacerse de su competencia o propugnar una mayor competitividad; hacer predominante alguna esfera de la producción como la industria, el comercio, la comunicación o el financiamiento, etc. Por lo tanto, su tratamiento teórico y empírico queda por realizar
- b) ¿Cómo retomar a aquellos burgueses que al mismo tiempo también poseen medios educativos y de autoridad, y, cómo explicar que categorías intermedias se puedan convertir en burgueses? Los procesos de centralización y concentración de poder fueron elementos que los autores de estudio no retomaron

con toda su amplitud, y por lo tanto, quedan como preguntas teóricas y empíricas por contestar. También, los procesos de cooptación no fueron tratados con mayor amplitud. Aunque Miliband prestó atención a los lazos de parentesco y amistad, no ahondó más en cómo se llevan a cabo los procesos de cooptación de élites provenientes de otras clases.

Como se ha visto, estas problemáticas y aspectos que se ponen de relieve sirven como una agenda de futuras investigaciones que, desde luego, no sólo traten de resolver los problemas teóricos, sino que se contrasten con la realidad empírica, ya que para salir airosos de ellos, serán necesarios dichos estudios. Lo hecho hasta aquí tan sólo es un ejercicio de estudio sobre las propuestas teóricas de un trío de autores que en la academia sociológica mexicana no han sido muy recurrentes. Lo que se ha realizado al momento tan sólo es un punto de partida propositivo que tendrá que ser revisado, criticado y ahondado con otras perspectivas teóricas de diferentes partes del mundo al interior, y porque no, al exterior de la propia tradición marxista. Ahora será necesario enfrentarse con un panorama teórico en construcción a una realidad empírica con urgencia de estudios sobre la materia: la mexicana. Sin duda, ello será la siguiente tarea a realizar.

Bibliografía

- ALONSO, Jorge (1976). *La dialéctica clases-élites en México*. México; La casa chata.
- ANDERSON, Perry (1986). *Tras las huellas del materialismo histórico*. México, Siglo XXI
- ARON, Raymond (1964). *La lucha de clases*. México, Siglo XXI.
- AI CAMP, Roderic (2006). *Las élites del poder en México*. México: Siglo XXI.
- ALBERTONI, Ettore (1991). *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*. México: FCE.
- BARBER, Bernard (1964). *Estratificación social. Análisis comparativo de estructuras y procesos*. México, FCE.
- BAUMAN, Zygmunt (2003). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- BERIAIN, Josexto (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad: modernidad, contingencia y riesgos*. Barcelona: Antrophos.
- BOBBIO, Norberto (1986). *El futuro de la democracia*. México, FCE, 138 pp
- BOURDIEU, Pierre (1980): *El sentido práctico*. Taurus; Madrid.
- ----- (1987): "What Makes a Social Class? On The Theroetical and Practical Existence of Groups", *Berkeley Journal of Sociology*, vol. XXXII.
- BOURDIEU, Pierre y Loïc Wacquant (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo.
- BOTTOMORE, T.B (1965). *Minorías selectas y sociedad*. Madrid, España, Editorial Gredos.

- CASTEL. Robert (2000). *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegidos?* Buenos Aires, Manantial.
- COHEN, Gerald A (1986). *La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa*, Madrid .Editorial Siglo XXI,
- CROMPTON, R. (2008) *Class and Stratification*, 3rd Edition. Cambridge: Polity. [1st Edition: 1993]
- DAHL, Robert (1993). *La poliarquía. Participación y oposición*. México, Rei.
- DAHRENDORF, Ralf (1962). *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid, Rialp.
- Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. Versión en línea: <http://lema.rae.es/drae/?val=clase>, consultada el 28 de agosto de 2012
- Diccionario chileno de etimologías. Versión en línea: <http://etimologias.dechile.net/?clase>, consultada el 28 de agosto de 2012
- DOMHOFF, William (1990). *The power elite and the state: how policy is made in America*. Nueva York, EUA, Alidine.
- ----- (1993). *Who rules America now? A view for the 80's*. Englewood, Clifft, Prentice-Hall.
- ----- (1997). *The higher circles: the governing class in America*. New York : Vintage Books.
- ELSTER, Jon. (1990) *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*. España, Gedisa.
- ENGELS, Federico (1976). *Feubach y el fin de la filosofía clásica alemana*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- ESPING-ANDERSEN, Gota (2000). *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*. Barcelona: Ariel.

- FEITO ALONSO, Rafael (1995). *Estructura social contemporánea. Las clases sociales en los países industrializados*. Madrid, España.
- FITOUSSI, Jean Paul y Pierre Rosanvallon (1997). *La nueva era de las desigualdades*. Buenos Aires: Manantial.
- GIDDENS, Anthony (1973). *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*. Madrid: Alianza, 355 pp.
- ----- (1974). "Elites in the British class structure" en Philip Stanworth *Elites and power in British society*. Londres, Gran Bretaña, Cambridge, 261 pp.
- ----- (1984). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires. Amorrortu, 411 pp.
- ----- (1998) *La tercera vía: la renovación de la social democracia*. Barcelona, Taurus, 198 pp.
- ----- (2001a). "Conversación entre Anthony Giddens y Will Hutton" en *En el límite. La vida en el capitalismo global*. España, Kirterios Tusquets Editores, 233 pp.
- ----- (1996) *Sociología*. España, Alianza Editorial, 864 pp
- GOFFMAN, Erving (1997) *La representación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu, Buenos Aires.
- GOLDTHORPE, J.H. (2002) 'Globalisation and Social Class', *West European Politics*.
- ----- (1987) *Social mobility and class structure in modern Britain*, Oxford, Clarendon Press.

- HOBBSBAWM, Eric (1987). *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación de la clase obrera*. Barcelona, Crítica.
- HUTTON, Will y Anthony Giddens (eds) (2001). “Conversación entre Anthony Giddens y Will Hutton” en *En el límite. La vida en el capitalismo global*. España, Kriterion Tusquets Editores, 2001.
- LAURIN-FRENETTE, Nicole (1989). *Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesas*. Madrid, España, Siglo XXI.
- LENSKI, Gerhard E (1969). *Poder y privilegio. Una teoría de la estratificación social*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- LIPSET, Seymour (1967). *Élites y el desarrollo en América Latina*. Buenos Aires, Paidós.
- LUKACS, Georg (1968). *Historia y conciencia de clase*. México, Grijalbo.
- MARX, Carlos (2001). *El capital*. México: FCE.
- ----- (1962a) *La sagrada familia*. México, Editorial Grijalbo.
- ----- (1962b) “La cuestión judía” en *La sagrada familia*. México, Editorial Grijalbo.
- ----- (1968a) *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*. México, Editorial Grijalbo.
- ----- (1968b) *La ideología alemana*. Montevideo, Pueblos Unidos.
- ----- (1965) *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. La Habana, Cuba. Editorial Política.
- MARX Carlos y Federico Engels (1969). “El manifiesto del partido comunista” en *Obras Escogidas en tres tomos*. Moscú, Progreso.

- MICHELS, Robert (1978). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Argentina: Amorrortu.
- ----- (1969). *Introducción a la sociología política*. Buenos Aires: Paidós.
- MILIBAND, Ralph (1997). *Socialismo para una época de escépticos*. México; Siglo XXI : UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- ----- (1997). *Debates sobre el estado capitalista*. Buenos Aires : Imago Mundi.
- ----- (1994). *The new world order and the left*. México UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades: UNAM, Coordinacion de Humanidades, 1994
- ----- (1978). *Marxismo y política*. México : Siglo XXI, 1978
- ----- (1970) *El estado en la sociedad capitalista*. México: Siglo XXI.
- MILLS, Wright (1987). *La élite del poder*. México: FCE.
- ----- (1961). *La imaginación sociológica*. México, FCE.
- MOSCA, Gaetano (2001). *La clase política*. FCE: México.
- OLSON, Mancur (1992). *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y teoría de grupos*. México, Limusa.
- OSSOWSKI, Stanilaw (1976). *Estructura de clases y conciencia social*. Buenos Aires: Diez.
- PARETO, Vilfredo (1987). *Escritos sociológicos*. Madrid: Alianza.
- ----- (1980). *Forma y equilibrios sociales: extracto del tratado de sociología general*. Madrid: Alianza.

- ----- (1968) *Traité de sociologie générale*, Obras completas, Tomo XII, Droz, Ginebra
- ----- (1990). *The ruling class in Italy before 1900*. Nueva York: Howard Ferting.
- PARKIN, Frank (1995). *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*, Madrid, Gedisa.
- PARSONS, Talcott. (1967). “Clases sociales y conflictos entre clases a la luz de la reciente teoría sociológica” en *Ensayos de teoría sociológica*. Buenos Aires, Argentina, Paidós.
- POULANTZAS, Nicos (1968). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI.
- ROEMER, John E. (comp.) (1989), *El marxismo: una perspectiva analítica*. México DF Editorial Fondo de Cultura Económica.
- SAINT-SIMON, Henri. *La physiologie sociale*. París, Ed. Gurvithc. 1965.
- SARTORI, Giovanni (2005). *Teoría sobre la democracia. El debate contemporáneo*. Madrid: Alianza.
- STOPPINO, Mario (2001). “Poder y élites políticas” en *Repensar la Ciencia Política*. México, Porrúa.
- THOMPSON, E.P. (1968): *The Making of the English Working Class*. Harmondsworth: Penguin.
- WEBER, Max (2002). *Economía y Sociedad*. FCE: México.
- WRIGHT, Erik Olin (1994). *Clases*. Madrid : Siglo XXI.
- ----- (1983). *Clases, crisis y Estado*. México : Siglo XXI,
- -----(2010) *Preguntas a la desigualdad. Ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo*. Bogotá, Colombia, Editorial Universidad del Rosario, 2010.

- ----- (2010) “¿Qué es el marxismo analítico?” en *Preguntas a la desigualdad. Ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo*. Bogota, Colombia, Editorial Universidad del Rosario.
- ----- (2010) “El análisis de clase de la pobreza” en *Preguntas a la desigualdad. Ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo*. Bogota, Colombia, Editorial Universidad del Rosario.
- ----- (2010) “El estatus político en el concepto de estructura de clases” en *Preguntas a la desigualdad. Ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo*. Bogota, Colombia, Editorial Universidad del Rosario.
- ----- (2010) “Clase y política” en *Preguntas a la desigualdad. Ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo*. Bogota, Colombia, Editorial Universidad del Rosario.
- ----- (2005) “*Foundations of a neo-Marxist Class Analysis*” en *Approaches to Class Analysis*. EUA, Cambridge University Press.
- ----- (2001) *Interview by Mark Kirby*, April, 2001 consultada en <http://www.ssc.wisc.edu/~wright/>. 06/02/13
- ----- (1989) “Rethinking, Once Again, the Concept of Class Structure” en *The Debate on Classes*. EUA, Verso.